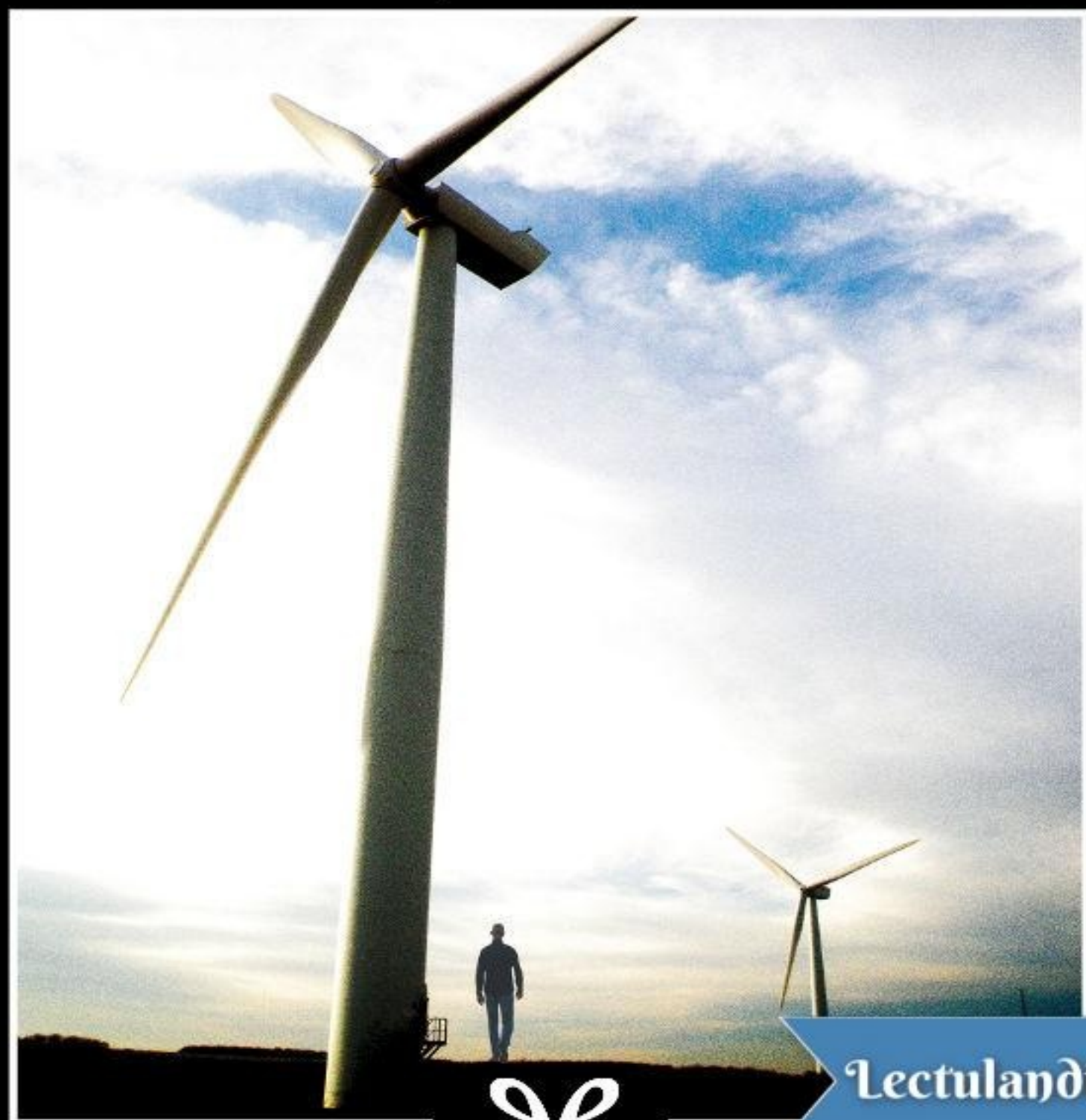


# Eugenio Fuentes

# MISTRALIA

*Un caso de Ricardo Cupido*



de

Lectulandia

Una mujer aparece muerta en uno de los modernos molinos de energía eólica que se han instalado recientemente en Breda. Se trata de Esther Duarte González, ingeniera de la empresa Mistralia que explota esa planta de energía. ¿Asesinato o suicidio?

Cuando el detective Ricardo Cupido recibe de la empresa el encargo de investigar lo ocurrido, no se imagina los muchos entresijos por donde le van a conducir sus pesquisas. El parque eólico ha sido y sigue siendo fuente de conflictos entre los vecinos porque, aunque todos aprovechan para vender sus terrenos para una ampliación, les irrita sobremanera que una pareja ecologista madrileña, Vidal y Sonia, se nieguen a vender, lo que echará al traste el negocio. Ni siquiera entre los ejecutivos de la empresa las cosas están claras. Cupido sabrá de la agitada vida sentimental de Esther y de las tensiones internas en el trabajo a través de Senda Burillo, una joven ingeniera destinada a sustituirla y por la que no puede evitar sentirse atraído.

**Lectulandia**

Eugenio Fuentes

**Mistralia**

**Ricardo Cupido - 7**

ePub r1.0

Titivillus 13.09.17

Título original: *Mistralia*  
Eugenio Fuentes, 2015

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

«Algo se está muriendo en este instante», pensó con una intensa claridad, pero no se lo dijo a Santi, porque se habría reído y, todo lo más, lo habría interpretado como un reflujo de la melancolía que a ella le provocaba el otoño: las hojas secas derramándose sobre hojas secas, el tibio y dulzón olor a podredumbre o el aroma a regaliz de algunas setas venenosas, las charcas llenas de residuos donde solo bebían los mosquitos, los gritos lastimeros de los ciervos en celo, la sensación de aplastar semilleros de huevos y de larvas al caminar por el interior del bosque. Hasta las tinieblas supuraban una humedad que despertaba el deseo de encender hogueras, porque fuera del coche no se veía nada. Giró la cabeza hacia la ventanilla y miró hacia el cielo: no había luna y únicamente el chisporroteo de las estrellas ponía un temblor de movimiento en la fría y plateada noche, la primera de noviembre.

—¿Quieres un cigarrillo? —le ofreció Santi.

—Enciéndemelo, anda —le pidió mientras se colocaba los tirantes del sujetador.

—Vale.

A la luz de la llama distinguió su perfil. Era un chico guapo, fuerte, con mucho dinero bien empleado en el dentista, cinco años más joven que ella, pero con una buena educación sexual: sabía lo que les gustaba a las mujeres. Cierto que no se podía hablar de demasiados temas con él, porque era algo simplón, con un sentido del humor elemental y precario en cuanto se elevaba un poco el nivel de ironía, pero había comprobado que muchachos así resultaban los mejores amantes: flexibles como delfines, ingenuos y cariñosos como mascotas y sin capacidad de decepcionar, porque no se hacía demasiadas ilusiones con ellos y sabía todo lo que podían ofrecer.

—Toma.

Dio una calada profunda y placentera. Después de hacer el amor sentía todo el cuerpo tan sensible que en el paladar creía distinguir el sabor del humo del de la nicotina. Se desperezó un poco, y se rebulló para acomodar su postura en el asiento tumbado. Así veía más cielo, el enjambre de astros que giraban alrededor del gozne de la estrella polar. Por el este, una incipiente claridad iba apareciendo sobre el perfil de Sierra Ufana. Santi abrió un resquicio el cristal de su ventanilla para ventilar el humo y arrojar la ceniza y, de paso, deshacerse del preservativo. De afuera les llegó entonces el potente, oscuro murmullo de las aspas: zuuuumm, zuuuumm, zuuuumm.

—¿Te ha gustado? —le preguntó cogiéndole la mano.

—Mucho —respondió ella.

—A mí también.

Apuraron los cigarrillos, cerraron los ojos y se quedaron adormecidos aprovechando los últimos coletazos del bienestar generado por el baile, por el alcohol, por la marihuana, por el sexo.

Cuando abrió los ojos se dio cuenta de que había soñado con una mujer pelirroja que se acercaba a ella en medio de una intensa luz blanca. Solo llevaba en las manos un reloj, y no la amenazaba, pero se despertó temblando y se alegró de ver cómo la claridad del amanecer se iba imponiendo sobre la tierra provocando una carnicería entre las estrellas.

—¡Eh! ¡Nos hemos quedado dormidos! —lo despertó.

—Mmmmmm, sí.

—Venga, no seas perezoso, a ver si alguien nos va a pillar aquí.

Sin levantarse, Santi se frotó los ojos y comenzó a bajar el cristal de la ventanilla para espantar el sopor con el aire frío.

—¿Por qué no abres mejor el techo? —le propuso.

—Vale.

Pulsó un botón entre los asientos y la capota se fue plegando lentamente, desvelando el cielo ya azulado por una luz seca que surgía por el lado opuesto de la sierra por donde ella imaginaba. Las últimas estrellas desenroscaban sus tuercas en el cielo, se soltaban y corrían a esconderse de la claridad. El alcohol y la marihuana todavía emborronaban su percepción mientras veía aparecer las aspas detenidas del molino eólico bajo el que habían aparcado y, por fin, muy arriba, la góndola y el eje.

—¿Qué es aquello? —aguzó la mirada con un gesto de pasmo.

—Qué.

—Allí arriba.

—Parece... —Santi también dudó.

—Sí.

—Parece... ¡un hombre ahorcado! —El pasmo se convirtió en temor.

—¡Una mujer!

Los dos se habían incorporado y Santi, espoleado por el miedo, enderezó rápidamente el respaldo de los asientos.

—¡Vámonos de aquí!

—¡Espera!

—¡Vámonos antes de que...! —escrutó alrededor para comprobar si alguien los había visto. Luego alzó de nuevo la cabeza, quería mirar y no mirar, se fijaba un instante y se volvía enseguida tapándose los ojos con las manos.

—Un momento —dijo, más lúcida que él. Tampoco se podía esperar de una mascota que no saliera corriendo al olfatear el peligro.

El cuerpo se balanceaba recortado contra la creciente luminosidad del cielo. Santi miró hacia él y luego, con bruscos giros del cuello, miró atrás y a los lados.

—¡No hay nadie! Podemos irnos y no decir nada. Nadie nos ha visto. Ya lo descubrirán. ¡No quiero meterme en ningún lío! —exclamó con una obstinada vehemencia.

—Espera —repitió ella—. Nos encontrarían. No podemos irnos sin recoger las colillas y eso otro que has tirado antes.

Santi la miró sin comprender hasta que pasaron unos segundos.

—Lo recojo y nos vamos. ¡Nadie nos ha visto!

—¿Tú crees?

—¡No quiero líos! Yo no he estado aquí nunca. Tengo novia y... —reveló con la respiración acelerada, sin mirarla a los ojos.

El sol, como un foco regulable, aumentaba su intensidad por la cresta de la sierra y ponía de nuevo sus manos sobre los absurdos, ajetreados, trágicos hombres para iluminar los destrozos de sus pasos nocturnos, para descubrir los horrores que la noche había mantenido ocultos, agazapados en la oscuridad.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—No me lo habías dicho —murmuró forzando una sonrisa en la que se mezclaban la ironía y la tristeza. ¡Así que no era una ingenua mascota! La revelación le causó un dolor agudo que no esperaba y, para su sorpresa, sintió que las mejillas se le llenaban de sangre. Nunca aprendería, por más que ya había pasado por otros momentos similares en los que confirmó que humanos y animales eran irremediabilmente distintos. Los animales no tenían la capacidad de decepcionarla.

Santi encontró en la guantera una bolsa de plástico, salió del coche y recogió las colillas de marihuana y el preservativo.

—Ya está. ¡Venga, vámonos! —Miró con miedo hacia el cadáver que se balanceaba en lo alto, levemente agitado por el viento.

—No. Yo me quedo.

—¿Cómo? ¿Pero no te das cuenta de que... a ti también...?

—¿Crees que no nos encontrarían?

—No si nos vamos ahora mismo. No nos ha visto nadie.

—Vete tú. Corre. Te estará esperando tu novia. A lo mejor llegas a tiempo de llevarle el desayuno a la cama antes de que se despierte. Yo me quedo. Y no te preocupes, no diré nada de ti. Te doy cinco minutos antes de que avise a la guardia civil.

—Allí están los molinos.

Gallardo señaló los aerogeneradores que, instalados en una cresta de Sierra Ufana, habían alterado radicalmente su perfil de media montaña, no demasiado atractivo. En Breda, el paisaje más hermoso, más agreste y más puro, mejor conservado, se extendía más arriba, más allá de la reserva de El Paternóster, donde el terreno se elevaba sin pausa hasta alcanzar las alturas del Volcán y del Yunque. Acaso las dos cumbres ofrecían más horas de viento para mover las palas, pero todo aquel territorio era un espacio natural protegido y nada podía instalarse en él que alterara su equilibrio o perturbara la singular biota que cobijaba. Solo uno de los molinos tenía las aspas detenidas; las demás giraban a un ritmo rápido, uniforme.

Andrea conducía el Nissan y la prisa por llegar no le impedía mirar buscando en uno de ellos la silueta de un cadáver colgado. Lo singular del escenario le hacía dudar de la veracidad de la llamada y preguntó:

—¿No será una broma? ¿O un error?

—¿Qué?

—Lo de un cadáver colgado en lo alto de un molino eólico. ¿Es que se puede subir hasta allí arriba?

—Supongo que sí. ¿Quieres decir que lo han imaginado?

—A estas horas de la mañana y después de una noche de excesos... son capaces de ver cualquier cosa. Según lo que hayan tomado. No es la primera vez que nos alarman para nada.

—El aviso dice que llamó una chica con un móvil y que su voz era firme y su expresión coherente. No parecía que delirara. Y en cuanto al ahorcamiento... Bueno, no sería la primera vez. No se puede decir que por aquí no estén familiarizados con la soga.

Gallardo la miró conducir con aquella atención que prestaba a todo lo que hacía en su profesión... y en su reciente papel de madre. Andrea había estado de servicio esa noche y él se había quedado en casa cuidando al bebé de cinco meses que tenían. Se había despertado poco después de las siete y, mientras desayunaba, Andrea lo había llamado para preguntarle cómo había pasado la niña la noche, porque el atardecer anterior había estado empachosa y con unas décimas de fiebre. No había sido nada, posiblemente una molestia dental. En medio de la conversación, cuando faltaba media hora para terminar su turno, había llegado el aviso urgente: una mujer ahorcada en uno de los molinos eólicos de Sierra Ufana. Fue entonces cuando él le dijo que, aunque era domingo, despertaría a la chica para que se hiciera cargo de la niña. Que Andrea pasara a recogerlo de camino y que los dos irían a comprobar qué había de cierto en la incidencia.

—No, no deliraba. —Gallardo señaló de pronto hacia el único de los aerogeneradores con las aspas detenidas, en cuya plataforma se distinguía la inconfundible silueta de un cuerpo colgado. Conectó la radio, contó fugazmente lo que había, precisó la localización y ordenó—: Llama a una ambulancia. Y al forense. Que vengan ahora mismo. ¡Y a la juez, claro! Quiero también aquí dos coches y a cinco de vosotros con lo habitual para un levantamiento de cadáver.

—¿Suicidio? —preguntó Andrea.

Gallardo pensó durante unos segundos sin dejar de mirar hacia lo alto.

—Es probable. Bastante laborioso resulta ahorcar a alguien para añadir la dificultad de un escenario así.

Dejaron la pista principal y atravesaron una cancela abierta hasta llegar junto al coche, un Seat León negro aparcado bajo el molino. Al verlos, dos jóvenes salieron de él, como si se hubieran encerrado para protegerse. La muchacha se acercó de prisa hasta ellos, seguida por el chico, que arrastraba los pies.



—Soy yo quien les ha llamado. Me llamo Beatriz.

—¿Me enseñáis vuestra documentación?

El muchacho sacó la cartera del bolsillo trasero del pantalón, pero ella tuvo que volver al coche a recoger el bolso. Andrea anotó los datos de los carnés mientras Gallardo observaba con atención el cuerpo colgado, como si todavía existiera la posibilidad de una broma, hasta que la violenta torsión del cuello le provocó un asomo de vértigo. Entonces dirigió su atención hacia el Suzuki Jimny aparcado a unos veinte metros, medio oculto tras una pequeña encina. En la carrocería estaban pintados la palabra MISTRALIA y el logo de la empresa de energías renovables: un molinete de trazo infantil con cada una de las aspas pintada en uno de los tres colores primarios: rojo, verde, azul.

No había nada más a la vista y el silencio de la sierra resultaba alarmante. La aparición de un cadáver siempre contaminaba de amenaza el paisaje, generaba una inquietud que no terminaría con su retirada, que dejaría huellas difíciles de borrar.

—No os mováis de aquí —ordenó a los dos chicos.

Con rapidez, pero sin dar la apariencia de tener prisas, subieron las cinco escaleras metálicas hasta la estrecha puerta de la torre cilíndrica, protegida por una barra de acero que llevaba incorporada una cerradura. Andrea ya se había puesto los guantes y tiró del cerrojo con dos dedos.

—Está abierta —dijo mientras se desabrochaba la trabilla de la cartuchera.

—Espera —dijo Gallardo.

—No —negó. Únicamente lo hacía cuando estaban solos, no lo habría contradicho delante de otros guardias—. Subimos los dos. Estos no se van a escapar.

—De acuerdo. Vamos.

En el interior había un panel informativo con pantalla y teclado, un pequeño ascensor, y una escalera vertical que ascendía y atravesaba una plataforma instalada a media altura, con una línea de vida de acero que golpeaba suavemente contra los peldaños. Ninguno de los dos había estado allí antes, pero entraron en el ascensor y apretaron el botón donde se leía GÓNDOLA.

La puerta se abrió al llegar arriba y los dejó ante un espacio estrecho y de techo bajo, lleno de macarrones y manojos de cables y de carcasas metálicas de color azul. En un lateral titilaban las pantallas de otro panel informativo. Avanzaron unos pasos controlando la sensación de inestabilidad que provenía del suelo.

—Ahí —Andrea señaló la trampilla abierta, rodeada por una barandilla de barrotes que servía de protección.

Un grueso cable eléctrico, tensado por el peso, estaba atado a una barra de la estructura y se perdía por la trampilla. Se asomaron al hueco, más grande de lo que parecía desde abajo. Sobre el vacío se balanceaba el cuerpo ahorcado de la mujer.

—¡Ayúdame!

Gallardo apoyó los pies contra la base de la barandilla, dio una vuelta al cable alrededor de su mano y comenzó a izarlo hasta que vieron aparecer la cabeza.

Entonces Andrea sujetó el cable y él agarró cuidadosamente el cuerpo por las axilas y lo levantó por encima de los barrotes. No pesaba demasiado, y la colocó con delicadeza sobre el suelo metálico. Iba vestida con falda y chaqueta y le faltaba el zapato del pie derecho. Era evidente que ya no se podía hacer nada por ella, que desde hacía algunas horas no se podía hacer nada por ella. Al cogerla por las axilas ya había notado esa rigidez del tronco y de los hombros que conocía bien, que surgía cuando pasaban tres o cuatro horas desde el fallecimiento. Además, emanaba ese olor frío y crudo de los ahorcados que había percibido en otras ocasiones, a medias entre la fetidez de la orina que escapaba con los espasmos del ahorcamiento y un olor a especias secas y concentradas que no era desagradable y que parecía provenir de muy lejos, como si en la carne yerta, pero aún no en descomposición, se hubieran concentrado todas las etapas anteriores del cuerpo, todo lo que había sido y ya no era. En el pómulo derecho destacaba un hematoma, posiblemente consecuencia de un golpe, y un corte que había sangrado y le había manchado la chaqueta, de un color claro. La sangre ya se había coagulado, pero en ese momento, tal vez por el cambio de postura, volvió a brotar un hilo que se deslizó por la mejilla y unos pétalos rojos gotearon sobre el estriado suelo de acero. ¡Qué joven era siempre la sangre! Una vez más le sorprendió que, mientras todo en el cuerpo envejecía —la piel y los huesos, el pelo y la dentadura, las vísceras y el corazón—, la sangre nunca perdiera su lustre y su textura, y que la de un anciano conservara la misma energía y movilidad, la misma intensidad del color escarlata, la misma belleza caliente que la sangre de un niño. La punta de la lengua sobresalía de su boca, con la obscenidad que la muerte concedía a muchos gestos, y sintió el impulso de cerrarle los labios y devolverle el pudor, la dignidad de su expresión. Aún no sentía piedad: la piedad llegaba a veces al final, cuando terminaba por conocer a la víctima o cuando la muerte se había producido con crueldad o con saña contra alguien débil e inocente. Ahora solo se trataba de restaurar el orden.

—¿La conoces? —le preguntó Andrea.

—No. No recuerdo haberla visto en Breda.

Respiraba agitado y se dio cuenta de que el breve e intenso esfuerzo para izarla le había exigido todas sus energías y le había hecho sentirse como veinticinco años antes, como cuando era un número recién llegado al cuerpo que realizaba aquellas tareas: conducir, rescatar un cadáver, identificar a alguien, impedir el paso a los curiosos. Desde que lo ascendieron a teniente daba órdenes para que las cumplieran otros, y desde que era capitán su responsabilidad consistía en la organización del trabajo y el desarrollo de las investigaciones más que en investigar él mismo, pero no se había acomodado en el despacho, no se había blindado tras la estrella. Sus antepasados eran gente sencilla que nunca habían llevado espada ni pistola, y tal vez de ahí provenía su falta de rigidez militar, su dificultad para impartir órdenes. Se frotó las manos doloridas por tirar del cable y entonces oyó el mellado sonido de una sirena.

—Ahí están.

Por la trampilla vio que el chico y la chica seguían allí y que hasta ellos llegaban dos coches y una ambulancia.

—Bajo yo —dijo Andrea.

—Que solo suban el forense y un ayudante, si lo necesita. Y uno de los nuestros. Esto es demasiado pequeño para no estorbarnos. Y otra cosa.

—Sí.

—Que nadie más que tú toque el coche de la empresa. Posiblemente llegó en él hasta aquí. Busca la documentación.

—De acuerdo.

Minutos después llegaron en el ascensor el sargento y el forense, Barroso. Gallardo había trabajado otras veces con él y admiraba sus métodos. Era un hombre con aspecto de sabio, con gafas de miope que se cambiaba invariablemente al empezar el trabajo, al mismo tiempo que se colocaba dos pellizcos de gel mentolado en las narinas si la descomposición del cadáver estaba avanzada, con unas manos limpias y sin nada de vello que daban la seguridad de que nada en la autopsia quedaría incompleto, de que nada en su informe contribuiría a la confusión que ya de por sí acarrearía cualquier muerte violenta. Por sus exhaustivos métodos de búsqueda de pruebas y disección de los cadáveres, las malas lenguas decían de él que sería mejor carnicero que médico, pero Gallardo sabía que no se le escaparía ningún dato y que sus conclusiones serían claras y precisas. Respiró con dificultad al salir a la plataforma y antes de mirar al capitán ya había mirado hacia el cuerpo.

—¡No entiendo estas modas! La gente elige para morir escenarios cada vez más altos... o más profundos —refunfuñó señalando el cadáver—. Y a horas cada vez más intempestivas. No tenemos horario, el horario nos lo marcan los muertos. ¿Cómo estás?

—Ya ves.

—Andrea me ha dicho abajo que estaba colgada. Que la subiste tú.

—Sí, aunque ya no se podía hacer nada por ella. Pero tampoco a un capitán le está permitido saltarse el protocolo de actuación. Lo primero era descolgarla.

—Hiciste bien. Supongo que no había nada extraño..., quiero decir más extraño que colgarse con un cable eléctrico en lo alto de uno de estos... —dudó— artilugios.

—Nada extraño. La levanté, pero no he tocado nada.

—¿Ese corte en el pómulo?

—Lo tenía ya.

El ascensor llegaba de nuevo con un enfermero que traía la maleta del forense, que extrajo de ella unos guantes, una fina linterna, una cámara fotográfica, un termómetro y una pequeña espátula. Con todo ello se arrodilló junto al cuerpo. En el reducido espacio, Gallardo, el sargento y el ayudante permanecieron inmóviles y en silencio para no interrumpir su trabajo. En aquel tipo de muertes un cadáver siempre era mucho más que un cadáver.

Cuando terminó de observar el cuerpo, de disparar algunas fotos y de tomar algunas notas y cifras en su cuaderno, Barroso tocó el cuello y desató los nudos del grueso cable incrustado en la piel revelando una orla rojiza, más oscurecida en la base posterior de la mandíbula. Aplastó ligeramente el ápice de la lengua con la espátula y comprobó que no había nada en la boca.

Encajó en ella el termómetro y con la linterna observó las pupilas mióticas. Luego midió la rigidez de su brazo derecho doblándolo suavemente por el codo. Solo entonces estudió durante unos largos instantes el corte en el pómulo y las gotas de sangre que manchaban la chaqueta. Sin hablar, fue hasta la trampilla y observó con suma atención la barandilla y las huellas que habían dejado en los barrotes los zapatos de Gallardo.

—Tuve que apoyarme ahí para poder subirla —dijo el capitán.

—Sí, ya lo he visto. Pero no es eso lo que busco.

—¿Entonces?

—La herida de la cara. No es probable que se golpeará al arrojarse... O cuando la arrojaron. Es un golpe seco, propinado de frente, no un roce.

—¿Qué quieres decir?

—Un suicida nunca, nunca jamás se hiere el rostro antes de matarse. Quiere que se reconozca su identidad desde el primer momento y sin ningún tipo de dudas.

—¿No ha sido un suicidio? —preguntó con fastidio y alarma. Los últimos tiempos habían sido tranquilos en Breda y agradecía en silencio que sus habitantes le hicieran sentirse innecesario, que resolvieran sus asuntos entre ellos con una buena pelea a puñetazos o con un consejo de familia antes que acudir a la comandancia.

—Tal vez no. Que tus hombres analicen bien todas las marcas, sobre todo aquí, en la trampilla. Si saltó, tuvo que agarrarse a ella y por tanto deben aparecer sus huellas. Y si se golpeó el pómulo y sangró, en algún sitio debía haber piel o sangre. Y yo no la veo.

Volvió a tomar más fotos desde distintos ángulos y con distinto *zoom*. Al terminar, le entregó la cámara al ayudante y se quitó los guantes.

—No puedo confirmarlo aquí, pero creo que antes del ahorcamiento había recibido al menos ese golpe en el pómulo. Es demasiado fuerte para que se lo hiciera ella sola. Y fíjate en esto —indicó el talón del pie descalzo.

—¿Esa herida?

—Sí. Se ha rozado el talón contra las estrías del suelo de acero hasta romper la media y levantarse la piel, tal vez al patear y resistirse ante alguien que la arrastrara. Ahí tienes el zapato. —Estaba semioculto bajo una de las carcasas metálicas—. Pero tendré que confirmarlo en el laboratorio. Y otra cosa: si fue un homicidio, pudo haberlo hecho cualquiera.

—¿Por qué?

—Los nudos del cable —señaló—. No es un nudo corredizo, sino tres nudos simples, lo que indica que no lo hizo un experto.

—Eso abre las posibilidades.

—En efecto. En cuanto nos llevemos el cuerpo, yo avisaría a los peritos.

—¿Qué tienen que buscar?

—Todo.

—De acuerdo. ¿Cuánto tiempo hace que murió?

—Entre cuatro y seis horas —respondió—. ¿Quién era?

—Aún no lo sabemos.

Por cuarta vez subió el ascensor. Esta vez era Andrea y traía en las manos un cuaderno, en el que había anotado algunos datos, y el DNI, metido en una bolsa de plástico de recogida de pruebas.

—Hemos comprobado la matrícula del coche. Está a nombre de Mistralia, la empresa de energías renovables. No se ve nada extraño y tenía la llave puesta en el contacto. También están el bolso y la cartera con algo de dinero. He cogido el DNI. Es ella —dijo entregándoselo a Gallardo.

—Esther Duarte González —leyó en voz alta. En la foto parecía mucho más joven: la apariencia de los cadáveres aumentaba cinco, diez años la edad de las víctimas, la muerte las envejecía de un modo fulminante.

Luego le dio la vuelta al carné y leyó para sí la edad, los nombres de los padres y el domicilio en Madrid. Daba por hecho que era una empleada de Mistralia, pero echó de menos el dato de la profesión que figuraba en los carnés antiguos.

Andrea y él bajaron de la góndola para dejar sitio a la juez, que acababa de llegar para levantar el cadáver, y a quien informó con detalle de todo lo que sabían.

Los chicos que la habían encontrado estaban de pie, junto a su coche, fumando con ansia, como si estuvieran hambrientos y el tabaco fuera su comida.

—Contádmelo todo desde el principio. Con detalle —dijo Gallardo.

Los dos se miraron y el muchacho hizo un gesto para que hablara ella.

—Habíamos estado bailando... y bebiendo un poco por la noche. Vinimos aquí para estar un rato a solas.

—¿Por qué elegisteis este lugar?

—Es un sitio apartado y discreto, si tienes coche para venir. No somos los únicos.

—¿Quién conducía?

—Yo —respondió el chico.

—¿El coche es tuyo?

—De mis padres.

—¿A qué hora llegasteis?

La muchacha sacó el móvil del bolsillo y tecleó varias veces con enorme soltura.

—A las cuatro y veinte.

—¿Por qué estás tan segura?

—Porque al llegar envié un mensaje a mis amigas para que no me esperaran y se fueran sin mí —respondió mostrándole el móvil.

Andrea lo corroboró y anotó los datos del mensaje en el cuaderno.

—A las cuatro y veinte, entonces. ¿Visteis a alguien al llegar? ¿Os cruzasteis con alguien en el camino?

Cada uno de ellos miraba en una dirección contraria, como si, al margen del acuerdo en sus declaraciones, hubieran discutido por algo, pero al oír la pregunta ambos se consultaron.

—Sí. Nos cruzamos con un coche.

—¿Dónde?

—Al principio de la pista, poco después de abandonar la carretera —respondió el muchacho.

—¿Qué tipo de coche?

—No lo sabemos —dijo ella.

—¿No visteis la marca, o el modelo? ¿La matrícula? ¿O el tipo de faros? ¿Algo que os llamara la atención?

Los dos comenzaron a hablar a la vez:

—Sí, hizo algo raro. Solo llevaba las luces de posición, pero cuando nos íbamos acercando puso de pronto las largas y nos deslumbró.

—Tuve que frenar y mirar para otro lado.

—¿Y luego?

—Luego, aquí arriba... No oímos nada, no vimos nada. Hacía frío para salir del coche. Ni siquiera vimos ese que está ahí —la chica señaló el automóvil de Mistralia. En efecto, era invisible desde la posición donde aparcaron—. Al amanecer, abrimos el techo descapotable... ¡y entonces lo descubrimos allí arriba! Nos encerramos en el coche, llamamos por teléfono para avisar y nos quedamos aquí esperando.

—¿Nada más?

—Nada más —dijo el muchacho.

—Es un suicidio, ¿verdad? —preguntó la chica.

—Aún no lo sabemos.

—¿Podemos irnos? —se impacientó el muchacho.

—Sí. No contéis a nadie nada de esto. Tal vez la juez quiera mantener el secreto de sumario. Y también por vuestra propia tranquilidad.

—¿Es que hay algún peligro? —preguntó la muchacha con un estremecimiento.

—No si no vais por ahí hablando más de la cuenta.

—Tenéis que estar localizables en todo momento. Necesitaremos hablar con vosotros de nuevo —dijo Andrea—. Y quiero que nos llaméis si recordáis algún otro detalle.

Se quedaron solos y Gallardo le resumió a Andrea las primeras conclusiones del forense.

—El corte en el rostro se debe a un golpe fuerte, que pudo dejarla inconsciente o aturdida.

—¿Quieres decir que no es un suicidio?

—Barroso cree que no. Asegura que ningún suicida desfigura su rostro.

Andrea pensó unos segundos.

—Eso implicaría que el coche con el que se cruzaron los chicos puso intencionadamente la luz larga para deslumbrarlos y que no vieran nada.

—Es probable.

—¿Y ellos? ¿No correrán peligro?

—No lo creo. Tampoco quien se cruzó con ellos podría haberlos identificado. Y no puede saber adónde iban. En cualquier caso, nos aseguraremos de que no se filtre ninguna información —concluyó.

Habían terminado los primeros trámites y Gallardo contuvo el deseo de abrazarla delante de todos, bajo la trampilla todavía abierta en la que, hasta unos minutos antes, colgaba el cadáver de una mujer sobre el fondo de las aspas de los otros aerogeneradores, que giraban enloquecidas a lo lejos. Ahora que ya había pasado el tiempo en que la deseaba en silencio y sin esperanza, ahora que había organizado su vida con ella y se había desprendido de la ansiedad, ahora que la paternidad lo había calmado, la presencia de Andrea a su lado lo protegía de las prisas y de las decisiones precipitadas que tantos errores provocaban. Solo permanecía un quebradizo temor al pensar en todos los años que le llevaba, ese miedo latente de los hombres casados con una mujer más joven a no estar a la altura de sus expectativas.

La juez salió del aerogenerador, seguida por los camilleros, que llevaban el cadáver envuelto en una tela de aluminio.

Aquella muerte lo cogía desprevenido. Suicidio o asesinato, no era una manera adecuada de morir, y menos aún para una mujer tan joven. No se había producido por la ley natural de la edad o la enfermedad y, a pesar de la opinión del forense, esperaba que finalmente no hubiera un tercero apretando un cable en torno a su cuello.

—Vámonos antes de que llegue la prensa. Se desbocan en cuanto huelen la sangre.

Seguía sin soportarlos, con un encono difícil de justificar después de tanto tiempo. Los periodistas eran cada vez más jóvenes, había cada vez menos asalariados fijos y más becarios, que estaban peor pagados y trabajaban con mayor desgana. Imaginaba que lo maldecirían por no haberlos avisado antes de descolgar el cadáver para que hubieran podido sacar sus teleobjetivos y poner a crepitar sus cámaras. Con el debate abierto sobre las subvenciones a las energías renovables, el cadáver de una mujer colgando en lo alto de un aerogenerador habría sido una excelente foto de portada..., siempre que fuera un asesinato, claro. Los asesinatos despertaban morbo social, provocaban un gran despliegue informativo y elevaban el número de lectores. Los suicidios ni se mencionaban.

Por mucho que se hubiera informado sobre su longitud, perfil y altimetría, un puerto nunca era igual cuando lo subía en bicicleta que como lo había imaginado, pensó Cupido mientras atacaba el último tramo del Volcán. Los puertos siempre lo sorprendían y más de una vez había sufrido como un perro en algún ascenso en principio asequible, por una mala previsión con la comida o por un exceso de confianza, y en cambio había disfrutado en otras subidas que enfrentó con menos expectativas de éxito. Sin embargo, todos los puertos alcanzados le hacían sentirse orgulloso, aunque en cada uno el motivo de orgullo fuera diferente.

El Volcán era una cumbre extraña. Frente al Yunque, heráldico y viril, que siempre se había llevado el protagonismo por dominar desde su ubicación un paisaje más joven, más hermoso, más espectacular, el Volcán había perdido unas decenas de metros al encorvarse sobre su cráter ciego. La segunda cumbre de Breda era un monte geológicamente viejo, redondeado, somnoliento y pensativo, fruto de una erupción volcánica que miles de años antes había espolvoreado sus laderas de una oscura piedra pómez, pero que nunca había vuelto a dar signos de vida, como si al asomar su ardiente cabeza sobre aquel territorio de serrijones pobres y pizarrosos, poblados por un puñado de alquerías y donde solo crecía una mísera vegetación de brezos y carquesas, no le hubiera agradado lo que veía y se hubiera hundido de nuevo bajo la corteza para ir a buscar otra salida, otro cráter que emergiera a tierras más hermosas, más fértiles, más habitadas.

Enclavado en lo profundo de la sierra de su nombre que delimitaba la comarca por el noroeste, por su falda ascendía una carretera construida unos años antes buscando un nuevo paso hacia el norte. Sin embargo, desde la provincia castellana no habían considerado necesario cumplir con el acuerdo de enlace, porque no les merecía la pena tanta inversión para abrir otra vía de comunicación hacia un territorio poco poblado, poco transitado y poco rentable en cuanto a las expectativas comerciales y al número de votos. Y así, había quedado sin uso una rencorosa carretera que terminaba de pronto en un pinar en medio de la nada, en lo alto del paso, inútil para el tráfico rodado pero ideal para el ciclismo por la ausencia de coches, solo peligrosa por las piedras sueltas arrastradas por la lluvia en algunos taludes.

En el primer tramo de la ascensión, el más suave, la carretera carnavaleara acompañando al río, uno de los afluentes del Lebrón, con meandros sobre lechos de pizarra que cortaban el agua con hachazos blancos. Pero en la segunda mitad la carretera daba un salto y se empinaba con desniveles del catorce por ciento, ya definitivamente desierta entre malolientes jarales y bosques de pinares, en cuyos claros descansaban al sol hileras de colmenas. De vez en cuando se veían montones



de troncos apilados junto a la cuneta. En el asfalto sin uso habían aparecido las primeras grietas, y entre las grietas comenzaban a brotar los matojos. Las zarzas ya saltaban los quitamiedos, sin nadie que las rozara.

Según ganaba altura, pedalada a pedalada, riñoneando en los tramos más empinados, los árboles iban escaseando y se imponía el dominio del brezo, cuyas duras raíces desmigajaban la piedra pómez y las sombrías pizarras con rodajas de herrumbre. Cupido avanzaba bajo un cielo limpísimo, sin pájaros ni insectos, sin arrugas ni humos, en una soledad que tenía algo de ruta lunar, alucinada, envuelto en un sólido silencio que no alteraban ni el susurro de la bicicleta ni su agitada respiración. En las últimas rampas el corazón le pataleó protestando dentro del pecho mientras el pulsímetro se acercaba a ciento setenta, la frecuencia peligrosa que no debía mantener durante mucho tiempo, pero notaba que la aorta y las femorales no se habían desenchufado y que a las piernas les llegaba la energía necesaria. Se notaba en buena forma y también el aire entraba con holgura en los pulmones. Esa mañana la dificultad de la ascensión radicaba menos en los desniveles del asfalto que en el viento en contra, un viento cereal que bajaba de las llanuras castellanas y que aumentaba según se acercaba a la cumbre. Para alguien de sus características, más delgado que fuerte, más escalador que llanero, el viento era siempre un enemigo insidioso y disolvente que minaba su moral y sus fuerzas. Un puño invisible salía de la nada, le golpeaba el pecho y los hombros y le hacía pensar que pedaleaba sobre una bicicleta estática.

Aun así, no llegó a la fatiga y al coronar bajó de la bicicleta e ingirió de un sorbo medio bidón de una bebida energética, de un color azul venenoso, que lo reconfortó enseguida.

No tenía prisas por volver: cuanto más agotador resultaba un puerto para las piernas, más sosegaba la vista desde la cima. Siempre le gustaba quedarse un tiempo en lo alto contemplando a distancia la carretera por la que había ascendido, el contraste entre el valle y la montaña. Sentía una callada satisfacción que nada tenía que ver con la vanidad contable de haber superado otra cumbre de una lista imaginaria en la que figuraban los nombres míticos de la geografía ciclista y en la que, por tanto, ya no debía pensar más. Al contrario, cada vez que subía un puerto aumentaban sus deseos de volver a subirlo. Para él había algo adictivo —y, como en toda adicción, peligroso— en las cimas de las montañas. De vez en cuando necesitaba escalar una para tomar prestada la sensación de orgullo y resistencia. Después de hora y media aporreando los pedales, cuando lograba encaramarse a la cumbre el viento se llevaba todas las toxinas y él regresaba a la llanura limpio de las rutinas cotidianas.

Miró hacia la cima del Volcán y respiró hondo. Luego miró hacia el paisaje que se iba descolgando hacia las vegas del Lebrón hasta perderse más allá, en los llanos del sur, en el fondo de un horizonte en el que se habían sedimentado unos posos de nubes. En medio quedaba Breda, con su figura de ave acurrucada contra el suelo, escondiendo su puñado de pequeños secretos que solo los sacerdotes, y tal vez el

Alkalino, conocían mejor que él. El otoño estaba cumpliendo sus compromisos de viento y agua, y aunque las nubes todavía podían hacerlo un poco mejor, las lluvias ya habían reverdecido la tierra.

Se dejó caer de regreso hacia Breda, escuchando el ronroneo de los rodamientos de las coronas y sintiendo que, con la velocidad, el viento le tallaba la cara. Bajaba deprisa, inclinándose en las curvas, pero sin temor, porque los ciclistas que más se caían eran los que tenían más miedo de caerse. Cuando se cruzó, abajo, con los primeros coches, volvió a notar sus gases lacrimógenos, el olor a gasolina que, de tan familiar, no advertía a diario en las calles más o menos llenas de humo. Era la una del mediodía, pero el reloj enloquecido de la iglesia de Breda daba en ese momento quince campanadas.

Colgó la bicicleta en el garaje y, ya en casa, encendió el ordenador. Iba camino de la ducha cuando oyó el chispazo que avisaba de la llegada de un *email*. Pensó en Carol y deseó una noticia suya, pero al abrirlo vio que procedía de una poderosa empresa de energías renovables, Mistralia. «Publicidad», pensó, e iba a tirarlo a la papelería cuando leyó su nombre: se dirigían personalmente a él y solicitaban sus servicios como detective. Lo convocaban para una entrevista urgente en la sede central, en Madrid, y para el traslado ponían a su disposición un coche de la empresa o sufragarían los gastos en cualquier otro medio de transporte.

Volvió a leerlo más despacio y supuso que aquella petición estaba relacionada con la mujer que había aparecido ahorcada dos días antes en uno de los aerogeneradores de Sierra Ufana. En un primer momento se había hablado de suicidio, pero en una Breda conmocionada por la tragedia todo el mundo daba por hecho que había sido asesinada.

Por un momento miró al ordenador acusándolo, como si quisiera matar al mensajero que trae una mala noticia. También a él le gustaban los periodos de ocio, la tranquilidad de saberse prescindible, sin nada de lo que ocuparse, sin nada en que pensar, aquella picante satisfacción de descansar mientras los demás trabajaban, caminaban deprisa a sus recados o conducían nerviosos entre el ajetreo de los coches. Sin embargo, no aguantaba así mucho tiempo y al cabo de unas semanas de tiempo libre comenzaba a sentirse incómodo. Ahora no había llegado a esa saturación de descanso, pero el *email* había despertado su interés. Por otro lado, era una poderosa empresa la que quería contratarlo, y no una persona a título individual, y sentía curiosidad por el modo en que se establecería aquella relación. Curiosidad... y cierta sensación de desafío, pero no de miedo al fracaso. Por muy laberíntica que fuera una multinacional, no tenía por qué ser más compleja que el corazón humano.

Se duchó dándose un tiempo para decidirse, aunque ya sabía que aceptaría. Envuelto en el albornoz anotó el número de teléfono y el nombre de quien firmaba el *email*, Álvaro García-Lage. A la llamada respondió una voz femenina que, después de unos instantes de espera, lo citó para el día siguiente en la sede central de Mistralia en Madrid.

Ya estaba a punto de pararse para no chocar contra ellas cuando las brillantes puertas automáticas se abrieron con un limpio parpadeo y esperaron a que Cupido pasara para volver a cerrarse. El vestíbulo, de techo muy alto, estaba decorado con el color verde lima que identificaba a Mistralia y que derramaba reflejos vegetales sobre el suelo encerado. Detrás del mostrador de recepción dos chicas vestidas con un uniforme del mismo color y con un maquillaje demasiado enfático esperaban su identificación para dirigirlo hacia la sección correspondiente. A su lado se alzaba un guardia de seguridad tan alto como el detective, pero mucho más fuerte, uno de esos tipos vigoréticos que en el supermercado llenaban medio carro en la sección de alimentos energéticos y que resultaban tanto más amedrentadores cuanto más poderosa era la empresa para la que trabajaban.

—Tengo cita con el señor García-Lage.

Una de las chicas deslizó sus uñas rojas, cortadas en rectángulo, sobre el teclado del ordenador.

—¿Señor Ricardo Cupido? —sonrieron los labios blindados de *gloss*, tras los que asomaban los dientes tan blancos que parecían de leche.

—Sí.

—¿Me deja su DNI?

Tras comprobarlo y avisar de su llegada por el teléfono interior, le hicieron pasar bajo el arco de seguridad y una recepcionista le pidió que la siguiera. Caminó por delante con un tintineo de tacones, empapada en perfume y dejando su estela en el pasillo, y, como si eso también fuera una obligación laboral, ofreciéndole la visión del atractivo trasero, levemente abullonado por las bragas bajo la ceñida falda. En el ascensor lo acompañó hasta el vigésimo piso. Todavía una secretaria más y ya estaba en un enorme despacho en el que flotaba, como complemento al color verde del logotipo repetido aquí y allá, el verde olor del dinero. Al fondo, un cristal desde el suelo al techo permitía contemplar La Castellana y le permitía al hombre sentado tras la mesa, vuelto de perfil y hablando por teléfono, mirar desde arriba a otros hombres como él que en aquella zona de oficinas manejaban empresas y finanzas, que habían hecho del dinero una religión en cuyo nombre se podían permitir apaños y trapicheos prohibidos a los demás. Bastaba aquella primera impresión para demostrar que no tenía nada en común con el antiguo empresario, de papada sebácea y proclive a la obesidad, que escuchaba impaciente a sus empleados con las manos cruzadas sobre el vientre y haciendo molinetes con los pulgares. Por un instante, Cupido tuvo la sensación de haber ascendido hasta el promontorio de una montaña desde donde un león contemplaba su territorio de caza.

Otro hombre más joven, algo melifluo y envarado, vestido con esa tediosa elegancia de los ejecutivos —traje oscuro en el que solo una corbata de color ponía una nota de alegría—, lo esperaba delante de la mesa y avanzó hacia él con una amplia sonrisa y el brazo extendido desde varios metros antes para estrechar su mano

al tiempo que, con la izquierda, sujetaba su antebrazo como si estuviera arrestándolo: uno de esos tipos simpáticos con la boca siempre más sonriente que los ojos, haciendo gala de esa facilidad para sonreír a los desconocidos que a Cupido siempre le resultaba desconcertante.

—Fui yo quien le escribí. Álvaro García-Lage —se presentó, y a su apellido añadió un cargo en la empresa, una palabra con prefijos que Cupido no memorizó. Con una mirada comprobó que el hombre entronizado tras la mesa terminaba de hablar por teléfono y solo entonces dirigió al detective hacia él.

La realidad no desmejoraba la imagen que tantas veces había visto en televisión y en la prensa: uno de esos hombres calvos que, sin embargo, han sido atractivos de jóvenes y que, al perder el cabello, apenas pierden una parte de su encanto físico. La mirada imperiosa, a pesar de la amabilidad de su expresión, recordaba quién era: Ramiro Quintana, a quien todos —pero nunca en su presencia— llamaban el King, reconociendo su supremacía. Un rostro imprescindible tanto en las reuniones de empresarios con los gobiernos, fueran del color que fueran, como en los palcos en primera fila en los partidos de tenis decisivos o en las finales de las competiciones de fútbol, deporte en el que poseía acciones de un equipo puntero. Pero adondequiera que llegaba, de algún modo terminaba pareciendo el propietario: si acompañaba a su equipo de fútbol como visitante, en el palco rival parecía sentado en el sillón principal; invitado en una fiesta, parecía el anfitrión; en las reuniones de empresarios ocupaba la cabecera de la mesa de negociaciones; y si caminaba, todos le cedían el paso con la misma presteza y respeto con que los coches se apartan para dejar pasar a una ambulancia o a un coche de la policía. Y siempre tranquilo, sin un gesto ostentoso, sin levantar la voz, con la seguridad de quien sabe que no transcurre un día sin que gane al menos un millón de euros, con la serenidad del magnate que mantiene a raya las tensiones de su oficio y duerme bien y hace bien la digestión. Lo que no recordaba era haberlo visto nunca en chándal o en mangas de camisa; al contrario, siempre vestido con trajes a medida, corbatas perfectas y en los pantalones la arruga a cuchillo. Andaba por los cincuenta y pocos años, en esa media de edad de los dueños del mundo, pero parecía algo mayor, como si de algún modo tanto poder lo envejeciera. Se levantó un instante del sillón para darle la mano por encima de la mesa, sin apenas estirar el brazo, como los reyes y los sacerdotes.

No dijo su nombre ni García-Lage lo había presentado, dando por hecho que no era necesario, pero tampoco preguntó por el del detective y Cupido supuso que lo ignoraba hasta que le oyó decir, cuando se sentaron:

—¿Cupido? Nunca había conocido a nadie que se llamara así.

—No es un apellido tan extraño en mi tierra.

—En su tierra han matado a una de nuestras ingenieras. La apreciábamos mucho, era muy fiel a la empresa. Supongo que ha oído hablar de esa muerte —dijo. Hablaba con un siseo algo pastoso, como si acabaran de colocarle algún implante.

—Algo. No han dado mucha información.

—Álvaro le contará los detalles..., los pocos detalles que sabemos —dijo, con el tiempo tasado para la entrevista—. Su tierra no está lejos de Madrid, pero siempre me da la impresión de estar más lejos que otros lugares que se hallan al doble de distancia.

—Sé lo que quiere decir.

—Nos cuesta tener información fidedigna y actualizada al minuto. La guardia civil de allí no parece ni muy diligente ni muy comunicativa.

—El capitán Gallardo es un buen profesional —discrepó.

—Pues me alegro de que sea así, pero a nosotros nos mantiene a distancia, como si fuéramos sospechosos de la muerte de uno de los nuestros —miró a García-Lage esperando alguna contribución suya, pero el empleado solo acertó a cabecear con energía—. Cuanto antes se resuelva esto, mejor para todos. Y si ese capitán no lo hace, queremos que usted averigüe qué ocurrió. No podemos permitirnos estos escándalos, dañan mucho nuestro prestigio. Necesitamos que el parque de Sierra Ufana trabaje a pleno rendimiento y sin incidencias de una vez por todas. Cada día perdemos allí un montón de dinero. El viento que ha pasado ya no vuelve a pasar.

Parecía algún lema de la empresa o alguna frase en clave, porque Álvaro volvió a cabecear con la diligencia de un animal bien entrenado.

—Estamos en un momento muy delicado para este negocio —continuó el King—. Con la crisis, la gente estudia su recibo de la luz, ve que paga un canon para las energías renovables y eso no gusta nada. El gobierno se pone nervioso con las protestas y pretende incumplir los acuerdos firmados. Saben que cuando a los ciudadanos nos tocan el bolsillo, empezamos a mirar alrededor buscando a otro a quien votar. ¿Se ha fijado en la actitud de la prensa en los últimos meses?

—No —respondió Cupido, que escuchaba sin ninguna sorpresa. Que un empresario se quejara, incluso un empresario tan próspero como el King, formaba parte del guión.

—No dejan de atacarnos con las subvenciones que recibimos, nos consideran unos privilegiados y nos culpan de la subida de tarifas. Están falseando datos y ocultan que detrás de todo esto hay una guerra entre las fuentes de energía tradicionales y nosotros. Las térmicas hicieron inversiones muy fuertes en infraestructuras y tienen comprado gas a Argelia para varios años. Pero el consumo se ha reducido con la crisis y ahora no saben qué hacer con sus depósitos llenos.

—¿Ellos no reciben subvenciones?

—No, al contrario, pagan un canon. Además, ¿sabe que cuando se produce un exceso de producción eléctrica, las últimas en detener la producción, por ley, son las renovables?

—No, no lo sabía.

—¡Pues ya ve cuántos intereses hay en juego! Ahora mismo todo el mundo tiene puesta la mirada en Sierra Ufana y en otros proyectos similares... La mirada y la lupa —precisó—. Si los nuevos prototipos eólicos que vamos a instalar rinden bien...

—Serán un argumento concluyente —dijo Cupido.

—En efecto. Tengo un interés personal en que esto se solucione pronto, ya se ha complicado demasiado y a nuestros competidores les servirá para atacarnos. Pocas cosas deterioran más la imagen de una empresa que el suicidio de sus empleados..., si es que finalmente esa pobre chica se suicidó. Mire lo que ocurre en France Télécom. Enseguida empiezan las acusaciones de *mobbing*, de explotación laboral, de inseguridad y despidos... Y de ahí a sufrir pérdidas el camino es muy corto.

El King picoteó con el índice sobre el cristal de su reloj de pulsera y García-Lage se levantó en el acto.

—Álvaro le contará los detalles, le informará de lo que necesite y se pondrá de acuerdo con usted en las condiciones.

Quintana dio por hecho que no rechazaría la oferta de trabajo y no fue necesario nada más para iniciar la despedida. Ya estaban en la puerta cuando el King volvió a hablar:

—¿Le gusta el deporte?

—Monto en bicicleta.

—Eso está bien —lo observó evaluando sus cualidades artéticas. Pero la bicicleta exige demasiado sacrificio para poco espectáculo. ¿Y el fútbol?

—Bueno.

—Esta noche tenemos partido de Copa de Europa. Jugamos contra el Bayern, será un buen encuentro. Siempre lo son contra esos alemanes. Que Álvaro le dé un par de entradas. Vaya a vernos, lo pasará bien. Seguro que puede esperar a mañana para comenzar su trabajo. ¡Ah...! Y que le entregue también un pase para nuestro campo de golf. Si tiene algo urgente que tratar conmigo, allí podremos hablar con tranquilidad.

—Gracias.

Salieron del enorme despacho, como si lo que venía a continuación, los honorarios o los detalles de la muerte, fueran temas vulgares e incómodos, poco apropiados para negociar allí dentro.

—Es un hombre muy ocupado —dijo García-Lage, más como un elogio que como una justificación por la despedida algo brusca.

Bajaron varias plantas en el ascensor mientras le proponía que se tutearan y lo condujo hasta un despacho más pequeño, donde se sentaron en unas sillas de cuchara en torno a una pequeña mesa de cristal en la que solo había una carpeta y un bote verde lima, con el logo de Mistralia, que contenía unos bolígrafos y lapiceros del mismo color. Al abrir la carpeta, Cupido advirtió que García-Lage también lucía en las mangas de la camisa unos gemelos con el logo empresarial.

—Vinieron unos agentes de la guardia civil y registraron su despacho, pero no parece que encontraran nada. Aquí está toda la información de que disponemos, la nuestra y la poca que nos ha facilitado ese capitán Gallardo. Los datos personales y profesionales de Esther, una foto y el *dossier* con el informe que la guardia civil les

ha pasado a nuestros abogados.

—¿La conocías mucho?

—Sí. Trabajamos juntos en algunos proyectos. Era una buena profesional, eficiente, previsor, muy ordenada con el trabajo y en el lugar de trabajo. Algunas veces bromeábamos con su obsesión por el orden.

—¿Por ejemplo?

—En su despacho tenía sus lápices, sus bolígrafos en un bote como este. Los lápices, siempre afilados; los bolígrafos, con sus capuchas y siempre boca abajo. A veces le poníamos un lapicero con la punta hacia arriba y apostábamos a ver si lo dejaba así antes de marcharse a casa.

—¿Y alguna vez alguien ganó la apuesta?

—Nunca —sonrió, pero la sonrisa no llegó a sus ojos, se apagó en las orillas de los párpados.

—¿También era así en su vida personal?

—En su vida personal a veces dejaba los lápices afilados con la punta hacia arriba —dijo sin ningún titubeo.

—Y podría pincharse —dijo Cupido. Sospechaba que dudaba en contarle algo. Había visto otras veces esa misma forma de dejar caer una sugerencia para provocar unas preguntas que les permitieran creer que no eran ellos los que hablaban—. ¿Alguna vez se hizo sangre?

Álvaro dio varias vueltas al bote verde, con movimientos rápidos, antes de responder:

—No lo sé. Si te refieres a asuntos sentimentales, sé que hasta hace unos meses estaba saliendo con un periodista, Adrián Sanmacario. Lo llaman Maca, no sé si te suena. Firma sus artículos en un medio nacional.

—¿Tenía familia?

—Un padrastro..., si se le puede llamar familia. Encontrarás los datos en el *dossier*. Esther no tenía hermanos y sus padres habían muerto. La madre, hace unos pocos meses. Al quedarse viuda se había vuelto a casar y Esther tenía algunos conflictos con el padrastro. No se llevaban demasiado bien.

—¿Vivía con ella?

—Creo que tenían no sé qué lío con el usufructo de la casa. Él podía disfrutar del piso hasta que Esther lo necesitara cuando tuviera hijos. No sé todos los detalles. Ella se había ido a vivir a Breda para poner en marcha la ampliación de Sierra Ufana y, aunque solía venir los fines de semana, no sé cómo había quedado ese asunto... A propósito, supongo que tendrás que preguntarme por eso que llamáis la coartada, ¿no?

—Sí.

—Para dar ejemplo, seré el primero en decírtelo: el sábado estuve aquí, en Madrid, acompañando al jefe a un debate sobre energías renovables.

—¿Quién deseaba su muerte?

García-Lage abrió los brazos ante la seca brutalidad de la pregunta.

—¡Te hemos contratado para que lo averigües..., en el caso de que no haya sido un suicidio! Ya te he dicho que no conocíamos mucho de su vida privada. No sabíamos cómo vivía en Breda o con quién se relacionaba. Al King... y a Mistralia les da igual la vida privada de sus empleados siempre que no afecte a su trabajo. Pero en este caso su muerte nos acarrea problemas de imagen y nos retrasa la ampliación. ¿Conoces nuestro parque?

—De lejos —respondió.

Como todos en Breda, también él había advertido el entusiasmo con que fue recibido el proyecto de instalación de la planta eólica. Mistralia compró tierras a un precio que duplicaba el valor del mercado y contrató a gente para la instalación de los aerogeneradores. Pero una vez terminadas las obras, las expectativas de puestos de trabajo no se habían cumplido. Y aunque se había renovado el optimismo con el inicio de los trámites para la ampliación, la crisis había derrumbado los precios y las subvenciones y habían surgido problemas con algunos ecologistas y con algunos propietarios que, decepcionados, se negaban a vender sus tierras.

—No lo reconocerás cuando terminemos la ampliación. En esta segunda fase instalaremos treinta nuevos aerogeneradores de tres megavatios y triplicaremos la producción eléctrica. Sierra Ufana nos ha sorprendido agradablemente, mantiene muchas horas de viento suave al año. Ya disponemos de los permisos oficiales, de los estudios de impacto medioambiental y del apoyo de los gobiernos autonómico y local. No podemos detenernos... por una muerte. Sería una pérdida de todo lo invertido y un fracaso en nuestros planes de expansión y de producción. Ni la propia Esther, que era la responsable de llevarlo a cabo, lo aceptaría.

Por un momento Cupido tuvo la impresión de que lo contrataban menos para averiguar quién la había matado que para que el sistema productivo siguiera funcionando, como si la muerte fuera algo secundario, como si el ahorcamiento de una mujer no fuera algo aterrador que removía los más profundos estratos emocionales.

—¿Ya tenéis elegido al sustituto?

Álvaro miró su reloj.

—Sustituta. Si te parecen bien nuestras condiciones —dijo mostrándole el contrato para que lo firmara, con la cifra de sus honorarios en negrita—, podrás conocerla esta tarde. Antes del partido, por supuesto.

Siempre se sentía incómodo al hablar de dinero, por la tensión con que se abordaban los tratos y por la trascendencia que se concedía a las cifras. Por una u otra razón, Cupido nunca había tenido graves problemas económicos. El dinero aparecía a su alcance en el momento oportuno, sin apenas buscarlo, y en ocasiones esa facilidad le hacía sentirse culpable, aunque no tuviera razones para el remordimiento. Conocía sus carencias, pero alguna deidad había sido generosa con él al concederle tres dones: para el amor, para trabajar como detective y poner orden en el caos, y para ganar



dinero. Sin embargo, la misma deidad también era burlona y no le permitía conservar esos regalos: con la misma facilidad con que lo ganaba, el dinero se le iba de las manos o no sabía invertirlo; los éxitos profesionales a menudo le dejaban un amargo sabor de boca; y en el amor, por una u otra causa no acertaba al elegir a una mujer con la que ser feliz... No, no le resultaba cómodo hablar de dinero, aunque era un trámite necesario: hasta que no se pactaban sus honorarios, el cliente no llegaba a confiar en él. Así que aceptó la oferta sin discutirla, no tan generosa como había imaginado, y firmaron un contrato con una cláusula de confidencialidad, todo sin gestos superfluos, con maneras frías, comerciales, que no le molestaban.

Al contrario, los tipos como García-Lage lo inquietaban cuando eran amables en exceso. Por eso volvió a ponerse alerta cuando, tras guardar el contrato en un cajón de la mesa, cambió el tono hacia el elogio:

—Nos han hablado muy bien de ti. Nos dijeron que eres un buen detective. Muy bueno —subrayó—. Que siempre terminas con éxito lo que emprendes.

Cupido estuvo a punto de preguntarle quién los había informado, pero supuso que respondería con evasivas, así que esperó en silencio a que continuara.

—Pero no sabemos si tienes experiencia en asuntos... tan graves —dijo como si tuviera delante la imagen del detective huelebraguetas con el oído pegado a las paredes.

—He aclarado algunas muertes, si te refieres a eso.

—El presidente Quintana y yo estamos seguros de que también en esta ocasión la aclararás —concluyó, pero algo en el tono de su voz sugería que no lo estaba—. Te decía antes que esta tarde podrás conocer a la sustituta de Esther. Tengo una entrevista con ella. ¿Podrás venir a las cuatro y media?

—Sí.

En el *dossier* que Álvaro le había entregado figuraban la dirección y el teléfono de Esther Duarte y decidió aprovechar las horas de espera en Madrid para entrevistar a su padrastro. Llamó por teléfono y una voz de hombre respondió al primer timbrazo, como si estuviera esperando a que sonara.

—Me llamo Ricardo Cupido y me ha contratado Mistralia para investigar las circunstancias de la muerte de su hijastra. Me gustaría hablar con usted —repitió la avejentada fórmula para la que no encontraba alternativa. No conocía otro modo más adecuado para presentarse. Aún no había aprendido a ignorar las miradas perplejas y desconfiadas, irritadas o irónicas con que respondían a su «detective privado» y, por otra parte, no tenía una placa policial en la que apoyarse. Como su trabajo comenzaba siempre después del de la policía, solía encontrar una gran resistencia a repetir sus declaraciones, un deseo de descanso que él venía a perturbar, una fría desconfianza de los sospechosos, a quienes una voz admonitoria les aconsejaba guardar silencio.

—Ya hablé con los de Mistralia y con la policía —respondió con voz seca,

quebradiza.

En el taxi en el que se dirigía hacia su domicilio, Cupido se preguntó por qué había aceptado hablar con él solo cuando le dijo que vivía en Breda, como si también él rebosara de preguntas y esperara la revelación de algún secreto de Esther Duarte.

Abrió enseguida el portal, en un chaflán de la calle O'Donnell, y lo esperó en la puerta del piso. De unos cincuenta y cinco años, delgado, canoso, con una barbita recortada y el cutis tostado sobre una camiseta de motivos étnicos. Al saludarlo, Cupido intentó añadir algo personal, pero tuvo que recurrir a una manida frase de condolencia. El hombre asintió y lo invitó a entrar en el piso, amplio y luminoso si no tuviera las ventanas cerradas. El humo del exceso de tabaco y de la falta de ventilación le produjo picor en los ojos.

—Estaba preparando café. ¿Le apetece?

—Sí, gracias.

Mientras lo oía trajar en la cocina observó la decoración. No todo era bonito, pero todo era caro: el moderno mobiliario, los cuadros, los adornos, las lámparas. Había algunos grabados, algunos libros, y todo lo demás era tecnología: el televisor de enorme pantalla, reproductores de música e imágenes, auriculares inalámbricos, detector y cámara de seguridad de la alarma y aire acondicionado. Las pilas de cedés y algún *pendrive* le hicieron pensar en descargas ilegales: toda la música, todas las películas, todos los libros podrían estar guardados en el ordenador de sobremesa o en el portátil encendido en la mesa baja. Junto al portátil, varios mandos a distancia y una cajita de madera con incrustaciones de marfil. Cupido no resistió la tentación de abrirla: un espejo, una tarjeta de Travel Club y una bolsita con una esquina de polvo blanco.

Según Álvaro, la casa estaba en disputa. El padrastro y la madre de Esther habían habitado aquel refugio, lo habían dotado de todas las comodidades seguramente con la esperanza de ser allí felices, pero la muerte de la madre había confirmado la precariedad de los sueños.

Estaba observando una fotografía en el centro del mueble en la que había identificado a la ingeniera cuando oyó a su espalda:

—Le aconsejé que no aceptara ese trabajo, que no le era necesario ni económica ni profesionalmente, que no tenía nada que demostrar. Pero Esther era muy testaruda y no me hizo caso. Prefirió irse a ese sitio perdido en lugar de quedarse aquí..., con su familia, porque de algún modo lo soy —dijo mientras colocaba la bandeja en la mesa. Tenía una voz extraña, seca, como si surgiera de un tronco de madera que emitía pequeños quejidos, aunque no parecían de dolor por la muerte de su hijastra—. Los dos podíamos haber vivido aquí, ya lo ve, el piso es suficientemente grande para no estorbarnos. ¿Azúcar?, ¿leche?

—Solo. Gracias.

Sirvió los cafés, se sentó frente a él en el borde del sofá, encogido como si el mueble estuviera lleno de fantasmas y apenas cupiera entre ellos. Sacó un cigarrillo

del paquete de Camel que había sobre la mesa.

—¿Fuma?

—No, gracias.

—Así que se fue a ese sitio —aspiró con avidez dos caladas seguidas y dejó el humo flotando entre ambos, como una coraza—, sin nadie para acompañarla..., aunque Esther era una de esas mujeres que no saben vivir solas, ni siquiera de lunes a viernes. Al principio venía todos los fines de semana, pero últimamente solía quedarse por allí. Decía que tenía guardia, como si un parque eólico fuera una guardería o un hospital. Ya solo se acercaba una vez al mes, porque era muy metódica con su trabajo y seguía guardando aquí sus archivos. Sabía que aquello era algo temporal.

—¿A qué se refiere? —se interesó Cupido. Había detectado el malestar que transmitían sus palabras.

—No me dirá que no lo sabe. Me dijo que usted es de ese lugar.

—¿Qué tengo que saber?

—¡Pero si en provincias algo así no puede mantenerse en secreto! Y menos para un detective —espiró una cansina bocanada de humo y buscó un cenicero, oculto bajo un periódico. Cupido observó los gordos gusanos de ceniza de los cigarrillos abandonados a medias.

—Hasta ayer, cuando me llamaron de Mistralia para contratarme, no había oído hablar de Esther Duarte.

El hombre pareció creerlo. Elevó la taza de café y se inclinó hasta encontrarse con ella a medio camino. Un fugaz gesto de dolor contrajo su rostro, como si se hubiera quemado los labios.

—Esther comenzó a salir allí con alguien. Es lógico. ¿Qué otra cosa podía hacer una mujer sola en un lugar así, donde no había estado nunca, donde no conocía a nadie más que a los compañeros de la empresa, sin nada en que ocuparse cuando terminaba su trabajo y comenzaban las horas de aburrimiento? ¿Qué se puede hacer en un pueblo? ¿Deporte? ¿Ver la tele? ¿Hablar por el ordenador? Todo eso es insuficiente. Y ahora está muerta.

—¿Cree que hay relación entre ambas cosas? —le preguntó, desconcertado por el modo en que las había asociado.

—¡Claro que la hay! No habría muerto si hubiera venido a casa los fines de semana.

—¿Desde cuándo ocurría eso?

—Desde hacía tres o cuatro meses.

—¿Cómo se llamaba él?

—No lo sé, esperaba que usted me informara. Ni yo se lo pregunté ni ella me lo contó.

—Profesionalmente, ¿tenía algún enemigo?

—Al menos tenía uno.

—¿En Mistralia?

—Esther tenía discrepancias con ese vicenosequé... Un tal García-Lage. Habían discutido algunas veces. Decía que él había pretendido el trabajo que le encargaron a ella.

—Y ustedes dos, ¿se llevaban bien?

—Podríamos habernos llevado mejor —tardó unos segundos en responder y llenó la pausa con un chorro de humo. Luego apagó el cigarrillo apurado hasta la espuma—. Yo habría olvidado todos sus reproches.

—¿Reproches?

—La historia venía de tiempo atrás —reconoció sin pudor—. Esther pensaba que yo había seducido a su madre cuando aún estaba casada y había destrozado su matrimonio. Luego, su padre se había hundido en una vida de excesos y caos hasta que un día su coche voló por un puente, nunca se supo si por accidente o por voluntad propia...

—¿Y eso era cierto?

—No, no lo era. No tenía motivos para pensarlo.

—Este piso, ¿era suyo? —recordó lo que Álvaro le había contado.

—Su madre había dispuesto que yo disfrutara de él hasta que Esther lo necesitara si se casaba o si tenía un hijo. No era así y sin embargo ahora ella quería que me fuera —aspiró para sorberse unos mocos inexistentes y se tocó la nariz con nerviosismo mientras decía, con una voz de la que parecían salir astillas—: Me había dado seis meses de plazo para buscarme un sitio donde vivir.

—¿Y ahora?

—Ahora la casa será mía.

Cupido había olvidado el café y se llevó la taza a los labios. Bebió un sorbo y lo dejó sobre la mesa. Se había hecho una idea del entorno familiar de Esther Duarte: huérfana de padres divorciados de manera traumática. En ese aspecto no parecía que hubiera sido muy feliz. Se lleve uno mejor o peor con su familia, se dijo, a todo el mundo le gusta sentir que la tiene ahí para cualquier necesidad. Por otro lado, se sentía desorientado por la ambigua mezcla de enemistad, cariño y resignación de que estaban teñidas las palabras del padrastro, por las dudas de que fuera un hombre impecable. Cuando leyera el *dossier* de Mistralia sin duda avanzaría en otros aspectos.

—Ese sábado, cuando murió —añadió de pronto el padrastro—, Esther iba a venir a Madrid.

—¿Y?

—Me llamó por teléfono hacia las cinco de la tarde para avisarme de que había cambiado de planes y se quedaba allí. Me dijo que le había surgido algo imprevisto.

—¿A qué se refería?

—No se lo pregunté.

Se levantaron y el hombre lo acompañó hasta la puerta. Cupido recordó que tenía

dos entradas para el partido de fútbol de la Champions y que no las utilizaría, porque había decidido volver a Breda esa misma tarde.

—¿Le gusta el fútbol?

—Mucho.

—Tengo dos entradas para el partido de esta noche que no voy a utilizar. Tal vez usted pueda aprovecharlas.

—Sí, gracias —aceptó complacido.

Se dieron la mano para despedirse y todavía el padrastro dijo:

—La hemos incinerado hoy y ya es solo humo. ¿Cuándo terminará todo esto?

—Cuando se sepa quién la mató.

—Entonces dese prisa en aclararlo. Quiero arreglarlo todo cuanto antes. Es la única manera de empezar de nuevo.

Sabía que los periodistas no tenían un horario fijo y paró un nuevo taxi que lo llevó hasta la sede del periódico. Tuvo suerte y Adrián Sanmacario estaba en su despacho. La recepcionista preguntó a Cupido:

—¿De parte de quién, por favor?

—De Mistralia.

El nombre de la empresa le abrió paso hasta la oficina ubicada tras una mampara de cristal, al fondo de una sala donde una docena de periodistas hablaban por teléfono o se afanaban tecleando en los ordenadores. Sanmacario lo esperaba ante la puerta, con las mangas de la camisa recogidas hasta la mitad del antebrazo, lo que le daba un aire informal, pero enérgico y laborioso. De unos cuarenta años, llevaba el pelo muy corto y una media barba que le empezaba a grisear. Tenía el pómulo izquierdo algo hinchado, como si hubiera chocado contra algo o hubiera recibido un golpe.

—Maca —se presentó estrechando su mano. Luego dio una orden a la secretaria que ocupaba la mesa más cercana—: Que nadie nos moleste.

Cerró la puerta a sus espaldas y le indicó una silla mientras rodeaba la mesa y se sentaba en un sillón de cuero, con el apoyabrazos derecho elevado más alto que el izquierdo.

—Tú no eres policía —afirmó.

—Soy detective privado.

—Seguro que pagan bien los de Mistralia —bromeó, pero enseguida, acostumbrado a ir al núcleo de la información, dijo—: Ya hablé con alguien de la policía. Aunque Esther y yo no nos veíamos desde hacía varios meses, he lamentado mucho ese final tan atroz. Sé cómo funcionan estas cosas, porque me ha tocado informar más de una vez, y le conté a la policía dónde estuve aquella noche. Así no hay malentendidos.

De un cajón de la mesa extrajo un ejemplar de su periódico y lo abrió por la página donde aparecía una crónica firmada por él de la rueda de prensa celebrada en

el Vicente Calderón tras el partido de fútbol del sábado. Mientras Cupido la leía, Maca se recostó hacia atrás en el sillón y apoyó la pierna izquierda en el apoyabrazos.

—¿Ya sabéis cómo ocurrió? —preguntó cuando el detective levantó la vista del periódico. Desde el principio había tomado la iniciativa y era él quien formulaba las preguntas.

—Todavía no.

—Temo que no podré ayudaros. A un periódico como el nuestro llega mucha información: documentos, chivatazos, anónimos... Pero en este caso no hemos recibido nada.

—¿Ni una sospecha?

—Ni una sospecha.

—¿Esther Duarte era de las personas que se suicidan?

Sanmacario lo miró con seriedad.

—No sé si existe un tipo de personas que se suicidan o si más bien existen personas que provocan el suicidio de otros. En cualquier caso, Esther no era de las primeras. Desde luego, el ahorcamiento es una forma fácil: solo se necesita un sitio un poco alto, una cuerda y dejar que actúe la gravedad. Pero nada más absurdo que imaginarla trenzando un nudo corredizo en una soga. Ese no era su estilo, eso queda para los wésterns... Soy incapaz de entender su muerte. Ni la imagino colgándose allí arriba, ni imagino quién podría llegar tan lejos contra ella. No era una mujer que se hiciera querer por todo el mundo, ¡pero matarla!

—¿Seguís siendo amigos?

Maca sonrió, bajó la pierna del brazo del sillón y se inclinó hacia delante.

—¡Por supuesto! Éramos gente civilizada. Nos vimos durante unos años. Luego, aquello se fue enfriando y lo dejamos. Hace unos tres meses coincidimos una noche en una fiesta. Tomamos una copa, me contó que Mistralia la había enviado a ese lugar, Breda, a montar una planta de aerogeneradores. Estuvimos charlando un rato y luego cada uno se fue para su casa. Los dos sabíamos que todo había terminado definitivamente. Sin traumas ni aplausos. Y a otra cosa. Ya sabes lo agitado que es este oficio del periodismo —con un gesto señaló su despacho y la sala de fuera, donde se afanaban redactores y becarios—. Vamos, venimos, nos vemos obligados a tratar con mucha gente. Recordamos a algunos, a otros los olvidamos enseguida. Unos nos caen mal, con otros simpatizamos. Nunca falta alguna mujer que te abre los brazos, tampoco algún hombre que te enseña los puños. Aprendes a detectar quién miente y quién dice la verdad, pero eso no siempre podemos escribirlo. Aprendemos a fingir que los creemos...

—¿Esther mentía? —lo interrumpió.

—Lo imprescindible.

—¿También a ti?

—También a mí —sonrió.

—¿Y no volviste a verla desde ese encuentro?

—No. Sin embargo, dos o tres días antes de su muerte me llamó al móvil. Pensaba venir a Madrid ese fin de semana y quería contarme algo importante, pero no quería hacerlo por teléfono.

—¿Algo personal? —Aquella información coincidía con la del padrastro.

Maca abrió los ojos con gesto interrogativo.

—No lo sé. No lo sé. Podía tratarse de cualquier cosa. No sería la primera vez que me contaba alguna confidencia. Le dije que no podíamos vernos, porque estaba muy ocupado con otros compromisos.

Maca intentaba bromear, pero había algo sombrío e inarmónico entre el tono de su voz y el gesto que le enfriaba la mirada. ¿Sería verdad que entre ellos todo se había limitado a una aventura? Había hablado de ir y venir, de conocer a gente y olvidarla, pero una simple aventura no se prolonga durante varios años. ¿Podría haber asistido a la rueda de prensa tras el partido de fútbol, escribir la crónica y luego haber salido hacia Breda, en medio de la noche? Los buenos periodistas escribían rápido y bien. Había oído contar de uno de ellos que tenía el don de la ubicuidad y que podía asistir a dos actos que se celebraban a la misma hora en dos lugares distintos y firmar al día siguiente las dos crónicas como testigo. En cualquier caso, era altamente improbable.

La entrevista había durado quince minutos, pero por la actitud de Sanmacario y por los datos que siempre le aportaban los lugares de trabajo, Cupido dedujo que el periodista disfrutaba recibiendo información privilegiada y que se sentía muy a gusto en aquel despacho donde podía cruzar la pierna sobre el brazo del sillón. Había conocido a gente así, a quienes les apasionaba el éxito, que les hacía mostrarse generosos, pero a quienes el fracaso también volvía vengativos.

—No he visto fotos de la muerte, si es que las hay —dijo Maca cuando se despedían—. Hoy día no ocurre nada importante que no quede registrado por algún objetivo, todo el mundo lleva una cámara en el bolsillo. Pero aun así no logro quitarme de la cabeza la escena tal como la imagino, con Esther colgando allí arriba.

Había elegido mal muchas cosas en su vida: la ciudad donde vivía, a los compañeros en algunos viajes que perdieron la magia, a algunas amigas, a algunos de los hombres que había amado y, sobre todo, su matrimonio con Adrián. Pero al menos no había elegido mal su profesión. En su trabajo era feliz, cualquiera que fuese la tarea: redactando en la oficina el proyecto de un parque, o pateando las sierras para elegir el lugar idóneo según las horas anuales de viento, o en los controles de una subestación. Le gustaba mucho la precisión que exigía, le gustaba que la propia naturaleza de su oficio impidiera las chapuzas. Una desviación de medio milímetro en los cimientos de una torre significaba medio metro en el último tramo; un minúsculo error en el giro de un rotor provocaba vibraciones y turbulencias desastrosas en el giro de las aspas. En las matemáticas encontraba una embriagadora lealtad y una pureza de comportamiento que no encontraba en la vida, tan inestable, tan injusta, tan arbitraria y caótica. La nobleza con que la física aceptaba su derrota cuando el hombre doblegaba sus leyes y las ponía a su servicio le resultaba un ejemplo de comportamiento. Cuando su vida personal se tambaleaba, el trabajo le proporcionaba un refugio estable, a pesar del vértigo que se sufría en la góndola de los aerogeneradores. La primera vez que subió soplaban un viento superior a veinticinco kilómetros por hora, por lo que las aspas estaban en bandera, y aun así la oscilación le causó un mareo tan repentino que apenas tuvo tiempo para sacarse el casco de la cabeza y arrojar dentro el contenido de su estómago. Pero también había superado esa inestabilidad y no había tardado mucho en acostumbrarse.

Los bienes materiales que poseía —su apartamento en Madrid, su trabajo, la seguridad económica— no eran fruto de la casualidad. Podía afirmar sin petulancia que los había ganado con su esfuerzo. Tampoco constituían una sorpresa: desde mucho antes de tenerlos ya sabía que los tendría, porque desde niña había sido trabajadora, tenaz e inteligente. Sin embargo, nunca había imaginado que la ingeniería le reportara satisfacciones tan gratificantes, porque no había elegido esa carrera por vocación. Había llegado a ella por descarte, pero con el tiempo se había convertido en un buen salario y en una plataforma de confianza en sí misma. Los pequeños rituales diarios —fichar al llegar a la oficina, encender el ordenador, revisar las incidencias en los parques y proceder a su solución— se convertían en conjuros para espantar el desaliento. Su profesión y la implacable lógica que requería destilaban un bálsamo contra la catástrofe. Cuando todas las puertas se habían cerrado a su alrededor, la del trabajo permanecía abierta iluminando una vía de escape; cuando los truenos estallaban en su cabeza, el silencio de su despacho calmaba la agitación de sus sienes; cuando las paredes de su casa la asfixiaban con el nudo de la soledad, en la sede de Mistralia encontraba cobijo, aire y compañía: hasta



el cojín que había comprado para elevarse unos centímetros en el sillón y escribir con mayor comodidad la acogía con su cálida textura y con la forma del relleno adaptada a su cuerpo; cuando, como a los mutilados, le resultaba insoportable el dolor pulsátil en el hueco donde había guardado el corazón, su trabajo desplegaba una condición terapéutica, le ponía la sangre en movimiento, espabilaba sus músculos y la obligaba a caminar. Así que no representaba ningún mérito haberse convertido en poco tiempo en uno de los ingenieros más valorados de la plantilla de Mistralia.

Faltaban diez minutos para las cuatro y media, la hora de la cita con Álvaro, cuando llegó a las puertas de cristal de la sede. Por deformación profesional miró hacia arriba, hacia el enorme molinete de la fachada, con el atractivo cromatismo de sus aspas: rojo, verde, azul.

«Los logos son hoy a las empresas lo que los escudos nobiliarios eran a los señores feudales», solía decir Álvaro cuando coincidían en la entrada.

Saludó a las recepcionistas y subió en el ascensor hasta el despacho de Álvaro. Aún faltaban cinco minutos cuando llamó a la puerta.

—¡Qué puntualidad! Pasa. Me alegro de verte —le dijo, porque hacía algún tiempo que no coincidían. Aunque trabajaban en el mismo edificio, podían pasar días sin encontrarse—. ¿Cómo estás? —le preguntó cuando se sentaron.

Senda daba por hecho que su divorcio había originado muchos chismorreos en la empresa e imaginaba a algunos compañeros relamiéndose de gusto con los comentarios. Había advertido los repentinos cambios de conversación al llegar junto a un grupo, los silencios más protocolarios que compasivos, la supresión de una palabra para que no se sintiera aludida. Suponía todo lo que habrían dicho, verdades y mentiras, aciertos e infamias, porque también ella había hablado cuando se trataba de otros.

—Bien. Tirando —precisó.

Álvaro cabeceó unos instantes, pero su gesto no duró mucho.

—Queremos hacerte una propuesta. Viene de arriba —señaló con el pulgar—. Me han pedido que hable yo contigo.

—Te escucho —dijo, consciente de que no podría negarse. Una propuesta de la planta diez hacia abajo era una oferta. Una propuesta de la planta veinte era una orden.

—Solicitaste un cambio temporal de destino. —Sacó una hoja impresa de la carpeta que tenía sobre la mesa.

—Sí.

—Fuera de Madrid.

—Sí.

—Tenemos un proyecto que puede interesarte. Aunque queda un poco lejos.

—Ahora mismo, cuanto más lejos, mejor —replicó.

—Sierra Ufana.

—Bueno, no está tan lejos. En Breda —contuvo un estremecimiento.

—Hace dos años colaboraste en el proyecto de instalación.

—¿Y ahora queréis que...?

—Sí. Te proponemos que ocupes el lugar de Esther. Tienes el perfil adecuado. Además, los nuevos prototipos son alemanes. Vendrán técnicos de Hamburgo y eres la persona idónea para entenderte con ellos. Tú hablas muy bien alemán, los otros parece que lo estamos masticando —sonrió.

Senda hizo un gesto de duda que Álvaro debió de interpretar como de alarma, porque insistió:

—Ya sé. Ya sabemos que ha sido horrible esa forma de morir. Pero todavía no estamos seguros de que no se trate de un suicidio, a pesar de la opinión de la guardia civil de Breda... En provincias se aburren mucho y son proclives a inventar conspiraciones. En cualquier caso, estamos seguros de que su muerte no ha tenido nada que ver con su trabajo. También sabemos que entre tú y ella... Pero Esther ya no está. Y todos tenemos que mirar hacia delante.

—No conozco los detalles de su muerte.

—Tampoco nosotros, no creas. Apareció ahorcada en la trampilla de uno de los aeros de Sierra Ufana. La verdad es que, si se ha suicidado, podía haber tenido mejor gusto... y mayor discreción. Pero parece que el exhibicionismo es cada vez más común entre los suicidas. ¡Menos mal que esquivamos a la prensa, porque una imagen como esa enseguida se habría convertido en *trending topic* en las redes sociales! El King —bajó la voz— no está contento. Hemos contratado a un detective privado de allí, a un nativo —golpeó con la mano la carpeta, de la que extrajo unos folios unidos con una grapa—. Tiene un nombre curioso. Ricardo Cupido.

—¿Que habéis contratado a un detective privado? ¿Para qué?

—Para que ayude a aclarar lo ocurrido y para que se ponga a tu disposición si lo necesitas... Y si es que aceptas. Quiero que lo conozcas. Estará aquí en unos minutos.

—¿Cuáles serían mis atribuciones?

—Las mismas que las de Esther. ¡Plenos poderes! Serías la responsable de todo aquello, tendrías que tomar decisiones adecuadas en un momento delicado. Ya sabes lo importante que es este proyecto para Mistralia. Con la ampliación y los nuevos prototipos pasaremos de cuarenta megas a ciento treinta. Después de dos años ya sabemos que allí el viento es muy rentable, nos da muchas horas aprovechables. Es una apuesta personal del King. Y para ti, culminar con éxito la ampliación y ponerla en funcionamiento te supondrá un salto. No quiero negarte que hay algunos problemas que Esther no acababa de resolver.

—¿De qué tipo?

—Algunos de los propietarios de los terrenos necesarios para la ampliación, en el eje de la sierra, se niegan a vender.

—¿No habéis ofrecido lo suficiente? —preguntó con ironía.

—Más que suficiente. En blanco y en negro.

—¿Entonces?

—Son una pareja de ecologistas —dijo con un tono de voz que lo explicaba todo.

—Creía que teníamos a los ecologistas de nuestro lado.

—No a todos y no siempre. Nunca están contentos. Ni quieren nucleares por el peligro de la energía atómica ni quieren térmicas por el humo, pero tampoco quieren aerogeneradores porque molestan a los pájaros. ¿En qué quedamos? No hay manera de convencerlos. Ya se opusieron a la instalación de la primera fase, argumentando que Sierra Ufana no era el lugar apropiado. Y ahora que tocamos sus intereses, con más motivo. Por ahí tengo un montón de cartas con sus protestas. No te imaginas cómo pueden aferrarse al terruño algunos de estos urbanitas reconvertidos en campesinos.

—¿Son urbanitas? —se extrañó.

—Forman una pareja muy peculiar, ya los conocerás. Ella es de allí, de Breda, pero él huyó de Madrid al campo y ahora lo defiende con más ardor que los propios destripaterrones. Tendrás que convencerlos de la manera más discreta.

—Les pediré perdón por tener aire acondicionado —bromeó.

—Tendrás que actuar con prudencia. Ellos saben que cualquier mínimo incidente que se produjera atraería la atención pública. Y desde la muerte de Esther la prensa está alerta esperando más carnaza. Lo último que necesitamos es una campaña contra nosotros con pancartas, recogida de firmas, manifiestos en las redes sociales y con los de Greenpeace yendo a meter las narices a ver qué está pasando por allí. Si sospecharan algo raro, ¿cuánto crees que tardarían en tirarse encima en paracaídas?

—¿Pero es que tenemos algo que ocultar?

—Nada distinto de lo habitual. Sabes que a veces hay que hacer algunos regalos, digamos que para que se agilicen los trámites. —Esbozó una sonrisa que no obedecieron los ojos—. Hemos invertido mucho en esa planta, Senda. Dinero, tiempo y prestigio. El King no va a permitir que fracase. Si tú estás dispuesta a sacarla adelante, el trabajo es tuyo. No quiere enviar a nadie contra su voluntad. ¿Qué me dices?

—Que sí.

—¡Estupendo! Me das una alegría. Sé que lo harás bien.

—¿Cuándo tengo que empezar?

Álvaro abrió los brazos.

—¡Cuanto antes! Allí todo está parado hasta que llegue un sustituto. Si te parece, te preparamos la documentación y los permisos y los firmamos mañana a primera hora. Luego... ¡Sierra Ufana es tuya!

—De acuerdo —dijo levantándose de la silla.

—¡Espera! Quiero que conozcas al detective. Si es tan puntual como tú, ya debe de haber llegado.

Álvaro salió del despacho y regresó dos minutos después acompañado de un hombre alto.

—Senda Burillo. Ricardo Cupido —los presentó—. De algún modo, vais a tener

que trabajar juntos —añadió, como si hubiera algún inconveniente que lo impidiera.

Senda, sin embargo, no se sintió alarmada por una posible colaboración. Iba a trabajar a un lugar alejado donde no conocía a nadie, a sustituir a una mujer muerta en circunstancias confusas y de un modo violento, porque incluso el suicidio le parecía un acto de profunda violencia. Pero su muerte no la entristecía. En cualquier caso, no estaba mal tener a alguien a quien acudir en caso necesario.

—Senda te facilitará la información concreta que necesites —dijo Álvaro al detective.

—Hablaremos allí —le propuso Senda.

—De acuerdo.

—Lo importante es dejar atrás cuanto antes este penoso accidente y recuperar la normalidad.

Desde que ya no estaba Adrián procuraba no llegar a casa con la tarde avanzada, cuando aún era demasiado temprano para cenar o ver la tele o descansar y sin embargo ya era demasiado tarde para salir de paseo o de compras. En ese tramo de tiempo la soledad se le hacía insoportable, pero ahora había vuelto sin darse cuenta, absorta en los sentimientos contradictorios que le generaba el nuevo trabajo.

Dejó en el escaño de la entrada el bolso y la carpeta con el *dossier* de Sierra Ufana y en el dormitorio se quitó los zapatos y se dejó caer sobre la cama. Encendió mecánicamente el televisor y buscó algo que la distrajera entre todos los programas que los satélites arrojaban como polen sobre la tierra. Lo apagó cinco minutos después, incapaz de interesarse por nada. Abrió el altillo del armario y sacó una maleta, pensando en lo que debía llevarse a Breda al día siguiente: ropa, la documentación, el ordenador, la agenda, el cargador del móvil —que siempre se le olvidaba—, las lentillas, los útiles de aseo.

¡Qué pereza tan grande ponerse a preparar ella sola el equipaje y, en cambio, con qué ilusión lo calculaba todo cuando viajaban juntos! Hasta dos años antes Adrián insistía en que lo acompañara en sus viajes, aunque tuviera que pedir algunos días sin sueldo, repitiendo siempre las mismas frases:

—Si tú no vienes, no saldré del hotel.

—¡Pero si vas a una ciudad muy bonita!

—¡Precisamente por eso! ¡Cuánto más hermosa es una ciudad menos apetece verla solo!

Subían a un avión o cogían el coche y, como a ella no le gustaba conducir, lo miraba sujetar el volante con firmeza, disfrutando de la velocidad permitida en las carreteras alemanas, aunque a veces él también posaba una mano sobre sus muslos y la dejaba allí, sin hacer nada, mientras a ella le entraban unas ganas terribles de parar y buscar un refugio durante media hora. Recorrían muchos kilómetros, comiendo algunas golosinas o frutos secos y bebiendo una Coca-Cola. Al llegar al destino

Adrián se iba al trabajo, a alguna entrevista o reportaje y ella se quedaba remoloneando en la cama del hotel, o salía a recorrer la ciudad en uno de sus larguísimos paseos, que era el mejor modo para orientarse y recordar las calles incluso cuando hubiera pasado mucho tiempo.

Luego también fueron quedando atrás los viajes en común y aquella expansión de los sentidos que les provocaban las ciudades hermosas y lejanas. Adrián aprendió a hacerse él mismo las maletas. Ya siempre tenía una razón para viajar solo y ella fue una pobre idiota por creerlas. Lo más curioso es que Adrián le había reprochado mil veces que fuera tan ingenua, que se fiara de todo el mundo, que creyera que toda la gente era buena, porque de esa credulidad le venían tantos disgustos y decepciones. ¡Ah, a la postre resultó que estaba hablando de sí mismo, que era a sí mismo a quien se refería! ¡Pues bien, ella ni se avergonzaba de haber sido una pava ni iba a sentirse culpable por no haber desconfiado de todo el mundo! Al contrario, a veces sentía deseos de salir a gritar a la calle y de colgar una pancarta en su ventana reclamando: «Inocencia: especie protegida». Si estuviera en su mano, declararía la inocencia Patrimonio de la Humanidad, de modo que los tramposos, los depredadores, los matones, los explotadores, los maliciosos, los taimados tuvieran que pensárselo un momento antes de causar sus destrozos.

El teléfono fijo sonó de repente en la mesilla.

—Hola, hermanita —era la voz de Manu.

—Espera que me ponga cómoda —dobló la almohada y se recostó en ella. Luego encendió un cigarrillo y puso el cenicero al alcance de la mano—. ¿Hermanita? Si te llevo dos años.

—Pero solo en edad cronológica. En todo lo demás eres mi hermana pequeña.

Era cierto. Los dos habían tenido siempre una unión especial y Senda lo achacaba a la temprana muerte de su madre cuando eran niños. A pesar de los dos años de diferencia, Manu, muy corpulento, se había convertido enseguida en su protector, y había acentuado su sentido de protección tras el divorcio.

—Te iba a llamar ahora mismo.

—¿Por?

—Me voy de viaje.

—¿Adónde?

—No exactamente de viaje. Me voy a trabajar fuera. A Breda. ¿A que no sabes por dónde queda?

—Por supuesto que sí. Incluso pasé una vez por allí, camino de Portugal —dijo riéndose. Era cierto: había muy pocos lugares que Manu no hubiera visitado o no supiera localizar—. ¿Cuándo te vas?

—Mañana.

—¿A qué vienen tantas prisas?

—¿Y qué hago aquí?

Le contó la muerte de la anterior ingeniera, pero le ocultó que se trataba de

Esther.

—Me han hecho una oferta estupenda y he aceptado ocupar su lugar.

—No habrá ningún problema por allí, ¿no? —receló Manu.

—Lo de siempre. Aunque me da un poco de miedo asumir de golpe un trabajo tan complicado y tan importante para Mistralia. Me mirarán con lupa.

—Lo harás estupendamente. Lo sabes.

—Pero también me apetece irme de Madrid por un tiempo. Creo que me hará bien.

—Sí, quizá te convenga alejarte durante una temporada. —Se quedó callado unos instantes—. ¿Has vuelto a verlo? —le preguntó. Adrián nunca le había gustado, y aunque mientras estaban casados nunca había formulado ni una sola crítica hacia él, después no se había callado sus reproches ni sus resquemores.

—No —respondió Senda.

—Yo sí.

—¿Sí? ¿Cuándo?

—Hace dos días.

—¿Y qué te dijo?

—Más bien qué le dije. No fue una conversación agradable.

—¿Discutisteis?

—Peor.

—¿Os peleasteis? —se alarmó, porque temía la fuerza de Manu y sabía hasta qué punto estaba dispuesto a emplearla para defenderla.

—¿No te ha llamado?

—No, hace mucho que ni siquiera hablamos por teléfono.

—Lo golpeé. Le hice algo de daño.

—¡Eres un bestia! ¡Te dije que no te metieras en esto! —le gritó—. Esas tonterías no hacen más que complicarlo todo.

—¿Complicarlo? Es imposible complicarlo más. Ya estáis divorciados. ¿O es que esperas que vuelva a pedirte que te cases con él? ¡Incluso en ese caso sería lo último que deberías hacer! —estalló—. Convéncete, Senda, Maca no merece la pena. Nunca la mereció. Es un miserable. Tú vales mucho más que toda esa historia.

—¿Iba con alguien?

—¡Olvídate de eso! ¿Para qué quieres saberlo? Seguir pensando en lo mismo solo te hará daño.

—¿Iba con alguien? —insistió.

—¡Sí! —gritó—. Iba con una mujer.

Los dos permanecieron unos segundos en silencio, hasta que Senda le oyó tragar saliva antes de hablar:

—Ahora mismo solo me arrepiento de no haberle dado más fuerte —y al comprobar que ella no decía nada, añadió—: Por favor, Senda, no quiero que sufras, no me gusta verte llorar. Míralo de ese modo: te has librado de él. ¡Por fin te has

librado de él! Ya no tienes razón para seguir sufriendo.

—No estoy llorando —replicó. Era cierto. Si a Manu no le gustaba verla llorar, ella no soportaba que la vieran llorando, y en los últimos tiempos había ocultado muchas veces sus lágrimas. Sin embargo, en ese momento sentía una oleada de rabia y resentimiento hacia Adrián no solo por su traición, también por todas las distorsiones que había provocado en su familia, por la discusión que ahora mantenía con su hermano, por todos los amigos perdidos.

—¿Cómo pudiste casarte con un tipo así? Ya sé que dirás que soy un listillo al hablar a toro pasado, pero nunca me cayó bien. No te lo dije, pero sé que tú lo notabas.

—Era evidente, Manu.

—¡Ay, hermanita! ¡Tan lista para los estudios y tan torpe para las emociones! No sé para qué te ha servido tanta inteligencia. Iré a verte —continuó—. Iremos a verte a ese sitio.

—Estupendo. No creo que allí haya muchas posibilidades para divertirse. Y estaré sola.

—Hay cosas peores que vivir sola. Y además, no te faltarán pretendientes en cuanto dejes de pensar en él, ya lo verás. Eso los hombres lo notamos enseguida.

—¿El qué?

—El que una mujer esté pensando en un hombre. En cuanto lo dejes a un lado, verás como te sale un montón de pretendientes. Eres muy joven.

—Ya no lo soy, Manu. Hace un año era diez años más joven. Ahora me siento diez años más vieja.

Después de colgar fue al salón y se sirvió un *whisky*. Sabía que no le convenía beber a aquellas horas, aunque no tuviera problemas con la bebida. De hecho, pasaba muchos días sin tomar más que una copa de vino en las comidas. Sin embargo, alguna vez se había preguntado si el hecho de planteárselo no era ya el atisbo de un problema, porque en más de una ocasión había hallado en el amargor del *whisky* una fiel complicidad con su propia amargura, como dos amigas que encontraran primero apoyo relatándose sus congojas, luego euforia tras el desahogo de las palabras y, por último, un resignado descenso a la realidad que se parecía mucho a una resaca.

Volvió a recostarse en la cama con el *whisky* en la mano y encendió otro cigarrillo. ¿Tendría razón Manu al predecir que en Breda no le faltarían pretendientes? Nunca se había considerado una mujer seductora. O le faltaba atractivo o, en su lugar, le faltaba esa brillantez mitad ingenio mitad descaro que va por ahí diseminando carmín y sustituyendo a la belleza. La frivolidad nunca había sido su fuerte. Sin embargo, no podía quejarse de experiencia emocional y no sentía ninguna carencia en ese aspecto. Su biografía sentimental había comenzado a los quince años, en el instituto, con la bisutería de los besos adolescentes, y más tarde había tenido varios novios en la universidad que no la hicieron sentirse ni demasiado afortunada ni demasiado infeliz, pero con los que fue refinando los placeres del amor

y conociendo sus madrigueras, las de la carne y las del corazón: besar, comer, sudar, chupar, morder, sangrar, gritar, reír, prometer, mentir. Antes de conocer a Adrián, pues, había amado con mayor o menor intensidad a un puñado de hombres con los que había cometido alguna maldad y varias estupideces: algún amigo de la pandilla, un profesor de filosofía que le llevaba quince años, un hermoso aspirante a modelo tan anodino como un maniquí de grandes almacenes y apenas un poco más útil... La naturaleza no la había dotado con armas espectaculares para la guerra amorosa, pero había sacado un buen partido de las que le habían tocado en el reparto, tanto que, a la larga, casi siempre fue ella quien cortó o dejó morir aquellas antiguas aventuras provocando algunos síndromes de abstinencia.

Y en el caso de que Manu acertara, ¿le gustarían a ella lo suficiente para romper la costra tras la que se había encallecido, aquella oscura y áspera escara que a veces notaba como algo físico sobre la piel, sobre sus manos, sobre sus senos? Lo peor de la decepción amorosa no es que ya no te quieran, se dijo, lo peor es que te deja sin nadie a quien querer, te despoja de un sentimiento que estabas dispuesta a regalar sin pedir nada a cambio y con el que de pronto no sabes qué hacer, en qué emplearlo.

Aplastó el cigarrillo en el cenicero, bebió de un trago el resto del *whisky* y comenzó a preparar la maleta.



También las aves de Sierra Ufana habían variado sus costumbres desde la instalación de los molinos. Habían aprendido a jugar allí arriba con las corrientes de aire que producían las aspas cuando estaban detenidas: cruzaban entre ellas, saltaban, se escondían, se columpiaban. Pero, atraídas por el juego, también acudían desprevenidas cuando estaban en marcha y las hélices las cortaban en el aire como una katana y morían por decenas. Había visto sus cadáveres cuando paseaba por debajo. Tal vez murieran las más lentas, las más torpes, pero lo que Darwin llamaba selección de las especies él lo llamaba carnicería de los débiles.

Estiró el brazo con lentitud para no despertar a Sonia y miró el reloj: casi las siete. Se concedió cinco minutos más para que los músculos avisaran a los huesos de que era hora de levantarse y para que las glándulas lacrimales lubricaran sus pupilas: en las últimas semanas venía notando que los ojos se le secaban bajo los párpados y que en la boca le escaseaba la saliva.

A su lado, Sonia roncaba suavemente. Al principio, varios años atrás, cuando comenzaron a vivir juntos, le había costado dormirse con aquella respiración junto a su oreja, pero ahora le resultaba tan imprescindible para conciliar el sueño como una nana para un niño. Sin embargo, Sonia era doce años más joven que él.

Muy despacio echó los pies fuera de la cama y ya se levantaba cuando la oyó removerse, expandiendo su tibio olor corporal.

—¿Ya te levantas?

—Sí.

—¿Qué hora es?

—Las siete.

—¡Qué temprano!

—Duerme. —Se inclinó hacia ella y la besó suavemente en los labios.

—Sí.

Sonia se dio la vuelta con un ronroneo y la colcha moldeó su cintura y su cadera. Tal vez le faltara algún kilo, pero su vulnerable delgadez le provocaba una ternura que le perforaba el corazón. En su turbulenta biografía sentimental se había relacionado con un centenar de mujeres, de la mayoría de las cuales no recordaba ni el rostro ni el nombre, muchachas de su mismo ambiente nocturno y copero, adictas no tanto al alcohol y a las drogas más o menos blandas cuanto a las largas horas de charlas y música y baile y excitación y sexo al final de la noche, cuando ya no era posible prolongar la madrugada con ningún estimulante. Si le hubieran preguntado por entonces cómo se veía en el futuro, nunca se habría imaginado viviendo en el campo, cultivando un huerto de almendros y hortalizas, rodeado de una tropa de animales domésticos y profundamente enamorado de una chica de pueblo. Siempre

había sido una rata de ciudad, un urbanita de Malasaña, un camarero de Malasaña, el dueño de un *pub* en Malasaña que había empeñado su vida en lo único que sabía hacer bien: servir copas. Desde detrás de la barra había vivido mil situaciones trágicas y cómicas y había visto desfilar ante él miles y miles de rostros de gente amable y educada, pero también de idiotas chulos y exigentes, recelosos y dañinos, de tipos de una insondable estupidez. Había visto a gente valiente y silenciosa y había visto a cobardes héroes de barra mientras él removía paletadas de hielo, preparaba cubatas, agitaba cócteles, servía copas cuya proporción de alcohol no necesitaba medir para contentar el gusto del cliente. La barra del Black había sido su reino, cuyas normas y leyes, servicios e impuestos él había dictado.

Y no le había ido mal. Desde los dieciséis años había trabajado como camarero en negocios ajenos. Luego se había independizado y había abierto dos bares —el primero, con dos socios; el segundo, él solo— y ninguno había cuajado. Pero cuando por fin encontró el local adecuado e inauguró el Black, desde el principio estuvo seguro de que esa vez iría bien. Con relativa facilidad, sin necesidad de grandes inversiones ni esfuerzos, solo con la elección de los camareros adecuados y de la música adecuada, había visto cómo se llenaba los fines de semana y cómo a diario era frecuentado por clientes que pronto se hicieron habituales, cómodos en el mobiliario de mimbre y seducidos por el trato discreto, por el ambiente relajado, por la honradez de las bebidas, en las que nunca permitió el garrafón ponzoñoso.

Al cabo de unos años compró el local, que por entonces ya era un clásico en la noche del barrio. Nunca dejó que camparan por él grupos de violentos, ni pequeños traficantes, aunque él mismo se había aficionado no a una droga en particular, sino a la excitación de las drogas. Excepto heroína, en aquellos años consumió de todo un poco y bebió algo más de lo conveniente, ninguna noche en exceso, pero todas las noches. Sin apenas ser consciente, la barra lo empujaba a servirse un *gin-tonic* o un *whisky*. Invitaba o se dejaba invitar y en muchas ocasiones, al cerrar, advertía hasta qué punto iba cargado.

Además, estaban las mujeres. Caníbales o dulces, calladas o burlonas, pacientes o quisquillosas, alegres o afligidas, casi siempre había alguna cerca, acodada en la barra con aire de propietaria por el hecho de estar viviendo una aventura con él, fumando un cigarrillo y envolviéndose en guirnaldas de humo, como un regalo entre lazos y rizos azulados, o llamándolo por teléfono para acordar una hora para verse o incluso, algunas veces, para apelar a sus sentimientos y llorar y pedirle algo que él no estaba dispuesto a dar.

No, nunca había hecho nada por nadie, envuelto en su vorágine, en su ambición de pequeño empresario de diversión nocturna, en sus conquistas sin compromiso ni demasiados escrúpulos. Nunca había dado nada hasta que conoció a Sonia.

Sonia apareció por el Black un fin de semana que pasaba en Madrid con una amiga que vivía en un apartamento del mismo edificio, dos plantas por encima del *pub*. No era especialmente atractiva, ni mostró mayor aprecio por el local y su

propietario. Le faltaban algunos kilos y él no estaba seguro de que le favoreciera aquel flequillo a lo egipcio, cortado muy recto sobre la frente. No bebía alcohol, aunque sí fumaba maría, que ella misma —le reveló— cultivaba para su propio consumo, en un remoto lugar llamado Breda, del que nunca había oído hablar.

—¿Se puede probar? —le preguntó.

—Claro —dijo con una voz grave, y le regaló una bolsita que llevaba encima.

La marihuana resultó dulce y muy narcótica, de savia azucarada por el estiércol de vaca y un riego moderado.

Al día siguiente, sin saber bien por qué lo hacía, la llamó por teléfono al apartamento de su amiga para invitarla a desayunar en una cafetería cercana.

—¿Desayunar? —preguntó Sonia, extrañada—. Son las doce y media. Estoy empezando a preparar la comida.

—¿Tan pronto? ¿Nunca duermes?

—Claro que sí. Por la noche. Me gusta el día. Lo de ayer fue una excepción.

—Vale. Entonces, ¿por qué no me invitas tú a comer? Me salto el desayuno. Además, es muy bueno el regalo que me hiciste. No es para consumirlo uno solo.

Tres horas después estaban haciendo el amor, sorprendido por la forma en que ella recorría su cuerpo con los dedos, como si fuera ciega, por sus movimientos pausados, por su acento —la suave supresión de algunas letras— y por algunas expresiones rurales que no había oído nunca, pero que no sugerían melindres de campos floridos ni de montañas nevadas, aunque tampoco hablaban de abonos o de animales de crianza; por la forma, en fin, en que se le quebraba la voz, como si emitiera un pequeño sollozo, cuando bajaba a los tonos más graves o cuando se agitaba su respiración. Sonia exhalaba un suave olor a semillas, aunque no sabía de qué, a árboles y al tabaco de liar que fumaba y que emitía un humo áspero y dulzón. Pasaron muchas horas juntos ese fin de semana, bajando o subiendo del apartamento al Black, del Black al apartamento. Le dijo que trabajaba en un hipermercado, en la sección de Devoluciones, deslizándose sobre unos patines por los largos pasillos para llevar o traer con rapidez cualquier producto.

No volvieron a verse hasta un mes más tarde, de nuevo en Madrid, aunque hablaron por teléfono algunas veces en conversaciones que se prolongaban mucho tiempo. Entre uno y otro encuentro advirtió que muchas de las cosas que le ocurrían estaban relacionadas con ella: de repente, un lunes un amigo le contaba que durante el fin de semana había viajado a una comarca que desconocía, de nombre Breda, cuyo paisaje lo había sorprendido agradablemente; o sonaba en la radio una canción que le gustaba y de pronto recordaba que Sonia también la había tarareado; o descubría que un bote de conservas o un embutido muy sabroso procedía de aquella zona, pero hasta entonces no se había fijado en la etiqueta. Se acordaba de ella en momentos inesperados y comenzó a preguntarse si era la atracción la que concitaba aquellas casualidades, o si las casualidades conducían hacia la atracción.

Si después de ese segundo encuentro Sonia no creyó que cumpliera su promesa de

ir a verla a Breda, a la casa de campo en la que vivía, se equivocó por completo. Una noche, tras la barra del Black, sintió que no podía respirar, como si bajo el esternón tuviera una piedra que le producía un intenso dolor en el pecho. En urgencias le diagnosticaron un neumotórax espontáneo. Una burbuja de aire se le había colado entre las dos pleuras y le provocaba aquel agudo dolor intercostal. Lo ingresaron, le pincharon la burbuja como se pincha un globo y lo drenaron. Después de la operación lo enviaron a casa con la recomendación de no fumar, de cuidar sus horarios y su alimentación y de guardar reposo.

Asustado, decidió cerrar el Black y obedecer las indicaciones de los médicos. Nunca había pasado una noche en un hospital y se sentía agradecido a aquella guardia de corps de uniformes blancos que, armados con fonendoscopios y termómetros, habían fortificado su cama y habían expulsado la enfermedad y el dolor de los territorios invadidos. Quizá el neumotórax era un aviso antes de que él mismo se convirtiera en otra víctima de la noche. Había perdido a algunos amigos que no acataron advertencias parecidas y a quienes más tarde habían tenido que extirpar alguna víscera o descalcificar los tabiques nasales. Sin que se diera cuenta, los años también habían pasado para él y el sólido estado de salud del que había gozado toda su vida comenzaba a declinar. Se cansaba antes y no aguantaba tan fácilmente la bebida: cuando se excedía un poco, el alcohol lo debilitaba, le pisoteaba las paredes del estómago y las dejaba inhabilitadas durante algunas horas.

Se encerró en casa a pasar la convalecencia, no cogía el teléfono cuando se trataba del negocio y, para su sorpresa, se preguntó si no había estado equivocado media vida, porque no echaba de menos el *pub* ni el agitado ritmo que lo obligaba a llevar. Durante el mes de reposo pensó en Sonia a menudo, y siempre con agrado, y una mañana temprano la llamó por teléfono.

—Te llamo para pedirte que me invites a desayunar.

Sonia tardó dos o tres segundos en responder y él la imaginó retirando el móvil de su oreja para comprobar la hora en la pantalla.

—¿Te has levantado ya o es que no te has acostado todavía? —le preguntó al fin.

—He madrugado. Me acosté ayer a las doce en punto.

—¿Y el Black?

—Cerrado desde hace un mes.

—¿Ha ocurrido algo? —se alarmó.

—Al *pub*, no. A mí sí.

Le contó la enfermedad sin entrar en detalles.

—¿Dónde estás ahora?

—En Madrid, en mi casa. Ya sé que no llegaría a tiempo para el desayuno, pero tal vez sí para la cena.

—También ceno muy temprano —bromeó—, porque tengo que madrugar por mi trabajo en el hiper. Pero si vienes, tendrás un plato en la mesa. Para mí será un placer.

—Iré. Voy a preparar la maleta. Nos vemos a la noche.

—Llámame cuando estés llegando, para que no te pierdas.

Colgó el teléfono y se miró en el espejo del dormitorio preguntándose si de verdad todo aquello estaba pasando, si iba a emprender dentro de unas horas un viaje hacia Breda, un lugar donde no había estado nunca, para encontrarse con una mujer a la que había visto dos veces. El espejo le devolvió la expresión perpleja de un hombre de cuarenta años, con el abundante pelo grisáceo recogido en una coleta, un heredero tardío de las movidas madrileñas con la suficiente lucidez para no haber ardidado en sus hogueras, pero con algunas quemaduras ocasionadas por humos y pavesas.

Y ahora, cinco años después, todavía no había regresado de aquel viaje. El radical cambio de vida le había resultado sorprendentemente fácil y ya no compartía el miedo, el pánico de la gente a mudar de piel, de ciudad, de ambiente, de amigos, de trabajo. ¿Y la barra? ¿Echaba de menos la barra, el sentimiento de poder cuando los sedientos o los alcohólicos clandestinos le pedían una copa y, mientras la servía, notaba cómo la boca les comenzaba a salivar, la sensación de dueño cuando apoyaba en ella las manos abiertas ante el cliente timorato? Se acordaba de ella como el viejo actor recuerda las tablas del escenario donde se esforzó y triunfó, pero al que no quiere volver por la disciplina que exigía, por la ansiedad que generaba y por el miedo a olvidar el texto durante una representación... Añorarla, no la añoraba.

Ahora apoyó las manos en la cama y se inclinó a besar su cabello. Sonia sonrió con los ojos entrecerrados y le hizo una leve caricia en el rostro.

—Duerme —repitió antes de salir del dormitorio y cerrar la puerta a sus espaldas.

En el pasillo, como todas las mañanas, lo abordó *Birri*: se enroscó entre sus piernas impidiéndole caminar hasta que le hiciera unas caricias. Se agachó hacia ella y la pequeña gata se tumbó inerte, con los ojos cerrados de placer y ronroneando como una turbina mientras le rascaba la tripa y el cuello.

Sonia la había encontrado llorando, aterrorizada y hambrienta, en lo alto de un árbol, adonde había subido tal vez huyendo de algún perro, cuando apenas tenía tres semanas. Había logrado atraparla y se la había llevado a casa. Estaba tan delgada y llena de parásitos que parecía una birria de gata, y de ahí el nombre cariñoso con que empezaron a llamarla, pero desde el principio mostró tal ansia de vida y tanto agradecimiento por haberla acogido que se ganó todo su cariño.

Aunque de niño no había tenido mascotas ni había sido nunca un amante de los animales, tampoco había tenido problemas ni desconfianza hacia ellos. Veía la zoología como algo curioso y, en ocasiones, vagamente amenazador, algo que dejaba de interesarte al superar la infancia, al mismo tiempo que abandonabas la lectura de historias protagonizadas por animales. Durante un tiempo había vivido en Madrid cerca de la Casa de Campo, y en las noches de verano, con las ventanas abiertas, oía sin inquietud sus voces: el rugir de una pantera insomne, el barritar de un elefante enloquecido por el encierro, los estremecedores gritos de los pavos reales. Se había llevado bien con los perros y gatos de sus amistades, a pesar de que siempre le asaltaba la sospecha de que las mascotas comprendían mejor a sus dueños que los

dueños a sus mascotas. Si acaso, su problema era con los animales que nunca llegarían a ser domésticos por más que vivieran en la cercanía del ser humano: las ratas, las viejas hormigas azucareras, las avispas, las cucarachas y otros insectos de carácter similar al del hombre y, como él, ansiosos por hacerse los amos del mundo. Pero se le había despertado un inesperado cariño por la pequeña gata, que no era de ninguna raza prestigiosa, y por su profunda necesidad de afecto y de caricias. Le gustaba mucho su independencia, su pulcritud, su forma delicada y sigilosa de caminar por encima de los muebles, deslizándose sin romper nada entre el laberinto de portarretratos y adornos heredados del viejo Peregrino. *Birri* era limpia como un gato y zalamera como un perro, incapaz de estar sola, siempre buscando el contacto con Sonia o con él. En absoluto era un felino que solo aspirara a comer y a dormir, aunque algunas veces, cuando él jugaba con los perros en el patio, se subía al alféizar de la ventana y los miraba moviendo los bigotes con ironía, como si se burlara de esa indomable necesidad de los humanos de tener mascotas sobre las que mandar y por las que sentirse queridos.

Esquivándola para no pisarla, se asomó al dormitorio de Helena, la hija de Sonia, de siete años, a quien ya consideraba su hija. La niña dormía profundamente. Cerró la puerta para no molestarla y, en la gran habitación que servía para todo —sala de estar, estudio, comedor a veces—, encendió el ordenador. *Birri*, previendo sus movimientos, se subió a la mesa y mientras clicaba con el ratón o tecleaba, le acarició el lomo notando en los dedos la vibración del ronroneo. Abrió el correo, ojeó los titulares de prensa y consultó los datos del tiempo: alcanzarían catorce grados por la tarde y aumentaría la intensidad del viento. Para comprobarlo, abrió la puerta. Los perros salieron de debajo de una gran barbacoa abandonada que les servía de perrera y se acercaron a él, esperando impacientes sus caricias y moviendo espasmódicamente las colas. *Birri* lo siguió hasta la puerta y desde allí los miró con suficiencia, vanidosa por saberse la favorita del dueño de la casa, pero sin ningún temor hacia ellos, porque otra de las virtudes de Sonia era imponer la paz a su alrededor y lograr que ningún animal se peleara con otro.

En efecto, un viento musculoso movía las hojas del magnolio, que chasqueaban como cascabeles. Eso le hizo mirar hacia Sierra Ufana, donde las aspas de los molinos giraban con insolencia, muy deprisa, al límite de lo permitido, como si de un momento a otro pudieran arrancarse del suelo y salir volando como molinetes. A pesar de todo, era un día claro: el sol asomaba con su habitual estruendo de pájaros, de ruidos de animales, de algún motor lejano.

—Si se mantiene así el viento, hoy estarán contentos los de Mistralia —masculló.

Observado por los conejos, se acercó al gallinero y abrió la puerta de la tela metálica. Las gallinas salieron a picotear con su habitual furia, buscando en el suelo alimentos que le resultaban invisibles. En los nidales recogió cuatro huevos, que llevó a la cocina. Por la ventana ya se colaba rastreando una primera hoja de sol que imantaba las motas de polvo que flotaban en el aire. Desayunó un par de huevos, café

y tostadas. Luego llenó de comida el plato de *Birri*, que se acurrucó y lo miró mientras masticaba: si hubiera sabido hablar, le habría dado las gracias. La dejó tranquila y salió con el saco de pienso de los perros. Al llenar sus cuencos atrajo su atención un movimiento extraño bajo los altos, añosos, aristocráticos pinos que se alzaban al fondo de la parcela, algo alejados de la casa.

Antes de llegar ya distinguió la pequeña cabeza, el pico rojo y afilado como tijeras empapadas en sangre, abierto en su desesperado afán por aspirar aire, el plumaje sucio como el abrigo de un mendigo. Abatida, con las alas plegadas y encogidas las largas patas sarmentosas, la cigüeña parecía más grande que en el aire. Vidal miró hacia arriba: había caído del nido instalado en lo alto del pino, aturdida o envenenada por algo que le producía espasmos de vómito y asfixia, y expandía un hálito pardusco a goma y a lagartos, posiblemente el hedor del pánico. Le puso la mano en el pecho y la cigüeña intentó aletear, pero no consiguió moverse, acentuando el contraste entre la elegancia de su vuelo y su torpeza en la tierra. Conmovido, notó bajo las plumas la tensión interior, la carne fibrosa, seca, que palpitaba bajo el plumaje áspero y duro, la dificultad para respirar mientras lo miraba con ojos aterrados.

—Tranquila —susurró—, tranquila.

Buscó entre las plumas alguna herida, aunque estaba convencido de que todo se debía a algún envenenamiento o a algo parecido, adrede o casual. En los cinco años que llevaba allí se había acomodado a la vida en el campo y le gustaba mucho de lo que veía, pero le producían un intenso rechazo algunos rasgos atávicos de crueldad hacia los animales, bien por residuos de tradiciones brutales, bien como un modo de atacar a sus dueños. Y en muchas ocasiones se empleaba especialmente contra las aves, como si los autores intentaran aplacar su envidia por no tener alas.

Con delicadeza abrió la boca de la cigüeña y descubrió la causa de su asfixia. No se trataba de violencia: por detrás de la lengua se veía el plástico verdoso, semitransparente, que por algún motivo había intentado ingerir y se había obturado en su garganta.

—Tranquila —repitió.

Le sujetó la cabeza con firmeza, tapándole los ojos, y le abrió más el pico. Una sombra se posó entonces sobre la cigüeña y oyó la voz de Sonia que ya se agachaba junto a él:

—¿Qué le ha pasado?

—Mira.

—¿Qué es?

—Un plástico que ni puede tragar ni puede vomitar.

Introdujo los dedos índice y medio en la boca, pero no logró agarrar la goma que ya había identificado. Otras veces eran los chicles que los pájaros tragaban como si fueran pan y que se pegaban a sus gargantas.

—¿Puedes traerme tus pinzas de depilar?

—Voy.

Un minuto después logró sujetar con ellas el extremo del plástico y lo extrajo con delicadeza.

—Ya está.

La cigüeña comenzó a respirar con hondura, agitó las alas y rascó el suelo con las patas, pero la debilidad o las lesiones internas la habían dejado exhausta y no pudo levantarse. Los miró a ambos sin comprender qué le ocurría.

—Tranquila, no tengas prisa —le habló como si lo entendiera—. Puedes quedarte aquí el tiempo que necesites, nadie te hará daño. Ni los perros. Están educados para no morder.

—Está mal —dijo Sonia.

—Sí, pero se recuperará.

—¿Tú crees?

—Sí. En cuanto respire mejor. Si ha sobrevivido a los molinos, no va a morirse por haberse tragado un preservativo.

Le gustaban mucho las aves, admiraba su libertad, su alegre indisciplina, el colorido de sus plumajes, que daban luz a las penumbras de la vida, la armonía de sus cantos y el hecho de que no silbaran si no tenían algo que decir o celebrar: un aviso de alarma o un cortejo, su alborozo por la llegada de un día nuevo o por la plenitud de su final. Aquellos pequeños animales de huesos huecos y corazones diminutos eran muy vulnerables para el ansia de caza del hombre, que no les perdonaba el privilegio de volar y los abatía para verlos caer como piedras. Él era ateo, pero si fuera creyente diría que los envidiaban por estar más cerca de Dios. Y respecto a las cigüeñas, admiraba su peculiar resistencia de pájaros frioleros para vivir sin contradicción entre dos patrias, la del calor y la del frío, su capacidad tanto para los grandes viajes intercontinentales como para permanecer inmóviles durante largo tiempo apoyadas en una pata, tranquilas, sin hacer alharacas. En aquella ave de buen conformar, algo esquiva y poco sociable, pero nada agresiva, porque no era una rapaz armada con garras y pico corvo con los que despedazar a sus víctimas ni una carroñera que se alimentara de cadáveres, veía un reflejo de aquella tierra donde también él mismo se había aclimatado.

La dejaron recuperarse y en casa tomó otro café para acompañar a Sonia. La observó mientras se preparaba una tostada con aceite. Comía con pulcritud y sin prisas, con la boca cerrada y en cantidades moderadas, masticando muy despacio, utilizando tanto los dientes como la lengua, con la que amasaba cada bocado, aunque a veces, como efecto de la maría, o después de un día sin apetito, caía en súbitos ataques de glotonería.

Al terminar, Sonia sacó de un tarro una bolsita y se lió un cigarrillo mitad tabaco mitad marihuana. Desde que había surgido el conflicto con Mistralia fumaba mucho, demasiado. Decía que era lo único que la tranquilizaba. A él no le gustaba aquel exceso, pero el peor modo de impedirselo sería recriminádoselo. Él mismo había



pasado por todo eso y sabía que nadie abandona una adicción porque se lo digan otros, sino por convicción propia.

—Esta mañana quiero ir a ver los almendros. Hace unos días que no pasamos por allí. ¿Te vienes? —le propuso.

—¿Ahora?

—Ahora.

—De acuerdo. Dame media hora para que se levante Helena. De paso, la llevamos al colegio. Le gusta más que el autobús.

Sonia apuró el cigarrillo, se dirigió hacia el dormitorio y él volvió a salir al porche. Bajo el pino aún seguía el bulto de la cigüeña, observada desde lejos por los perros, pero daba la impresión de que se había esponjado, de que ya no estaba tan aplastada contra el suelo. En Sierra Ufana continuaba el rápido batir de las aspas en el cielo cortando en rodajas el sol de la mañana.

—¿Nos vamos?

Sonia estaba tras él, con Helena a su lado. Montaron en el coche y condujo hasta Breda, donde la dejaron en el colegio. Luego se dirigieron hacia su finca de los almendros.

Después de haber vendido el Black y ya instalado definitivamente en Breda, Vidal había invertido una parte del dinero en mejorar la casa del viejo Peregrino, necesitada de algunas reformas y comodidades, y en la compra de aquella finca en el corazón de la sierra, cuando todavía nadie imaginaba que poco después instalarían allí el parque eólico. Desde el primer momento le había atraído Sierra Ufana: con sus mejillas hirsutas y su cresta desgredada, presentaba el aspecto desgarbado de alguien que no había terminado de erguirse y levantar la cabeza, acomplexada ante la pujanza del Yunque y la consolidada fortaleza del Volcán.

A pesar de la resistencia de Sonia, la escrituró a nombre de los dos, porque era la mejor forma de decirle que su relación, aunque no firmaran papeles para demostrarlo, era un proyecto a largo plazo, y decir largo plazo a su edad era decir toda la vida. Se trataba de unos terrenos en el corazón de la sierra, veinte hectáreas de una vaguada, como si un puñetazo sideral hubiera golpeado y hundido la cresta del monte formando aquella nava por la que siempre corría el viento, encauzado entre los dos costillares. Además, con la ayuda de un zahorí había encontrado agua abundante en el subsuelo. Perforado el pozo, había hecho instalar un sencillo sistema de riego por goteo y había ido removiendo la tierra y creando un campo mullido que ya agujereaban las lombrices, donde había plantado cien almendros, unas higueras y otros árboles frutales, y unos cuarteles de hortalizas. Y ahora, cuatro años después, los árboles, bien podados, despojados de chupones para que el sol sazonzara las frutas, habían enraizado a fondo y comenzaban a rendir unas cosechas aceptables. Él gestionaba el campo con la misma dedicación con que había gestionado el Black, que tan buenos resultados le había dado. Las mismas atenciones que en Madrid prodigaba a los clientes las prodigaba en Sierra Ufana al huerto y a los árboles: no les daba para

beber nada nocivo, procuraba que tuvieran un pasar tranquilo, con el suficiente espacio alrededor y tiempo de maduración, limpiaba sus costados de mercaderes y malas hierbas y mantenía limpio y ordenado su territorio. Y tanto como su rendimiento le importaba el hecho de que eran los primeros árboles que había plantado en su vida, la satisfacción de verlos crecer donde antes no había nada.

Atento a esquivar con el coche las irregularidades del camino de tierra, fue Sonia la primera en advertir el desastre:

—¡Mira! —gritó.

Tardó unos segundos en comprender qué había ocurrido y cuando lo hizo aún pensó en un extraño desastre natural que se hubiera cebado únicamente sobre su finca. Aparcó ante la cancela y caminaron hasta los primeros árboles. Alguien había talado los almendros con una sierra mecánica, a unos treinta centímetros del suelo, con unos cortes limpios, biselados, de modo que los troncos habían caído a tierra y brillaba la madera blanca de los tocones.

Las rodillas le temblaron y se habría sentado en el suelo si Sonia no se hubiera abrazado a él, estremecida por la rabia y el llanto. Siempre habían tenido miedo de que alguien se vengara en sus animales. En una ocasión habían denunciado a los hermanos Méndez por usar huevos envenenados para acabar con un zorro, y otra vez habían ido contra un cazador que usaba gasoil y maíz para cazar jabalíes. Poco después de la condena, les había llegado la amenaza del cazador de usar el gasoil que le sobraba de un modo muy distinto, con una cerilla sobre el lomo de sus perros. Pero nunca habían imaginado que alguien talara sus árboles. Se inclinó y tocó la madera fresca, húmeda de savia: lo habían hecho aquella misma noche, unas horas antes. Alguien que manejara con soltura una motosierra habría empleado menos de una hora en talar los tiernos, jóvenes almendros y dejar aquel desolador panorama. No habría tardado más de medio minuto en cada uno.

Sabía que debía decir algo, pero no conocía las palabras que consolaran a Sonia y a él le calmaran la ira, la impotencia, el odio que le ardía en el pecho, como si llevara dentro una caldera.

—¿Quién puede haber hecho una cosa así? —las palabras le salieron a Sonia de lo más hondo de la garganta.

—No lo sé. No lo sé.

—¿Por qué contra los árboles?

La pregunta encendió en su cabeza una chispa de luz.

—No es contra los árboles.

—¿Qué quieres decir?

—Es contra nosotros. —Levantó la cabeza hacia los molinos, ahora a menos de un kilómetro, cuyas aspas mantenían su veloz, ciego, reluciente girar.

—¿Es por lo que dijeron? —Sonia también miró hacia ellos.

—Necesitan nuestras tierras para su ampliación. Sin nosotros están paralizados. Quieren obligarnos a vender.

—¿Ellos harían esto?

—Ellos... o cualquiera de los que quieren que vendamos. También a ellos les ofrecen una fortuna y nos odian porque no cedemos... Pero eso ya lo sabes.

Sonia se separó de él y caminó entre los árboles talados. La siguió unos metros por detrás, buscando no sabía qué, alguna señal, alguna huella, hasta que ella se detuvo y lo llamó sin volver la cabeza.

—Vidal.

—Sí.

—¡Mira!

Con el brazo señaló uno de los tocones de la última fila. En la astilla habían pinchado un papel. Vidal leyó las letras impresas: «LA PRÓXIMA VEZ OS CORTAREMOS LA CABEZA».

—Vidal.

—Sí.

—Quiero que me prometas una cosa.

—Sí.

—Quiero que me prometas que no la venderás. Que a pesar de todo lo que nos hagan, no la venderás —dijo, como si también a ella le hubieran desgarrado la voz con una motosierra.

—Te lo prometo. No venderemos.

Se abrazaron y así estuvieron un tiempo, en silencio, hasta que de nuevo Sonia dijo:

—Vidal.

—Sí.

—Eres un hombre bueno. Eres el único hombre bueno que conozco en el mundo. No dejes que nos venzan.

—No nos vencerán.

—Ellos son muy fuertes —dijo aún.

—Nosotros dos también lo somos, Sonia. A nuestra manera, también lo somos.

En el fondo no lo había sorprendido la decisión de Carol de no seguir viéndose. La había conocido dos veranos antes, durante el Tour de Francia, cuando defendía, como abogada, a un ciclista sospechoso de haber matado al portador del maillot amarillo, y todo había ido bien mientras su relación se reducía a encuentros esporádicos, más o menos fugaces. Cupido había subido a Toulouse en varias ocasiones, Carol le había devuelto las visitas en España y juntos habían viajado una semana por el norte de Italia. Hablar, bromear, hacer el amor, conocer sus pasados..., pero nada de proyectar hacia el futuro. Al recordarlo, comprobó que nunca hubo entre ellos ninguna promesa, ningún compromiso, solo el acuerdo de verse cuando ambos lo desearan. Y Cupido estaba seguro de que así habrían continuado mucho tiempo si hubieran vivido cerca, pero él, que tenía más libertad de movimientos y de horarios, no se había esforzado demasiado por romper la pereza que le causaba viajar tan lejos. Aún recordaba la seriedad de su tono cuando Carol le dijo por teléfono desde Toulouse que no debían verse más, que aquello era el fin, como si lo acusara en la sala de un juicio de haber cometido un delito del cual no era consciente.

Había subido inmediatamente al coche y había conducido hasta allí arriba para hablar, pero fue un viaje inútil y triste. No la encontró en su casa y fue hasta su bufete caminando por las calles de la ciudad, tan silenciosas y vacías de gente como en las películas francesas. A Carol, tan previsora, le molestó que se presentara en su despacho sin avisarla y se mostró distante desde el primer momento. Aquella relación no podía funcionar, estaban demasiado lejos uno del otro y la distancia era un obstáculo insalvable. Incluso el tiempo que pasaba entre llamada y llamada se había ido prolongando. Solo ese ciego optimismo con que se inician los amores les había impedido advertirlo desde el principio. Por tanto, lo mejor era romper cualquier compromiso implícito entre ambos. Ni él se iría a vivir a Francia, ni ella podía mudarse con una hija adolescente e interrumpir su trabajo en el mejor momento de su carrera profesional. Así de tajante se lo había presentado, con un seco y cartesiano lenguaje judicial que cerraba el paso a todas las complejidades emocionales que la ruptura desencadenaba, mientras Cupido la escuchaba admirado de que tuviera tan claras sus ideas y tan definidos sus deseos, cuando él solía aturdirse en los conflictos sentimentales.

—No me siento ni con fuerzas ni con ganas ni con tiempo para cambiar de vida. Y tú estás demasiado lejos —añadió luego con afabilidad, pronunciando el español con las trémulas consonantes francesas, cogiéndole la mano—. Y aunque te vinieras aquí, ¿cuánto tiempo tardarías en empezar a echar de menos tu tierra y a los tuyos?

—No lo sé —reconoció.

—En el fondo, sigues teniendo espíritu de contrabandista. Ni te gustan las

fronteras ni te gusta que nadie te sujete. No, Ricardo, convéncete, no iría bien.

—Tal vez —contestó Cupido, convencido de que en otras circunstancias habría funcionado.

—Cuando pase un tiempo, recordaremos todo esto con nostalgia.

Por la noche hicieron el amor como en el primer verano, cuando recorrieron Francia tras los pasos de Tobias Gros, Santi Mieses y la Avispa Panal, y por la mañana Carol se levantó deprisa, porque se le hacía tarde para llegar al bufete. Por última vez, Cupido se quedó solo en el dormitorio. Desde la cama observó los desperdicios del amor que habían quedado dispersos por la habitación y se levantó a recogerlos: un *kleenex* húmedo y arrugado, el preservativo envuelto en papel higiénico, su funda vacía sobre la mesilla, mientras pensaba, absorto, en la primera semana que pasaron juntos tras haberse conocido en el Tour, en sus ojos tiernos y borrachos al regresar a casa por la noche, después de cenar y pasear un rato por las calles de agosto; en su pelo desparramado en la almohada y el brazo colgando feliz en el borde de la cama; en esa extraña dicha que segrega una mujer dormida... «En el terreno amoroso el desengaño nunca es una herida menor, siempre duele con una lacerante intensidad. La decepción siempre nos sorprende desprevenidos», se dijo. «Mil veces hemos pasado por lo mismo, sabemos de memoria lo que va a ocurrir y sin embargo mil veces volvemos a creer que esta vez será eterno el placer e imborrable el recuerdo». Él también era responsable de aquel fracaso, reconoció, porque nunca se había entregado por completo, sin necesidad de avales, porque siempre se reservaba un espacio donde no dejaba entrar a nadie. De los prados de la memoria también le vino un recuerdo del pasado del que no se sentía especialmente orgulloso: en una ocasión, Carol le pidió que la acompañara a un viaje que debía hacer a Túnez por motivos de trabajo. Luego podrían quedarse allí y disfrutar de unos días de vacaciones para ellos dos solos. Cupido, sin saber bien por qué, había rechazado su propuesta y aún lo abochornaba la estupidez con que había intentado justificar su negativa:

—Yo creo que nos conviene enfriar un poco esta relación.

La respuesta de Carol seguía removiendo en su interior un poso de vergüenza:

—¿Enfriar la relación, dices? Yo creía que en una relación había que intentar todo lo contrario: hacerla cada día un poco más cálida, rodearla de fuego en lugar de enfriarla. Lo último que yo espero de una relación es el frío —repitió con aquella seca elocuencia que utilizaba en su trabajo de abogada—. Pero, en fin, tú verás lo que decides.

¿La había amado? No, se respondió. Habían estado muy bien juntos, se habían divertido, habían sentido deseo, pasión incluso, pero no habían llegado a amarse. La prueba era que al pensar en ella la recordaba con una tenue melancolía, pero no con la desgarrada nostalgia que provoca la pérdida de la amada, no con la brutal desproporción que apreciaría entre ella y cualquier mujer que pudiera sustituirla.

Tenía abierto ante él el cuaderno de la nueva investigación y lo cerró sin haber

escrito más que una palabra: «Mistralia». Enroscó el capuchón de la Montblanc y la dejó sobre la única hoja marcada.

Al apagar el ordenador, advirtió el velo de polvo que acumulaba. Por vivir solo, en ocasiones se abandonaba a la desidia y dejaba atrás la limpieza de la casa, la ropa sucia acumulándose en la lavadora, las sábanas sin cambiar todos los sábados..., hasta que de pronto notaba en la cocina las migas de pan crujiendo bajo sus suelas o echaba de menos una camisa. Entonces llamaba a la asistente, que acudía armada con fregona y amoniaco, sacaba la aspiradora de su ocio, ponía a trepidar la lavadora y, más que una limpieza, llevaba a cabo una purga. La llamaría al volver, porque ya era la hora de la cita que había concertado con el Alkalino.

A pesar del viento fue caminando hasta el Europa y aunque llegó con unos minutos de adelanto, ya estaba allí esperándolo. Por un momento, el color leonado de la bebida, las piedras de hielo, la anchura etílica del vaso le hicieron pensar en *whisky*, pero la duda solo duró un instante. Se trataba de un refresco de té, porque el Alkalino no bebía, lo había dejado hacía más de una década. Después de sentirse extranjero durante un tiempo, por fin había logrado calmar el atroz vacío en el diafragma y el desaliento que le provocaba su adicción. Había pasado una dura convalecencia, con momentos de terror en los que se planteó refugiarse en un monasterio —él, que podía ser cualquier cosa excepto monje de clausura—, pero hacía tiempo que no lo probaba. Y en paralelo también había ido llegando el definitivo desengaño ideológico, el escepticismo hacia las utopías de las revoluciones.

—Nunca habrá suficientes platos y cubiertos ni suficientes alimentos para el banquete universal que nos prometía el marxismo. El poder se encarga de engullirlos antes de que lleguen a la mesa —decía a veces, reafirmando en su difuso, sereno anarquismo.

Y ahora ya se encontraba bien entre la gente y llevaba una vida tranquila y ordenada, entre la calle y el huerto que cultivaba en el patio posterior de su casa, donde crecían unos surcos de hortalizas de nombres humildes, a las que mimaba sus virtudes: el vigor de las acelgas, el equilibrio de las zanahorias, la firme voluntad de las patatas.

—Estaba pensando —dijo tras saludarlo, y por el tono de su voz Cupido supo que no estaba en uno de sus días más optimistas— en todo el tiempo que hacía que en Breda no moría nadie de forma violenta.

—Varios años —calculó Cupido—. Nadie podrá decir que por aquí somos peores que en otros sitios.

—Y esta vez la víctima no es de los nuestros.

—No. Pero no sabemos si lo es su verdugo.

—Entonces, ¿no se trata de un suicidio?

—Parece que no.

—Y quieren que tú averigües quién lo hizo.

—No sé si me han contratado para descubrir quién la mató o para proteger a quien ha venido a sustituirla.

—¿No es lo mismo?

Cupido pensó unos instantes.

—Posiblemente sí.

—Quien la sustituye, ¿también es una mujer?

—Sí.

—Es valiente.

—Sin duda.

—Y por una vez te ha contratado una empresa, y no alguien particular e implicado personalmente.

—¿Crees que eso cambiará en algo mi trabajo?

—No lo sé. Los hombres amamos, odiamos, actuamos para proteger a alguien o para vengarlo, cometemos delitos si estamos seguros de salir impunes, aunque también cometemos errores que nos delatan... —dijo con un brillo duro en los ojos azabachados, encastrados en la madera tostada de los pómulos—. Pero detrás de esos comportamientos que te encargan averiguar, incluso de los más excéntricos o retorcidos, siempre hay cierta lógica y los sentimientos de quien te contrata. ¡Pero una empresa...!, ¿qué sentimientos tiene una empresa? ¿Con qué lógica actúa?

Cupido tuvo que volver a pensar. El Alkalino no era un colaborador ingenuo y admirador incondicional de sus actos, sino un confidente que arriesgaba hipótesis sin ningún miedo a equivocarse, que discrepaba con él sobre la interpretación de cualquier detalle y que en alguna ocasión le había reprochado algún gesto de su actuación. El Alkalino tenía su propio mundo y su propia visión de la realidad y precisamente por esa insobornable originalidad de sus criterios lo buscaba como interlocutor y a menudo lo contrataba como ayudante.

—Al menos con una —respondió al fin.

—¿Quieres decir con la de ganar dinero?

—Sí.

—¿Y cómo encajas tú en ese propósito?

—No encajo y supongo que ellos no esperan que encaje. No me contratan para aumentar la plusvalía de Mistralia.

El Alkalino hizo un gesto de duda.

—Bueno, espero que al menos el King te pague bien.

—Paga bien, pero menos de lo que estás pensando. Cuando me dijeron la cantidad, parecía que estaban preguntándose si en Breda habría ofertas y lugares donde gastármelo.

—Asegúrate de cobrar sea cual sea el resultado.

—¿No te fías de ellos?

—No. No me fío de esos tipos que se forraron hace quince años con el ladrillo, que se siguieron forrando cuando se dedicaron a comprar clubes de fútbol, que luego

invertieron en energías renovables subvencionadas para seguir forrándose y que al llegar la crisis han blindado sus millones en paraísos fiscales. Oí a uno de ellos alardear de que todas sus inversiones revertían en el bien social: viviendas, deportes, ecología. Pero no sé por qué —ironizó— no acabo de creerme la bondad de sus propósitos. ¿Recuerdas cuando nos llegó a Breda la noticia de que aquí iban a instalar un parque solar y uno eólico?

—No seguí mucho el tema.

—Pues desembarcaron como salvadores: iban a invertir cientos de millones, crearían cientos de puestos de trabajo, pagarían miles de euros en impuestos al ayuntamiento e incluso construirían pistas deportivas para los chavales... Y todo eso sin contaminar, aprovechando el sol y el viento, que son gratis y por aquí nos sobran.

—Y la gente, claro, lo creyó.

—Siempre creemos lo que estamos deseando que ocurra.

—Y no ha sido así.

—No, no ha sido así. Es cierto que pagaron muy bien por los terrenos y que contrataron a gente mientras duró la construcción de los molinos, pero aquello pasó pronto. La maquinaria y la tecnología venían de fuera y cuando se acabaron las obras también se acabó el trabajo. De la planta de energía solar no se volvió a hablar. Y ahora, a la espera de la ampliación, solo están contratados un par de técnicos de mantenimiento, una secretaria y algún experto que viene de fuera. Entre ellos, la mujer que murió.

—Pero la ampliación va a seguir adelante.

—¿Estás seguro?

—Lo están en Madrid. ¿Tú no?

—Por ahí dicen que necesitan los terrenos de esa pareja ecologista, la chica Peregrino y Vidal. Tienen la llave de la sierra y sin ellos ni pueden aprovechar los mejores vientos ni pueden acotar el recinto, porque están en el centro y nadie tiene derecho a impedirles el paso. Y parece que no están dispuestos a vender, a pesar de la oferta de Mistralia... y a pesar de las amenazas.

—¿Qué amenazas?

El Alkalino sacudió la cabeza sonriendo. Aunque no se le llegaron a ver los dientes, su rostro de madera arrugó los anillos revelando su edad.

—Siempre me ha llamado la atención que seas un detective tan perspicaz y que al mismo tiempo no te enteres de lo que ocurre delante de tus narices.

—Para eso están los amigos, para indicarnos el camino cuando nos perdemos —bromeó—. ¿Qué amenazas?

—Alguien les ha talado los almendros de la finca que tienen en Sierra Ufana y que se niegan a vender.

—¿Cuándo?

—Hace dos noches.

—¡Qué me dices! No sabía nada. Volví ayer de Madrid.



—Alguien cogió una motosierra y... ¡zas! —hizo un gesto seco y horizontal con la mano.

—¿Quién?

—No se sabe.

—¿Nadie oyó nada? ¿Nadie vio nada?

—Si alguien sabe algo, se lo calla.

—¿Quién podría haber sido? —insistió.

—Rumores hay, claro... La verdad es que esa pareja, Sonia Peregrino y Vidal, no tenían deudas y no se metían con nadie, excepto cuando alguien se metía con sus animales. En una ocasión denunciaron a los hermanos Méndez.

—Algo que ocurrió con un perro, ¿no? —recordó Cupido.

—Sí. Sonia los denunció por maltrato animal. Las tierras de ambos lindan en Sierra Ufana. Los mellizos tienen allí arriba una casa de campo donde crían vacas y picotean algunas gallinas. El caso es que un zorro se había aficionado a las gallinas: ya sabes cuánto les gusta la carne blanca. Harto de la rapiña, Bruno Méndez colocó unos huevos envenenados como cebo y un perro de Sonia se comió uno de ellos. El perro murió y los denunciaron. Y Bruno Méndez... —suspiró—. Sabes cómo lo llaman, ¿no?

—Sí. *Bruto Méndez*.

—¿Te acuerdas de lo que decían de él?

—No.

—Ya sabes que es un hombre algo raro, poco sociable y sin demasiadas luces. Si le preguntas a alguien de más de ochenta años te contará que todo se inició antes de nacer. Su madre salía a trabajar al campo cuando estaba embarazada de los mellizos y dicen que un día, mientras recogía pasto, se le coló una garrapata y le clavó la cabeza en el ombligo. Cuando se dio cuenta, estaba hinchada de sangre. La gente mayor dice que a causa de aquello Bruno no nació con toda la sangre limpia... Pues Bruno fue quien peor se tomó la denuncia de los Peregrino. Ya sabes, el típico conflicto entre vecinos que no siempre saben mantener las distancias.

—Y que a veces termina enconándose de la peor manera.

—Pues ahora, para colmo, ha surgido el problema de los molinos. Las tierras de los mellizos en el costillar de la sierra son pizarrosas, duras, de mala calidad, pero Mistralia les ofrece dos veces más de lo que valen. Ahora bien, la oferta está condicionada a la venta de todos los propietarios. Si Sonia y Vidal no aceptan, el King no compra a nadie, buscará otro emplazamiento para sus molinos. Y los Méndez no están dispuestos a perder la oportunidad.

—Pero eso no es una prueba de que hayan sido ellos los leñadores.

—No, no lo es. Por eso también se especula con que la propia empresa haya intervenido directamente y haya enviado a dos sicarios armados con motosierras para asustar un poco a la pareja y darles la oportunidad de vender sin que tengan que avergonzarse de cambiar de opinión o de renunciar por dinero a sus principios. Ahora

podrían decir que no fue por motivos económicos, que fue por el miedo. Y nadie se lo reprocharía. Porque lo cierto es que en el último tocón pincharon una hoja con un mensaje: «LA PRÓXIMA VEZ OS CORTAREMOS LA CABEZA».

—De acuerdo, de acuerdo. Lo tendré en cuenta —dijo Cupido, satisfecho de comprobar una vez más lo bien que se complementaban: a él le gustaba escuchar aquellas historias y al Alkalino le apasionaba contarlas—. Hablé con el padrastro de la ingeniera muerta. Me dijo que ella estaba saliendo aquí con alguien.

—¿Aquí?

—Sí.

—Pues en eso no puedo ayudarte. No he oído nada —reconoció—, aunque esas noticias son las primeras que se difunden. ¿A quién no le interesan los asuntos de amor? ¿Quieres que pregunte por ahí?

—Sí.

El Alkalinoapuró la bebida, que se había quedado aguada, hizo un gesto de asco que recordó su época de abstinencia y dijo:

—Un día subí a Sierra Ufana a ver esos famosos molinos de los que todo el mundo hablaba. Me gustaron mucho mucho, y no podía imaginar que alguien ahorcara allí arriba a una mujer. Pero está visto que no cambiamos. Acabamos de inventar un prodigio de ingeniería y técnica... y ya lo hemos manchado de sangre, ya lo hemos convertido en escenario de un asesinato, como si no pudiéramos contener la violencia, como si la violencia fuera nuestra más genuina y persistente marca de fábrica. Estamos condenados a repetir nuestra maldad hasta el aburrimiento... Se te presenta un trabajo complicado —añadió.

—Comenzaré descartando a los inocentes.

—¿Inocentes? No estoy muy seguro de que en esta época queden muchos inocentes —murmuró. Pensativo, se quedó mirando hacia el jardín del Europa por la gran cristalera contra la que presionaba el fuerte viento. Los grandes árboles ya barruntaban los hielos, se encogían en su desnudez para combatir el olor agorero, pegajoso del otoño y se quejaban angustiados, temiendo que de un momento a otro se les quebrara alguna rama. La última generación de hojas se despedía de la vida en el aire y caía al suelo a empaparse de tierra. El Alkalino decía que había gente que temía encontrarse en lugares cerrados y que había quienes se angustiaban al exponerse en lugares abiertos y solitarios. Él pertenecía a los segundos y parecía temer algo de allí fuera cuando añadió—: En fin, te llamaré en cuanto sepa algo.

—Lo sabrás. Siempre terminas consiguiendo la mejor información.

Hacía algún tiempo que el detective no veía al capitán Gallardo y advirtió que había engordado, como si su matrimonio y la paternidad hubieran apaciguado su metabolismo. Al verlo caminar de espaldas hacia la mesa de su despacho, tuvo la impresión de que su cabello tenía un color demasiado negro y demasiado uniforme

para no ser teñido. De algún modo había logrado detener el avance de su calvicie y ahora aquel detalle parecía una pequeña debilidad de un hombre que nunca había caído en el error de considerar que su uniforme era la medida de su valía ni de creer que por ejercer autoridad dentro del cuerpo también podía ejercerla en otros ámbitos de la vida civil o familiar. En muchas ocasiones, cuando Cupido mencionaba a la guardia civil, saltaban los tópicos, generalmente desde los extremos: o se elogiaban sus méritos y sus sacrificios de forma ciega y entusiasta, o se esgrimía una sonrisa de desdén hacia la caricatura de tipos bigotudos, de barrigas ovoides y armados con un vergajo, dispuestos a soltar patadones. Gallardo se alejaba por igual de ambas imágenes.

—Esta no es una visita de cortesía —adivinó antes de sentarse. Sobre la mesa solo se permitía una carpeta cerrada y un pisapapeles con el haz de lictores, la espada y la corona real. Pero ahora había añadido una novedad: una foto enmarcada con Andrea y su hija.

—No.

—Se te nota en los ojos, ya los has puesto a vigilar. A ti te han contratado e imagino al cliente. En Breda no ocurre ningún delito sin que nos enteremos. A menos que te hayan encargado buscar algún gato perdido... o aclarar algún asunto de cama. En esos temas ya no nos metemos, hace muchos años que la moralidad desapareció del código penal.

—Me ha contratado Mistralia —reconoció.

—Y vienes a pedirme información.

—A compartirla —lo corrigió Cupido con ironía.

—De acuerdo —sonrió—. Dime qué sabes.

—Sé que no fue un suicidio. Sé quién va a sustituirla. La conocí en Madrid, en la sede de Mistralia, y tengo el encargo de permanecer cerca de ella por si surge algún problema —calló la información que le había proporcionado el padrastro de Esther Duarte, porque aún no tenía un nombre.

—Es muy poco lo que puedes ofrecer. —Gallardo abrió los brazos.

—Es mucho lo que puedo averiguar. Estoy mejor situado que vosotros. En primera fila. Tengo toda Mistralia a mi disposición. Quintana...

—El King —lo interrumpió.

—El King en persona lo ha ordenado.

—¡El King! —masculló—. Pues diles que se tranquilicen y que dejen de incordiar a todas horas. No paran de llamarnos de Madrid para preguntar qué hemos averiguado, como si hubiéramos tenido tiempo. Esa chica murió la noche del sábado al domingo y hoy es miércoles. Estamos analizando su documentación, pero todavía no hemos encontrado su móvil —dijo, y Cupido sospechó que aquella confidencia no era inocente.

—¿Tan importante es?

—¡Claro que sí! Casi todo lo que hacemos queda grabado o registrado. Tendrías

que esconderte en el fondo del mar si no quieres que tus movimientos dejen una huella electrónica.

—Bueno, nadie nos controlaría sin esa obsesión por estar todo el día conectados a algún aparato.

Cruzaron información sobre las circunstancias de la muerte, sobre el papel de Esther Duarte en el organigrama de Mistralia, sobre los partidarios y opositores al parque eólico, sobre la tala de los almendros, hasta que Gallardo añadió:

—Hay algo más que no te han contado: la misma noche en que murió la ingeniera hubo un robo de cobre allí arriba. Entraron en uno de los aerogeneradores y se llevaron el cable de toma de tierra. No se atrevieron a tocar los otros, pero les hicieron un buen desaguisado.

—¿Quiénes?

—Aún no lo sabemos, pero los ladrones sí sabían lo que hacían. No tocaron los cables peligrosos.

Si había algo más, Cupido sabía que no iba a contárselo.

Los dos machos estaban peleando en medio del camino, ya dentro de la finca, tan absortos en su furia, tan empeñados en doblegarse, tan cegados en demostrar su superioridad y provocar la huida del rival que no habían advertido que se acercaba el todoterreno, un Kia Sorento de color ebonita. Sin dejar de mirarse, se detuvieron un momento para tomar aire y enseguida otra vez la mutua embestida, las bocas abiertas buscando la carne enemiga. Uno logró atrapar la oreja de su adversario y desde el coche Aurora alcanzó a ver —tan cerca estaban— el bocado de carne y la mella en el cartílago, la sangre saltando entre los grandes, afilados dientes de roedor. El herido reaccionó con furia y ambos se convirtieron de nuevo en una bola frenética y caliente de pelos y de sangre rebozada en el polvo de la pista, de modo que una cabeza se veía pegada a una pata y un instante después una boca parecía brotar de una costilla.

—Pítales —le pidió. Había estudiado dos años de Veterinaria, pero todavía se sentía incómoda ante la falta de pudor que a menudo exhibía la naturaleza.

—Sí —dijo Bruno, pero no lo hizo.

Aurora miró a su hermano sin insistir, esperando que terminara la pelea de los dos machos, cuya ferocidad creía exclusiva de algunos pájaros, de los gatos, de los gorilas, de los ciervos que enloquecían cuando llegaba el momento de procrear y las hembras en celo iban perfumando las hierbas por donde pasaban. Esa lucha contagiaba a todas las criaturas, incluso a aquellas liebres que en cualquier otro momento habrían dado una imagen arisca, pero no agresiva. ¿Qué misterio encerraba aquella pasión que asfixiaba y salvaba, que llenaba de orgullo y de vergüenza, de gratitud y de rabia a toda la naturaleza, que también a hombres y a mujeres les procuraba la felicidad o los arrastraba a las mayores estupideces, al peor sufrimiento, cuando no a la violencia? ¿Qué abrasadora energía desencadenaba aquel impulso a abatir al rival que pretendía la misma piel y cegaba de furia a sus víctimas, tanto que no advertían cualquier otro peligro? ¿De dónde brotaba aquel afán que trituraba la paz y subvertía las reglas naturales de la separación de sangres?

—Tengo atrás la escopeta —dijo Bruno.

En época de caza solía llevarla en el suelo del asiento trasero, al alcance de la mano, y Aurora supuso que estaba pensando en cobrarse las dos liebres de un solo disparo, por lo que insistió:

—Pítales.

El sonido del claxon detuvo el combate. Los dos machos, sorprendidos, se separaron sin darse la espalda y, al descubrir el coche, huyeron en una carrera fulgurante. Bruno los miró y ella supo con claridad lo que su hermano estaba pensando: que ya encontraría otra oportunidad para cazarlos cuando ella no pudiera impedirselo. De hecho, siempre la encontraba. No era de aquellos aficionados de

ciudad que pasaban por encima de las perdices sin verlas y que siempre se estaban quejando de que hubiera tan pocos animales para tanto campo. Cuando cazaban en grupo, algunos achacaban su éxito a la suerte, diciendo que todos los pájaros volaban hacia su escopeta, cuando en realidad llegaban hasta él porque los otros fallaban.

El Kia Sorento avanzó por el camino de la finca, entre jaras y retamas, entre carrascos y algunas encinas escasas de bellotas, en un terreno más apto para la cría de cabras o de ovejas que para el ganado mayor, hasta llegar a una pequeña casa de campo con un establo anejo, en torno al cual picoteaban unas gallinas. Un poco apartados se veían unos comederos para las vacas. Bruno apagó el motor y ambos comenzaron a sacar unas pacas del establo y a distribuir las entre los animales que acudían al olor del heno. En uno de los comederos Bruno echó unos kilos de pienso para el semental.

Luego se apoyaron en el coche a observar cómo los animales atrapaban con la lengua los puñados de pasto y los engullían poco a poco, saboreando las hebras que desaparecían por las comisuras mientras los miraban con gesto apacible, como si les agradecieran la comida. Con el frío creciente de los días preferían el heno seco y tibio a la hierba aún tierna y sin sabor o a los viejos restos cereales del verano, apenas ablandados por el rocío de los amaneceres.

—¿Quieres?

Aurora le ofreció una botella de agua que había sacado de la guantera. Desde que le habían extirpado los riñones enfermos y Bruno le había donado uno de los suyos —«Viviremos los dos o los dos nos moriremos», le había dicho—, los médicos habían insistido en que ambos bebieran con frecuencia. A él se le olvidaba, pero Aurora siempre lo tenía presente. Bruno bebió un trago largo, profundo y terapéutico, aunque no tenía sed. El parecido entre ambos se hacía más evidente en aquellos gestos, y fue como si se mirara en un espejo empañado que emborronaba las facciones: sus mismos ojos, su misma barbilla, su mismo cuello, el mismo calibre de pelo espeso y duro, pero todo en una versión tosca y sin pulir: los labios de Bruno, siempre húmedos, acentuaban la voracidad de su boca y en mitad de la frente, sobre las cejas, tenía un abultamiento que le daba cierto aspecto de cocodrilo. Por dentro, sin embargo, sí existía aquella diferencia que algunos idiotas supersticiosos atribuían a la picadura de la garrapata en el ombligo de su madre cuando estaba embarazada.

De pronto la asaltó un pensamiento recurrente en las últimas semanas: ¿morirían ambos al mismo tiempo, como había dicho Bruno? ¿Saldrían juntos de la vida del mismo modo que habían entrado en ella juntos, cogidos de la mano? Era improbable, pero contemplaba la posibilidad con cierto alivio. Solo se habían separado mientras ella estuvo casada. Había tenido dos hijos, que ya estudiaban fuera, y durante el tiempo en que su marido vivía habían mantenido su independencia. Bruno se había convertido en el hermano soltero y, más tarde, tío soltero, pero tras la muerte del marido había regresado a la casa familiar y ambos habían recuperado la unión anterior. Ahora vivían solos, sin necesidades y sin otra angustia que el temor a que un

día cualquiera uno de los dos tuviera algún problema con su único riñón y ya no hubiera nadie para donarlo.

Aurora echaba de menos a sus hijos. Aunque poseían suficiente patrimonio para que al menos uno de ellos hubiera continuado con la explotación, ninguno había querido quedarse. Martín se había marchado a Pamplona a estudiar Farmacia y Luis, a Barcelona, a estudiar Cocina. Tenía la sensación de que, aunque no lo dijeran, ambos esperaban que vendieran las tierras y el ganado y les repartieran el dinero, y los ahorros acumulados en décadas aplicando sistemáticamente las tijeras sobre el austero presupuesto familiar, para pagar el traspaso de una farmacia o para abrir un restaurante y no convertirse, con la crisis, en esos eternos hijos veinteañeros que nunca se independizaban de la tutela familiar. Ninguno volvería al campo para modernizarlo y gestionarlo de manera más eficaz, a menos que cuajara la venta a Mistralia y pudieran comprar en las vegas del Lebrón otras tierras más llanas y fértiles, donde las labores pudieran mecanizarse. A su edad, ella y Bruno ya no tenían ganas ni ideas para emprender las reformas que exigía la creciente competitividad. Siempre habían criado sus reses en campo abierto, sin estabular, concediéndoles el terreno suficiente para moverse y respirar, para alimentarse de pastos naturales. Y luego estaba toda aquella burocracia de saneamientos y vacunas, de muertes y nacimientos, que exigía que un ternero llevara un carné de identidad con más controles que un humano...

En dos décadas todo se había vuelto demasiado complicado para ellos, cuando antes lo único que necesitaba un campesino era un puñado de buenas semillas y un arado, y todo lo que necesitaba un ganadero era un buen semental y la tierra suficiente donde pudiera pastar una punta de nodrizas. La naturaleza hacía el resto, antes de que hubieran llegado el pulgón y la brucelosis, la roya y el carbunco, las plagas y los animales excesivamente protegidos por la administración y por los ecologistas como Sonia Peregrino y Vidal, las cigüeñas cuyos nidos de media tonelada podían hundirte el tejado de la casa, los zorros demasiado aficionados a las gallinas y las urracas que te robaban la comida de la mochila colgada de una rama en cuanto te alejabas unos metros...

—¿Nos vamos? —le preguntó.

Las vacas, satisfechas, se alejaban hacia la laguna o se tumbaban a iniciar su lenta, laboriosa rumia, moviendo los labios con algo parecido a una sonrisa.

—Un momento —dijo Bruno. Cogió del establo un rastrillo con los dientes tan afilados como punzones, lo empuñó con las manos grandes y leñosas y enseguida amontonó en un comedero el pasto disperso.

Aurora, subida en el coche, lo miraba hacer, preguntándose si al fin lograrían resolver el problema que los acuciaba, posiblemente el último gran problema económico con que se enfrentarían durante el resto de su vida. Tenían que vender a Mistralia aquellos serrijones ásperos y pedregosos, de pastos escasos. Nadie les pagaría nunca ni la mitad de lo que les había ofrecido aquel técnico que había venido

de Madrid para hablar con ellos, Álvaro García-Lage. El problema era la chica Peregrino y su novio, aquel tipo con coleta que siempre había vivido en la ciudad y sin embargo ahora pretendía saber más que nadie de las cosas del campo. Si ellos no vendían su vaguada, Mistralia no compraría a los demás.

—¿Crees que la nueva ingeniera logrará convencerlos? —le preguntó Bruno al arrancar, como si hubiera adivinado su pensamiento, algo que sucedía en ocasiones y que siempre la sorprendía.

—No lo sé, quizá no cedan. Están muy apegados a esa tierra. Y hay que reconocer que han hecho maravillas con el riego.

—Han tenido mucha suerte al encontrar agua —Bruno se resistió a reconocer sus méritos.

—Otros con el Lebrón al lado no han sido capaces de cultivar ni unas lechugas —discrepó Aurora.

—¡Lechugas! —murmuró—. Recuerda lo que nos decía padre: que con un ternero que él criara bajo su cama ganaría lo suficiente para comprar todas las verduras que consumíamos en un año.

—También decía que los agricultores miran hacia abajo, y que los ganaderos miran hacia lo lejos. Pero ya no estoy segura de que no se equivocara.

En efecto, había comenzado a dejar atrás aquel desdén familiar y a sentir admiración por los huertos bien cuidados. Frente al agreste desaliño de las explotaciones ganaderas, los huertos con pequeños cuarteles de gran rendimiento, con pulcras y rectilíneas hileras de hortalizas y sin una mala hierba le causaban una secreta envidia. La firmeza con que sus dueños ponían coto a las desenfrenadas ramas de las zarzas y la delicadeza con que trataban cada planta y recogían sus frutos le hacían sospechar que había en ellos una callada superioridad. Acaso todo fuera una cuestión de edad, se decía. La juventud, casi siempre nerviosa, impaciente, exasperada por la misma energía animal que dos horas antes habían visto en las liebres, no tenía sosiego para sentarse a ver crecer las plantas y madurar los frutos. En cambio, el ritmo de la gente madura era más acorde con el invisible, lento desarrollo de los vegetales.

Aparcaron junto a la casa del detective. Al acercarse a la puerta, Bruno le preguntó, receloso:

—¿Tú habías conocido antes a algún detective privado?

—No.

—No sabía que eso fuera un oficio. No al menos en Breda. Detective privado —repitió con desdén, como si hubiera pronunciado algo indecente.

—Ya te he dicho que ha estado por ahí preguntando por nosotros y que también ha ido a hablar con ellos. Cualquiera sabe lo que le habrán contado. Por eso tenemos que verlo, para que no crea que nos escondemos. Tú déjame hablar a mí.

Llamaron al timbre, unos segundos después se abrió la puerta y Cupido se sorprendió al ver ante él a los dos mellizos: la misma estatura y complexión, los



mismos sólidos huesos frontales, aunque muy abultados en el hermano, protegiendo los ojos inquisitivos, la misma piel, como si solo los diferenciara la envoltura final del sexo, las siempre misteriosas glándulas de la pasión y de la procreación que oscurecían de barba el rostro del hombre o colmaban de carne la blusa clara de la hermana. Los mellizos y los gemelos siempre le habían provocado curiosidad, tal vez porque era hijo único y siempre estaba presente aquella sombra del hermano muerto siendo muy niño. No se le escapaba en los últimos años la proliferación de cochecitos dobles de las fecundaciones *in vitro*.

—¿Sí? —preguntó, aunque ya sabía de qué se trataba.

—Nos gustaría hablar contigo —dijo la mujer.

—De Sierra Ufana, supongo. Adelante.

El detective se apartó a un lado y les hizo pasar hasta el pequeño estudio, sorprendido por su visita, porque siempre era él quien llamaba a puertas cerradas solicitando información que le negaban o falseaban, rebuscando aquí y allá datos y confidencias, unas veces simulando desinterés ante un detalle revelador para no alertar la desconfianza, otras escuchando con aparente atención algo que ya conocía. Ahora, los dos hermanos Méndez, Aurora y Bruno, se le habían anticipado y venían a verlo. Cualquiera que fuese la razón, no caía en el error de menospreciarlos basándose en su tosco aspecto de propietarios rurales, en sus ropas de tonos verdosos, como las de los cazadores, que emanaban un tenue olor a hierba y a lana y en las que se habían prendido algunas hebras de pasto, en las botas de suela dura, a pesar de las cuales tenían algo de sigiloso. Conocía el orgullo que embargaba a aquellos ganaderos aficionados a la caza y excelentes tiradores, algunos de los cuales quemaban al año más pólvora que muchos militares. Y como a los militares, les gustaban las reuniones corporativas, las conversaciones sobre el precio de fincas o caballos en lonjas o en los inmensos barracones de las ferias ganaderas, en ambientes de mutua congratulación y gestos admirativos hacia los poderosos ejemplares de sementales o de nodrizas presentados para exhibición o venta. De un modo vago, pero palpable, los mellizos llevaban la marca de propietarios de tierras, aunque estaban ansiosos por vendérselas a Mistralia.

—Nos han dicho que estás investigando la muerte de la ingeniera —dijo Aurora después de presentarse con sus nombres.

—Sí. ¿La conocíais?

—Hablamos con ella varias veces y siempre nos entendimos bien. Si no hubiera muerto, todo este conflicto de Sierra Ufana terminaría solucionándose. Habíamos llegado a un acuerdo para venderles nuestras tierras y estábamos satisfechos con el trato.

—No éramos sus enemigos —dijo Bruno.

Cupido ignoraba quién de los dos hermanos había nacido antes, pero la iniciativa y la decisión de la mujer hacían pensar en su primogenitura.

—¿Quiénes lo eran? —les preguntó.

—¿Qué? —dijo Bruno.

—Enemigos. ¿Quiénes eran sus enemigos?

Los dos mellizos se miraron antes de hablar.

—Esa pareja —respondió de nuevo Aurora—. La chica Peregrino y ese novio suyo. Esther les ofreció de todo para que vendieran la vaguada, porque les resulta imprescindible para sacar adelante el proyecto, y ellos se negaron. Dicen que no aceptan presiones.

—Bueno, ahora sí tienen motivos para sentirse presionados —dijo Cupido—. Alguien les ha talado los almendros de su finca.

Ambos permanecieron en silencio unos segundos, sin mostrar gestos de sorpresa o inocencia, sin responder hasta que terminaron de sonar las campanadas —seis, la mitad del número que correspondía a aquella hora— que lanzó sin concierto el loco, inofensivo reloj de la cercana iglesia. Había ardido cuando el templo fue quemado en mayo de 1931 y desde entonces emitía en el momento de las horas un número caprichoso de campanadas: una, siete, dieciocho, cualquier número hasta veinticuatro, con una sonoridad firme y dolorida, como si aún sufriera las viejas quemaduras. Nadie se había ocupado de reparar sus mecanismos, como si su arreglo supusiera un ataque a la tradición o a la memoria, o tal vez por ese respeto que se le terminaba concediendo a la palabra de los locos.

—Se han buscado muchos enemigos por ahí —dijo al fin Aurora.

—¿Vosotros también?

—No nos caen simpáticos —respondió Bruno.

—¿Por qué?

—Al poco tiempo de llegar, Vidal ya pretendía darnos lecciones de cómo gestionar las cosas del campo. ¿De qué vale...?

—Nosotros llevamos aquí ochocientos años viviendo de la tierra —la interrumpió Bruno, como si repitiera algo que había oído muchas veces.

—¿De qué vale —continuó Aurora con un tono calmado— lo que hemos aprendido durante siglos comparado con la sabiduría de unos tipos de ciudad que leen dos folletos sobre cómo cultivar cebollinos y que prefieren criar perros y gatos a criar vacas y ovejas mientras fuman unas hierbas que no comerían los conejos?

—Conozco a gente que está regresando de las ciudades para cultivar la tierra y no lo hacen nada mal —discrepó Cupido, que había comprobado el entusiasmo que desplegaban algunos neorrurales.

—Nosotros no somos agricultores, somos ganaderos —dijo Bruno.

—Es parecido, ¿no?

—No —dijo Aurora—. Somos muy distintos.

—Una planta nunca se comerá una oveja, pero una oveja come miles de plantas —apoyó Bruno, como si le hubiera molestado la comparación del detective. Sus palabras evocaban las violentas rivalidades de las viejas películas del Oeste entre agricultores que vallaban con alambre de espino unos terrenos en las grandes estepas

y orgullosos ganaderos que exigían espacios abiertos para sus reses. Y como en aquellas historias, también en Breda se apreciaba a veces esa supuesta hegemonía del ganadero sobre el hortelano, basada en la convicción de la supremacía de la carne sobre la hierba, en poseer más tierras y más dinero y en habitar casas más grandes, en cuyos profundos patios siempre dormitaba algún perro y piñoneaba un perdigón en una jaula.

—¿Para decirme eso habéis venido a verme?

—Hemos venido a decirte que nosotros no teníamos nada contra la ingeniera. Su muerte nos perjudica, porque ahora la venta de nuestras tierras queda en el aire. Esther estuvo en todo momento de nuestra parte y nos mostró su confianza.

—Se veía con alguien aquí, en Breda —dijo Cupido.

La mirada que cruzaron los dos hermanos no fue de sorpresa, sino de confirmación, como si hubieran esperado esa pregunta.

—Sí. Se veía con Mauri Ruiz —susurró Aurora, haciendo pensar en esa clase de viudas, un poco amedrentadoras, que lo saben todo de los hombres.

—¿Quién es?

—Trabaja allí arriba, en los molinos, en mantenimiento —respondió Bruno.

—Pero los fines de semana también pone copas en el bar de su hermana, el Ukelele —añadió Aurora.

Cupido conocía el bar, por donde había pasado en alguna ocasión, pero no lograba ponerle rostro a quien estaba tras la barra. Era un local amplio, con un pequeño escenario, y recordó el buen trato, la generosidad de las bebidas, el ambiente tranquilo sin la exasperación musical de otros locales, sin la ansiedad que segregaban los bebedores compulsivos.

En ocasiones había visto cómo los implicados en una investigación intentaban alejar de ellos las sospechas involucrando al mayor número posible de sospechosos. A eso, pues, habían venido los Méndez, a proclamar su inocencia revelando que había otras pasiones en torno a Esther Duarte. Y una vez dicho, ambos se levantaron para marcharse.

—¿Cómo era? —les preguntó de repente.

Los dos hermanos lo miraron sorprendidos.

—¿Esther? —preguntó Aurora.

—Sí. Dijisteis que tenía confianza en vosotros. ¿Qué tipo de persona era?

—Por lo que vimos, era una mujer decidida. Trabajaba muy bien en lo suyo y podía defender sus intereses ante cualquiera. Quiero decir que, aunque era ingeniera, se paraba a hablar con todo el mundo.

—¿Alguna vez dijo que temiera algo? ¿Mencionó alguna amenaza?

Aurora negó con la cabeza antes de responder:

—No. Era el tipo de mujer que sabe defenderse sola.

—Esa noche no supo defenderse —murmuró Cupido. Faltaba por hacer aquella pregunta tan elemental que siempre provocaba respuestas obvias, pero necesarias. Sin

embargo, ahora no la hizo. Si los mellizos habían venido a hablar con él era porque tenían una firme coartada y ellos mismos se lo dirían. Y en efecto, antes de llegar a la puerta, Aurora se detuvo:

—¿No vas a preguntarnos qué hicimos la noche del sábado?

—Sí —respondió—. ¿Qué hicisteis?

—Estuvimos atendiendo el parto de una vaca. El ternero venía mal, se había atravesado. Tuvimos problemas para sacarlo y tardamos mucho. No había luna, se nos había fundido un faro del coche y no veíamos bien. Pudimos sacarlo a mitad de la noche.

—¿Os vio alguien?

—No. Nos bastamos los dos.

—Aurora estudió dos años Veterinaria —dijo Bruno con orgullo, los ojos opacos bajo la barra huesuda de la frente.

Cupido no solía hacer sus compras domésticas en ninguno de los grandes centros comerciales que habían brotado en el extrarradio de Breda. Como vivía solo, se surtía para su consumo en las pequeñas tiendas del centro.

Por eso, tres años antes había estado a punto de colgar el teléfono cuando una voz de hombre preguntó por él y se presentó como gerente de uno de los hipermercados, creyendo que se trataba de otra llamada más del agresivo acoso publicitario que llevaban a cabo los departamentos comerciales de algunas empresas. Sin embargo, escuchó su petición y aceptó acudir al centro comercial una hora más tarde.

Las puertas automáticas se abrieron a su paso, bajo un enorme cartel publicitario donde una mujer feliz y victoriosa, con la sonrisa bien ajustada sobre los labios, lo invitaba a conseguir su misma felicidad y su victoria llenando el carro de la compra. Tal como le habían indicado por teléfono, preguntó en Atención al Cliente por el gerente, señor Aparicio. El respeto con que la chica uniformada pronunció el cargo de su superior le hicieron pensar en alguien de edad, pero quien lo esperaba tras la mesa impoluta del despacho apenas sobrepasaba los treinta años. El traje a juego con el uniforme de los empleados intentaba ocultar el sobrante de grasa, las largas horas hundido en el profundo sillón de cuero, quizá en algún momento los pies sobre la mesa, vigilando la gran pantalla en la pared que reflejaba el movimiento de compradores en las cajas. Pulcro, bien peinado, echó hacia atrás los hombros para erguir su figura, pero algo se quebraba en su aspecto: parecía más sostenido por el fegonazo de la brillante corbata roja que por su columna vertebral.

Extendió el brazo por encima de la mesa y saludó al detective con un enfático apretón de manos y con una sonrisa que mostraba una dentadura tan perfecta que luciría bien en la sala de espera de un dentista. Con un gesto le indicó una silla.

—Tenemos un problema que queremos atajar con rapidez y discreción, sin que salga a la luz pública. Y sin policía. Una denuncia nos acarrearía más inconvenientes que beneficios —explicó con cautela y astucia.

—De acuerdo. Confidencialidad —aceptó el detective.

—Sospechamos que detrás de todo se esconde uno de nuestros empleados.

—¿En qué se basa?

—Doy por hecho que todos los empleados, incluso los más privilegiados, odian a sus patronos. ¡Siempre se están quejando de lo mucho que trabajan y de lo poco que cobran...!

—¿Robos? —lo interrumpió.

—¡No! Todo lo contrario. Alguien introduce en el centro algo que no queremos y que nos puede hacer mucho daño.

—No lo entiendo.

—Alguien introduce bichos.

—¿Bichos?

—Animales. La primera vez fue un murciélago. Por fortuna, lo descubrimos al llegar, antes de abrir al público, revoloteando por el techo, quizá buscando un escondite donde colgarse. Aunque toda la cubierta está bien sellada, pensamos que se trataba de un accidente casual, porque alguna vez se nos había colado algún pájaro. ¡Pero no un murciélago!

—Son nocturnos, vuelan por la noche —dijo, como si eso lo explicara.

—¡Y roedores! —añadió Aparicio con un gesto de odio—. Nos habría dado muy mala imagen. Aquí la limpieza es sagrada. ¡Qué digo limpieza! —enfaticó—. Más aún, la higiene. ¡En nuestro centro comercial la higiene es sagrada!

—Por supuesto —dijo Cupido para obligarlo a continuar.

—Dos semanas más tarde descubrimos... las huellas de otros animalitos. —El tono de asco convirtió el diminutivo en un insulto—. Se nos habían colado de nuevo y correteaban por debajo de las estanterías hartos de comida.

—¿Otros roedores?

—Un par de hámsteres. Macho y hembra. ¡Pero los pillamos a tiempo! —suspiró—. ¡No sabe cómo se reproducen esas alimañas!

—¡Hámsteres! —El asombro del detective iba en aumento.

—Alguien los había comprado una semana antes en la propia tienda de animales del centro comercial. Aquello ya no podía ser casualidad y pusimos a investigar a nuestro servicio de seguridad, pero no sacamos nada en claro. Habían pagado la compra en efectivo para no dejar rastro y el dependiente no recordaba nada. —Al ajustarse la corbata, pareció erguirse en el sillón, donde se había ido hundiendo poco a poco—. Pero al menos ya estábamos seguros de que alguien intentaba sabotearnos.

—¿La competencia? —sugirió Cupido, a quien le costaba tomarse en serio lo que estaba escuchando.

—Creo que no. Ellos saben que nuestro prestigio, nuestras ofertas y nuestras ventas están por encima de sus prestaciones y serían capaces de cualquier otra jugarreta para derrotarnos... Pero, la verdad, no los imagino atacándonos con esos métodos.

—¿Qué medidas tomaron?

—Intensificamos el control, pero cambiando nuestra mentalidad. Nos habíamos blindado contra los robos, pero no contra los... intrusos —dijo al fin, aunque no pareció muy convencido de lo adecuado del término—. Tenemos guardias, cámaras de seguridad, detectores electrónicos para que nadie se lleve nada sin pagar. Pero a partir de entonces redoblamos la vigilancia para que tampoco entrara nada.

—¿Algún cliente vengativo?

—Contemplamos esa posibilidad, pero tampoco nos pareció probable. ¿Cómo conseguiría alguien de fuera introducir animales con tanta facilidad? Cuando vienen con una bolsa, miramos su contenido y la sellamos con calor. ¡No, no creemos que se

trate de un cliente! Además, es alguien con acceso al almacén. De allí salió anteayer el conejo.

Cupido no pudo evitar un gesto de perplejidad. La invasión zoológica del hipermercado comenzaba a resultar cómica y Aparicio comenzaba a parecerle un vigilante de un zoo.

—¡Un conejo doméstico, muy gordo, de color blanco, devorando tan campante las zanahorias de nuestra sección Frutas y Verduras! —pronunció con mayúsculas—. ¿Quiere verlo? Lo tenemos en una jaula —explicó, como si contemplara la posibilidad de cocinarlo.

—No, no es necesario.

—Y esa vez ya no pudimos ocultarlo a los clientes. Lo habían camuflado en un cajón mientras estaba en el almacén, y de allí salió al expositor. No nos percatamos de su presencia hasta que dio un salto ante las narices de una cliente que elegía un manojo de zanahorias. La cliente se asustó, cayó hacia atrás y estuvo a punto de meternos en un buen lío. Imagínese la escena: el grito, la caída, el conejo corriendo entre las piernas de la gente, las amenazas de ir a contarlo en los periódicos y de denunciarnos por daños y perjuicios... Al final la convencimos para que desistiera a cambio de servirle a domicilio un pedido semanal durante un año.

—¿Y tampoco encontraron pistas?

—Tampoco. Hemos registrado a los empleados según llegaban al trabajo, hemos analizado de forma exhaustiva sus pertenencias, hemos hecho controles por sorpresa... ¡Y nada!

—Tal como ha ido creciendo el tamaño de los animales, corren el riesgo de que la próxima vez logren colarle una oveja.

—¡Eso no sería lo peor! Lo que nos aterra son los bichos más pequeños y dañinos, y más difíciles de controlar —suspiró, y Cupido visualizó una invasión de animales sin esqueleto, llenos de carroña y veneno, alacraneando entre los expositores—. ¿Comprende ahora por qué lo hemos llamado?

—Necesitan descubrir al dueño del zoológico.

—Sí. Quienquiera que sea, está en alerta, nos conoce, conoce nuestros métodos de vigilancia y sabe cómo burlarlos. Necesitamos a alguien de fuera que sepa ver lo que nosotros no vemos —reconoció su impotencia y miró el despacho, la mesa brillante tras la que se parapetaba, el teléfono y la gran pantalla en la que se veían las cajas. Todo aquello creaba adicción y no podía disimular su miedo a perderlo.

Cupido calculó las dificultades, lo extraño del encargo, tan distinto de los asuntos de siempre: los cada vez más frecuentes fraudes económicos, los engaños, los robos, las desapariciones... Aunque en aquella ocasión no faltaba nada; al contrario, sobraban animales, que aparecían en un lugar donde nadie quería verlos. Aquellos trabajos de poca monta, sin dolor ni sangre, a veces se complicaban en exceso. Pero un enigma tan peculiar había despertado su curiosidad.

—Necesitaré libre acceso a los lugares y personas del centro. También a los datos

de los empleados y a sus horarios.

Aparicio torció la boca.

—¿Es necesario?

—Sí. No puedo conocer aquello que no puedo preguntar.

—Se los facilitaremos. Pero tendrá que ser muy discreto. ¿Sus honorarios?

Pidió una cantidad más alta de la habitual, que fue asumida sin reparos por Aparicio, y aceptó el trabajo.

Al día siguiente Cupido volvió al centro comercial como un cliente cualquiera, empujando un innecesario carro que devolvería casi vacío, pues solo pensaba comprar en la sección de deportes un adaptador para válvulas de ruedas de bicicleta. Pero el carro lo volvía invisible, lo uniformaba entre las decenas de clientes que buscaban productos en las estanterías o comparaban los precios con gesto concentrado, sin mirar con quiénes se cruzaban. Muchos los llevaban atiborrados como contenedores con cajas de leche y bebidas, con redes de naranjas y patatas, con grandes paquetes de papel higiénico o de productos de limpieza, con sacos de comida para mascotas.

En los primeros pasillos, entre libros y material de papelería, sus ojos chocaron con los sobrios cuadernos de alambre que utilizaba para anotar los datos de sus investigaciones y cogió uno de color sólido y sin dibujo en la cubierta. Junto a él, unos niños curioseaban entre lápices y rotuladores sin nadie que los vigilara. Aunque supuso que alguna cámara los estaría controlando, no localizó ninguna en el techo ni vio a ningún empleado que rondara cerca. El cliente era dueño y señor para desordenar, toquetear, elegir sin prisas. ¿Quién le impediría abrir un paquete de Pilot y llevarse un bolígrafo en el bolsillo?

Avanzó despacio, observando a los empleados y a la gente que adquiriría productos eficaces y funcionales, fabricados en serie: zapatos con más plástico que cuero, portarretratos con más metacrilato que cristal, muebles con más PVC que madera que conservara recuerdos de los bosques. En algunas secciones —electrónica, perfumería— los dependientes, identificados con una tarjeta prendida en la solapa, atendían a los clientes, en otras, servían sus pedidos, pero en los pasillos de los productos manufacturados solo vio a los reponedores que apilaban montañas de pan de molde, de sandías, de garrafas de aceite de oliva en los expositores centrales o en las góndolas, donde al instante comenzaban a cogerlos los clientes como si se aprovisionaran para una guerra. ¡Le parecía mentira que aquellos montones de comida fueran adquiridos en unas pocas horas!

Aceptó de una azafata una tapa de queso de torta y la saboreó mientras a su lado se deslizaba veloz, con un paquete entre las manos, una empleada con patines que desapareció enseguida por la puerta del almacén y cuyo rostro le resultó vagamente familiar. Compró el queso y, obedeciendo la llamada del paladar, también unas bandejas de ibéricos. Y como resultaba cómodo el carro, en los siguientes pasillos añadió unas botellas de vino, cervezas, latas de conserva que no solía encontrar en las



pequeñas tiendas del centro y algunas comidas preparadas en raciones individuales.

Se le habían pasado dos horas observando aquí y allá, pensando y elaborando hipótesis, pero no había advertido nada sospechoso ni en los clientes ni en los empleados. Como le había dicho Aparicio al despedirse, el centro comercial era una ciudad en pequeño, regida por una eficaz maquinaria.

Al fin se dirigió hacia la sección de Deportes a comprar el adaptador, lo único que en realidad necesitaba, mientras admiraba la perfección de la trampa: había ido a comprar un tornillo y, sin darse cuenta, había llenado medio carro.

Cogió el adaptador y, tras reflexionar unos instantes, añadió un casco de ciclista, aunque no lo necesitaba.

Cupido volvió con el casco al centro comercial a primera hora de la mañana siguiente. De nuevo las puertas automáticas se le abrieron bajo el gran cartel de la mujer feliz que parecía no haber llorado nunca, de nuevo la promesa de encontrar allí dentro todo lo que el mundo había inventado y puesto en venta. En Atención al Cliente arrancó un número de la tira y esperó su turno ante el mostrador.

—Quiero devolver este casco —dijo a la empleada.

—¿Me enseña el *ticket* de compra, por favor?

Tras comprobarlo, la empleada abrió la tapadera de la caja, pero no le prestó más atención. Podría haber ocultado dentro cualquier cosa sin que lo advirtiera.

—¿No le vale?

—No. Es para un regalo, pero no acerté con la talla.

—¿Desea cambiarlo ahora o le devolvemos el dinero?

—Quiero cambiarlo por la talla inferior.

—Muy bien. Un minuto, por favor —su voz resonó por la megafonía del centro —: Señorita Sonia Peregrino, acuda a Devoluciones. Señorita Sonia Peregrino, acuda a Devoluciones.

Medio minuto después vio venir a la patinadora desde el fondo del pasillo, esquivando con agilidad a los clientes. Al llegar junto a él volvió a sentir la misma sensación de familiaridad del día anterior, de haberla visto antes, aunque no lograba recordar dónde: el recuerdo se le escapaba, se le escurría como una gota de lluvia en el cristal en medio de otras gotas de lluvia.

—¿Sí? —preguntó a su compañera.

—Llévate este casco y trae la talla más pequeña.

—Enseguida.

Inmóvil, no era tan joven como la minifalda y la agilidad le hacían aparentar, pero al ponerse en movimiento de nuevo arrastró tras ella las miradas brillantes de los hombres.

Y fue entonces, al dejar de ver su rostro, cuando encontró lo que estaba buscando en la memoria y asoció su apellido a los recuerdos: una niña primero, luego una adolescente con los ojos enormes ocupándole la cara, jugando con animales en la tienda de su padre, El Peregrino. Pero no recordaba más detalles y, al salir del

hipermercado, telefoneó al Alkalino, que lo citó media hora más tarde en el Europa, en cuyo bar domaba con zumos e infusiones la sed insaciable que le habían dejado en el hígado los años de consumo.

—¡Claro que lo recuerdo! —exclamó, como si fuera una ofensa dudar de su prodigiosa memoria para todo lo que sucedía en Breda—. El Peregrino era un local oscuro y algo maloliente, cerca del centro, y el nombre le venía del apellido del dueño: un paralítico que se movía en silla de ruedas por la tienda con una agilidad asombrosa. Durante cuarenta años vendió todo lo necesario para criar y alimentar animales: tortugas, conejos, pollos de colores, algún cachorro de gato o perro y, sobre todo, canarios que hacía cantar con algún truco o, como sospechábamos algunos, alimentándolos con semillas que solo él conocía. Se dio el caso de algún comprador de un pájaro de canto jubiloso que al salir de la tienda entraba en una mudez irremediable. Además, Peregrino podía conseguirte cualquier animal que le pidieras. ¿Te acuerdas de cuando vinieron a rodar aquella película de la milana?

—Sí —respondió Cupido.

—Necesitaban un pájaro amaestrado. ¿A quién crees que acudieron?

—¿A Peregrino?

—Lo avisaron con poca antelación, pero lo cierto es que localizó un nido con huevos y esperó a que empollaran. Se las arregló de modo que cuando las crías salieron del cascarón el primer rostro que vieron fue el suyo, que se les acercaba con un gusano en los labios. Los primeros sonidos que oyeron los pollos fueron los chirridos de su silla de ruedas.

—Vale, vale. Sigue con Peregrino.

—No solo comerciaba con animales. Con eso no habría sobrevivido en Breda, donde todos somos medio cazadores. También vendía alpiste, y piensos, y colmenas para abejas, liga y redes y cebos de pesca, y trampas para ratones y veneno contra las hormigas...

—¿Cuándo cerró?

—Hará unos quince años, cuando abrieron las tiendas de mascotas en los dos centros comerciales. No pudo competir con ellas. Resistió un tiempo, pero al fin tuvo que aceptar que había muerto aquella manera de relacionarse con los animales, que formaban parte de la casa, sí, pero no de la familia, no sé si logro explicarme.

—Te explicas muy bien.

—Él no entendía la necesidad de importar bichos exóticos: loros, cacaúas, iguanas... Hasta un mono, como si en Breda no tuviéramos suficiente zoología. En fin, aquellas novedades superaban sus conocimientos. Una vez le oí decir que sabía cómo mirar a un gato a los ojos para que lo obedeciera, pero que no sabía cómo mirar a una serpiente. La gente comenzó a abandonarlo. Nadie quiere ir a comprar a una tienda donde el dueño está siempre quejándose.

—Recuerdo a una niña jugando en medio de tantos animales.

—Su hija.

—Y Peregrino, ¿qué hace ahora?

—¿Hacer? Sobrevive, como hacemos todos. Oí decir que vive retirado en el campo, en una casa a orillas del Lebrón. Que está enfermo, pero que se niega a que le empujen la silla de ruedas. Que sigue rodeado de animales y que los pájaros siguen cantando cuando les silba.

—No sé cómo podría conseguir tanta información sin tu ayuda —le agradeció Cupido.

—No es difícil. Sal a la calle y habla con la gente.

—Creo que la gente no me contaría esas historias como te las cuenta a ti.

—Bueno, no puedes aspirar a tenerlo todo, ¿no?

Cupido volvió a su casa y estuvo reflexionando un tiempo, emborronando hojas en el cuaderno, con una profunda concentración, hasta que logró encajar una posible historia: la pequeña venganza urdida de un modo tan ingenuo, la engañosa seguridad de golpear y quedar impune.

Pero le faltaban las pruebas. Cerró el cuaderno, se frotó los ojos fatigados y se tumbó en el sofá en completo silencio, empujando hacia la luz cada detalle, cada frase, cada episodio de la investigación para alumbrar un defecto, una cicatriz en la secuencia de los hechos. Luego se levantó de repente y llamó por teléfono a Aparicio para concertar con él una cita a primera hora de la tarde.

Aparicio lo esperaba en la oficina, en la misma postura tras la mesa, como si no se hubiera movido, con el mismo traje y el mismo fogonazo de la corbata roja, viendo en la pantalla las mismas imágenes de los clientes amontonados ante las cajas. Solo era distinta, más intensa, la ansiedad de la voz al preguntar:

—¿Hay novedades?

—No, aún no. Quizá pronto. De momento, necesito dos cosas.

—Sí.

—Quiero ver las fichas de algunos empleados y los horarios de trabajo del último mes.

—Haré que se las traigan.

Aparicio lo dejó solo en la oficina y Cupido comparó los turnos de trabajo de Sonia Peregrino con la aparición de los animales intrusos. Luego estudió sus datos: la dirección, la edad, su situación personal: soltera y madre de una niña de cuatro años. Y abajo, la firma, el nombre escrito con una letra pequeña y nerviosa y rodeada dos veces por el trazo circular de la rúbrica, como una doble muralla tras la que protegerse contra el mundo.

Aparicio regresó unos minutos después.

—¿Y la segunda petición?

—¿Todavía tienen el conejo? —solicitó Cupido.

Volvió a casa, se vistió de prisa la ropa deportiva, se colgó a la espalda la pequeña mochila de ciclista y sacó la bicicleta del garaje. Pedaleó despacio durante dos horas contra un viento suave que refrescaba las embestidas del sol. De vez en cuando

notaba en la mochila los movimientos del animal asustado. Al regreso, preguntó entre las casas desparramadas por la orilla del Lebrón hasta localizar la vivienda de Peregrino.

La cancela estaba cerrada. El detective se detuvo en el camino, bajó de la bicicleta y se agachó con disimulo a desinflar la rueda trasera.

—¿Hay alguien? —gritó.

Dos perros apacibles se acercaron caminando hasta la valla, moviendo la cola, pero Cupido no dio un paso para invadir su territorio hasta que unos segundos después se abrió la puerta de la casa y asomaron unos zapatos impecables apoyados en soportes metálicos y, tras ellos, una vieja silla de ruedas muy parecidas a las de la bicicleta, las rodillas huecas y huesudas afilando los pantalones y el rostro afable sobre los hombros anchos y escarpados. Los perros volvieron la cabeza hacia Peregrino esperando sus órdenes para lamer o asustar al detective. En un rincón del patio habían alambrado un espacio desde donde curioseaban nerviosos unos conejos. De la casa llegaba un trino de canarios.

—¿Sí?

—Buenas tardes. Perdone que lo moleste. He pinchado —señaló la rueda trasera—. Al cambiar la cámara me he dado cuenta de que no llevaba encima la bomba, la olvidé en casa. Tal vez usted tenga una por ahí.

—¡Por supuesto que sí! Pase, no se quede ahí fuera. Los perros no hacen nada.

Giró la silla sin aparente esfuerzo para entrar en la casa, pero en el umbral apareció la niña y, entre sus piernas flacuchas, asomó un pequeño gato gris que se frotó contra uno de sus tobillos, como si hubiera algo fraternal entre todos ellos, entre el viejo en la silla de ruedas, la niña, el gato, los perros y el canto de los pájaros. Cupido descorrió el cerrojo y entró en la parcela. Los perros se le acercaron y olisquearon con interés la mochila hasta que Peregrino los alejó con una orden.

—¿Qué tipo de válvula lleva?

—Estrecha, pero tengo adaptador.

—No hará falta. Yo también uso la estrecha en estas ruedas —palmeó con humor los apoyabrazos de la silla, como si no hubiera diferencia entre ella y la bicicleta de Cupido, antes de desaparecer por la puerta.

El sol se había puesto, el atardecer había apagado sus fogatas y en el horizonte ya solo quedaba humo, pero aún flotaba esa luz calabaza de los veranos que se agarra al cielo con firmeza y prolonga la claridad del día. Si se demoraba más, el regreso a Breda en bicicleta sería peligroso, pero necesitaba hablar con la chica de los patines.

—Aquí tiene. —Peregrino reapareció con la bomba sobre las rodillas inertes.

—Gracias.

Se agachó y comenzó a inflar con movimientos firmes y regulares. Comprobó la presión de la cámara y siguió inflando cuando ya no era necesario, oyendo a su espalda la voz del paralítico:

—... cuestión de suerte. Puedes pasarte un año sin sufrir ni un percance y luego

pinchar tres veces en un día.

Le devolvió la bomba y se disponía a marcharse cuando oyó el coche que reducía la marcha al entrar por la cancela. La chica bajó entre el alborozo de los perros y de la niña, que corrió hasta sus brazos. Allí, en el campo, sin patines, sin minifalda y sin maquillaje, resultaba menos llamativa, pero era casi hermosa. Tal vez no le favorecía el flequillo egipcio, cortado muy recto a mitad de la frente, como una visera que la ayudara a enfocar mejor la mirada. Vestía un vaquero y una camiseta sin mangas, de un color deshilachado, que dejaba al aire los hombros delgados, enternecedores y morenos, vulnerables sin el uniforme. Miró fugazmente al detective y su bicicleta, sin decir nada, pero Cupido supo que lo había reconocido. Avanzó con la niña en brazos hasta su padre y se agachó a besarlo, asintiendo a su explicación de la visita del ciclista, de la mala suerte de los pinchazos, de accidentes, porque empezaba a oscurecer y sería peligroso circular.

—¿Te siguen doliendo los tobillos? —le preguntó Peregrino.

—No, ya no —respondió, aunque unas vendas tobilleras sobresaliendo de las deportivas sugerían que mentía.

—Entonces tal vez puedas acercarlo a Breda. La bici cabe en el coche —dijo, y añadió dirigiéndose al detective—: Mi hija Sonia trabaja allí, en un centro comercial.

—¿Sí? —preguntó Cupido.

—En la sección de Devoluciones —respondió ella, por primera vez mirándolo a los ojos. Tenía una voz ronca y dulce.

—Trabaja mucho, no la dejan parar —siguió explicando Peregrino, sin énfasis, locuaz y bondadoso. No debían de tener muchas visitas—. En esos sitios la gente devuelve todo lo que lamentan haber comprado, lo que estropean y rompen y dicen que estaba roto, y los regalos de Navidad para recuperar un dinero que no es suyo. ¡Hasta un juego de copas después de haberlas usado en una cena! Sonia podría contarle cosas peores. No la dejan descansar.

—Él ya lo sabe, papá. También fue a devolver algo. Un casco de ciclista.

Peregrino debió de captar en la voz de su hija un acento extraño, una gota de furia o algo así como si acabara de llorar, porque quedó en silencio y giró la silla para volver a la casa con la niña, mientras se despedía:

—Suerte en el camino de regreso, no pinche otra vez. Y no se demore mucho, se está yendo la luz. Si algún día necesita ayuda, ya sabe dónde estamos.

—¿A qué has venido? —le preguntó Sonia cuando se quedaron solos. Encendió un cigarrillo y aspiró una larga calada.

Cupido se despojó de la pequeña mochila que llevaba a la espalda.

—He venido a devolverte algo.

—Ahora no estoy trabajando. Ya doy allí suficientes horas.

—No es una compra del centro comercial. Es algo tuyo.

—¿Mío? —preguntó con ironía, pero sus ojos se inundaron de alerta.

El detective abrió unos centímetros la cremallera de la mochila y vieron la

mancha blanca, el hocico húmedo y rosado, el brillo redondo y duro de los ojos absorbiendo la luz del crepúsculo, los párpados rojos como si en su encierro hubiera llorado desconsoladamente.

—No sé a qué te refieres —negó Sonia, mirando con prevención hacia la casa. Los perros, tumbados en el umbral, notaron su inquietud e irguieron inquietos la cabeza.

Cupido se agachó y puso la mochila en el suelo. Abrió la cremallera y el conejo saltó corriendo hacia la querencia de la jaula familiar donde sus hermanos lo esperaban. Se agazapó junto a la puerta cerrada y, con un gesto copiado de los perros, esperó a que le abrieran su refugio.

—¿Por qué? —le preguntó.

—Ellos arruinaron a mi padre —empequeñecida, buscó la forma de decirlo con pocas palabras—. Provocaron el cierre de la tienda que teníamos.

Cupido asintió con lentos movimientos de cabeza. Se sentía como un mago fullero que sorprende con un truco de chistera a un espectador inocente y lo obliga a salir al escenario a confesar su pasmo. Pero no había encontrado otro modo de resolver el conflicto entre las dos lealtades: hacia el viejo sentimiento de piedad que los años habían mitigado, pero no abolido, y hacia la obligación de cumplir el pacto con Aparicio.

—¿Vas a denunciarme? —preguntó Sonia.

—No. Quiero hacer un trato contigo.

—¿Qué?

—Nadie sabrá nada y a cambio allí no volverán a aparecer intrusos.

Sonia había bajado los ojos hacia los tobillos torturados, pero los levantó, desconcertada, al oír la propuesta. La esperanza o la tibia luz del crepúsculo la rejuvenecían, aunque seguía siendo difícil adivinar su edad.

—¿Solo eso?

—Necesitas ese trabajo.

—De acuerdo —aceptó.

Cupido pasó la pierna por encima de la barra. El chasquido del pedal al encajar en la cala sonó amplificado por el silencio de la tarde. En la casa ya no trinaban los pájaros y las últimas luces huían trepando por las copas de los altos pinos que había al fondo de la parcela. En la copa de uno de ellos una cigüeña se rascaba la axila con el pico.

—Gracias.

Antes de dar la primera pedalada, el detective señaló hacia la casa donde esperaban el padre y la niña, hacia los educados perros, que se habían puesto en pie, hacia la mancha blanca del conejo agazapado junto a la alambrada, y dijo:

—Cuídalos. Te necesitan.

Aquella historia había sucedido tres años atrás. Hasta aquella casa, en la orilla izquierda del Lebrón, había llegado entonces para resolver el encargo del hipermercado. Y ahora la valla, el atardecer, los dos perros sin pedigrí racial, educados menos para defender a sus dueños que para festejar a los invitados, que acudieron hasta la cancela y emitieron un ladrido de bienvenida más que de hostilidad, le trajeron a la memoria lo ocurrido entonces con una nítida precisión. Paró el coche ante la verja y evocó la simpatía que le había despertado Sonia, que ahora asomó a la puerta de la casa, alertada por los ladridos.

—¿Sí? —le preguntó desde allí.

—Me gustaría hablar contigo unos minutos.

No se movió enseguida, pero al fin avanzó hacia la cancela.

—¿Hoy no has venido en bicicleta... con una rueda pinchada? —le preguntó con ironía al abrir la cancela.

«Así que recuerda aquel detalle», pensó el detective, «y sin duda recuerda también el silencio, la complicidad, incluso la pequeña piedad, si no estuviera tan gastada esa palabra».

—Hoy no. Y tú, ¿aún sigues con aquellos patines?

—Ya no trabajo allí —dijo mientras avanzaban hacia la casa entre la curiosidad, los olisqueos amistosos de los perros en los zapatos del detective.

En la puerta apareció un hombre vestido con un arcaico pantalón de peto, con el abundante pelo gris recogido en una coleta, con un aspecto a medio camino entre campesino y *hippy*.

—Vidal. Ricardo Cupido, un detective —los presentó Sonia.

Los dos se estrecharon las manos, pero el breve contacto y la expresión de sus ojos fueron suficientes para que Cupido notara la desconfianza, la actitud defensiva.

—Cuando terminó el contrato, no me lo renovaron —continuó Sonia.

—¿Por qué?

—¿Crees que Aparicio me iba a dar explicaciones? —encogió los hombros con un gesto de resignación—. Supongo que porque yo no le gustaba. Yo no encajaba allí, no me ofrecía voluntaria para hacer horas extras ni le manifestaba públicamente mi agradecimiento por que me explotara.

—¡Las multinacionales! —dijo Vidal—. Ya sabes cómo son.

—Tampoco creas que me importa mucho. Ahora estoy bien. Ahora estamos bien aquí —se corrigió—. Pasa.

Un gato —o una gata, no sabía distinguirlos— de hermoso pelaje gris, lo evaluó antes de correr a ocultarse bajo la mesa. En una jaula trinaba una pareja de canarios.

Al sentarse a la mesa, a una indicación de Vidal, detectó el acre y dulzón olor de la marihuana, y en un cenicero vio dos colillas. En un vaso que llevaba grabada en el cristal la marca de una mayonesa quedaba un resto de cerveza.

—¿Y tu padre?

—Murió.

—Lo siento.

Recordó que había también una niña de tres o cuatro años agarrada a la silla de ruedas.

—También había una niña —dijo.

—Mi hija Helena. Ahora está en el colegio. ¿A qué has venido? —preguntó, aunque por el tono ya debía de conocer la respuesta.

—Me ha contratado Mistralia.

—¡Vaya! Parece que te buscan las multinacionales. Debes de ser un profesional de prestigio —intervino Vidal.

—Lo intento —dijo Cupido.

Sonia puso la mano en el antebrazo de Vidal y repitió la pregunta:

—¿A qué has venido?

—Estoy investigando la muerte de la ingeniera.

—Y alguien te ha dicho que nos preguntes a nosotros.

—Sí. Trabajaba para Mistralia y vosotros sois enemigos declarados de Mistralia.

—¿Tenemos aspecto de ser gente violenta? —preguntó Vidal.

—¿La conocíais?

—Hablamos varias veces —dijo Sonia—. Trataba de convencernos para que les vendiéramos nuestra finca. Era ella quien nos transmitía las propuestas de Mistralia.

—¿Transmitía? —preguntó Cupido. Al principio de una investigación nunca sabía qué detalles tenían importancia y cuáles carecían de significado.

—Venían de alguien llamado García-Lage... o algo parecido. Siempre consultaba con él.

—¿Vino por aquí?

—A hablar con nosotros, no —dijo Vidal—. Pero puedo imaginarlo. Esos tipos... Los conozco de cuando vivía en Madrid, durante años les serví muchas copas. Creen que con sacar la cartera y extender una mano llena de billetes ya lo pueden comprar todo en el mundo... Los conozco bien: si hay que engañar, se engaña, si hay que prometer, se promete y luego no se cumple... Vine a Breda para huir de todos ellos. No me gusta encontrármelos por aquí.

—No teníamos nada personal contra Esther —continuó Sonia—. Pero ella defendía los intereses de Mistralia.

Cupido sintió un leve contacto en el tobillo. El pequeño gato, o gata, se frotaba contra él trazando un ocho entre sus tobillos y, superada la desconfianza inicial, lo miraba desde abajo con sus hermosos ojos verdes, milenarios, esperando una caricia. Se agachó y rascó suavemente su nuca, su cuello, mientras el animal iniciaba un atisbo de ronroneo.

—Es gata. Se llama *Birri* —dijo Sonia.

—Me han dicho que os han talado un campo de almendros.



—Sí. —Vidal no ocultó su irritación.

—¿Por qué?

—Vidal cree que es para asustarnos, para obligarnos a vender. Pero yo creo que es por venganza —dijo Sonia.

—¿Quién?

—Los Méndez.

Cupido hizo un gesto de interrogación.

—Los denunciarnos hace algún tiempo por utilizar huevos envenenados para matar a un zorro. Tuvieron que pagar una fuerte multa.

—Lo peor no es la multa. Lo peor es su orgullo —dijo Sonia.

—¿Y os merece la pena? —preguntó Cupido.

—¿Qué?

—Resistir. Tengo entendido que os han hecho una oferta excelente por esas tierras. Podríais comprar otras en otro sitio.

—No se trata solo de las tierras —dijo Sonia—. Se trata de ti mismo, de lo que has puesto en ellas, de lo que has trabajado para hacerlas fructificar. Cuando Vidal las compró, aquello no era más que un campo de rastrojos entre dos lomas donde nadie cultivaba nada desde hacía décadas. Ahora empezaba a parecer un vergel.

Cupido había conocido a viejos campesinos, anteriores a los invernaderos, que confiaban al sol y al agua sus cultivos y que terminaban pareciéndose a aquellos honrados senadores romanos a quienes les venían a ofrecer el gobierno de la ciudad mientras estaban arando, aferrados a un pedazo de tierra que consideraban su cuna, su casa y su tumba, en la que habían pasado tantos días cercando, sembrando, recogiendo los frutos o el alimento para los animales que ya no podían desprenderse de ella sin sentirse mutilados, por lo que renunciaban al poder que le ofrecían de gobernar a los hombres, sabedores de que no recibirían de ellos la misma lealtad, nobleza y agradecimiento que recibían de una semilla o de un árbol. Pero no esperaba encontrar ese apego al terruño en una mujer joven que conocía de primera mano todos los lujos que ofrecía el mercado ni en un urbanita medio *hippy* reconvertido en agricultor.

—Nosotros no tenemos nada contra los molinos eólicos, no creas. Al contrario, pensamos que las energías renovables son la mejor alternativa a toda esa mierda de las térmicas y las nucleares. Bueno..., eso y la reducción del consumo. ¡Hay tantas cosas inútiles!

—Ya sabes la frase de Sócrates —la apoyó Vidal—. ¡Cuántas cosas hay en el mercado que yo no necesito! Y eso que vivió hace dos mil quinientos años. ¡Qué no diría ahora!

—Lo que no queremos es que los instalen en Sierra Ufana —continuó Sonia—. Esta es una zona preferente para las aves, no solo por los miles de grullas que pasan por aquí en sus migraciones, por las avutardas que anidan, por las cigüeñas, por las rapaces. Mira hacia el cielo en cualquier momento: siempre hay aves volando. ¡Que

se larguen a instalarlos en otro sitio donde las hélices no rompan el cuello a los pájaros!

Aquella preocupación por las aves parecía incoherente con los dos canarios que trinaban en la jaula. Sonia percibió la mirada del detective y adivinó lo que pensaba.

—Son los últimos que nos quedan de los que criaba mi padre. No me gustan los animales enjaulados y muchas veces he pensado en soltarlos... Pero han pasado así toda su vida y ahí fuera no sobrevivirían mucho tiempo.

—No vamos a vender —insistió Vidal.

Sonia lo miró y luego miró al detective.

—Vidal y yo hemos empezado de cero varias veces —dijo con voz tranquila, asordada, sin ningún dramatismo—. Y ahora estamos contentos como estamos, no queremos nuevas aventuras. Que nos dejen en paz, que se vayan con sus aerogeneradores a otro sitio. En este país hay miles de lugares donde sopla tanto o más viento que en Sierra Ufana y donde no vuelan aves a las que masacrar.

Cupido la escuchó con atención y esperó a que terminara. Le faltaba una pregunta por hacer y la abordó directamente, aunque no estaba seguro de su eficacia para determinar la culpa. Con demasiada frecuencia los inocentes no disponían de coartada, precisamente porque en su inocencia no habían sentido ninguna necesidad de justificarse.

—¿Dónde estabais la noche del sábado?

No se miraron entre ellos al responder, de forma demasiado rápida y demasiado coincidente para ser espontánea:

—Aquí.

—Estuvimos viendo la tele. *Babel*. El guapo Brad Pitt —añadió Sonia.

Cupido se levantó y salió de la casa, acompañado por Vidal. Los perros se amparaban del frío bajo una enorme barbacoa de obra reconvertida en perrera. En tiempos allí se podría haber asado una vaca, pero ahora, con tantos animales alrededor, sus dueños debían de ser vegetarianos: comer hierbas, fumar hierbas, calentarse al sol como las hierbas. Bajo el grupo de pinos vio una cigüeña en pie, inmóvil junto al tronco, y le llamó la atención que un ave tan esquiva hubiera descendido del nido al suelo.

—Se había atragantado con un preservativo —explicó Vidal al ver su mirada—. Pero la curamos. Se recuperará y no tardará en echarse a volar.

Oyó ruido tras él y comprobó que Sonia también había salido. Llevaba en la mano un cigarrillo y Cupido olió el untuoso aroma de la marihuana. Los perros se acercaron hasta ella, esperando sus caricias.

—No vamos a vender —repitió—. Díselo a ellos, a los ingenieros, al King que te paga. No vamos a vender.

Aunque Cupido la había conocido en Madrid, solo cuando la vio a un lado de la pista que ascendía hacia Sierra Ufana se dio cuenta de lo apropiado de su nombre: su aspecto aquella mañana sugería cierta ondulación atlética, una armonía con el camino donde lo esperaba. La falda, la chaqueta y los zapatos de tacón que llevaba en la sede de Mistralia habían dado paso a unos vaqueros, una cazadora y unos camper mitad urbanos mitad deportivos, adecuados para el trabajo de campo.

El día anterior la había llamado por teléfono para pedirle información sobre el trabajo de su antecesora y Senda se había ofrecido a enseñarle el parque eólico. Ahora lo esperaba apoyada en el coche, un pequeño 4×4 con el logo del molinete y el nombre de la empresa pintado en color verde en la carrocería.

—¿Vamos en mi coche? —propuso Cupido.

—No. Este es más alto y ya está lo suficientemente sucio de polvo. El camino hasta arriba no es bueno.

Mientras ella conducía con soltura, evitando los baches, Cupido observó la velocidad con que giraban las aspas de los aerogeneradores en lo alto de la sierra.

—Excepto a los surfistas y a quienes invierten en energía eólica, a nadie le gusta el viento —dijo Senda, como si temiera abordar enseguida la muerte de Esther Duarte—. A los agricultores, porque les seca la tierra, tira al suelo los frutos y dificulta las labores; a los conductores, porque los incomoda en los viajes; a los hosteleros, porque retiene a los turistas en sus casas...

—Tampoco a los ciclistas —dijo Cupido—. Los empuja a las cunetas.

Sorprendida por su comentario, Senda lo observó como si evaluara sus dotes deportivas.

—¿Y a ti te gusta? —añadió Cupido.

—A mí me gusta la forma como estamos aprendiendo a aprovecharlo.

—¿En los molinos?

—Sí. Me parece el modo más limpio y sencillo de obtener energía: el viento mueve unas aspas que, a su vez, hacen funcionar unas turbinas que en lugar de moler trigo o extraer aceite, como en los tiempos de Don Quijote, generan una energía que no puede ser convertida en armamento ni aprovechada para fines militares... Hemos llenado el mundo de tantas máquinas que ya no podemos funcionar únicamente con combustibles fósiles, porque las reservas terminarán agotándose más pronto que tarde... ¿Te aburro?

—Al contrario.

—Incluso me gusta —continuó— que el viento no sea siempre previsible, que sea difícil de sujetar, unas veces tan dócil y otras tan insensato... Me gusta su rebeldía y su independencia, que no tenga horarios de día ni de noche, ni jornadas de trabajo o

de descanso.

—Entonces, ¿siempre hay gente ahí arriba? —preguntó Cupido, y se dio cuenta de que ya estaba pensando en la investigación.

—No. Aunque con cierta flexibilidad, tenemos los mismos horarios que la mayoría de la gente: de ocho de la mañana a cuatro y media de la tarde, con media hora de descanso para la comida. A las cinco aquí no queda nadie, a menos que se produzca una avería o una incidencia.

—¿Quiénes trabajan a diario?

—Una vez que un parque entra en funcionamiento, basta con un encargado y uno o dos técnicos de mantenimiento, al margen, claro, de tareas coyunturales. Ahora, la responsable soy yo, porque al mismo tiempo estamos intentando poner en marcha la segunda fase, como te explicó Álvaro. También tenemos una administrativa en la oficina de Breda, hasta que se construya la ampliación. Si es necesario, cuento con ayuda externa de técnicos para completar estudios y mediciones.

—¿Es lo mismo que hacía Esther Duarte?

—Sí.

—Con libre acceso a los molinos eólicos.

—Nosotros los llamamos aerogeneradores —precisó—. Sí, claro, Esther tenía acceso a cualquier lugar.

—Necesitaré hablar con los empleados.

Senda lo miró con seriedad, porque su comentario le recordaba el motivo por el que estaba allí. Habían dejado atrás la subestación, donde la energía producida se incorporaba a la red general y siguió conduciendo hacia los aerogeneradores.

—¿Te afecta el vértigo?

—No.

—Voy a llevarte al aero nueve.

Cupido tardó un segundo en comprender la abreviatura.

—De acuerdo.

—Hasta ayer estaba precintado, pero ya nos permiten el paso. Aún no lo hemos puesto en marcha. Si estuviera funcionando no te dejaría subir.

—¿Por qué?

—Incluso en posición de bandera, arriba hay siempre una oscilación muy molesta. Así que imagínate con las aspas en movimiento. La primera vez que subí con la maquinaria funcionando tuve que usar el casco a modo de... —hizo un gesto de vomitar.

Unos minutos después Senda detuvo el coche en un ensanchamiento y señaló sin ocultar el recelo:

—El aero nueve.

Caminaron hasta allí y Cupido miró hacia lo alto. Algunas aves se columpiaban en las corrientes de aire provocadas por las aspas detenidas, de un color blanco mate, crudo. En la base de la góndola se distinguía una trampilla y, antes de que preguntara,

Senda se anticipó:

—Esa es la trampilla donde... Nadie de la empresa ha vuelto allí arriba desde entonces —dijo subiendo las escaleras metálicas exteriores. Entre un manojo de llaves eligió una e intentó abrir la barra de acero que protegía la puerta. Estaba encajada y Cupido la ayudó a desbloquearla—. Así que no quiero subir sola. Aunque está prohibido el acceso a toda persona ajena, me sentiré mejor si me acompaña.

Dentro imperaba un olor a aceite de maquinaria y a ozono, que Cupido asoció al recuerdo de tormentas con mucho aparato eléctrico. En el círculo de unos cinco metros de diámetro de la torre de acero cabían un panel de control, que mostraba números y gráficos, un estrecho ascensor para dos personas y una escalera vertical que se colaba hacia lo alto por el hueco de una primera plataforma que, a unos veinte metros, interrumpía la visión. Una línea de vida colgaba junto a la escalera y, al oscilar, golpeaba suavemente contra los peldaños como si avisara de un peligro o una amenaza. Senda tecleó algo en el panel y en un cuaderno anotó unas cifras, con esa concentración autista que Cupido siempre había admirado en personas apasionadas por su trabajo, en cuyo desempeño se aislaban del resto del mundo.

Mientras subían en el ascensor, Senda respondió a sus preguntas con datos claros y concisos: los G80 alcanzaban sesenta y siete metros de altura y ochenta metros en el diámetro de las palas. En el parque habían instalado veinte, y cada uno de ellos generaba dos megavatios. Gracias al sostenido régimen de vientos que peinaban Sierra Ufana, su alto rendimiento había sorprendido a los propios técnicos de Mistralia. Por eso el King había decidido apostar fuerte y ampliar el parque con treinta prototipos de tres megas, de nueva generación y última tecnología, hasta alcanzar los ciento treinta megavatios. Las plantas eólicas no solían sobrepasar los cincuenta para no desequilibrar una red general muy inestable, y aquella innovación suponía un test sobre el que convergían muchas miradas y muchos intereses.

—Y cuando el King se empeña en algo, es muy difícil que no lo consiga —concluyó Senda.

Cupido pensó en los rutilantes futbolistas que había fichado para su equipo, aunque los rendimientos deportivos no siempre habían ido en consonancia.

Al salir del ascensor y pisar el suelo de la góndola le llegó la vibración de la estructura a través de las suelas de los zapatos. Y enseguida notó el balanceo: las rachas de viento empujaban la torre, que luego recuperaba su posición con un incómodo vaivén. Cuando se sintió estabilizado pudo escuchar el murmullo del viento en las aspas y, como si estuviera en el vientre de una ballena, un tenue y poderoso borborismo en las entrañas de la maquinaria, entre tuberías, manojos de cables, cuadros eléctricos y controladores electrónicos, todo impregnado de un aire espeso, acerado, rasposo, que atribuyó a la concentración de energía.

Cupido señaló unas planchas y unos barrotes en el suelo:

—¿Esa es la trampilla?

—Sí.

Senda se agachó a manipular algo y, al levantar las planchas, también se levantó una barandilla articulada que servía de pretil. Un puño de aire les golpeó el rostro. El suelo quedaba muy lejano y por el hueco se apreciaba toda la altura a la que estaban. Cupido se sintió pequeño ante la grandeza de la fábrica.

En silencio, imaginó el cuerpo de Esther Duarte oscilando en el vacío, colgando de un cable. También imaginó su terror los momentos anteriores, si es que estaba consciente y comprendía lo que iba a ocurrir, sola con su asesino en medio de la noche, sin nadie que la ayudara, tal vez gritando mientras le anudaban el cable en torno al cuello. Descartado el suicidio, cabía la posibilidad de que hubiera muerto por algo relacionado con lo que Senda le estaba mostrando en esos momentos, por algún motivo profesional, por rivalidades o celos dentro de la empresa, por intereses económicos en el negocio de las energías renovables, donde el dinero había corrido a paletadas en los últimos años y donde habían ido recalando quienes se habían hecho millonarios con el ladrillo unos años antes de que estallara la burbuja inmobiliaria para darse un nuevo festín. ¿O había muerto por la pasión, por el amor y sus furias, por la lealtad o la traición y los sentimientos que originaban? ¿O para impedir que se descubriera la mezquindad moral, la maldad ponzoñosa, la locura? ¿O había, tal vez, alguna otra circunstancia de la que nada imaginaba, como el robo de cables de cobre que esa misma noche se había producido en el aerogenerador 20, algún otro azar terminado en tragedia?

Los rostros que aún no podía evocar con los ojos cerrados —los del King, García-Lage, Maca, Vidal y Sonia, los mellizos Méndez, Senda, el aún desconocido técnico de mantenimiento y la desconocida administrativa, el padrastro de Esther Duarte y el propio rostro de la víctima— se le habrían grabado de forma indeleble en su memoria diez, quince días más tarde. Aquello era su oficio: reconstruir con unos hilos dispares y rotos, de diferentes resistencia y longitud, de distintos calibre y color, la estampa del tapiz que la muerte había deshilachado.

—¿Por qué no funcionaba este aerogenerador aquella noche? —le preguntó.

—La multiplicadora —Senda señaló una caja metálica de color azul— se había calentado mucho y eso obliga a detener toda la maquinaria. Pero hasta que no se enfriara el aceite no se podría estudiar la causa.

—¿Y Esther Duarte podría haber subido a averiguarlo a esas horas? —se extrañó.

—¿A las tantas de la madrugada? No, no creo. Esa tarde había rellenado un parte para que fuera revisada cuanto antes. Ganamos un plus cuanto más vatios producimos —explicó—. Los encargados a veces tenemos que presionar a los de mantenimiento para que espabilen con el arreglo de una avería. Los técnicos no siempre son tan diligentes como nos gustaría y se quedan esperando a ver si los problemas se resuelven solos. Por eso un parque necesita un gestor que lo controle. Cada día que un aero está sin producir se pierde dinero... Nos preocupa la rapidez, pero no tanto como para trabajar de madrugada.

—¿Y se te ocurre alguna otra razón para que subiera?

—Una razón técnica..., no. Casi todas las funciones se pueden controlar desde abajo, desde la subestación.

—Tal vez la obligaron —murmuró.

—Tal vez —repitió Senda de un modo esquivo, como si no quisiera hablar de aquello.

Bajaron en el ascensor y, ya fuera, Cupido le pidió que vieran el aero 20, el más apartado, donde se había producido el robo de cables.

—¿Cómo fue? —le preguntó Cupido cuando llegaron hasta allí.

—Forzaron la puerta de la torre. Quienes lo hicieron sabían de electricidad y no se arriesgaron a una descarga. Arrancaron el cable de tierra.

—¿Para las tormentas?

—Sí. Las aspas atraen los rayos, sobre todo si están en movimiento. Fue lo único que se llevaron.

—¿Se arriesgaron para tan poco?

—Antes de entrar no sabían lo que podían encontrar.

Montaron en el coche, pero Senda no se dirigió hacia Breda. Tomó un desvío de la pista y avanzaron hasta llegar a la cumbre, desde donde se veían la vaguada central y la cadena de cerros desgredados que formaban Sierra Ufana.

—Supongo que te interesa ver esto. Desde aquí arriba uno se puede hacer una clara composición de lo que hay en juego con esas tierras que tantos disgustos parece que le dieron a Esther. Mira.

Extendió sobre el capó del coche un mapa topográfico en escala 1:50000 en el que estaban señalados con una x los emplazamientos previstos para los nuevos aerogeneradores y, a partir del mapa, le fue señalando las tierras.

—¿Ves aquella parte alta? Pertenece casi toda a los Méndez, aunque también hay otros propietarios. Mistralia está dispuesta a pagar espléndidamente por ella. Pero esa vaguada que se hunde en el centro encauza los mejores vientos y resulta imprescindible para la ampliación del parque. Pertenece a Sonia Peregrino y a su pareja. Y ellos se niegan a vender, lo cual afecta muchos intereses.

Dentro de la finca se distinguían una caseta, una alberca, un pequeño huerto cultivado, algunos árboles frutales y unas manchas que debían de ser los almendros talados. De aquella dirección provenía la brisa que en aquel momento doblegaba los tallos de las hierbas, silueteaba las perneras de los pantalones contra sus piernas y agitaba la media melena de color castaño de Senda, que se retiraba los mechones con dos dedos y los encajaba detrás de las orejas.

Montaron en el coche de regreso y Cupido pensó en el oficio de Senda y en su propio oficio y dijo:

—Parece que te gusta mucho lo que haces.

—Sí. Me gusta mi trabajo. Todavía me acuerdo del día en que descubrí lo que quería ser, tenía diecisiete años. Se acercaba el examen de selectividad y por casualidad vi un reportaje en internet sobre la energía solar. Fue como una revelación

y cuatro meses después empecé a estudiar Ingeniería. ¡Y aquí estoy, en un trabajo acorde con los tiempos: la producción de energía de una fuente primaria y muy limpia!

—Aquí también hay intermediarios —objetó Cupido.

—¡Son inevitables! —reconoció—. Están incrustados entre cada aerogenerador y la bombilla que se enciende en una casa a mil kilómetros y se llevan la mayor plusvalía con el mínimo esfuerzo.

—Pero tú estás en el primer peldaño de la cadena.

—Sí. Son otros los que se encargan de las ventas, de las subvenciones, de esas cosas.

Al regresar se detuvieron en la subestación, en cuya fachada se veían las placas de una compañía de seguridad mediante un sistema de alarmas. Cupido había esperado paneles y pantallas con barras y diagramas y muchas luces parpadeantes, pero en la oficina todo era de una simplicidad extrema: el ordenador ante el que se sentó la ingeniera desplegaba una base de datos con toda la información puntual sobre la velocidad y dirección del viento, el funcionamiento y la producción de cada aerogenerador.

—Buenos días.

Precedido por el castañeteo del manajo de llaves que traía en las manos, en la puerta había aparecido un hombre joven, vestido con un mono con el color verde lima de Mistralia y el anagrama y el nombre de la empresa grabados en un bolsillo.

—El técnico de mantenimiento, Mauri Ruiz —lo presentó Senda—. Ricardo Cupido.

Mauri lo saludó con esa sonrisa resplandeciente de dientes de quien está convencido de gustar. Estrechó con firmeza su mano y se quedó junto a él, no era de la clase de gente que retrocedía un paso después del saludo. Era de mediana estatura, fuerte, de huesos robustos, con un pelo abundante y de grueso calibre que parecía que no se caería nunca, que llevaba un poco más largo de lo conveniente para no estorbar bajo el casco de seguridad que dejó sobre la mesa. Los ojos, de color azul oscuro, redondos y vivaces como los ojos de los animales nocturnos, la constitución fuerte y musculosa y el porte elegante —incluso con el mono de trabajo de Mistralia parecía ir vestido para una fiesta— hacían que fuera fácil imaginarlo rodeado de mujeres. ¿Por aquel hombre joven lleno de aplomo y de simpatía había perdido la cabeza la ingeniera Esther Duarte? ¿Qué pensaría ahora si pudiera verlo tan sonriente, aparentemente ajeno al duelo por su muerte, a pesar de la cercanía del escenario y de los pocos días transcurridos?

Hasta ese momento Cupido no se había fijado en un panel de corcho de la pared. Junto a notas, avisos, números de teléfono había un cartel en el que se veía el rostro de Mauri como protagonista de un monólogo en el *pub* Ukelele.

Mauri advirtió la mirada del detective.

—Actúo los sábados por la noche.



—¿Un espectáculo de humor?

—Algo parecido —dijo. Su sonrisa perdió brillo cuando propuso—: Imagino que querrás hablar conmigo.

—Sí.

—¿Podemos salir?

El detective lo siguió al exterior. Los nerviosos vientos otoñales movían sobre sus cabezas las aspas de los molinos y la subestación recogía la energía producida con un perceptible siseo de satisfacción.

—Senda nos ha dicho que Mistralia te ha contratado para investigar la muerte de Esther.

—En efecto.

—¿Y has subido hasta aquí para ver el escenario?

—Siempre ayuda.

—El detective siempre vuelve al lugar del crimen, ¿eh? —bromeó.

«Es rápido, listo, ingenioso», pensó Cupido.

—Sí.

—Espero que no me preguntes dónde estuve aquella noche.

—Dímelo tú sin necesidad de preguntar.

—Estuve en el *pub*. Es de mi hermana y trabajo allí todos los sábados, ya has visto el cartel. Hago una sesión de monólogos.

—¿A qué hora?

—De doce a doce y media, más o menos. No tengo un horario exacto, porque depende del público, de cómo reaccionen, de cómo esté yo, más o menos inspirado. Pero no dura más de media hora. Hay que ser muy bueno para que la gente aguante más tiempo.

—¿Y tú lo eres?

Mauri sonrió.

—No, no tanto. Tengo algunas virtudes, pero no tanto.

—Por ahí dicen que eres un buen humorista.

—¿Eso dicen? —miró, atento y concentrado, hacia los molinos que giraban con su vigoroso, imparable batir. Luego confesó en voz baja, confidencial—: Hay veces en que no me hago gracia ni a mí mismo.

—¿Y el sábado pasado?

—El sábado el monólogo se alargó un poco más, pero antes de la una ya había terminado.

—¿Ella fue a verte?

—Sí. Iba todos los sábados... Bueno, cuando se quedaba en Breda, porque algunos fines de semana se marchaba a Madrid.

—Pero esa noche no se quedó contigo demasiado tiempo.

Por primera vez en aquella investigación estaba acercándose a la víctima. Hasta entonces sus pasos habían sido un revoloteo alrededor, una recogida administrativa de

información sobre la ingeniera y su trabajo, una trayectoria de saltamontes sobre los rastrojos que deja la muerte. Pero en ese momento sintió cercana a Esther Duarte, percibió su sombra, su huella, la oquedad que había dejado al desaparecer. Ciertamente aún era solo un fantasma, pero un fantasma ya era algo más que un expediente y un currículum en los folios timbrados con el logo de Mistralia que Álvaro le había dado en Madrid. Cupido notó que le tocaba el hombro e imaginó que llegaba de su boca un aliento de cenizas y rosas carbonizadas. El hombre joven que tenía ante él había sido su amante, la había besado, acariciado, quizá la había amado, y ella le había correspondido. Otra vez estaba tocando el misterio de ser hombre, algo más profundo que un diagrama de horas y lugares en cuyas casillas colocar a los sospechosos hasta descubrir quién mentía. La vieja y prestigiosa pareja observación-deducción, aunque necesaria, siempre le resultaba insuficiente para sacar conclusiones. Por otra parte, en alguna ocasión le habría gustado disponer de una mayor capacidad para la acción y para presionar sin escrúpulos con tal de conseguir información, pero a su pesar siempre terminaba reconociéndose en un verso de no recordaba qué poeta mexicano: «Qué suerte tuve: no aprendí a morder». El deseo de conocer la verdad le resultaba al mismo tiempo apasionante y deprimente. Apasionante porque lo obligaba a dar lo mejor de sí y, al absorber todas sus energías, le hacía olvidar sus propios desasosiegos. Pero también deprimente, porque de nuevo lo empujaba a indagar en el dolor y en el odio ajenos. Al hundirse en ellos, con frecuencia se sentía cansado de ser Ricardo Cupido, detective. Y entonces imaginaba una vida pacífica y anodina, un acontecer rutinario, retirado de la mirada pública y de la indagación privada.

—No, no se quedó demasiado tiempo. Tomamos una copa... y discutimos.

—¿Por algo relativo a Mistralia?

—Sí. Esther me había prometido que me buscaría otra tarea dentro de la empresa.

—¿Un ascenso?

Con un índice demasiado fino y blanco para ser el de un mecánico, Mauri se señaló la palabra MANTENIMIENTO grabada en el bolsillo del mono.

—Sé hacer cosas más útiles que apretar tuercas. No estudié tres años de ITI para pasarme toda la vida trabajando como peón. Además, yo no se lo pedí, pedir no va con mi carácter. Fue Esther quien me lo ofreció.

—¿Y no cumplió lo prometido?

—No quería hablar del tema. Decía que no era un buen momento, que convenía esperar a que saliera adelante la ampliación... ¡Pero precisamente ahora es el momento adecuado! Yo podía ayudarla en las gestiones y en las compras de esas tierras, sé cómo hay que negociar con la gente de aquí. Esa noche le reproché que hubiera dejado que me hiciera ilusiones para luego echarlas por tierra.

—¿Qué respondió ella?

—Se largó. Dejó la bebida en la barra a medio consumir y se largó. Esther tenía un carácter fuerte.

—¿Qué hora era?

—La una y cuarto..., no sé..., la una y media.

—¿Te dijo adónde iba? ¿Llamó o la llamó alguien?

Mauri pensó unos instantes. Sin embargo, a Cupido le daba la impresión de que respondía espontáneamente, de que no iba midiendo cada una de sus palabras.

—Sí, recibió una llamada. Me extrañó que alguien la llamara tan tarde, pero se apartó para hablar. Al volver me dijo que era un recado familiar.

—Cuando se marchó, ¿tú qué hiciste?

—¡Nada! Terminé la copa y me fui a dormir. Vivo encima del *pub*, en la planta alta de la casa que heredamos mi hermana y yo. Estuve un rato perdiendo el tiempo en internet y luego me acosté. Nadie me vio ni vi a nadie, si es eso lo que quieres saber. Sí, ya sé que tienes que preguntármelo: —dijo, aunque el detective no había hecho ningún gesto. Hablaba ya de un modo acelerado, entrenado en su oficio de monologuista, presto a las respuestas agudas y categóricas—. A mí su muerte me ha perjudicado. Ahora ya sé que durante mucho tiempo llevaré este mono y manejaré estas llaves —castañeteó de nuevo el manajo—... si es que no me despiden cualquier día.

Cupido aún debía preguntarle cómo era Esther Duarte, qué pensaba, con quién era probable que congeniara y de quién era fácil que se hiciera enemiga, pero no era el momento apropiado. Senda acababa de asomarse a la puerta de la subestación y había vuelto dentro al comprobar que seguían hablando, y ya Mauri había pisado el cigarrillo y parecía impaciente por marcharse. Sin embargo, no tuvo dificultad para imaginarla junto a aquel hombre más joven que ella, aunque ignoraba si atraída por él o atrayéndolo ella, si se había limitado a esperar o si había aplicado el arte militar de la conquista para pedir con decisión y sin escrúpulos, sin miedo a ser rechazada, lo que Mauri no iba a ofrecerle por iniciativa propia. Pocas veces había sabido atribuir esos papeles y, cuando lo había intentado, en más de una ocasión se había equivocado. El amor le seguía resultando la más compleja de todas las pasiones.

Volvieron al interior y Mauri señaló el cartel y preguntó:

—¿Irás a verme mañana?

—Tal vez. Sí.

—Hasta entonces.

Senda y Cupido montaron en el coche de regreso hacia Breda. Con los aerogeneradores a sus espaldas, el paisaje resultaba tan distinto que parecía que no habían pasado por allí unas horas antes. Al frente se veía Breda y, al norte, las verdaderas sierras, el Yunque y el Volcán con su callado orgullo frente a la vanidad de Sierra Ufana.

—¿Tú la conocías? —le preguntó Cupido.

—Poco —respondió, y enseguida añadió—: ¿Te ha servido de algo la visita?

—Sí. Según Mauri, el detective siempre vuelve al lugar del crimen —recordó.

Senda sonrió, pero algo debió de filtrarse entre el humor, porque preguntó de repente:

—¿Tú crees que hay peligro? —y antes de que Cupido respondiera, añadió—: A veces pienso que si ella murió por algo relacionado con la empresa yo también corro un riesgo.

—No creo que pueda repetirse —la tranquilizó—. En cualquier caso, llámame si me necesitas.

—Te llamaré, gracias.

Antes de desembocar en la carretera, la pista hacía una peligrosa curva de herradura a la derecha, en bajada. Al reducir la velocidad del coche, Senda se inclinó hacia el mismo lado para contrarrestar la tensión centrífuga.

En aquellos segundos, inclinada muy cerca de él, despidiendo un suave perfume, la observó en silencio. Su rostro, más expresivo que hermoso, tenía una extraña belleza, de la que habían saltado algunas esquivas: en las comisuras de sus labios quedaban huellas de heridas, como cicatrices de anzuelos, y en su mirada había un gesto huidizo, como si temiera mostrarse demasiado tiempo. Tal vez ya no volvería a tener en sus ojos el brillo entusiasta de los primeros trampolines infantiles, pero seguían siendo muy bellos, con el iris verdoso espolvoreado por diminutas gotas de oro, entre pequeñas arrugas que testificaban que también hubo un tiempo en el que había reído a fondo.

Sin darse cuenta, abstraído con esos pensamientos, Cupido advirtió que ya habían llegado a Breda.

—Tengo que pasar por la oficina. Si quieres, me acompañas y así conoces a Miriam, la administrativa —le propuso.

—De acuerdo.

El logo de Mistralia también lucía sobre la puerta de la pequeña oficina que la empresa había abierto en Breda de forma temporal para gestionar desde allí cualquier trámite. Dentro todo era limpio, brillante, funcional, moderno: un lugar adecuado para hacer negocios. Sin embargo, en los paneles y en los muebles había algo provisional que sugería que podrían desaparecer de la noche a la mañana con la misma rapidez con que se habían montado, sin hacer ruido y sin dejar huellas ni registro donde reclamar en cuanto el negocio ya no fuera lucrativo. Miriam tecleaba ante un ordenador y, al verlos, pareció que cerraba precipitadamente alguna pantalla.

—Miriam —los presentó Senda—. Ricardo Cupido es detective. Quiere hablar contigo.

Iba vestida con el mismo uniforme color verde lima, pero en ella daba la impresión de haber perdido intensidad por un exceso de lavados, de que se había apagado un tono hasta convertirse en un verde serpiente. Al darse la mano, el detective advirtió que no era tan joven como intentaba parecer, aunque trataba de ocultarlo con un exceso de maquillaje, con unas pestañas tan cargadas de rímel que parecían alfileres.

—Os dejo que habléis mientras relleno el informe —dijo Senda entrando en su despacho.

—Senda me ha dicho que conocías bien a Esther, que pasabais muchas horas juntas.

—Sí —respondió con una voz tan baja que tuvo que aclararse la garganta y repetir—: Sí.

—¿Os llevabais bien?

—Yo solo soy una administrativa. Hacía lo que ella me encargaba: despachar la correspondencia, imprimir, sacar copias, atender el teléfono, concertar citas.

—Pero trabajabais aquí las dos solas. ¿Erais amigas?

—Esther no era amiga de nadie —contestó con precipitación.

—¿Qué quieres decir? —preguntó con naturalidad, aunque sintió que las palabras de la secretaria iluminaban la investigación con un súbito fogonazo.

—Que Esther no tenía amigos —repitió—. Tenía éxito en su trabajo, sí, pero no tenía amigos.

«No es la primera empleada, ni será la última, que odiaba a su superior, pero no resulta tan común confesarlo», pensó Cupido. ¿Se sentía protegida por alguien para atreverse con aquellas manifestaciones?

—Ya sé que no es muy correcto criticar a los muertos, pero cuanto antes se aclare su muerte antes recuperaremos todos la calma —continuó—. Esther era el tipo de jefe para el que nadie quiere trabajar. Era arrogante e irritable y no resultaba nada fácil el trato cotidiano con ella. Se enfadaba por cualquier detalle... ¡y era tan difícil verla sonreír a sus subordinados! Como profesional nadie podía discutirle el mérito —repitió—, era como una ingeniera del siglo veintiuno metida en el carácter de un patrono del siglo diecinueve —masculló. El rencor la afeaba, le ponía un velo de sudor en la frente y en el labio superior que la diferenciaba de las rutilantes azafatas, de aquel coro de *cheerleaders* de la sede de Mistralia en Madrid, como una bombilla con veinte vatios menos en una fiesta donde todas las demás resplandecían. Y a pesar de eso, parecía sentirse segura de que nadie la descolgaría de su sitio para colgarla en el sótano.

—¿Discutíais?

—Yo no podía discutir con ella, era mi jefa. Pero Esther sí discutía con los técnicos y con cualquiera por cualquier motivo: una compra, una gestión bancaria, una opinión política... Nunca daba su brazo a torcer y a veces una discusión con ella terminaba de malos modos. Esther hablaba mucho y casi siempre era para mostrar su desacuerdo.

—El sábado, ¿ocurrió algo especial, algo distinto para que acudiera de noche a Sierra Ufana?

—Yo no trabajo los sábados, pero el día anterior, el viernes por la tarde, tuvimos una pequeña avería en el aero nueve. Había que esperar al lunes para arreglarla —dijo. O no recordaba bien lo ocurrido, o no debía de estar muy dotada para la improvisación, porque el tiempo transcurrido entre la pregunta y la respuesta había sido demasiado largo.

—¿Cuándo fue la última vez que la viste?

—Pocas horas antes de que muriera. Estaba con Mauri en el Ukelele y se quedó hablando con él cuando terminó el monólogo. Y, dicho sea de paso, no parecía que estuvieran muy contentos el uno con la otra. Yo me fui a casa y no volví a verla. Vivo con mi madre y tengo que ocuparme de ella.

—¿Te he despertado? —era la voz de Gallardo.

—No.

—Tardabas mucho en coger el teléfono.

—No siempre lo llevo encima.

—¿No? ¿Todavía no estás enganchado?

—Todavía no —respondió conteniendo la impaciencia, porque sabía que Gallardo solo lo llamaría a casa para comunicarle algo importante.

—Pues deberías. Un buen investigador debe estar informado al instante de todo lo que ocurre.

—Te haré caso. Pero seguro que no me llamas un sábado por la mañana para darme consejos.

Cupido oyó ruido de folios.

—¿Tienes algo que hacer ahora mismo?

—No.

—Entonces podemos hablar.

—¿Dónde?

—En el parque. En media hora.

—¿En el parque? —se sorprendió. No tenían por qué verse necesariamente en la comandancia, pero ¿en un parque?

—En la zona infantil. Ahora soy padre. Tengo que salir con mi hija para que le dé el sol y respire aire limpio... La bilirrubina y todo eso. Deberías tener un hijo, Cupido. Te cambiaría la vida.

—¿Tú crees?

—No lo creo, lo sé. Te sentirías menos solo —su tono de broma no lograba ocultar una convencida firmeza.

Cupido se anticipó unos minutos y mientras esperaba en la puerta de la verja que rodeaba el parque pensó en lo que Gallardo acababa de decirle. La paternidad le parecía un misterio infinitamente más complejo que todas sus investigaciones, pero en los últimos tiempos se preguntaba a veces cómo sería eso de tener un hijo, qué sensaciones le provocaría, cómo cambiaría su vida, desde los primeros años a los años adultos, qué relaciones establecerían entre ambos, si sería un buen padre capaz de robarle tiempo a su trabajo o a su ocio y de darle todo el cariño que un hijo necesitaba. Ignoraba de dónde procedía ahora aquel impulso que le llegaba con retraso, si del instinto de trascender o simplemente del miedo a la soledad. Pero los años se iban sepultando en su corazón y sabía que cada vez era más improbable su paternidad. Dentro de veinte, treinta años, no habría nadie que dijera «Me llamo Cupido y mi padre era detective». Su apellido desaparecería y no quedaría nadie para

recordarlo.

—En el último minuto he tenido que cambiar pañales. —Gallardo apareció a su lado justificando su retraso con ironía. Al sonreír se apreciaba mejor que había engordado. También al aire libre su cabello parecía demasiado negro.

A pesar del frío, Cupido tuvo la sensación de que el bebé iba abrigado en exceso en el cochecito cuando se inclinó hacia ella con una torpe sonrisa, temiendo que se echara a llorar si veía acercarse un rostro desconocido. Pero la niña le devolvió la sonrisa.

—Le has caído bien —dijo Gallardo, como si fuera un favor que su hija le concedía.

Comenzaron a caminar por el parque desierto, todavía era muy temprano para que hubiera gente. La temperatura era muy baja y, con el frío, hasta los ruidos se oían apagados y parecían llegar de más lejos.

—Ayer tarde me enviaron los resultados.

—¿De la autopsia?

—Claro. No era el Papa.

—¿Y?

—Estaba embarazada.

La noticia lo detuvo y Gallardo también detuvo el cochecito.

—¿De cuánto tiempo?

—Nueve, diez semanas.

—Entonces, ella lo sabía.

—Desde al menos tres semanas antes de su muerte. Con los actuales métodos de detección, se sabe en el acto.

Sin embargo, ni el padrastro ni Mauri le habían dicho nada, si es que lo sabían.

—No es la clase de noticias que se mantienen en secreto. Al menos se lo diría al... responsable —supuso Cupido.

—Supongo. No imagino a una mujer callándose algo así durante mucho tiempo —corroboró Gallardo mirando a su hija en el cochecito.

Reanudaron el paseo entre los árboles del parque: magnolios, abetos, pequeños laureles, sauces con sus racimos de lágrimas, pero también plátanos y robles a los que el viento del otoño había arrancado las hojas, como si los desnudara para arrojarlos inermes a la carnicería de los fuegos del invierno. En el grueso tronco de un plátano, a medias desollado, habían tallado a punta de navaja una selva de corazones e iniciales, de acrósticos de juramentos y promesas —TQS— que no se cumplirían, que la primavera siguiente borraría con el brote de la nueva corteza.

—¿De quién? —preguntó Cupido esperando alguna otra milagrosa información de los laboratorios forenses.

—Eso no podemos saberlo... A menos que solicitáramos unos análisis de terceras personas que, hoy por hoy, no tenemos razón para solicitar. Primero habría que demostrarle a la juez que esos datos son imprescindibles para la investigación.



—¿Pero tú crees que hay alguna relación entre el embarazo y su muerte?

Gallardo tardó unos segundos en responder.

—Creo que hay tres o cuatro cosas por las que los hombres matan. Por conseguir el amor o por haberlo perdido. Por alcanzar el poder o por aferrarse a él. Por enriquecerse o por evitar la pobreza. Por proteger a sus hijos..., o por no tenerlos. Así que es posible que haya alguna relación. Pero aún no sabemos qué le ocurrió a esa ingeniera. Yo no la conocía, no la había visto nunca. Y no tengo ninguna intuición — añadió con ironía.

—Haces bien. La intuición es una virtud sobrevalorada. Conozco a mucha gente que ha cometido errores por haber confiado en ella.

Gallardo se inclinó sobre el cochecito y comprobó que la niña se había dormido, mecida por el balanceo. No levantó los ojos cuando dijo:

—Si quien la mató sabía que estaba embarazada, o si la mató por estar embarazada, es un tipo doblemente repugnante. Duplicaremos los esfuerzos para cortarle los huevos. ¡Ah!, y otra cosa: no encontramos su móvil, está muerto o apagado, pero tenemos la relación de llamadas. Lo único extraño es que esa noche alguien la llamó a la una y veintitrés. ¿Adivinas desde dónde?

—No.

—Desde la cabina de la puerta del centro comercial. Podría haberla hecho cualquiera de Breda.

Se despidieron y Cupido lo vio alejarse empujando el cochecito, anónimo y mimetizado con el ambiente. No era de esos guardias civiles aficionados a lucir uniforme y cartuchera preñada con pistola y a estar todo el tiempo dando órdenes por el *walkie-talkie*. Lo conocía desde hacía años y le seguía extrañando aquella mutua simpatía. No se trataba solo de que admirara su integridad, su constancia y su escaso apego al protocolo cuando el protocolo chocaba con la eficacia, ni de haber colaborado con éxito en la investigación de la muerte de una joven pintora en El Paternóster, ni en la relacionada con un fracasado pianista que, entre pieza y pieza de Bach, eliminaba mascotas, demostrando que en el corazón del hombre la sensibilidad artística podía convivir con la compasión y con la crueldad. Había algo más: una indomable búsqueda de la verdad al margen de los procedimientos administrativos, que alguna vez se habían saltado; una ética por encima de ideologías, en la que ambos confluían desde itinerarios distintos; y una negativa a interpretar la realidad según teorías preconcebidas. Pero no tenían nada más en común. Lo vio desaparecer por la puerta del parque con envidia, de vuelta a su hogar a preparar un biberón.

En su casa, Cupido encendió el ordenador. Todavía esperaba algún mensaje de Carol, pero no había nada: era lógico, ya no tenían nada que contarse. Despachó dos correos sin importancia y abrió su cuenta de facebook, a la que ni alimentaba ni prestaba atención y en la que solo contaba con unas decenas de contactos. En facebook la

amistad era inversamente proporcional al número: cuantos más amigos se tenían, menos atención se prestaba a cada uno de ellos.

Tecleó el nombre de Esther Duarte para buscar información, aun sabiendo que lo más interesante de cada persona era precisamente lo que no aparecía en internet. No se conocía a alguien por sus datos en la wikipedia ni por su perfil en una red social. Enseguida apareció el de la ingeniera. El rostro que sonreía en primer plano era algo más que una organización cromática de píxeles: era el expresivo retrato de una mujer que había muerto después de unos minutos de terror en los que debió de rogar piedad a su agresor o de gritar pidiendo auxilio sin que nadie la oyera. ¡Cómo lo desconcertaba que una mujer asesinada siguiera sonriendo en la pantalla, mostrando al mundo el día y el lugar de su nacimiento, sus fotografías, sus gustos en deporte, música, libros, películas! Excepto en lo referente a su profesión —solo informaba de que trabajaba en Mistralia—, no parecía que hubiera sido una mujer discreta. Se exhibía en varias decenas de imágenes en las que parecía hermosa, aunque Cupido no podía estar seguro de que fuera exactamente así: ya había pasado el tiempo en que las cámaras de fotos no sabían mentir. En una de ellas aparecía con Mauri en el Ukelele, junto al escenario de los monólogos. Y tampoco se recataba al mostrar en abierto su vida privada: cuándo estaba bien, cuándo estaba mal, adónde iba y de dónde venía y con quién, qué pensaba, qué hacía o qué dejaba de hacer, siguiendo esa moda de contarle todo que a tanta gente subyugaba, como si a alguien le importara que uno esté preparando un pastel o cortándose las uñas, sacudiendo una alfombra o bañándose en una piscina, comiendo caviar o los restos del día anterior. Facebook era el sitio ideal para comunicar al mundo que se posee un secreto, pero sin revelar de qué se trata, y Esther Duarte lo había utilizado bien. Abundaban también otros apuntes ambiguos que, sin aludir expresamente a una situación o a una persona, revelaban una segunda intención, una insinuación o una queja o un reproche en clave que solo el implicado podría interpretar, esas notas extraídas de bancos de citas o de talleres filosóficos con las que intentaba expresar de manera indirecta lo que no sabía expresar con sus propias palabras. Había insertado la fecha de su nacimiento, pero no el año, lo que sugería que le gustaba que la felicitaran, pero no que supieran su edad.

En su imagen final, nada destacaba en ella como defecto y sin embargo no resultaba hermosa: al mirarla con detenimiento, sus ojos grandes y labios llenos quedaban oscurecidos por una dureza expresiva que impedía la concordia de todas sus facciones. Y a pesar de sus sonrisas, no resultaba simpática: se la veía tan segura de sus virtudes que resultaba indiscreta y con cierta reticencia a valorar las virtudes ajenas, decidida a divertirse sin problemas ni graves preocupaciones, sin interés por las estridencias de la política ni por los compromisos ideológicos con oenegés, con animales maltratados o con el calentamiento del planeta. La vida para ella era movimiento y el mundo un lugar donde disfrutar y embriagarse sin preocuparse demasiado de los otros.

Cupido se echó hacia atrás en el sillón y se preguntó si de verdad Esther Duarte

había sido así, como mostraba en su muro. ¡Qué fácil era mentir en las redes sociales, donde nada impedía construirse una personalidad falsa, vetado el acceso a todo aquel que intentara contradecirla o desvelar la impostura! ¡Qué fácil apropiarse de ideas y virtudes ajenas y con ellas redactar la hagiografía de un carácter amable y divertido! El malhechor más dañino podría aparecer como un ángel candoroso manipulando frases bonitas y usurpando las sentencias adecuadas de las antologías filosóficas.

¿Quién podría retirar ahora aquel perfil?, se preguntó de pronto. ¿Durante cuánto tiempo continuaba viviendo en el espacio virtual una persona muerta? ¿Quién se atrevería a insertar en el muro una entrada con la noticia de su asesinato? Mientras nadie lo hiciera, seguirían llegando a su buzón solicitudes de amistad hacia un cadáver, invitaciones a eventos a los que no acudiría.

Los visitantes seguirían pinchando en *Me gusta* y haciendo comentarios sobre sus imágenes. En algunas ocasiones había visto que, cuando alguien moría, deudos y amigos colgaban en su muro frases de despedida, epitafios particulares que la red multiplicaba. En el perfil de la ingeniera solo una persona, Álvaro García-Lage, la recordaba con una frase sencilla y cariñosa, aunque más apropiada para una corona fúnebre: «Tus compañeros de Mistralia no te olvidan».

Antes de salir de facebook, cediendo a un impulso, tecleó el nombre de Senda Burillo. De la pestaña de búsqueda se descolgó una cortina con varios resultados con fotografías, pero ninguna era suya. Sin embargo, había otro perfil sin imagen, una silueta blanca sobre fondo gris. Pinchó en él, pero la Senda Burillo sin rostro no compartía información personal públicamente y solo se abrieron algunas entradas colgadas por amigos. Una referencia a una fiesta de empleados de Mistralia lo empujó a solicitarle amistad.

El dedo índice dudó sobre el ratón, con el cursor sobre la solicitud de amistad que el detective acababa de enviarle, tal vez al levantarse a las once de la mañana del sábado, despeinado, resacoso y con la garganta aún humeante de tabaco, pero no se decidió a aceptar y abrió su perfil: no tenían amigos comunes y tampoco mostraba ninguna fotografía, ningún dato, ninguna información. Indecisa ante la pantalla, Senda encendió un cigarrillo y en ese momento sonó el teléfono.

—¿Qué tal, hermanita? ¿Cómo se presenta el *finde* en ese sitio?

Le contó cómo se había instalado y las circunstancias del trabajo y no pudo resistirse a hablarle de la solicitud de amistad del detective que tenía delante de ella.

—¿Qué tienes tú que ver con un detective privado? —respondió Manu, receloso—. ¿Qué compartís?

—Parece un buen tipo.

—Piénsatelo, no te precipites —dijo. Debía de haber advertido algo en su tono, porque añadió—: Tú eres una ingeniera con un brillante expediente académico, te va bien en tu profesión y lo tienes todo ahora que por fin te has quitado de encima a tu ex. Y un detective pertenece a otro mundo, en el que es fácil contaminarse con todas esas inmundicias que hay por ahí.

—¡Ya salió el hermanito superprotector! Yo sé cuidarme, Manu.

—Eres muy lista para estudiar, pero no tanto para otras cosas. Solo te digo que no seas ingenua.

—Hemos hablado dos veces. Una en Madrid, y otra aquí. Y en las dos ocasiones me ha dado muy buena impresión. Un compañero de la empresa dice de él que es un buen profesional, que ha resuelto todos los casos que le han encomendado.

—El niño prodigio de la ciudad, ¿no?

—Tú no lo conoces. No te gusta porque es detective.

—¡Pues claro que no me gusta! Un tipo con ese trabajo ya no puede tener confianza en el género humano, a base de rebuscar en la mierda, de mancharse de cal las orejas de tanto arrimarlas a las paredes y de presuponer siempre lo peor... y, más aún, al comprobar que lo peor suele cumplirse...

—Vale, vale, vale.

—No me gustaría que volvieras a equivocarte, Senda. En cuanto termines tu trabajo ahí, en Breda, seguramente no volváis a veros, del mismo modo que no os habíais visto antes. Aunque sin duda te será útil tenerlo cerca mientras se aclara la muerte de tu predecesora. Por cierto, ¿se sabe algo nuevo?

—No, y parece que se confirma que no fue un suicidio.

—Una muerte horrible —murmuró.

—Debo de ser mala, Manu —le dijo, esquivando las discrepancias anteriores—.

Porque, ¿sabes lo primero que sentí cuando me dijeron que había muerto?

—¿Qué?

—Alegría. Debo de ser mala, porque me sentí aliviada al saber que se había hecho justicia.

Pero no se alegraba de la violencia. Le parecía demasiado atroz, aunque algo le decía que Esther estaba destinada a morir de aquella forma, bajo el odio de alguien transferido a un trozo de cable, como la metáfora de un cortocircuito.

Cuando terminaron de hablar, Senda volvió a colocar el cursor en la pestaña de aceptación, confusa por los sentimientos contradictorios que el detective le provocaba y que los comentarios de su hermano habían acrecentado. Estaba tan mellada su autoestima que desconfiaba de los hombres atractivos, y el detective lo era. A cualquier mujer le gustaría presentarse ante sus amigas con un hombre así del brazo. Si además hacía honor a su atípico nombre, debía de haber amado a muchas mujeres... Aunque, dudó, por lo que había visto en él su actitud no encajaba con esa suposición. En las dos ocasiones en que se habían encontrado no la había mirado enseguida a los pechos ni le había puesto el brazo sobre el hombro en actitud de propietario. Más bien se adivinaba en él al hombre que ama de un modo tranquilo, que no va corriendo con la lengua fuera y hocico de lobo detrás de las faldas juveniles que pasan a su lado y al poco tiempo de su caza se detiene agotado y aburrido, que solo se pone en movimiento cuando merece la pena y luego mantiene la carrera hasta agotar los frutos. «Tal vez me engañe», se dijo, «pero no parece el bribón a quien amas y luego te hace llorar». Alto, retraído, se notaba que estaba presente sin necesidad de alzar la voz ni de dar espectáculo, sin ir soltando chascarrillos ingeniosos ni zascandileando de acá para allá, con unos y con otros. Escuchaba primero y luego hablaba con un acento peculiar, con las chatas vocales de la zona, abiertas en los plurales huérfanos de las eses. Se movía con calma, con esa seguridad que debían de sentir quienes ven que la mayoría de los demás hombres son más bajos que ellos. Cuando la ayudó a descerrar el cerrojo de la puerta del aero 9 le llamaron la atención sus manos: no tenía manos de detective, comoquiera que fueran las manos de los detectives, ni de boxeador ni de soldado, sino de relojero: las palmas anchas, los dedos largos, limpios, firmes y precisos... Pulsó la tecla y aceptó sin saber si acertaba.

Dejó el ordenador encendido y se acercó a la ventana del apartamento que había alquilado. Daba a una plaza ajardinada entre edificios irregulares y de confusa arquitectura, con un parque infantil en el centro. A veces los parques infantiles le provocaban deseos de llorar y la tarde anterior había contenido las lágrimas mirando a madres y padres que paseaban los cochecitos de sus bebés o vigilaban a la bandada de niños que se habían posado en el arenero o que jugaban en las atracciones. Ahora, aunque ya era mediodía, continuaba el frío y estaba desierto. Solo una anciana con un perrito pelirrojo se levantó fatigosamente de un banco y se persignó antes de comenzar a caminar, como si temiera una caída. Era sábado y de nuevo se presentaba

ante ella el vacío del fin de semana. Había dudado si ir a Madrid, pero al final se había quedado porque tampoco allí encontraría remedio a la soledad. Algunos domingos anteriores no había cruzado con nadie más palabras que las necesarias para comprar una *baguette* en una panadería. Adrián la había ido separando de sus viejos amigos, que habían dejado de llamarla, y él, con su simpatía y su don de gentes, pero también con su capacidad de convicción, porque siempre había tenido perfectamente entrenadas las glándulas del llanto, había conservado su contacto. En Madrid también estaba Manu, pero tenía a su familia y ella nunca se convertiría en un lastre o en alguien digno de lástima. Ya vendrían ellos a Breda cuando quisieran, para eso había alquilado un apartamento con dos habitaciones. Y tampoco la atraía subirse al coche para visitar alguna ciudad histórica de la zona.

Así que preveía un fin de semana vacío y amenazador, que esgrimía la soledad como un puño de acero contra el que no podía oponer más que las frágiles, insuficientes armas del teléfono y de las redes sociales, alguna película en el televisor o un paseo por las calles o los alrededores de Breda. ¡Si al menos tuviera esa capacidad de muchos hombres para mitigar el sufrimiento emocional con un duro ejercicio físico que la dejara exhausta y le facilitara el sueño por la noche! Desde su separación sufría episodios de insomnio y a menudo, en la madrugada, encendía la lámpara y leía durante dos o tres horas hasta que el sueño regresaba, o se levantaba para ir al ordenador o a ver la tele, tropezando con los muebles. Por la mañana, entonces, despertaba sin fuerzas y los días laborables se convertían en montañas que debía ascender, coronadas por las torres vigías del insomnio. A pesar del cansancio acumulado, al día siguiente se acostaba tarde con la esperanza de dormir, pero de nuevo, a las pocas horas, los recuerdos la despertaban aullando, con los colmillos afilados, con ganas de morder. Unas veces recordaba jirones de pesadillas que no lograba atrapar, en las que se imaginaba a sí misma con las pupilas enloquecidas, dando vueltas dentro de sus párpados como la bola en la ruleta, buscando una casilla negra donde descansar. Otras veces se repetía el mismo sueño: iba cruzando el océano en una barca de maderas podridas, unas veces soportando tormentas, otras en calma chicha, pero en cualquier caso sin avanzar demasiado mientras progresaba la pudrición de los tablones, que provocaría su hundimiento antes de alcanzar tierra firme... Pero nunca había mostrado aptitudes ni afición hacia ningún deporte, nunca había jugado al tenis ni al pádel ni se veía capaz de salir a correr y a resoplar por los parques. Lo único que hacía era fumar y beber, lo que aumentaba la excitación y ahondaba su vacío.

Se apartó de la ventana y, aunque no estaba segura de cumplirlo, organizó un plan para ese día: primero, un baño prolongado, envuelta en música y espuma; luego, tras un almuerzo que no engordara, se vestiría con ropa cómoda, vaciaría sus bolsillos de nostalgia y saldría a dar un paseo, aunque Breda no parecía un lugar adecuado para pasear: sus calles ni ofrecían interés para el *flâneur* urbano ni poseían el encanto rural de algunos pueblos. Al regreso, tomaría un café en algún local que le agradara y, por

la noche, aunque no surgiera ningún milagro, resistiría la tentación de servirse el primer *whisky*. Buscaría en la tele alguna película con final feliz y la vería en el salón, hundida en uno de aquellos dos sillones inexplicables, de respaldo muy alto, más viejos que antiguos, que producían ese desajuste de quien no ha logrado desprenderse de los fatigados muebles familiares de una herencia y los reutiliza contra su voluntad de no servir a otro dueño que al difunto.

En la bañera, el agua, caliente casi en exceso, la cubría hasta los pechos, de piel más clara, que parecían flotar como nenúfares blancos con un pistilo rosado. Desde el ordenador, la *Suite Iberia* la envolvía con la deslumbrante intensidad de Albéniz. Todo era agradable y sin embargo no acababa de disfrutar con el bienestar. Al contrario, tenía una sensación de despilfarro, como si fuera inútil desplegar aquellos pequeños placeres solo para su uso personal.

Salió antes de que el agua comenzara a enfriarse, se secó y se miró en el espejo con prevención, como si temiera encontrar alguna nueva cicatriz. A pesar del cabello húmedo y limpio, de la piel fresca y resplandeciente tras el baño, veía la estampa de una mujer temerosa que no se observaba de frente, sino un poco de perfil, preparada para huir. Se veía fea, su piel había perdido suavidad y se habían hinchado los folículos del vello en los muslos. Con Adrián había vivido tan confiada en que nadie le haría daño que el golpe la había sorprendido sin defensas y ahora ya, recelosa, encogía los hombros y alzaba los brazos ante cualquier amago. Tenía amigas que, ante la embestida del dolor, habían hecho de su tragedia un espectáculo público y habían buscado el consuelo ajeno exhibiendo al aire su lamento acuoso, creyendo erróneamente que con cada confidencia se ganaban un aliado y revelando su intimidad a personas que simulaban sentir interés cuando en realidad únicamente sentían curiosidad. Pero a ella su obsesivo pudor le había impedido aquellos desahogos y, con el orgullo y la dignidad de la corza herida, se había retirado en silencio a lamerse las heridas en la oscuridad del fondo de la cueva, sin apenas asearse, sin limpiar la casa, que iba acumulando polvo, sin recoger los restos de comida de los platos, que se quedaban en el fregadero llenándose de moho. Solo a Manu le había contado la causa de la separación. A nadie más, porque desde que salía con Adrián había ido alejándose de sus antiguas amistades, de modo que tras el divorcio se había quedado aislada y, sola, se había ido metiendo silencio adentro. A veces, en las peores semanas, transida de sufrimiento, con la tristeza convertida en desesperación, había tenido la sensación de que ella sola soportaba todo el dolor del mundo. Lloraba por cualquier motivo y a cualquier hora, hasta que sentía que las lágrimas habían horadado un surco en sus mejillas. No encontraba más motivos para vivir que para morir y el suicidio se convirtió en una tentación semanal...

Se había quedado fría, envuelta en la toalla húmeda, mirándose alelada en el espejo, y un escalofrío la recorrió de arriba abajo. Abrió el armario y buscó ropa cómoda y abrigada para el paseo. Si duraba mucho tiempo su estancia en Breda, se compraría unas chircas y un bastón de senderismo. Aún no la había elegido cuando

sonó el móvil. Con una inesperada satisfacción leyó en la pantalla el nombre del detective.

—Soy Ricardo Cupido. He pensado que tal vez te gustaría ir esta noche a escuchar el monólogo de Mauri.

—Vale —respondió.

Quedaron citados en el propio Ukelele y cuando colgó se sorprendió de haber aceptado antes de pensarlo.

El local formaba una ancha escuadra. La barra ocupaba el primer rectángulo y al fondo, a la izquierda, se abría un amplio espacio con mesas y con bancos de obra adosados a las paredes, cubiertos con cojines, en cuyo fondo se levantaba un pequeño escenario. Un foco cenital lanzaba un cono de luz blanca sobre un taburete, una guitarra eléctrica y un micrófono, en espera de la actuación.

Senda no vio al detective entre todos los clientes que, con vasos en las manos, charlaban y reían. Con su altura, sin duda lo habría descubierto enseguida, a menos que estuviera sentado. Avanzó unos pasos con cautela: siempre se sentía incómoda y vulnerable, con una aguda sensación de orfandad, cuando por algún azar se encontraba sola en lugares de ocio dónde se divertía mucha gente —un bar, un concierto, una discoteca— y alrededor no aparecía ningún rostro conocido.

Definitivamente, no había llegado. Miró su reloj, dudando qué hacer, y solo entonces advirtió que su inquietud le había hecho anticiparse cinco minutos. En los últimos meses, y de manera involuntaria, su afán por la puntualidad la había llevado con adelanto a varias citas. Su hermano Manu le replicó en una ocasión en que ella le reprochó con demasiada viveza que se hubiera retrasado: «Te estás obsesionando con la puntualidad, Senda. Con todo lo que te ha ocurrido crees que la vida se te ha escapado por delante, sin tú enterarte, y ahora intentas en vano alcanzarla y vas corriendo a todos los sitios, con la lengua fuera. Tranquilízate. Ya te has divorciado, ya has anulado la distancia que te sacaban los acontecimientos y te has puesto a su altura. Ahora ya puedes dirigirlos en lugar de ser arrastrada por ellos. Pero para eso no necesitas llegar siempre media hora antes a tus citas».

—Hola. —El detective estaba de pronto junto a ella—. ¿Llevas mucho tiempo esperando?

—No, acabo de llegar.

Pidieron las consumiciones, sorprendentemente cargadas, y se sentaron en dos taburetes altos, en un velador junto a la pared, lejos de la primera fila, pero con una buena visión del escenario.

Unos potentes solos de guitarra eléctrica atrajeron de pronto la atención del público que llenaba el local en un ambiente festivo y bullicioso, del mismo modo en que en el circo el solo del tambor anunciaba la entrada del payaso o del equilibrista. Mauri apareció corriendo entre las mesas, chocando algunas manos que se extendían



a su paso, y subió de un salto a la tarima. Se acercó al micrófono, ajustado a su altura, y miró alrededor como si estuviera asustado de verse allí arriba, pero con una expresión de miedo tan cómica que desencadenó las primeras risas. Cupido se dio cuenta de que los había localizado y de la fugaz expresión de alerta que cruzó por sus ojos al verlo junto a la nueva ingeniera.

—No parece el mismo —dijo Senda.

En efecto, subido en el escenario, vestido con una camiseta blanca sin dibujo y un pantalón vaquero de tiro bajo, con bolsillos de visera y estratégicamente roto, y con su brillante y espeso pelo recogido en una coleta, nada tenía en común con el técnico de mantenimiento que había visto en la subestación.

—Todos sabéis que yo no quiero hacer esto, os lo juro, no quiero torturaros con ocurrencias patéticas y chistes malos. Pero mi hermana insiste e insiste: «Que tú eres muy gracioso, Mauri, y los clientes del Ukelele merecen algo nuevo y alegre cada sábado. Te subes ahí arriba y cuentas cualquier cosa. Es cuestión de aguantar cinco minutos». Y cada sábado me dejo convencer, aunque no termino de fiarme. ¡Cinco minutos! Eso es lo mismo que me pide siempre mi chica, pero luego siempre se queja porque no aguanto más tiempo... —dijo, pero su simpatía y su tono de voz limpiaban de obscenidad sus palabras.

Estallaron las carcajadas, algunos aplausos y silbidos, una risa demorada de quien hasta entonces no había comprendido la ocurrencia y que de pronto renovaba la hilaridad de los demás. Cupido y Senda también rieron, contagiados por el buen humor creado por la noche del sábado, por la bebida, por el *pub* lleno de gente, por el ingenio de Mauri, que con su simpatía eludía el control del razonamiento y se ganaba a los asistentes.

—No imaginaba que tuviera tanta gracia —dijo Senda.

—Ese mismo chiste en boca de otra persona seguro que no funciona igual —asintió Cupido.

Provocó nuevas risas contando algo del partido de fútbol jugado esa noche en el que su equipo, una vez más, había perdido:

—Me equivoco más que un árbitro daltónico. —Detuvo con un gesto los aplausos y continuó—: Pero yo no he venido aquí esta noche para hablaros de deporte. He venido para hablaros de ciclismo.

Cupido sonrió y se dispuso a escuchar con atención.

—¡Porque no me digáis que es deporte lo que hacen algunos encima de una bicicleta! Sales un sábado por la mañana, a eso de las nueve, y seguro que ves alguna cuadrilla de tipos de entre cuarenta y cincuenta años reunidos en alguna de las gasolineras que hay a la salida de las ciudades. Y yo me pregunto: ¿por qué se reúnen en las gasolineras, si las bicicletas no llevan motor? Lo descubrí un día al entrar a pagar: estaban todos en la tienda atiborrando sus bolsillos de chocolatinas, galletas, frutos secos, bebidas energéticas... ¿Pero no dicen que corren para adelgazar?!

Una chica no lograba controlar sus carcajadas y bastaba con que Mauri le pidiera

silencio para que aumentaran sus risas, que a su vez hacían reír a los demás.

—Iban todos con unos equipamientos estupendos —continuó al fin—, brillantes, llenos de colorines. Ellos dicen que es para que los conductores de los coches los vean mejor, pero yo sospecho que es por coquetería..., aunque, por el aspecto final..., no sé. ¿Vosotros habéis visto en la tele a los ciclistas profesionales, con esos cascos futuristas, como de extraterrestres, y con esas gafas de diseño y esas piernas afeitadas y esos cuerpos de atletas? ¿Creéis que a estos aficionados les sientan igual? ¡Qué va! ¡Las gafas, o se les resbalan de la nariz o no les dejan ver bien! ¡Y los cascos los hacen aún más cabezones! Bueno, no solo los cascos, porque bajo ellos llevan todo tipo de cintas, pañuelos, bragas, con la excusa de protegerse del frío o de enjugar el sudor. ¿El sudor... o la calvicie? Total, que parecía que iban a un pícnic más que a hacer deporte... Y como tenían pinta de pasárselo tan bien, un fin de semana de la pasada primavera me animé y decidí salir con ellos. Me vestí con la ropa deportiva que encontré por casa y le pedí prestada la bicicleta a mi chica. «¿Que tú vas a montar en bici?», me miró como si mirara a una tortuga pedaleando. «¡Sí!», contesté con brío. «Pero si yo te quiero como eres, de verdad, no es necesario que lo hagas», insistió tratando de disuadirme... El caso es que salí. —Hizo una pausa—. ¡Si vierais las bromas que se gastan! Creo que es porque al pedalear toda la sangre se les va a las piernas y no les llega al cerebro.

Mauri se separó del taburete, cogió el micro y se adelantó dos pasos en el escenario para imitar los movimientos, actuando con todo el cuerpo, no solo con el rostro y con las manos, lo que le daba una especial convicción a su monólogo.

—Por ejemplo, íbamos pasando por una calle y un peatón gritó: «¡Eh, que llevas esa rueda por el suelo!». E inmediatamente ya estábamos todos frenando para mirar las ruedas con cara de preocupación. Más tarde hicimos un descanso en el campo para atiborrarnos de galletas, miel, higos pasos y bebidas energéticas. Y al montarnos de nuevo, un gracioso advirtió: «¡Alguien se olvida aquí el casco!». Y todos, os lo juro, a tocarnos la cabeza como si no notáramos que lo llevábamos.

Mauri dominaba el tiempo del espectáculo, se detenía para tomar aliento mientras el guitarrista tocaba unos acordes agudos y prolongados que daban una tregua a las risas y unos segundos para renovar las consumiciones en la barra.

—Pero de todo —continuó—, lo que más me llama la atención es cuando los ciclistas celebran el DCD. ¡Día del Ciclista Desnudo! —silabeó. Hizo otra pausa, se inclinó hacia delante para mirarse la entrepierna y negó con la mano—. De verdad os lo digo: ese día que no cuenten conmigo.

Esperó a que remitieran las risas, que estallaban en cuanto terminaba un gag, con los asistentes seducidos por su humor, con los rostros risueños y expectantes dirigidos hacia el pequeño escenario, sin distraerse más que para dar un nuevo trago a la bebida o para susurrar un comentario o una confidencia al oído de la pareja, amparados por la euforia del ambiente.

—Ese día ves en la tele a cientos de tíos y tías en pelotas que invaden las calles

montados en sus bicicletas para exigir seguridad, para denunciar que todos los demás días del año van desnudos frente a los automovilistas. El espectáculo es ¡impresionante! Es cierto que se ven figuras estupendas —onduló las manos en el aire— cuya visión provoca más de un accidente, pero otras..., ¡en fin! Yo tengo un amigo muy... dotado que no podría ir desnudo en bici porque se haría mucho mucho MUCHO MUCHO daño. A otros, en cambio, dan ganas de preguntarle: «¿Qué es ese microchip que llevas ahí?».

Hizo una pausa, comprobó por el volumen de las carcajadas que el gag había sido bien aceptado e insistió:

—Tal vez el pedaleo y el roce del sillín en unas zonas tan delicadas les estimule algo escondido, porque recuerdo que aquel día de primavera que salí con ellos a admirar el paisaje, los pájaros, las mariposas; la naturaleza, uno de ellos comentó: «Aparece el sol y enseguida brotan las flores». Y otro saltó enseguida: «Y los capullos». Un poco más adelante uno del grupo sufrió una avería... ¡en el trinquete! Yo no sé para qué sirve ¡el trinquete!, pero no me digáis que no suena raro. Y mientras arreglaban ¡el trinquete!, alguien preguntó: «¿Qué tal vas con el entrenamiento? ¿Has empezado a subir montes?». «¡Qué va! Solo estoy para subir montes de Venus», respondió otro.

Y ese fue el brusco final. Bajó de un salto del escenario mientras el guitarrista cerraba la actuación con unos duros acordes y la gente aplaudía y silbaba y descubría que sus copas estaban vacías.

—Hola, jefa.

Senda se sorprendió al ver de pronto a Mauri junto a ellos. Fuera del horario de trabajo, el apelativo le sonó afectuoso, desprendido de cualquier connotación jerárquica.

—Hola, Mauri. Has estado genial.

—Gracias. ¿Te ha gustado? —le preguntó a Cupido—. Me han dicho que eres ciclista.

—Sí. Nos has descrito muy bien.

—Espero que nadie se moleste con los chistes.

—¿Qué quieres decir?

—Me caéis bien los ciclistas. Cualquiera que haga esos esfuerzos me merece un gran respeto.

—¿Tú también montas?

—¿En bici? No. Demasiado lenta.

—¿En moto?

—Sí. Me gusta la velocidad.

Alguien lo llamó y se despidió de ellos para detenerse en un corro, rodeado de mujeres, emitiendo una reverberación erótica y mirando alrededor como una abeja reina en el ruidoso centro de un enjambre.

—No parece que la eche mucho de menos —dijo Cupido.

—En el monólogo ha hecho un par de chistes mencionando a su chica, pero su chica ha muerto, y de una forma terrible, y aunque él no esté muy afligido, no parecían muy apropiados cuando solo ha transcurrido una semana.

—Tal vez no lo esté —apuntó Cupido.

—O tal vez no considerara a Esther su chica —dijo Senda.

Hizo un gesto con la mano para cambiar de tema. No quería seguir hablando de la muerte de Esther, aunque temía que él insistiera, porque la obligación de un detective era investigar. Hacía mucho tiempo que no salía a tomar copas de noche, sola con un hombre, y a pesar de la inquietud de los primeros instantes, se sentía contagiada de bienestar. Las bebidas, el humor del monólogo y el ambiente bullicioso la relajaban.

Y dos horas después, con el tercer *gin-tonic* y el Ukelele ya sin aglomeración, el detective no había mencionado el tema ni su oficio. Tampoco había caído en ningún alarde de fanfarronería ética ni había recurrido al relato de anécdotas espeluznantes, asuntos escabrosos o hazañas con las que deslumbrar a la chica forastera que aún no conoce a nadie en la ciudad y busca una voz en la que confiar. Y solo al despedirse, parados bajo el frío junto a la puerta de su casa, hasta donde la había acompañado, Senda le preguntó:

—¿Hay algo nuevo sobre la muerte?

—No.

Confió en que la penumbra de la calle le impidiera advertir su expresión preocupada. El alcohol aflojaba sus defensas y ahora de nuevo llegaba el momento de quedarse sola, en aquel apartamento amueblado con dudoso gusto. Ante la perspectiva de una noche larga, de paso lento, la inquietud volvía a acosarla. Contra su voluntad, se vio a sí misma como uno más de los clientes del detective, llenos de ansiedad al sentir una amenaza o necesitar una respuesta, cuando no histéricos, esperando sus palabras.

—¿Durará mucho todo esto? —le preguntó.

—No creo que mucho —respondió Cupido encogiendo los hombros, pero luego corrigió—: O sí. Estos... —en el último momento eludió la palabra «asesinatos»— asuntos, o se resuelven pronto..., o ya no se resuelven nunca. Pero en este caso no vuelven a tener consecuencias.

—Eso espero. Creí que no me afectaría, pero sí lo hace. —Las palabras le temblaron en alguna parte de su garganta que se resistía a hablar, y de nuevo confió en que el detective lo atribuyera al frío.

—¿Tienes miedo?

—¿Miedo a quien lo hizo? ¡No! —y estuvo a punto de añadir: «Miedo al recuerdo de Esther».

—¿No vas a enseñarme tu casa? —preguntó Cupido después de un silencio, como si hubiera alguna relación entre sus últimas palabras y el portal oscuro a sus espaldas.

—No quería decir que... Vale, sube.

La tarde anterior había hecho una compra grande y tenía *whisky* y ginebra, de

modo que podría ahuyentar con una última copa la salmodia de autocompasión que comenzaba a rondarla. No, esa noche no iba a soltar ninguna queja. Además, un detective privado no era el interlocutor más apropiado para las confidencias.

En la cocina, mientras ella ponía hielo en dos vasos, Cupido abrió la botella con un giro de muñeca y dijo:

—Esther Duarte estaba embarazada.

—¿Embarazada?! —fue lo único que acertó a responder.

—De nueve semanas.

Fueron al salón y Senda bebió un largo trago del *gin-tonic* y notó el cosquilleo de las burbujas, las astillas de la ginebra pinchándole la lengua.

—Si estaba embarazada es que quería tener el niño —dijo.

—¿Por qué?

—Si hubiera ocurrido hace treinta años podría dudarse de la voluntariedad, pero hoy existen tantas formas de evitarlo, tan fáciles y tan al alcance de la mano, antes, durante y después, que si una mujer está embarazada de nueve semanas es porque quiere tener el niño. Otra cosa es que lo quiera también la otra parte.

El detective la escuchaba con una reconcentrada atención, como si solo ella en el mundo hubiera podido responder a esa pregunta, y Senda pensó que hacía tiempo que un hombre no la miraba así. Si preguntaba y escuchaba de ese modo, resultaba difícil negarse a responder, porque daba la seguridad de que nunca emplearía contra ti aquello que le confiaras.

—¿Tú crees que el embarazo está relacionado con su muerte?

—No lo sé —respondió Cupido—. Pero un embarazo me parece algo muy importante.

—Lo es.

Bebió un nuevo sorbo del *gin-tonic* y advirtió que había consumido la mitad con demasiada prisa, como siempre que estaba nerviosa. El detective tenía la cabeza agachada, abstraído en sus palabras anteriores. De repente un oleaje de deseo le golpeó las sienes y apenas pudo contener el impulso de tocarlo, de acariciar su rostro enjuto, bien afeitado, y de acurrucarse entre sus brazos en silencio, escuchando únicamente el gorgoteo del radiador y el ruido creciente del viento en los cristales. Para evitarlo, se levantó y fue hasta la ventana, porque ignoraba si él sentía los mismos deseos. Nunca había sabido cómo actuar en esas situaciones, nunca había desarrollado la habilidad de sugerir sin llevar la iniciativa, de lanzar la mirada y recogerla como se recoge el sedal que trae enganchado el pez en el anzuelo, de elegir el instante adecuado para apoyar la mano en un hombro, de elevar la voz o hablar en un susurro con palabras de doble sentido. Se sentía desconcertada, perdida en aquel apartamento de muebles abuelos, vulgares y desangelados que no consideraba su casa, de lámparas feas, con conos de plástico que encapuchaban las frías, ahorrativas bombillas del anterior inquilino. Viviría allí muchos meses, pero aún no sabía en qué cajón se guardaba cada utensilio de la cocina, ni recordaba tras qué puerta se escondía

la tabla de la plancha, ni de qué número de vasos disponía para servir las bebidas.

—Hace una semana —dijo— no podía imaginar que pocos días después estaría tomando una copa a las tres de la madrugada con un detective privado, en un lugar que solo conocía por un proyecto eólico, sustituyendo a una compañera muerta.

—¿Y ahora te encuentras mal?

—No, ahora mismo no me encuentro mal.

Seguía de pie, con el hombro apoyado en el marco de la ventana, cuyo metal le transmitía a través de la blusa el frío de fuera y calmaba su ardor interno. Sin que se diera cuenta, su aliento había formado una mancha de vaho en el cristal y sintió la tentación infantil de escribir dentro una inicial con el dedo. Miró por encima las luces del parque frío y solitario y de la calle por donde solo pasaba de cuando en cuando un coche. Ese día los noticiarios habían anunciado que una columna de aire gélido se descolgaría desde la bóveda del Ártico, se colaría por un pasillo atlántico y barrería el oeste peninsular. Sin mirarlo, lo oyó acercarse junto a ella y enseguida notó el peso de su mano en la cintura. Se volvió hacia él y comenzaron a besarse. Al cerrar los ojos se sintió indefensa y mareada, pero al mismo tiempo con una aguda sensibilidad sensorial, acunada en la música rota de los besos. Se dejó arrastrar hasta el sofá y se abrazó contra él mientras su boca humedecía su cuello. De algún modo se había aflojado la presión de su ropa y la blusa abierta entregaba sus pechos como para un banquete, expuesta a la rapiña. Sintió los suaves, dobles mordiscos, y acarició la cabeza que se movía en su pecho, firme y sin prisas, sin subrayar el deseo.

—Ven —dijo poco después.

En el dormitorio encendió una pequeña lámpara que emitía una luz con una cálida tonalidad de vela antigua.

A pesar de la excitación, no logró correrse, el placer se había quedado por los alrededores del corazón. En el último momento le pudo la tensión, pero empujó al detective hasta el final y le gustó mucho el modo como, al terminar, se demoró dentro de ella, descansando mientras sus corazones dejaban poco a poco de temblar.

Lo vio levantarse y caminar desnudo hacia el cuarto de baño, la figura alta y atlética bien conservada por el deporte, el delta de los omóplatos que ensanchaba la espalda, las marcas del bronceado en las zonas de la piel que no cubrían el maillot ni el culote, la revelación de que somos también lo que ocultamos. Al cerrar la puerta, las bisagras emitieron un quejido al que no se acostumbraba, y desde la cama oyó el ruido del agua al lavarse y el borborismo de la cisterna. Luego reapareció y se tumbó junto a ella con un estremecimiento de todo el somier. Cedió al deseo de apoyar la cabeza en su hombro y, al abrazarlo, su muslo aplastó suavemente su pene y notó en la piel un resto de humedad del semen aún tierno.

—¿Sueles acostarte con tus clientes? —le preguntó.

—No —el detective sonrió—. Pero tú no eres mi cliente. Es Mistralia quien nos ha contratado a los dos.

—Entonces, ¿qué soy?

—Una mujer que me gusta mucho —dijo besándola—. Y que tiene algo de miedo.

—Bueno, aunque no sea tu cliente, estás aquí para protegerme, ¿no? —bromeó sin entrar en las causas de su temor.

—Si fuera necesario. Sin conocerte, un amigo me dijo que tenías que ser una mujer valiente para aceptar venir a un lugar desconocido a sustituir a alguien muerto en esas circunstancias.

—Nunca me habían considerado una mujer valiente.

Lo miró preguntándose cuántas cosas más le diría que nunca le habían dicho, cuánto aportaría a su vida si continuaba lo que había comenzado esa noche: cuántas delicias, cuántas penas, cuántas sombras y luces, cuánto amor. Por lo que conocía de los hombres, los había que se quedaban vacíos en la primera cita y ya no tenían mucho más que añadir; pero también había quienes guardaban dentro reservas que no parecían agotarse y que renovaban continuamente y a cada encuentro llegaban con rosas tempranas que ofrecer. ¿De qué tipo era el detective? ¿Un listillo averígualotodo con un repertorio limitado de anécdotas y recursos con los que despertar una curiosidad efímera, por lo inusual de su profesión, o uno de esos hombres que, como los grandes museos, esconden en sus sótanos muchos más fondos que los que cuelgan en sus paredes, más pinturas y grabados, más estatuas de diosas desnudas, pero también algunas vasijas funerarias? ¿Cómo era Ricardo Cupido? No se lo había parecido durante toda la noche, pero aunque a la postre resultara un seductor algo canalla, a quien se critica de día, pero con quien se sueña por las noches, ahora mismo se encontraba bien con él, con la cabeza apoyada entre su hombro y su corazón, del que le llegaba el latido profundo y regular. Y a ella, ¿cómo la verían los hombres? Tenía treinta y cuatro años y si no se excedía con la comida ni la bebida, si controlaba la ansiedad que la empujaba al chocolate y al *whisky*, si se cuidaba practicando algún deporte y si la enfermedad no la embestía, aún le quedaban veinticinco, veinte años placenteros que no quería vivir sola.

Alzó la mirada. Él la estaba observando con interés. A pesar de la hora, no había levantado una trinchera con la almohada ni parecía que estuviera deseando dormirse y que solo hacía una concesión al escucharla. Lo oyó responder a algo que ella había comentado sobre la cobardía y el valor:

—Al contrario, me gusta la gente que reconoce sus miedos.

Y como si los besos les hicieran ser valientes, volvieron a besarse, a enhebrar sus bocas con hilos de saliva. Lo notó crecer bajo su muslo y luego, al removerse, le llegó de entre las sábanas revueltas el aroma oscuro y primordial, el eco bacteriano del sexo. Se dejó hacer, estremecida, cuando los dedos sortearon los nudos de su pubis. Tumbada bajo él, le acarició las nalgas y lo atrajo hacia sí. Notó cómo entraba en ella e insistía. Luego fue como si de pronto abrieran una presa y el agua inundara a gran velocidad la tupida red de canales de su cuerpo mientras le llegaban los estremecimientos del detective uno tras otro, todos de golpe, hasta que todo quedó en

paz entre ellos dos, todo en calma.



Había tenido el móvil en silencio desde la noche anterior en el Ukelele, cuando comenzó el monólogo de Mauri, de modo que no vio la llamada perdida del Alkalino hasta la mañana siguiente, domingo, ya en su casa, al salir de la ducha y sacar el teléfono del bolsillo de la chaqueta. A Cupido le extrañó que el Alkalino no respondiera a su primera llamada. Hasta hacía algún tiempo había resistido sin móvil, mientras maldecía la progresiva desaparición de las viejas cabinas de moneda, llenas de bacterias y de carteles con flecos con un número de teléfono con ofrecimientos para hacer cualquier trabajo, pero desde que lo tenía se había convertido en un ferviente defensor de sus prestaciones. Ya iba a colgar en el segundo intento cuando el tono inconfundible de la voz, pastosa y oscura, le hizo recordar otros momentos de otros tiempos y le anticipó lo ocurrido.

—¡Espera! ¡Espera, no te muevas! —le dijo, aunque lo imaginaba tumbado y sin fuerzas—. Estoy ahí en cinco minutos.

La puerta estaba abierta cuando llegó a su domicilio en las afueras de Breda: una casa no antigua, solo vieja, de planta reducida, pero con un pequeño huerto trasero donde cultivaba unos surcos de hortalizas. Estaba derrumbado en el sofá, y en la mesa baja había un vaso de cristal y una botella de coñac a la que le quedaban tres dedos. Sin levantarse, abrió los ojos negros y brillantes como dos nudos carbonizados en el rostro de madera tostada. El izquierdo estaba enrojecido e hinchado, así como un lado de la boca. En la ropa se le veían algunas manchas de barro. Al verlo, intentó levantarse, pero Cupido se lo impidió:

—Espera. Te preparo un café.

Cuando regresó de la cocina ya se había sentado y miraba la botella como a un enemigo.

—Llévatela —dijo.

—No —respondió Cupido.

—Llévatela. Solo ha sido un accidente. No la necesito. Llévatela.

—No, no la voy a tocar. Serás tú quien decida qué vas a hacer con ella.

El pulso le tembló al llevarse la taza a la boca y unas gotas de café le escurrieron por la comisura magullada.

—¿Qué ocurrió anoche?

—Hacía mucho tiempo que nadie me golpeaba en la cara... Pero entonces, al menos, los tipos que lo hicieron llevaban uniforme. Y estos niñatos de ahora..., por edad podrían haber sido mis hijos.

—¿Qué pasó?

—Se me ocurrió cambiar de escenario —intentó sonreír— y me quedé por el parque. Hacía demasiado frío para acercarse hasta el Europa. Estuve en uno de los

*pubs* y cuando entré en los aseos no les gustó mi presencia.

—¿A quiénes?

—Uno de ellos era un chico de los Botín. Ya sabes que nunca hemos sido muy amigos. A los otros dos no los había visto nunca, creo que eran de fuera. Estaban metiéndose una raya de coca gorda como un espárrago. Algo debieron de ver en mi expresión que no les gustó, porque uno de los forasteros me preguntó con sorna: «¿Quieres?». «No, no gasto», respondí. «Pero antes sí le dabas. Y ahora parece que no te gusta lo que ves», dijo Botín. «Ni me gusta ni deja de gustarme», respondí de nuevo. «¿Sabes lo que no me gusta a mí?». «¿Qué?», pregunté, aunque ya sabía que debía callarme y salir de allí inmediatamente. «No me gustan los tipos como tú, que no hacen nada y viven a costa de los otros. ¿Por qué no te buscas un trabajo?».

—¿Y? —Cupido lo animó a continuar.

—¿Te das cuenta? Era como retroceder treinta años en el tiempo. Yo también había sido rebelde y radical y a menudo me ponía tan ciego de sustancias como ellos y tan lleno de rabia contra el mundo, pero había una diferencia: el enemigo nunca era alguien más débil o que tuviera menos que nosotros. El enemigo era el poder, cualquier tipo de poder: los gobernantes, el ejército, la iglesia, los ricos.

—¿Les hablaste de todo eso?

—¿Para qué? Ni siquiera tuve la oportunidad, no estaban dispuestos a escuchar. ¿Qué ha ocurrido para que todo haya cambiado tanto?

—Supongo que la crisis. Ellos también están desesperados.

—Entonces, alguien está consiguiendo que nos peleemos entre nosotros.

Cupido movió la cabeza, irritado por los golpes recibidos por el Alkalino, que le dolían como en propia carne. Porque era mentira el reproche con que los agresores habían intentado justificarlos. El Alkalino era una de las personas más austeras que había conocido, conformado a vivir con cien euros a la semana para todos sus gastos, incluidos los de vivienda y comunicaciones, y aun así incapaz de exigir nada a nadie, de modo que resultaba imperdonable recriminarle que recibiera una pensión asistencial por enfermedad derivada de aquellos años en la mina. Vivía solo, él solo limpiaba su pequeña casa, cultivaba su huerto, leía a Schopenhauer y cuidaba su higiene, siempre vestido con ropas parecidas, ignorando las modas con una sobria dignidad que a la larga le hacía parecer elegante. Salía mucho a la calle y hablaba mucho con gente de todas las edades, pero nunca revelaba un secreto que le hubieran confiado. Conocía las intimidades de Breda, sí, pero no las utilizaba para herir a nadie por sus debilidades o por su vida privada. Era como aquellos hombres antiguos que manejaban el fuego, pero no lo empleaban para quemar a nadie, solo para cocinar su comida o para combatir el frío en el invierno. Sabía callar cuando había que callar, y eso que, por herencia o por azar, había recibido un regalo de un valor incalculable: la capacidad de narrar y que resultara apasionante todo lo que contaba. Siempre tenía algo interesante que referir, una anécdota, un recuerdo, una interpretación heterodoxa de la realidad, una confidencia que nadie sabía cómo conseguía. Más que a los

juglares, decía negando sus méritos, siempre se escucha con atención a los hombres purasangre que han recorrido el mundo, que han matado en combate o en legítima defensa, que ejercieron el poder o participaron en todas las carreras del amor. Pero el Alkalino era una excepción: sabía narrar, aunque no tuviera a sus espaldas una biografía aventurera.

—Me estaban esperando a la salida —continuó con voz ronca—. Y ya puedes imaginarte.

Cupido lo imaginó: tres tipos jóvenes, con la nariz encofrada de cocaína, golpeando a un hombre que les doblaba la edad y a quienes ellos doblaban en peso y fortaleza.

—Hacía mucho tiempo que nadie me golpeaba la cara —repitió—. ¡Qué horrible el tacto de una mano que te tapa la boca y te aprieta el cuello!

—¿Has ido a poner una denuncia?

—No, ¿para qué? ¿Qué iba a conseguir? Nadie nos vio, no hay testigos. Tres declaraciones contra una.

—Y en cambio decidiste ser más inteligente y compraste una botella.

—¿Comprar? ¡No! La guardaba aquí, en casa.

—¿La guardabas en casa?! —preguntó, exclamó Cupido.

—Sí, la compré la última vez que bebí... No —corrigió—, la compré la última mañana que me levanté después de una noche bebiendo. La compré y me dije que si no era capaz de tenerla al alcance de la mano sin abrirla tampoco sería capaz de no pedir una copa cuando entrara en el casino.

—¿Y durante cuánto tiempo ha estado ahí?

—Más de diez años.

—Bien, de acuerdo, de acuerdo. Entonces voy a dejarla aquí, con estos tres dedos que le faltan, y tú decides si la dejas reposar otros diez años al menos, hasta que alcance la solera suficiente para que un día tú y yo podamos brindar con ella para celebrar una buena noticia...

—Déjalo ya —lo interrumpió el Alkalino.

—... y no para olvidar que tres matones...

—Déjalo ya —repitió—. ¿Hay más café?

—Sí. ¿Pero estás seguro de que no quieres que ahora mismo vayamos a hablar con Gallardo y pongamos una denuncia...?

—No, no serviría de nada.

Cupido pensó unos instantes.

—¡Maldita sea! Eres testarudo como un mulo, pero no tienes la capacidad de defenderte dando coces como ellos. ¿Te importaría al menos que yo les hiciera una visita?

—¿A los Botín?

—Sí.

—Déjalo ya —dijo de nuevo—. No te sientas culpable por no haber escuchado

hasta esta mañana esa llamada de teléfono. La hice antes de que ocurriera, y no para pedirte ayuda, sino para preguntarte por tu investigación.

Cupido le sirvió un segundo café.

—De acuerdo. De acuerdo —repitió, acatando el deseo del Alkalino de dejar atrás aquel episodio, aunque sabía que era imposible, que nadie olvida nunca a quien golpea ni a la persona por quien es golpeado, que el recuerdo de la violencia es más duradero incluso que el recuerdo del amor—. La investigación. Dos cosas. La primera: ¿alguna vez has oído hablar de Heisenberg?

—¿El científico? Sí —respondió sorprendiendo al detective—. Un poco. Un tipo curioso: la incertidumbre y todo eso de que no podemos estar seguros de lo que vemos. Para alguien dedicado a la ciencia debía de ser muy frustrante comprobar que después de tanto trabajo y tanta investigación no llegaba a ninguna certeza.

—Para alguien dedicado a la ciencia... o a cualquier otra tarea —dijo Cupido.

—¿Por qué me lo preguntas?

—Nunca lo había oído mencionar, pero anoche me hablaron de él. Heisenberg llegó a la conclusión de que los átomos se comportan de distinta forma cuando los iluminan en un laboratorio que cuando están en la sombra y nadie los observa.

—Como nosotros —murmuró el Alkalino.

—¿Sabes que era el científico que menos hacía el amor de todos los científicos?

—¿Bromeas?

—Cuando encontraba el momento no encontraba la posición, y cuando encontraba la posición no tenía energía.

Esperando la continuación, el Alkalino esbozó una sonrisa que el dolor detuvo.

—Pues algo parecido me ocurre en esta investigación. El primero: Álvaro García-Lage tuvo energía y quizá tiempo para matar a la ingeniera, pero no estaba aquí el sábado pasado, estaba en Madrid acompañando a Quintana en un debate sobre energías renovables.

—¿Quién es ese Álvaro?

—Un ejecutivo de Mistralia. No te gustaría.

—¿Por qué?

—Sonríe demasiado. Y no parece que le haya gustado mucho la elección de Esther Duarte como ingeniera de Sierra Ufana, porque aspiraba a ese puesto. Con él sí habría subido la ingeniera al aerogenerador.

—¿Y con quién no subiría?

—No subiría con Sonia Peregrino y su pareja. Ellos sí estaban aquí, en Breda, y nadie los vio en otro sitio aquella noche. Ellos sí tienen motivos para oponerse a Mistralia, porque sienten como una agresión personal el intento de quitarles sus tierras. Temen que desde el propio ayuntamiento inicien un expediente de expropiación por motivos de interés público... Pero no imagino a la ingeniera subiendo con ellos allí arriba a las tantas de la madrugada. Con ellos tampoco encaja lo ocurrido.

—En cambio, los Méndez no tienen motivos. Ellos no han ganado nada con esa muerte.

—Pero me desconcierta que aquella noche rondaran por allí, tan cerca. Ellos sí tenían la situación, y tenían el momento, aunque les faltara la energía..., la energía que dan los motivos para matar, sean cuales sean: el odio, el amor, la codicia, el poder..., no necesariamente en ese orden. No dejo de preguntarme qué hacían en su finca tan tarde. ¿Atendiendo el parto de una vaca a la luz del faro del coche?

—¿Por qué no? No es algo tan extraño.

—No tienen una sola vaca. No son pobres.

El Alkalino alzó los hombros y el gesto le repercutió en los golpes, porque hizo un gesto de dolor que no le impidió hablar:

—Con esta gente nunca se sabe. Pueden no tener nada o pueden haber acumulado una fortuna a base de ahorro y de sacrificios y sin embargo seguir viviendo como en una chabola... Pero el dinero no lo es todo para ellos. Digan lo que digan, los Méndez ya no pueden vivir lejos del olor a ovejas, a trigo o a maíz, de cualquier animal o cosecha con cuyo trabajo hayan crecido, sudado, enfermado. Son felices observando una cría que mama, una hierba que brota entre terrones, una punta de vacas a las que miran como mirarían a su novia y de las que esperan más o menos lo mismo: una descendencia sana, colaboración para mantener la casa familiar y un poco de cariño. Si creen que pueden perder todo eso, tengan o no tengan dinero...

—Vale, vale —lo detuvo Cupido—. ¡Parece que justificarías cualquier acto suyo por el simple hecho de ser campesinos!

El Alkalino sonrió con esfuerzo.

—¿Qué otros átomos andan danzando por ahí?

—Miriam.

—¿Esa secretaria que abre y cierra la oficina?

—Sí. Diría que es un átomo solitario, que se mueve por las sombras, por los recovecos entre las moléculas, que se encuentra más cómoda en la penumbra que en la luz. No sé casi nada de ella, pero ha reconocido que se llevaba muy mal con Esther Duarte. Prácticamente la ha acusado de *mobbing*.

—¿*Mobbing*? —hizo una mueca.

—Acoso laboral. Miriam cuidaba a su madre aquella noche, lo que equivale a decir que no sabemos si es verdad.

—¿Y Mauri?

—¡Ah, esa es otra cuestión! Él sí lo reúne todo, es el átomo alfa que a Heisenberg le habría gustado controlar. No solo conocía el escenario: es que era su lugar de trabajo, al que tenía acceso sin necesidad de forzar nada incluso en mitad de la noche. Precisamente para eso le pagan, para evitar averías a cualquier hora con tal de que los molinos sigan produciendo. Mauri tenía energía y tiempo. Y como vive solo podría haber salido de su casa sin que nadie lo viera.

—¿Y sus motivos?

—No lo sé, es lo que intento averiguar. Esther Duarte estaba embarazada, pero ignoro si eso guarda alguna relación. Anoche asistí a su monólogo. Un tipo gracioso. No parece que estuviera deprimido porque una semana antes hubiera muerto la chica con la que salía.

—¿Algún átomo más?

—Sí: un familiar en Madrid, el padrastro de Esther, con quien mantenía un conflicto por la herencia del piso de la madre muerta. Y tampoco tiene una coartada firme. Y un antiguo amante: Adrián Sanmacario. Firma como Maca en la prensa. Tiene coartada. Y, por encima de todos ellos, Quintana. El King.

—¿Lo conociste personalmente?

—Sí. No es casualidad que esté tan arriba. Es una persona de carácter.

—¿De carácter, dices? Entonces no me gustaría conocerlo. Me tiemblan las rodillas cada vez que se me acerca una persona de carácter. En resumen —continuó—: tienes un puñado de átomos bailando en la oscuridad y debes meter la mano para atrapar a uno, aun a riesgo de quemarte.

—Eso es: tengo que atrapar a uno y no logro iluminar la escena.

El Alkalino hizo un gesto de desaliento:

—Quienquiera que lo haya hecho ya estará escondido, como el pez que arranca la lombriz del anzuelo sin herirse y luego baja a ocultarse en la oscura profundidad del agua.

—Volverá a la superficie —dijo Cupido tras un instante de silencio.

—No mientras vea tu sombra rondando por encima.

—Entonces bajaré yo al fondo.

—Siempre se te dio bien nadar —dijo, y añadió con ironía—: Espero que tengas suerte y que no te ocurra lo mismo que a tu Heisenberg. ¿Esta vez no te ayuda Gallardo?

—Un poco.

—Antes no eras tan amigo de la guardia civil —replicó, porque ni él le despertaba ninguna simpatía a Gallardo, ni Gallardo parecía valorar sus aciertos.

—Antes. —Cupido recordó el temor que en tiempos lejanos le despertaba el uniforme, pesadilla de los contrabandistas, el momento de pánico sufrido cuando lo detuvieron con aquella carga de tabaco oculta en el camión tras una fila de colmenas y, luego, los golpes para que revelara sus contactos al otro lado de la frontera. Aunque hacía muchísimos años que ya no había frontera, se preguntó si seguiría vigente en algunos cuarteles la costumbre de repartir guantazos incluso antes de que comenzaran las preguntas. Estaba convencido de que Gallardo no lo hacía, pero no estaba seguro de que todos se abstuvieran.

—Por ahí dicen que, desde que es padre, ha engordado. Que está menos atento a su trabajo que a la temperatura del biberón o al cambio de los pañales.

—No lo creo —discrepó Cupido—. Su problema es con la prensa, y la prensa no lo trata bien. No es uno de esos policías vocingleros convencidos de que ocupan el

puesto más importante en la seguridad de la nación después del ministro del Interior.

—Sí, ya me he fijado en algunos. Están tan contentos de conocerse que, tras su nombre y apellido, siempre te sueltan su rango en el cuerpo, como si fuera un título nobiliario. ¿Cuál era la segunda cosa que querías comentarme?

—¿No prefieres que lo dejemos para otro día?

—No. Ya sabes que para mí no hay mejor terapia que hablar.

—De acuerdo. ¿Has oído hablar de ladrones de cobre?

—Sé que se están produciendo robos en casas de campo y también... ¿Quieres decir que el robo en uno de los molinos tiene algo que ver?

—No lo sé, pero ocurrió la misma noche de la muerte. Cuando iban hacia Sierra Ufana, los chicos que descubrieron el cadáver se cruzaron con un coche que volvía y que los deslumbró con las largas para que no pudieran ver nada. Si no eran los ladrones, ¿quién era? Tengo que encontrar a quienes se llevaron el cobre.

—Porque tal vez pudieron ver algo, ¿no?

—Alguien que va a robar antes observa quién ronda por el escenario, quién va y quién viene, con más atención que el vigilante.

El Alkalino se concentró, pensativo.

—No recuerdo ningún dato preciso, doy por hecho que son gente discreta. Noticias sobre ese gremio solo aparecen en las páginas de sucesos, pero hace unas semanas corrió el rumor de que por El Milenio había tráfico de cobre. Se habló de un tipo a quien llamaban Chispas... o el Chispas. Pero no sé decirte nada más.

—¡No es poco! Y no puedo esperar que sepas todo lo que ocurre en Breda.

—Bueno, es una ciudad pequeña.

—No lo suficiente —dijo Cupido, y añadió—: Soy yo quien debe encontrarlos.

—Preguntaré por ahí. No olvides que en tiempos trabajé para la KGB —bromeó. Se levantó despacio del sillón, debía de tener otros golpes en el cuerpo que no se veían. Cogió la botella, enroscó el tapón y la guardó en el armario. Luego dijo—: Los encontrarás. Seguro. Los encontrarás.

Montó en el coche y se dirigió hacia La Misericordia, el antiguo hospital de leprosos reconvertido en residencia de ancianos después de reformar el edificio, de gruesos muros con ventanas que conservaban las rejas, no más frágiles que las de cualquier prisión. La lepra había desaparecido como enfermedad, pero la vejez había aumentado como dependencia.

Su madre había ingresado allí varios años antes, al caerse y sufrir una rotura de cadera, pero al recuperarse ya no había querido salir. Iba, sí, con frecuencia a la casa familiar, a limpiar el polvo de las fotografías y a airear las habitaciones, pero vivía en la residencia, donde tenía habitación propia y se sentía acompañada por gente como ella y atendida en sus achaques bajo el amparo de aquel médico eficaz y algo solitario, Fuentes, que amaba su trabajo y se hacía querer por sus pacientes más que

por sus colegas.

Un día, no hacía mucho tiempo, Cupido había adelantado a un ciclista que marchaba por delante de él con pedaladas laboriosas, submarinas, atrancado por el desarrollo excesivo y la poca cadencia, y al adelantarlo descubrió sorprendido que era el médico. Por un instante estuvo a punto de bajar el ritmo y ponerse a su altura para rodar juntos, porque siempre le resultaba fácil trabar amistad con quien montaba en bicicleta, pero no se decidió y siguió adelante con un simple saludo.

Cada cierto tiempo, sin días fijos, Cupido iba a visitarla, convencido de que muere más pronto la gente a la que nadie quiere, y se quedaba con ella un par de horas y la escuchaba fingiendo interés por lo que le contaba sobre compañeros de la residencia o sobre algún programa de televisión.

Ahora atravesó los jardines donde paseaban algunos ancianos, solos o acompañados, moviéndose despacio, como si tuvieran grilletas en los pies o como si les estorbara el bulto del pañal que en algunos se apreciaba bajo los pantalones. Otros se despedían de sus familiares con indiferencia, o con un gesto de dolor. Sesenta años antes, cuando eran adolescentes, muchos de ellos habían saltado aquella tapia y habían corrido como potros por aquellos jardines. En la entrada del edificio había un macetón de barro con un lecho de grava lleno de colillas.

Fuentes, vestido con su habitual desaliño, leía unos papeles en recepción: los mismos cristales mates de las gafas, la misma calvicie sin avance ni retroceso, el mismo aspecto no solo de delgadez, también de no engordar nunca, el mismo atisbo de melancolía, como si en algún momento del pasado le hubieran hecho daño y aún notara las heridas, la misma vieja, apacible resignación que sugería que vivir quizá no fuera lo más importante. Aunque esta vez, al mirarlo a los ojos, creyó advertir un atisbo luminoso, como si alguna idea sombría se hubiera desalojado de su rostro.

—¿También trabaja los domingos? —lo saludó Cupido.

—Precisamente. Es el día en que vienen más familiares y quieren estar informados —dijo antes de atender una llamada que le pasaban por teléfono.

Mientras se alejaba del mostrador, Cupido no pudo evitar oír sus palabras, su esforzado intento de consuelo:

—Claro que entiendo su preocupación. Mientras viven los padres cada uno de nosotros conserva todavía algo de su infancia...

En la habitación lo sorprendió que el puñado de rosas que le había llevado unos días antes, en su cumpleaños, todavía sollozaran mustias en el jarrón. Era raro que su madre aún las conservara, siempre preocupada por el buen aspecto del entorno. Además, estaba desmejorada. Sentada en una butaca, leyendo un periódico mientras el ordenador parpadeaba encendido en la mesa, junto a una manzana mordida, no tenía buen aspecto. Estaba pálida y, por efecto de los medicamentos, había perdido pelo. Se le veían claros en la cabeza y la ausencia de cejas en los arcos ciliares, afilados y frágiles, ponía en sus ojos una expresión de asombro.

—No pongas esa cara de susto, que yo me encuentro bien —le dijo al verlo.



—¿Seguro?

—Solo tuve un pequeño mareo al levantarme esta mañana —dijo con su terca resistencia a la queja.

—Vi a Fuentes en la entrada. ¿Te sigue tratando tan bien?

Su madre sonrió.

—Cuando ya no puede curarnos, al menos bromea e intenta engañarnos.

Decía de él que era amable cuando podría haberse limitado a ser eficiente. En ocasiones incluso había acompañado a los internos de la residencia en algunos viajes de vacaciones al mar o en estancias en balnearios. Pero, sobre todo, Cupido admiraba que mantuviera a flote la esperanza en un lugar lleno de motivos deprimentes, donde a diario se consumía un contenedor de medicamentos, donde únicamente se servían sopas muy líquidas de color claro, dóciles comidas sin sal, sin espinas ni huesos, que a pesar de todo ensuciaban los manteles, y donde, sin embargo, todas las semanas moría alguien. ¿Qué mejor trabajo que sostener los ánimos de personas resignadas a que la última gota de orín terminara siempre en la ropa interior?

Alguien daba golpes al otro lado de la pared y Cupido preguntó:

—¿Qué están haciendo?

—Cambiando la habitación.

—¿Hay obras?

—No. Es que ayer murió Juanito y tienen que cambiarla. Nunca las dejan vacías más de dos noches.

Cupido intentó evocar el rostro del vecino de habitación, pero solo recordaba haberlo visto a veces en la puerta, con la maleta hecha para que se lo llevara de allí la hija que venía a visitarlo algunos domingos.

—Era muy elegante —acertó a decir.

—Sí. Estaba obsesionado con el traje que le pondrían en el funeral. Siempre decía que quería presentarse ante el diablo con su mejor aspecto.

Miró a su madre preguntándose si un hijo mejor que él hubiera permitido que estuviera allí ingresada, pero se respondió que sin el control médico y sin la compañía que encontraba en La Misericordia tal vez ya habría muerto. Con esa justificación purgó el brote de culpa y se marchó media hora más tarde.

Había quedado con Gallardo en el portal del edificio donde había vivido Esther Duarte y lo vio venir caminando por la acera, vestido de civil, con aquel ligero sobrepeso que ya parecía definitivamente incorporado a su aspecto, con el cabello demasiado oscuro para ser su color natural. Traía en las manos el llavero y abrió enseguida la puerta de la calle, como si quisiera evitar que los vieran. Antes de subir al apartamento, miraron en el buzón: nada.

La decoración del salón mostraba esa falta de gusto y personalidad de las viviendas de alquiler: unos cuantos muebles funcionales, neutros, fáciles de limpiar. Sobre aquella decoración, Esther Duarte no se había esforzado por imponer su sello personal ni por acomodar la vivienda a su gusto. Dos prendas en el perchero de la entrada, algunos libros y películas en una estantería, varias velas de olor no eran suficientes para marcar su territorio, como si, consciente de la provisionalidad de su estancia en Breda, no hubiera vaciado del todo sus maletas. Había pocas formas mejores de conocer a alguien que husmear en su casa, en toda la información que los años iban acumulando sobre gustos, viajes, aficiones, recuerdos. Pero aquella no era la casa de Esther, no era más que un alojamiento alquilado para unos meses.

Cupido cogió del mueble una foto en que se la veía sonriendo en primer plano y la observó con atención, porque con la muerte desaparecía el pudor que en vida impedía hurgar entre los objetos personales. La muerte autorizaba el allanamiento de morada, permitía introducir los dedos en todos los resquicios, bajo la lengua y entre la ropa, remover las cenizas y sacar a la intemperie los secretos, abrir las entrañas de la correspondencia privada. En la foto tenía la misma expresión un poco tosca que había visto en su perfil de facebook, los mismos ojos grandes y los labios llenos que sin embargo no la convertían en una mujer hermosa, tal vez por algo beligerante que se colaba en su mirada alerta, en las líneas agrias de las comisuras de la boca.

—Aquí vivía —dijo Gallardo. Ahogó un pequeño eructo poniéndose la mano delante de la boca—. ¿Qué estás buscando?

—No lo sé.

—Entonces difícilmente lo encontrarás —dijo con su mentalidad práctica, con su lenguaje de academia.

Cupido curioseó en las estanterías, los cedés con música y películas y el puñado de libros, pero no dedujo nada de ellos. Ya era muy difícil adivinar el carácter de alguien por los libros de su biblioteca o por sus discos. Los almacenamientos digitales lo volvían todo invisible. Los gustos personales, la correspondencia, las imágenes..., todo quedaba encerrado en los ordenadores y solo a una parte, la menos comprometida, se le permitía exponerse, salir a la luz. Cupido recordó el desparpajo de su perfil de facebook y le preguntó al capitán:

—¿Y su ordenador?

—Un portátil. Está en su dormitorio. Los técnicos le han echado un vistazo, pero no han encontrado nada revelador.

En la cocina estaba bajada la persiana del tendedero y provocaba una penumbra que no llegaba a anular la luz de mantequilla, amarillenta y fría, que escapó al abrir el frigorífico, donde se enfriaban varias raciones individuales de comidas precocinadas. Las pocas medicinas que vieron en uno de los módulos —analgésicos, protector estomacal, vitaminas, desinfectante, tiritas— no revelaban ninguna dolencia grave. En el cesto de la ropa sucia se arrugaban dos blusas, un suéter, un pantalón y ropa interior, de color negro y vino, pero nada extraño advirtieron en ella.

Pasaron al cuarto de baño y al dormitorio: una cómoda florida y rechoncha, un tocador de espejo basculante y, sobre la cama, tendida con una severidad militar, un cinturón, unas medias, un pantalón y una chaqueta, como si hubiera dudado qué ponerse para salir aquella noche. En el suelo, sin guardar, dos chinelas, una de ellas con la suela hacia arriba. Era evidente que no había regresado a casa después de asistir al monólogo de Mauri. Al abrir el armario, una dulce emanación a perfume y a piel femenina brotó de las ropas colgadas y dobladas con un orden meticuloso. Cupido sintió la tentación de acariciarlas, pero lo contuvo la presencia de Gallardo, que dijo a sus espaldas:

—Ya hemos buscado a fondo en todos los bolsillos.

En dos cajones estaba colocada la ropa interior, las bragas, medias y sujetadores que no necesitó tocar para apreciar las texturas suaves, las formas sugerentes, los colores afortunados.

No había mucho más donde buscar. Ya no tenía sentido desatornillar muebles, registrar huecos en puertas correderas, despanzurrar colchones o desencuadernar libros. La información se guardaba en soporte virtual y los mejores escondites eran los virtuales, tan ocultos y al mismo tiempo tan al alcance de la mano, accesibles desde cualquier lugar y a cualquier hora del día.

Cupido encendió el ordenador, que se puso en marcha haciendo sonar su carillón, y se fue directo al historial: el portal de Mistralia, varios periódicos, las páginas de la aemet, de Iberia y de dos agencias de viajes, por las que había navegado detenidamente.

—El mismo día de su muerte había consultado vuelos y hoteles para Venecia y Roma.

—Ya lo he leído en el informe —repuso Gallardo—. Y eso también descarta el suicidio. No parece que esté muy deprimido alguien que programa una escapada a Italia.

Pero la mayor parte del tiempo la había dedicado a navegar por facebook y a despachar su correo electrónico. El intenso tráfico electrónico indicaba la importancia que tenía para ella. Cupido volvió a la noche de su muerte: la última actividad, una consulta a su correo, la realizó a las 20:42. Todo encajaba con la declaración de

Mauri: si Esther había ido al Ukelele una hora y cuarto más tarde, podría haber empleado ese tiempo en prepararse para salir.

Abrió una pantalla de navegación privada y entró en facebook desde su propia cuenta. Desde allí volvió al perfil de Esther Duarte y leyó de nuevo sus entradas y comentarios, los *Me gusta* y los enlaces compartidos.

—¿Buscas algo en concreto? —insistió Gallardo.

—Busco saber quién era.

—¿Y en facebook vas a conocerla? En pocos lugares se miente más que ahí.

Sin contraseñas no podían acceder a los mensajes privados y Cupido abrió la carpeta de fotos.

—También ahí hemos buscado. Nada que nos sirva —repitió Gallardo.

En un cajón de la mesa encontraron dos *pendrives* que tampoco aportaban nada: uno contenía varias películas y otro, sus declaraciones de la renta de los tres últimos años.

Cerró el ordenador con la decepción de no haber avanzado ni un paso entre aquella montaña de información, de archivos, de imágenes que no servían para nada.

—¿Hay algo nuevo de su teléfono móvil?

—No. Desde aquella noche no ha vuelto a estar activo. Quien la mató, lo habrá destruido o lo habrá tirado al fondo del Lebrón.

—¿Y del robo del cobre?

—Tampoco. Están todos callados. Quien lo hiciera sabe que esa misma noche se cometió un asesinato y debe de estar muy asustado, por miedo a que lo incriminen.

El Milenio era una urbanización de viviendas sociales destinadas desde el principio a convertirse en un reducto de marginación. Construidas diez años antes, durante el boom inmobiliario, en unos terrenos junto al polígono industrial hasta entonces ocupados por un puñado de almacenes y casetas agrícolas, el deterioro de los propios edificios, causado tanto por la mala calidad de los materiales como por el mal uso que hacían de ellos sus inquilinos, era apenas menor que el del mobiliario urbano. De lo que había sido parque infantil solo quedaban unos peligrosos tocones de hierro para señalar que allí hubo columpios, y de la iluminación sobrevivía el esqueleto de unas farolas huecas y desmochadas; y de los espacios verdes, unos terrenos secos donde en las noches se encendían algunas fogatas y a cuyo alrededor contaban historias poco edificantes voces en las que se mezclaban acentos autóctonos y extranjeros. Su pomposo nombre parecía más la burla de un edil irónico y visionario que un acierto para definir unos bloques de cinco plantas llenos de colorines en fachadas y ventanas, víctimas de aquella inexplicable moda de marcar de modo muy visible los rasgos de las viviendas sociales. Y si alguien creyó que con la entrega de los pisos, prácticamente donados a cambio de un alquiler simbólico, y con el equipamiento de un sucinto mobiliario urbano en parques y jardines El Milenio se convertiría en un

barrio integrado en Breda, la realidad vino pronto a desengañosarlo, puesto que no hizo sino acrecentar una marginalidad en el filo de lo legal.

Entre los bloques de El Milenio y los hangares del polígono industrial, en los últimos chisporroteos urbanos de Breda, se había ido asentando una ambigua zona de ocio donde se traficaba al menudeo y donde, con el avance de las horas, se iba reuniendo la gente de la noche en torno a unos cuantos garitos y a un prostíbulo cuyas luces se encendían casi al mismo tiempo que se cerraban las puertas de los talleres, carpinterías y almacenes y donde podía resultar peligroso caminar solo por las sombras, a merced de pequeñas explosiones de violencia. Según el Alkalino, por allí tenían sus cuarteles los ladrones de cobre.

En algún momento la pista deportiva habría tenido porterías o canastas de baloncesto, porque a la luz de dos farolas heroicas aún se distinguían las rayas pintadas, pero ya era solo una explanada de cemento con algunos desconchones que no impedían que tres o cuatro muchachos, de quince o dieciséis años, se ejercitaran haciendo piruetas y acrobacias con los patinetes sobre la rampa de *skate*, garabateando sobre el asfalto su rebeldía y descontento, el hecho de saberse perdedores. Sentados en las gradas, a pesar del frío, otros cuatro o cinco valoraban las habilidades con algunos gritos, con burlas, con tacos excesivos. Eran más de las nueve, demasiado tarde para seguir jugando, pero no parecía que algo mejor los retuviera en sus casas.

Según se iba acercando a ellos disminuía el volumen de sus voces, hasta que se detuvo en el borde de la pista y los patinadores también detuvieron sus saltos y piruetas y se quedaron en silencio, exhibiendo sus sudaderas de leyendas agresivas y sus pantalones dos tallas más grandes de lo apropiado, sus enloquecidas crestas en el pelo, sus rostros atestados de *piercings*.

—¿Sois del barrio? —les preguntó.

—¿Para qué quieres saberlo? —respondió uno de ellos desde las gradas.

—Estoy buscando a alguien que vive por aquí. Tal vez lo conozcáis.

—¿A quién?

—Lo llaman Chispas... o el Chispas.

—¿Tienes un cigarro? —preguntó el que hacía de jefe.

—No, no fumo. ¿Sabéis dónde puedo encontrarlo?

—No lo conocemos.

—¿Nadie lo conoce? —Cupido miró a los patinadores.

Sacudieron la cabeza negándole la entrada a su mundo adolescente y marginal, herméticamente defendido. Tenían poco más que aquella pista de *skate* y no iban a permitir que nadie la invadiera. Sin esperanza de trabajo, sin vislumbre de futuro, sin conciencia social, robarían si pudieran robar con impunidad. Si todo se les complicaba, para algunos la aventura terminaría mal.

—A lo mejor alguien os lo presenta por ahí —añadió—. Le decís que estoy buscándolo, que me quedaré un par de horas por aquí cerca.

—¿Eres policía?

—¿Tú me ves pinta?

—De noche, todos los que venís por aquí lo parecéis. Policías o capullos —dijo, haciendo méritos ante sus compañeros.

—Decidle al Chispas que quiero hablar con él.

Cupido les dio la espalda y cuando torció la esquina aún no sonaban los ruidos de los patinetes. Montó en el coche y regresó a su casa, donde dejó pasar un par de horas antes de volver a El Milenio.

Por entonces la calle ya se ruborizaba bajo el neón agresivo y parpadeante de un luminoso que en aquel entorno resultaba particularmente irónico: QUINTA AVENIDA. Mientras se acercaba vio entrar en el club a tres o cuatro hombres gritones y cargados de alcohol y risotadas. Apoyados en las jambas de la puerta pasaban frío una chica en su diminuto traje de faena y un gorila de cabeza afeitada, pero con un bigote como el manillar de una bicicleta y con más pinturas en la piel que el Museo del Prado, uno de esos tipos que necesitan un permiso especial con muchos sellos para poder usar los puños, hinchados como los de un pelotari, y que, a pesar de la chaqueta y la pajarita, no lograba ocultar su origen selvático. La chica debió de notar alguna duda en Cupido, porque lo abordó:

—¡Hola, guapetón! ¿Te apetece una copa? Dentro hay buen ambiente y chicas muy cariñosas.

Había más gente de la que imaginaba y buscó un hueco en la barra. Un camarero vestido con una camisa en la que brillaban lentejuelas, con una raya de lápiz en los párpados, le sirvió una excesiva dosis de ginebra. Mientras añadía la tónica, Cupido le preguntó:

—Estoy buscando al Chispas. Me han dicho que viene por aquí.

—Yo no pregunto a nadie su nombre. Solo pregunto qué quieren beber —respondió alejándose con un aleteo de muñecas deshuesadas.

Cupido miró alrededor sin detener en nadie la mirada. Algunas chicas hablaban con clientes solos o en grupos, fingían creer sus mentiras, conscientes de lo fácil que resultaba atraerlos manejando los tres o cuatro gestos obscenos que podían componer los labios, y de vez en cuando aparecían y desaparecían por una puerta al fondo a consumir sus acuerdos. La música ratonera dio paso a un bolero y dos chicas salieron a bailar abrazadas, con pasos lentos y cansados, chapoteando en la media luz rojiza de la sala, exhibiendo bajo las faldas cortísimas unas piernazas que los tacones tubulares no lograban estilizar. Algunos hombres las miraban como si no hubiera más mujeres en ningún otro lugar del mundo.

—Hola.

Tenía una voz cálida y extranjera y era joven, de piel muy clara. Venía envuelta en poca ropa y en un perfume empalagoso y teatral. Sin esperar el saludo del detective, se presentó —«Me llamo Maravillas»— mientras le daba dos besos y le hacía notar la dureza de sus pechos. Al ver que Cupido miraba a dos hombres que

acababan de entrar, le preguntó:

—¿No te gusto o estás esperando a alguien?

—Estoy esperando a alguien.

—Me estabas esperando a mí, pero aún no lo sabes —dijo riéndose—. ¿Me invitas a una copa?

—Pídela.

—Mi champán.

El camarero de las lentejuelas le sirvió en una atrompetada copa para cócteles una bebida con demasiada poca burbuja para ser champán.

—¿Cómo es que está tan solo un tipo tan guapo? —le preguntó con ironía, convencida de que en aquel ambiente ningún hombre perdía la oportunidad de mentir. Pero debía de sentir curiosidad por el detective, porque añadió—: No eres el tipo de cliente habitual.

—¿No?

—Tú buscas algo. No siempre adivino lo que los hombres quieren, pero al menos siempre sé lo que no quieren. Y no estoy segura de que tú hayas venido a buscar compañía.

Tras consultar con el camarero, los dos tipos se habían acercado a ellos y el más grande le puso la mano en el hombro a la muchacha. Los patinadores se habían dado prisa.

—Coge tu copa y lárgate —ordenó con un acento cárpato.

La chica lo miró y luego miró a Cupido, que asintió con la cabeza y le dijo:

—Tienes razón, era a ti a quien estaba esperando y aún no lo sabía. Pero ahora déjanos, tengo que hablar con estos amigos.

La muchacha se alejó con una sonrisa que no ocultaba el fastidio.

—Tú no eres del barrio —dijo el tipo más bajo cuando se quedaron solos.

Tenía el pelo corto y en punta, como cargado de electricidad, la nariz más abollada que chata y una mirada seca y quemada, sin color, con la que oteaba alrededor con gestos nerviosos y desconfiados, como si acabara de darle una patada a un niño y temiera que alguien lo hubiera visto. Un collar, una pulsera de oro y la oreja izquierda acribillada por la metralla de los *piercings*, tachonada como una puerta antigua, hacían temer que se acercara demasiado a un imán. Lo escoltaba el tipo enorme que apestaba a secreción de testosterona. De ambos emanaba un tenue, levísimo olor a cables quemados.

—Por eso no conocía al Chispas —respondió Cupido.

—¿Eres policía?

—¿Crees que si lo fuera habría venido hasta aquí a buscarlo en lugar de ir a su casa con una orden judicial?

—¿Quién eres? —preguntó. Un tic nervioso y rapidísimo le hizo encoger los hombros.

—Soy detective privado.

—¿Aquí, en Breda? —se extrañó.

—Sí.

El Chispas sonrió.

—Creía que los detectives privados eran tipos listillos armados con una lupa. ¿Para qué querías verme? —reconoció de pronto.

—Para hablar.

—En este negocio, el que antes habla, antes pierde.

—La semana pasada ahorcaron a una mujer en lo alto de uno de los aerogeneradores de Sierra Ufana —dijo Cupido sin hacer caso de su comentario—. Ocurrió por la noche, a la misma hora en que alguien estaba por allí robando cables de cobre.

—¿Y todo eso qué cojones tiene que ver conmigo? —preguntó con un nuevo tic, con el rostro tensado como si estuviera recibiendo una corriente eléctrica.

—Nada. Contigo, nada. A ti no te interesa la mujer muerta, como a mí no me interesa el cobre. Pero me pagan por averiguar qué ocurrió en el aerogenerador nueve.

—¿Quién te paga?

—Mistralia, la empresa dueña de todo aquello.

—Sigo sin comprender qué tiene que ver conmigo.

—Pongamos que aquella noche alguien estaba por allí cogiendo algo que no era suyo. Pongamos que vigilaba para que nadie lo sorprendiera. Pongamos que por eso vio a alguien que también rondaba cerca.

Cupido dio un nuevo trago al *gin- tonic* mientras notaba cómo el grandullón se removía incómodo a su izquierda, se quitaba la cazadora y exhibía unos brazos enrejados por venas gruesas como barrotes. El Chispas, pensativo, miró hacia las botellas de las estanterías, hacia los espejos y hacia las dos chicas que bailaban abrazadas en el centro de la pista. Luego volvió a alzar los hombros con aquel rapidísimo tic, como si de nuevo hubiera tocado un cable con corriente y se encogiera al recibir el calambrazo.

—Y si ese alguien hubiera visto algo, ¿por qué iba a decírtelo a ti?

—Porque a mí me interesan los hechos, no quién me los cuenta. Me han contratado para investigar una muerte, no para descubrir por qué se va la luz —insistió.

—Pero trabajas para los dueños del cobre. Y no sé si alguien que rondara por allí aquella noche podría olvidar eso.

—Los de Mistralia se irán —dijo Cupido después de unos instantes que dedicó a poner en orden sus ideas—. Cuando terminen de instalar los molinos, los dejarán funcionando para cobrar el dinero que ganan del aire —recordó la expresión de Vidal—, y nosotros, tú y yo, seguiremos aquí, en Breda, destinados a entendernos. Aquí tendremos que seguir conviviendo.

—Estás pidiendo mucho a cambio de nada. Y si yo estoy hablando ahora contigo



es porque supe callarme cuando no debía hablar.

—Pero seguro que también conoces a gente que no está aquí ahora por haber callado cuando no tenía que callar —replicó.

Otro espasmo contrajo los hombros del Chispas, que se quedó en silencio, recordando algo que le ponía en los ojos quemados una pizca de dolor.

—Pongamos que alguien estuviera por allí y viera algo. ¿Qué ganaría con contarlo?

—Ganaría el silencio de quien lo sabe y podría complicarlo en la muerte de la mujer.

—¿Sabes una cosa, detective?

—¿Qué?

—Tengo en la lengua algunas cicatrices.

—Esta vez no habrá heridas —aseguró.

El Chispas bebió un largo trago de su vaso.

—De acuerdo, está bien. ¿Qué quieres saber?

—¿Qué visteis?

—Un coche y una moto.

—¿Juntos?

—No. Primero llegó a la subestación esa mujer a quien mataron. Alguien la estaba esperando, porque había luz dentro y un coche aparcado detrás, como escondido.

—¿Qué coche?

—No llegamos a ver la marca, pero era un coche grande.

—¿Cómo sabes que era la mujer que mataron?

—Porque conducía un pequeño todoterreno con ese dibujo del molinete que salió en todas las fotografías. En ese momento estábamos cerca, porque habíamos pensado trabajar en la subestación. Allí hay más material.

—¿Iba sola?

—Sí. Y te diré algo más: por la forma de caminar hacia la puerta, sabía que la estaban esperando dentro.

—¿Quién?

—¿Crees que me iba a acercar a comprobarlo? Al contrario, salimos disparados al ver tanto tráfico. Pero ya que habíamos empezado no queríamos volver con las manos vacías. Subimos hacia el último de los molinos, el más alejado.

—¿Y?

—Bueno, un botín escaso. Ya lo sabrás, si sabes tanto. Y desde allí arriba, mientras vigilábamos nuestras espaldas, vimos que subía una moto.

«Ahora no, no te calles ahora», pensó Cupido. Aquello era importante y preguntó, disimulando su interés:

—¿Una moto?

—Sí. Y también se detuvo en la subestación. Y con eso las cosas cambiaban. Una

moto es muy rápida. Demasiados invitados en la fiesta. Decidimos salir pitando por el otro lado de la sierra, dando un rodeo.

—A ver si lo he entendido bien. Cuando vosotros llegasteis a la subestación, había alguien que había escondido el coche en la parte de atrás.

—Sí. Y entonces llegó la mujer.

—Que se bajó del coche de la empresa y entró decidida en la subestación como si supiera quién la estaba esperando. Vosotros os alejasteis hacia el último aerogenerador y desde allí arriba visteis que se acercaba una moto.

—Eso es. Lo que allí ocurriera luego no es asunto nuestro.

—Nadie te implicará. Gracias por la información.

Cupido llamó con un gesto al camarero y aplastó un billete contra el mostrador para pagar las cuatro consumiciones.

—Esto no saldrá de aquí —el Chispas señaló a los tres con un giro de la mano—. Confío en tu palabra. Si me complicas la vida, ten la seguridad de que alguien te cortará los huevos.

—No te preocupes. Esta conversación no ha existido. Yo ya no recuerdo de qué hemos hablado.

Se dirigía a la salida cuando la chica le cortó el paso. Un rato antes la había visto mover la cabeza, negando, cuando se le acercó uno de los clientes. Llevaba en la mano la copa con el champán de juguete y parecía haber estado esperándolo.

—¿Ya te vas?

—Sí.

—¿No te apetece subir un rato conmigo?

Cupido vio cómo el camarero los observaba con gesto vigilante.

—Creo que deberías elegir mejor a los clientes. Con tipos como yo no te durará mucho este empleo.

—Sobreviviré. Tengo una larga experiencia en despidos.

—Bueno, quizá no perderías nada. Este es un trabajo duro.

—Todos lo son. ¿Volverás?

—En otra ocasión —sonrió.

—Te esperaré. Pero quiero que sigas así de guapo cuando nos veamos de nuevo... ¿Que será cuándo? ¿Mañana?

—Un día de estos.

Cuando estaba inmerso en una investigación su cerebro se ponía a trabajar de forma espontánea y se concentraba sin esfuerzo, sin necesidad de ser incitado a pensar, porque era lo que mejor sabía hacer. Los datos, las palabras, las imágenes daban vueltas y vueltas por su cráneo hasta terminar encajando en su lugar. Aunque nunca lo dijera, sabía que tenía talento para su oficio, y que su talento ni necesitaba ser estimulado con la promesa de un premio ni podía ser coartado bajo la amenaza de un castigo. Confiado en su capacidad, Cupido aplicaba al trabajo una poderosa energía mental y ni se precipitaba ni se desanimaba cuando la investigación parecía paralizarse, convencido de que terminaría encontrando las preguntas que hasta entonces nadie había sabido formular. De carácter cartesiano, tampoco confiaba en la intuición por ciencia infusa: no creía en sus caprichosas iluminaciones, no percibía la mentira o la verdad más allá de donde su razón lo llevaba, al menos no como algunos aseguraban que los perros y los gatos detectaban el miedo o la enfermedad. Creía que el corazón tiene su forma de alcanzar la verdad, pero no era a través de corazonadas. Si la intuición existía, si Platón no se había equivocado al enunciar esa cuarta forma de aprehender el mundo, a él no le había tocado nada en el reparto.

No sabía lo que buscaba cuando subió al coche y se dirigió hacia Sierra Ufana. En la curva de herradura donde por primera vez se fijó en Senda, inclinándose hacia él mientras conducía, recordó su extraño atractivo y su peculiar gesto de soltar el volante y mover la mano izquierda cuando explicaba algo complicado que ella misma no entendía bien. Y convocadas por esa imagen, llegaron algunas sensaciones dispersas de la noche del sábado que pasaron juntos: los besos, los dóciles mordiscos, la rosa de los vientos que llevaba tatuada en su omóplato derecho, la mayor suavidad de la cara interna de los muslos, la forma de mirarse a los ojos cuando estaban en la cama, la espuma nocturna en que culminaron las caricias, la placidez con que durmieron luego. No es que fuera singularmente hermosa, pero tampoco lo necesitaba. En ese aspecto, sabía bien que una mujer muy hermosa no garantiza una vida sexual apasionante. Y la mañana del domingo, al despertarse, ¡cuánto le había gustado ver desde la cama cómo Senda se vestía, su media melena cayendo sobre la espalda desnuda!

Habían quedado para comer juntos e imaginó lo que habría hecho ese martes: desperezarse y remolonear unos minutos bajo la cálida tibieza del edredón al sonar el despertador, con pereza para levantarse y salir al frío; desayunar y ojear brevemente el correo electrónico o las redes sociales, mientras humeaba en la muesca del cenicero el primer cigarrillo de la mañana; prepararse para ir al trabajo: la ducha, la depilación en el último segundo de un pelo imprevisto, el ligero maquillaje después de vestirse. La había visto desnuda, porque Senda se había mostrado con naturalidad,

pero desconocía sus hábitos íntimos y cotidianos, sus manías, sus gustos o sus desagradados.

Dejó a un lado la subestación, donde no vio el Suzuki Jimny que ella utilizaba, y continuó hasta el aero 9, de nuevo en funcionamiento. Bajó del coche, abrió la cancela y caminó hasta la base de la torre, esquivando algunas vacas que mordisqueaban los pastos otoñales. La puerta estaba cerrada con la barra de acero. Cupido levantó la cabeza y observó las aspas: desde tan cerca, sus movimientos resultaban enormemente poderosos, los extremos giraban veloces, con un zumbido —zuummm, zuuummm, zuuummm— que le hacía sentirse diminuto ante la grandeza y poder de la fábrica. Más arriba aún, la cuña metálica de un avión se abría paso bajo las axilas de las nubes y arañaba el cielo dejando una estela de sal. Había algo de ciencia ficción en aquellas veinte torres incrustadas en la sierra mientras las vacas pastaban con indiferencia a su alrededor, aunque tal vez dentro de unos años a las nuevas generaciones todo aquello les parecería tan arcaico como ahora le parecían a él los molinos del *Quijote*.

Se demoró allí un tiempo, pensando en Esther Duarte y en todos los que la rodearon, en la arrogancia que le reprochaban y en su afán de mandar y comprobar que era obedecida, en que tal vez ella, en su ceguera, nunca sospechó que concitara tanto odio. Pensó en Mistralia y sus gestores, en Álvaro García-Lage y en el King entronizado en su torre de cristal y acero, ignorante de las consecuencias que una firma suya desencadenaba entre los habitantes de una lejana villa de interior que no sabía ubicar en un mapa. Pensó en Vidal y en Sonia Peregrino, en los mellizos Méndez, en Mauri, Miriam, el Chispas ladrón de cobre. Pensó en el padrastro, solo en su vivienda en Madrid. Pensó en Maca, el periodista. Pensó de nuevo en Senda, en la mezcla de entrega y recelo con que se enfrentaba al amor y en el desconcierto con que lo miró cuando salió aquella mañana de su casa. Pensó en sí mismo, cada año más eficaz, cada año menos inocente. Aunque seguía siendo compasivo y tantos años de trabajo como detective no habían anulado su capacidad para sentir misericordia, su oficio sí lo había contagiado de un sentimiento horrendo que —lo sabía— ya no perdería nunca: la desconfianza.

De pronto salió el sol entre las nubes y comenzó a enjugar la luz ahumada y quebradiza que bruñía el paisaje del otoño. Las aspas de los molinos aceleraron sus tirabuzones en el aire y lo devolvieron a la investigación. Los veloces días de noviembre transcurrían sin llegar a ninguna conclusión. Había avanzado en la recogida de datos, pero aún no veía nada. Allí arriba el enigma seguía siendo tan sólido como en su pequeño despacho. Tenía la sensación de haber visto u oído algo que no encajaba en la lógica, un dato que había sobrevolado por su cabeza sin posarse en ella, dejando solo una sombra, un reflejo fugacísimo o un sonido disonante y lejano que había quedado atrás, a sus espaldas, flotando en el aire, y que no había sido capaz de aprehender. Perdido entre las estridencias del asesinato, no adivinaba una respuesta que arrojara a la esfinge por los barrancos de Sierra Ufana. Sus

reflexiones no lograban traspasar las paredes de su cerebro, daban vueltas como una llave que patinara en la cerradura sin abrirla. Si quería reordenar lo que había desordenado la muerte, tendría que hacer un nuevo recuento de todo lo sabido, del dolor y del odio, tal vez de la venganza.

El sonido del móvil reclamó su atención. Era Álvaro García-Lage y le dijo que estaba en Breda.

—¿En Sierra Ufana? —se sorprendió Cupido.

—En nuestra oficina. Tenemos que hablar. He llamado también a Senda. ¿Puedes venir ahora?

—Sí. Dame quince minutos.

—Estupendo. Os espero.

Álvaro se levantó al verlo entrar y caminó hacia él con pasos rápidos y el brazo extendido hasta darle un enérgico apretón de manos, empeñado de nuevo en ser quien más fuerza empleaba en el saludo, sonriendo como si verlo fuera la mejor noticia que podía recibir ese día, por más que su sonrisa tampoco allí sugería felicidad. Para ir a Breda, al trabajo de campo, había dejado atrás el traje oscuro e impecable, la corbata y los gemelos con el logo de Mistralia en las mangas, y en su lugar vestía vaqueros de marca, cazadora y una camisa de un azul frívolo que no se correspondía con su estatus. A Senda, que llegó poco después, la saludó soplando un beso al aire junto a cada mejilla.

—Tenemos que hablar los tres —dijo cerrando la puerta del despacho que los aislaba de Miriam. Se sentó tras la mesa y añadió—: El King me llamó anoche. Está muy preocupado con Sierra Ufana.

Senda comenzó a hablar, pero Álvaro la interrumpió levantando la mano. Había un periódico encima de la mesa y Cupido advirtió que era el periódico donde trabajaba Maca. Lo desplegó por una página interior y lo giró para que lo vieran.

—¿Habéis leído esto?

—No —respondieron.

—Ha salido esta mañana y lo he visto de camino hacia aquí, pero al King lo avisaron anoche de que lo publicarían. No pudo impedirlo. Por eso me llamó.

La foto, en tres columnas, atraía poderosamente la atención: en lo alto del aerogenerador 9, muy visible el logo de Mistralia, colgaba el cuerpo de Esther Duarte.

—¿De dónde ha salido esta foto? —dijo, preocupado. Era fácil imaginar a Quintana haciéndole esa misma pregunta que ahora él les repetía.

—Probablemente de los chicos que lo descubrieron, si se les ha pasado el miedo y alguien les ha ofrecido dinero —supuso Cupido.

Álvaro chasqueó la lengua y golpeó el periódico con el índice.

—Han recordado que murió una de nuestras ingenieras y que todavía no se ha resuelto nada. Entre líneas dejan caer que no tenemos demasiado interés en averiguarlo.

—¡Es una acusación rastrera! —dijo Senda.

—Ya sabes cuánto nos gustan en este país las conspiraciones, las vemos por todos lados. No he entrado en internet esta mañana, pero imagino los comentarios a la noticia. ¡O cortamos de raíz todo esto, o no tardarán en llamarnos asesinos directamente...! La gente está muy cabreada con la crisis y se cree cualquier cosa. Cada vez que sube el recibo de la luz, los consumidores ponen a las renovables en el punto de mira. Lo de siempre: nos acusan de recibir demasiadas subvenciones. El King se está impacientando y me preguntó qué pasa en Sierra Ufana, por qué no se arregla de una puñetera vez la ampliación antes de que aprueben cualquier ley que nos deje fuera. Anoche me ordenó que viniera y me he pegado el madrugón esta mañana. El jefe no está contento... ¡y encima perdimos en casa con el Bilbao...! En fin, ¿cómo está la situación?

—La parte técnica va muy adelantada —explicó Senda—, con la ubicación de cada torre, el mapa de tendidos, el refuerzo de la subestación y la memoria de materiales. El problema sigue siendo el mismo.

—¿Esos dos ecologistas?

—Sí. He vuelto a hablar con ellos sin imponerles nada, intentando dialogar. Y me ha parecido que al menos me escuchaban, aunque no hayan cambiado de opinión.

—Tengo permiso del King para ofrecerles más dinero —dijo Álvaro.

—No es una cuestión de dinero. Ahora están muy dolidos.

—¿Por qué?

—Alguien les ha talado cien almendros que ellos mismos habían plantado en su finca de Sierra Ufana —respondió Cupido.

—¿Que les han talado cien árboles?

—Sí.

—¡Mierda! ¡Espero que la prensa nacional y los ecologistas no se enteren también de eso! Quiero hablar personalmente con ellos, Senda. Les aseguraremos que nosotros no tenemos nada que ver con esa tala, que nosotros no aplicamos métodos mafiosos. Doblaremos la oferta de dinero si es necesario. ¡Pero que vendan de una puta vez! Está en juego no solo el parque de Sierra Ufana, sino toda una apuesta energética por los nuevos prototipos de tres megavatios. Mucha gente nos está observando, desde el gobierno a la competencia, y esperan el resultado para tomar decisiones. Y hay mucho dinero en juego. No podemos parar.

—Lo sé —dijo Senda.

—¿Cómo va la investigación? —Álvaro se dirigió a Cupido.

—Hay nuevos datos, pero aún no sé adónde conducen.

—¿Qué datos?

—La noche de la muerte también se produjo un robo. Entraron en el aero veinte y se llevaron el cableado de toma de tierra.

—Lo recuerdo. Poco botín para los ladrones, pero a nosotros esas cosas nos hacen mucho daño. ¿Y qué relación tiene con la muerte?

—Quien lo hizo asegura que había un coche esperando en la subestación y que más tarde llegó alguien en una moto.

—¿Has hablado con el ladrón? —se sorprendió.

—Sí, pero no puedo revelar su nombre. Ese fue el trato.

—¿Tienes seguridad de que no miente?

—La tengo. Ellos vigilaban, pendientes de que no viniera nadie a sorprenderlos.

—¡En el campo parece que siempre hay alguien oculto vigilando! —exclamó—. Esos datos, ¿te dan alguna idea de lo que ocurrió?

—Aún no —reconoció Cupido.

—Bien. Sigue con tu trabajo. Ahora quiero que me acompañéis a hablar con esa pareja. No puedo regresar a Madrid sin algo concreto que ofrecerle a Quintana.

De nuevo Senda condujo el Suzuki Jimny de Mistralia, primero hacia Sierra Ufana, donde se detuvieron unos minutos en lo alto para mostrarle a Álvaro la vaguada y las tierras de Vidal con los almendros talados. Luego bajaron hasta la casa junto al Lebrón y al detenerse ante la cancela los perros se acercaron con unos ladridos confusos, entre la advertencia y la alegría de recibir visitantes que les rascaran la cabeza. Por encima de ellos pasó una cigüeña, volando hacia el nido construido en la copa de uno de los viejos, grandes, centenarios pinos que se veían a la derecha, y se posó en él aleteando con esa dificultad jurásica de las grandes aves.

—¿Cigüeñas con este frío? —preguntó Álvaro.

—Se quedan por aquí todo el año. El cambio climático. Pero también porque los vertederos les proporcionan comida abundante.

A lo lejos giraban las aspas de los aerogeneradores produciendo un extraño efecto visual. Alertado por los perros, Vidal se asomó a la puerta de la casa y se acercó a abrirles.

—Adelante.

—Álvaro García-Lage, de Mistralia —lo presentó Senda—. ¿Podemos hablar con vosotros?

—Sí.

Los perros desdeñaron a Cupido y a Senda y olisquearon curiosos la novedad de los pantalones de Álvaro, que les acarició el cuello y les sonrió con la misma desenvoltura con que sonreía a los humanos, mientras ellos, encantados, movían el rabo. Tenía un buen repertorio de sonrisas y utilizaba cada una de ellas en el momento adecuado. Al entrar en la casa Sonia se levantó a saludarlos, seguida por *Birri*, la pequeña gata. Vidal les ofreció café y los cinco se sentaron alrededor de la mesa. En el cenicero había una colilla de un porro de marihuana.

—Hemos estado viendo la finca que tienen allí arriba, en Sierra Ufana. Parecen buenas tierras y comprendemos el apego que sienten por ellas —sonrió Álvaro, esperando en vano que se contagiara su sonrisa.

—Es el agua —respondió Vidal—. Hay un acuífero en la vaguada y en estas tierras el agua lo cambia todo.

—Senda nos ha contado que les han talado unos árboles.

—No me lo recuerde. —Vidal arrugó la frente como si algo le doliera dentro.

—No es la primera vez que nos ocurre algo así —intervino Sonia—. Esa... maldad.

—Quiero que sepan que en Mistralia lo lamentamos profundamente.

—¿A qué ha venido? —preguntó Sonia, fijando en él la mirada grasienta de la marihuana.

—Queremos renovar nuestra oferta.

—Ya les hemos dicho que no vamos a vender —replicó Vidal.

—¿Eres de Madrid? —preguntó Álvaro tuteándolo.

—Sí.

—Yo también lo soy. Y créeme que os entiendo. A veces siento ganas de abandonar todo aquello y buscar un sitio tranquilo y alejado donde...

—¿Por qué no lo haces? —lo interrumpió Sonia.

—Porque ya no puedo.

—¿Por qué?

—Estoy demasiado atado: trabajo, casa, amigos, familia.

—Por aquí también tenemos todo eso.

Vidal puso una mano en el brazo de Sonia para que no insistiera y preguntó:

—¿Cuál es tu propuesta?

—Tengo permiso para aumentar un cincuenta por ciento el precio que os hemos ofrecido hasta ahora —se precipitó a responder con una expresión ansiosa, como si tuviera prisa por soltarlo—. Y es una oferta exclusiva, solo llegamos tan alto con vosotros. No vamos a extenderla a otros propietarios.

«Se está equivocando», pensó Cupido, «les está prometiendo lo único con lo que no podrá comprarlos».

—Has venido a ofrecernos dinero —murmuró Sonia con una sonrisa apagada que contrastaba con los ojos húmedos, brillantes, de la hierba.

—No insistas, no nos interesa —dijo Vidal.

—Quiero que lo penséis un poco, no tenéis por qué responder ahora mismo... Aunque tampoco tenemos mucho tiempo. Un día, dos. Mañana, miércoles, debo llevar una respuesta a Madrid —dijo poniendo sobre la mesa su tarjeta de visita.

—No —repitió Sonia—. No cambiaremos de opinión.

—Ya sé que no podemos comprar vuestras tierras con dinero —intervino de pronto Senda. Cupido y Álvaro la miraron sorprendidos, pero en cada uno de ellos la causa de la sorpresa era diferente—. Pero decidnos qué es lo que no os gusta del proyecto y tal vez haya una forma de arreglarlo.

—No tenemos nada contra los molinos eólicos. Nada. —Vidal miró a Senda—. Ni contra Mistralia, aunque os estéis forrando con el viento, que es de todos, mientras nosotros vivimos como podemos con la tierra, que es nuestra. Lo único que queremos es que no los plantéis en Sierra Ufana. Seguro que hay por ahí mil lugares más



adecuados, donde sople más viento y donde no vuelen tantos pájaros.

—Creo que debéis considerar esta nueva oferta. Es excelente —insistió Álvaro.

—Mistralia no tiene dinero suficiente para comprar nuestras tierras —dijo Sonia.

De una cajita que había encima de la mesa sacó un porro y lo encendió con una profunda calada que ahuecó sus mejillas, mientras Álvaro la miraba como si fuera la primera vez que veía aquello. El espeso, dulzón aroma de la marihuana los envolvió enseguida. Era como si los expulsara con el humo y Álvaro se levantó de la mesa, empujó hasta los labios una sonrisa para la que no había motivo y estrechó la mano de los anfitriones.

—Ahí tenéis mi teléfono. Hasta mañana estaré esperando vuestra respuesta —insistió todavía—. Luego sería tarde.

Sonia permaneció sentada, pero Vidal los acompañó hasta la puerta.

—Cuando dijiste que eras de Mistralia creí que venías a preguntarnos por la ingeniera muerta. Demasiado pronto la habéis olvidado —le dijo a Álvaro.

—No la hemos olvidado, pero no podemos seguir mirando hacia atrás y quedarnos cruzados de brazos.

Vidal negó con la cabeza.

—No conviene dejar atrás historias sin resolver. Luego pasa el tiempo y uno olvida dónde colocó las minas y el día menos pensado pisa una de ellas y... ¡pum!, salta por los aires.

Álvaro no respondió y fue el primero en llegar a la cancela y el primero en hablar cuando se alejaron en el coche.

—¡Mierda! ¿Visteis el cenicero? Esa chica se fuma dos porros y se cree Pocahontas. ¡Y él! No hay nada más ridículo que un *hippy* reconvertido en campesino.

Cupido y Senda, que conducía, se miraron por el retrovisor. Temían que la inesperada visita de Álvaro alterara sus planes de comer juntos, pero antes de llegar a Breda le oyeron decir:

—Si no te importa, déjame en la oficina. Me gustaría comer con vosotros, pero antes de volver a Madrid debo revisar con Miriam unos datos. Con el madrugón, voy con el horario alterado.

Se despidieron de él y Cupido eligió un sitio a cuyo *maître* conocía, un nuevo restaurante que había suavizado los platos tradicionales de la comarca y atraía a una clientela que, desgarrada entre la nostalgia por los recios sabores de los productos autóctonos y las prohibiciones de los médicos, en sus manteles encontraba algún consuelo a sus añoranzas gastronómicas. Que allí iba a comer a menudo Esther Duarte era uno de los pocos datos que le había procurado Gallardo. Cuando el *maître* se acercó a saludarlos, Cupido le preguntó por ella.

—Sí, venía con frecuencia los días laborables. Pedía el menú y en general se mostraba satisfecha. Una vez me comentó que no le gustaba nada cocinar.

—¿Venía sola?

—Casi siempre. Alguna vez con gente de fuera, supongo que de la empresa de los molinos. También con ese chico de mantenimiento, el del Ukelele.

—¿Notaste algo extraño en ella en los últimos días?

—¿Qué quieres decir con extraño?

—No sé..., que estuviera preocupada, o que algo le llamara la atención...

—No perdió el apetito —bromeó, y como si advirtiera lo inapropiado de su comentario, añadió—: Estaba igual. Llegaba, comía, dejaba siempre la misma propina. No era mala cliente, pero mantenía cierta reserva, iba a lo suyo sin fijarse en lo que ocurría alrededor. Aunque, ahora que lo dices, una vez...

—¿Sí?

—Me preguntó por algo que había ocurrido ahí mismo —señaló—, en el paso de peatones, no hace mucho.

—¿Qué?

—Una tontería, ya ves. Un chico con una bicicleta había atropellado a un hombre que, al caer, se golpeó la nariz y quedó aturdido durante unos segundos. Son las cosas de los golpes: te caes desde un tercero y te levantas del suelo sacudiéndote el polvo, y te atropella una bicicleta y casi te rompe la crisma. Sangraba por la nariz y lo ayudamos un poco en la calle, porque no quiso entrar.

—¿Por qué le interesaba tanto a la ingeniera?

—No lo sé, eso no lo dijo. Me preguntó por los detalles, pero no pude contarle más de lo que te estoy contando a ti ahora.

—¿Conocías al hombre?

—No.

—¿Y al chico de la bicicleta?

—No, pero alguien dijo que eran unos gamberrillos de por aquí. Parece que iban en grupo y que no era la primera vez que ocurría. Ya sabes cómo se está poniendo todo de mal.

Cuando el *maître* les tomó la comanda y se quedaron solos, Senda le preguntó:

—¿Por qué te interesa tanto?

Cupido hizo un gesto de duda.

—Porque le interesaba a Esther. Me gustaría saber por qué le despertó tanta curiosidad.

—¿Algo relacionado con la bicicleta? —intentó ayudarlo.

—No lo sé...

—Pero Esther no montaba en bicicleta.

—No. No era una mujer a la que pueda imaginar pedaleando.

—Nunca la conociste y sin embargo me da la impresión de que sabes de ella más cosas que yo —murmuró Senda.

—Solo hago conjeturas —negó Cupido—. No puedo conocerla mejor que tú, que la trataste cuando vivía.

—No la traté, no al menos en el sentido de amistad que puedas creer.

—Hay dos o tres cosas que sé de ella, aunque todavía no sé si ese conocimiento me servirá de algo.

—¿Qué cosas?

—La primera, que era una excelente profesional, tenaz y trabajadora, fiel a la empresa según palabras del propio Quintana, y por eso mismo muy exigente con los empleados bajo su tutela, que no veían con buenos ojos tanto entusiasmo laboral por el patrono.

—Durante una huelga alguien la calificó de esquirol —recordó Senda.

—No me extraña. Esther —continuó— ni se había llevado bien en Madrid con Álvaro, que aspiraba a dirigir el proyecto de Sierra Ufana, ni aquí se llevaba bien con Miriam, con la que trabajaba mano a mano. Con Mauri, sí, por razones obvias, aunque no sé si en el trabajo tenían la misma sintonía que fuera del trabajo. Y tampoco fue muy flexible al negociar con los Peregrino.

—¿Y la segunda?

—Que en el aspecto personal no parecía ser muy querida.

El camarero se acercó con los platos que habían pedido y antes de retirarse llenó sus copas de vino. Solo entonces continuó Cupido:

—¿Has visitado su perfil de facebook?

—Alguna vez. Poco.

—Se diría que colgaba fotos y entradas para llamar la atención, para que les gustaran a mucha gente. Esos apuntes o enlaces con los que todo el mundo está de acuerdo y que buscan el aplauso inmediato y unánime, ya sabes: una foto de un animal maltratado por algún descerebrado, una frase de denuncia sobre la pobreza o el hambre en África, o sobre los incendios, o sobre los corruptos... Pero no parece que concitara demasiado apoyo. En su perfil no abundan los *Me gusta*.

—Esa necesidad de gustar que mencionas me recuerda algo que me llamaba la atención cuando la veía.

—¿Qué?

—Su forma de vestir, de maquillarse. No era una mujer hermosa, pero aspiraba desesperadamente a serlo. Daba la impresión de que exhibía sus joyas, sus tesoros, con todo su lustre... y en cambio el mundo los consideraba...

—¡Bisutería! —apuntó Cupido, que la escuchaba con interés—. Es como si, por debajo de su dureza, gritara para que la quisieran y nadie escuchara sus gritos. Creo que hasta Mauri mantenía la distancia con ella, a pesar de que le interesaba su amistad para progresar en Mistralia. Ya viste que la otra noche, en su monólogo, no parecía que la echara de menos.

—No. Bromeó varias veces sobre «su chica».

Del tono de Senda tampoco emanaba ninguna simpatía hacia Esther Duarte y sin embargo Cupido, sin saber por qué, tuvo la sensación de que todos la juzgaban con excesiva dureza y sintió de pronto una tibia piedad por ella, por su atroz manera de morir.

—Me pregunto si precisamente porque no era una mujer muy querida reaccionaba de un modo tan poco agradable con quienes tenía cerca, sobre todo desde que tenía ese cargo en Mistralia. Estaba embarazada y ni siquiera así parecía que un hombre la hubiera convertido en su princesa —añadió el detective.

—Tal vez ella se equivocó de rana a la que besar.

—¿Qué quieres decir?

Senda bebió el último trago de su copa y, cuando fue a servirle, Cupido vio que habían vaciado la botella. No era consciente de haber bebido tanto. Antes de que lo llamaran, el camarero ya lo había advertido y les trajo otra botella. Cortó con precisión la cápsula de plástico, hundió el tirabuzón en la carne del corcho y el tapón emitió un quejido casi humano hasta despegarse del cristal con un chasquido hueco y húmedo. Les sirvió y dejó al alcance de la mano la botella aún llena hasta los hombros. Senda, que se había abstraído contemplando sus movimientos, cogió su copa, la inclinó un poco hacia ella y, pensativa, miró el vino como si buscara algo allí dentro. Luego la alzó hasta sus labios, bebió un nuevo trago y tardó unos segundos en responder:

—A veces pienso que hay dos tipos de personas: las que generan conflicto adondequiera que van y hacen sufrir a quienes están a su alrededor como si ese fuera su destino, como si no pudieran evitarlo. Y las que generan bienestar. Si das con alguien del primer tipo, tu vida está jodida. Si das con alguien del segundo, tienes alguna posibilidad de llevar una vida feliz.

—¿Solo posibilidad?

—Solo posibilidad.

—¿Sin ninguna garantía?

—No creo que nadie pueda garantizar la felicidad de otro —replicó Senda, que parecía tener la boca seca a pesar de lo que había bebido.

—¿Y tú crees que Esther...?

—Pertenece a las primeras —dijo con firmeza.

—Pero no sé si murió por eso. Ser una persona conflictiva no es una razón para que te agredan.

—Pero aumenta las posibilidades. Quien hace daño cuando tiene capacidad de atacar, recibe daño cuando no tiene capacidad para defenderse —murmuró—. ¿Y su familia? Sé que tenía un padrastro con el que no se llevaba muy bien.

—Era el pariente más cercano... ¡y tampoco la quería! Hablé con él en Madrid y se quejó amargamente de que ella le había dado seis meses de plazo para marcharse de la casa de su madre. La madre de Esther había decidido que él la disfrutara en vida, a menos que ella la necesitara si tenía familia.

—Y ahora estaba embarazada.

—Sí, pero no sé si el padrastro lo sabía.

—¿Y no tenía a nadie más?

—A nadie. Han pasado diez días desde su muerte y no creo que haya mucha gente

que la esté echando de menos ni que la recuerde durante demasiado tiempo. Algunos parientes lejanos que habrán racaneado al comprarse ropa oscura para el funeral y al enviar una corona de flores, que provocarán algunas rencillas entre ellos por heredar lo más valioso de su ajuar y que ojearán sus viejas cartas y mirarán sus fotografías antes de arrojarlas con gesto furtivo a la basura. Unos la juzgarán con dureza, otros con benevolencia, según sus recuerdos y su trato, y ninguno habrá acertado por completo. Pero supongo que unos y otros la compadecerán por su forma de morir, porque la muerte ajena nos vuelve compasivos, y maldecirán a su asesino..., cuando lo encontremos —dijo, dejándose llevar por una extraña euforia de palabras. Él también había bebido demasiado y el alcohol lo empujaba a hablar—. ¿Te acuerdas de esas imágenes en las que se pueden ver dos figuras distintas, según la actitud o la pupila de quien mira?

—Si, las de la Gestalt.

—¿Recuerdas una figura donde se ve o bien una vieja con un pañuelo o bien una joven atractiva tocada con una pluma?

—La recuerdo.

—En teoría, no puedes ver las dos al mismo tiempo, pero una mirada atenta las distingue enseguida. Lo mismo ocurre con esta profesión. Los más simples solo ven buenos o malos, solo ven a la vieja o a la joven. Pero la realidad es mucho más compleja, y en la figura de la vieja está la joven que un día fue, y en la figura de la joven está la vieja que será. Del mismo modo, en el culpable de un delito a menudo está oculto el hombre bueno que pudo haber sido en otras circunstancias, y en el inocente duerme el villano en que podría convertirse si todo el daño se acumulara sobre él.

Senda lo escuchaba con atención y sorpresa. Diez días antes consideraba la de detective una de las tres o cuatro profesiones sucias con las que nunca se relacionaría: tipos que hablaban con frases duras y cortas, que interrogaban a la gente levantando una ceja con gesto interesante, que escuchaban detrás de las puertas o por medio de aparatos electrónicos y fotografiaban la intimidad ajena, que aceptaban cualquier trabajo sin más criterio que el dinero de quien los contrataba, que bebían y fumaban más que ella y que no siempre fallecían de muerte natural. Y sin embargo, en tan escaso tiempo había cambiado de opinión y salía a comer y se había acostado con uno de ellos, y le gustaba mucho lo que encontraba en él dentro y fuera de la cama. Le gustaba cómo su conversación tomaba sesgos imprevistos, en apariencia alejados de su trabajo. Su compañía la serenaba, le ofrecía un soporte de paz y de equilibrio que anulaba la inquietud generada por la muerte de Esther. Contra la opinión de su hermano Manu, estaba descubriendo que era una de esas personas tranquilas y eficientes que habitan en la sombra del mundo e intentan paliar su generalizado, frenético, irresoluble caos. Incluso en aquel momento en que los dos habían bebido demasiado mantenía un control que a ella le hubiera gustado alterar. Como siempre que bebía, el alcohol la fatigaba al mismo tiempo que la llenaba de euforia, el

cansancio físico convivía sin contradicción con un intenso deseo de actividad emocional: debilidad en las rodillas y algarabía en el corazón. Extendió la mano y la posó sobre la mano de Cupido.

—¿Sabes lo que ahora, después de escucharte todo eso de las dos figuras, pienso de Esther?

—¿Qué?

—Que era una hija de puta, pero que al mismo tiempo era una mujer muy sola y que tal vez hacía lo que hacía para huir de su soledad.

—¿Tanto como para pedirle a Mauri que vivieran juntos? ¿A alguien de quien sospechaba que no la amaba?

—Tanto.

Cupido hizo un gesto de duda.

—No puedo creer que una mujer acepte vivir con un hombre que no la quiere únicamente para evitar la soledad.

—¿Una mujer? ¿Crees que hay hombres que no lo hacen?

Cupido se quedó en silencio y Senda supo que se estaba aplicando a sí mismo esa pregunta. No tuvo ninguna duda de la respuesta y deseó alzar su mano y llevársela a los labios, pero se lo impidió la llegada del camarero con la cuenta, que en algún momento el detective había pedido.

En la puerta del restaurante Senda encendió enseguida un cigarrillo y dio dos caladas lentas y profundas, aspirando con fuerza, como si el filtro no dejara pasar el humo. Sin hablarlo, se dirigieron hacia su apartamento.

Siempre que entraba en la casa de una mujer Cupido avanzaba con pudor, con la sensación de estar invadiendo su intimidad y su misterio, incapacitado para convertirse en el vándalo que, cuando le abren la puerta, avanza como si conquistara un territorio y se acomoda donde quiere y altera el orden de las cosas y curioseas y hurta y se sirve bebida y abre el frigorífico y devora la comida como si todo fuera suyo.

Pero ya era la segunda vez que entraba allí y, cuando Senda cerró la puerta, se abrazaron sin reservas y comenzaron a besarse, sorprendido por la rapidez con que estaba dejando de sentirse un intruso.

—No es normal que te obliguen a trabajar también al mediodía y que no te dejen tiempo ni para comer —rezongó su madre en cuanto Miriam entró por la puerta—. Tienes el plato en el microondas, aunque ya estará frío.

—Ya he comido un sándwich, mamá —dijo aclarando la voz para que no notara que había llorado.

—Eso no es comida si tienes que volver al trabajo por la tarde. Diles que no puedes estar allí encerrada tantas horas, que tienes una madre enferma a quien cuidar.

—No puedo hacer eso, mamá. Sabes que ahora mismo hay cien candidatas esperando ocupar mi puesto.

—¿Y qué tal en la oficina? —pareció aceptar sus argumentos.

—Cansada.

—Pero ahora estarás, mejor, ¿no?, sin esa jefa horrible que te maltrataba.

—Al menos eso es un alivio —reconoció.

Abrió la ventana de su dormitorio y se cambió de ropa, arrojando sobre la cama el traje de Mistralia, cuyo color verde serpiente no la favorecía. Además, su tejido incrementaba el excesivo sudor que su cuerpo generaba en cualquier horario y en todas las estaciones del año y contra el cual no hallaba un antídoto. Había acudido a dermatólogos y endocrinos, había utilizado cremas y medicinas, había probado a no beber y a soportar la sed, pero ni aun así. O todos los productos eran engaños o placebos, o bien su cuerpo era tan peculiar, una esponja que el calor exprimía y a la que nunca se le agotaba el agua, que la ciencia no le hallaba remedio. Vistiera como vistiera, cualquier alteración anímica provocaba una explosión de sus poros que le inundaba las axilas, la frente, los labios, la espalda. No era algo que pudiera operarse, como la gente que eliminaba grasas con una liposucción o se estiraba las arrugas o se quitaba o añadía volúmenes. Y ya que no podía ir desnuda para combatirlo, al menos procuraba vestir con manga corta y bajar la temperatura ambiente, puesto que el peculiar termostato de su cuerpo le impedía sentir frío. Por supuesto, ella no tenía prerrogativas sobre la aclimatación de los locales públicos, pero en la oficina sí podría controlarla siempre que no estuviera Esther, porque al llegar se dirigía al termostato y exclamaba: «¡Qué frío hace aquí! ¡Esto está helado, no sé cómo puedes soportarlo! Vamos a subir unos grados. Bien podemos emplear unos vatios de la energía que producimos ahí arriba en impedir que esto sea la Antártida, ¿no te parece?».

Y enseguida la oficina se convertía en un horno en el que ella ardía entre llamaradas de odio, con el corazón envuelto en sudor y anhelando irse a casa y lavarse antes de que se avinagrara. Su cuerpo daba una información falsa de su alma, pero era imposible cambiar su naturaleza, contrarrestar aquella disfunción corporal

que terminaba por darle aspecto de mujer descuidada, poco acorde con la imagen de brillo y esplendor de Mistralia. Sin palabras, Esther parecía recordárselo a diario. En aquella desigual confrontación entre jefa y empleada, la humillación se ampliaba con otros detalles irritantes: la corrección con tinta roja de una falta de ortografía en un escrito que ella podía haber arreglado con un simple golpe de ratón, el desdén o la ignorancia delante de los técnicos o del personal de la empresa, o el hecho de encerrarse en su despacho cuando Mauri venía a visitarla y allí dentro comenzaban las risitas y los silencios, como si la oficina fuera un lugar adecuado para sus arrumacos...

No, nunca se había encontrado bien en el trabajo con Esther, que quería reducirla al estado de esas secretarias sumisas con problemas de cervicales y con las orejas aplastadas a fuerza de teclear y de atender al teléfono, pero no quería perderlo, porque era lo mejor que había tenido. Antes había intentado abrirse camino en otras profesiones. Había trabajado de camarera, pero no soportaba ni los horarios ni las exigencias de algunos clientes. Confiada en su habilidad con la costura, había diseñado e intentado vender por su cuenta algunas prendas, pero su ropa le quedaba mal incluso a los maniqués. Durante un tiempo había organizado reuniones de amas de casa donde vendía *tupperwares* y otros utensilios..., hasta que todos sus conocidos tenían ya suficientes envases para sobrevivir en un refugio atómico... Al final había conseguido aquel empleo en Mistralia y haría todo lo posible para mantenerlo, a pesar del aumento de horarios y de tareas que suponía la ampliación del parque eólico. Un trabajo cómodo podía ser muy duro si estaba lleno de pequeñas torturas cotidianas, y en cambio un trabajo duro era soportable si lo acompañaban gestos amables. Y ella estaba bien ahora, al cambiar de jefa. Su muerte le había favorecido. Además, ¿quién la echaba de menos? En pocas semanas Mauri ya estaría consolándose con alguna de sus admiradoras. Sin Esther Duarte el mundo le parecía un poco mejor y ella se sentía más segura en la empresa, a pesar de que Álvaro no terminaba de firmarle el contrato indefinido que le había prometido. Cuando, unas horas antes, regresó a la oficina sin Senda ni el detective, había vuelto a insistirle:

—¿Y el contrato? ¿Cuándo lo firmamos?

Pero Álvaro de nuevo había estado esquivó, más esquivo que nunca. Ni siquiera la había invitado a pasar la tarde con él, con la excusa de que tenía mucha prisa por regresar a Madrid a referirle al King las conclusiones de su gestión con los Peregrino, sin apenas esforzarse por ocultar su indiferencia, por simular que no mentía. Cuando, después de un beso fugaz, desapareció por la puerta, comprendió claramente que tampoco aquella historia la libraría de la soledad. En la oficina, hundida en un silencio demoledor, sintió que la empapaba un baño de sudor, que se ruborizaba y que los pómulos se le hinchaban bajo la piel. «Esto es el fin», pensó con la lucidez que le había faltado desde aquella tarde en Madrid en que acudió a su casa con docilidad, a una llamada suya. «¿Qué se hace ahora? ¿Qué se hace cuando el hombre a quien amas no quiere verte, se aleja de ti y desprecia todo aquello que le ofreces? ¿Hacia



dónde dirigiré mis pasos cuando salga de aquí, si es el amor el que te hace ir a sitios adonde tú nunca irías y te lleva más lejos de donde tú nunca llegarías por ti misma, si es el amor el que hace que te detengas a contemplar el agua del río que pasa bajo un puente que de otro modo cruzarías deprisa?».

No, no había sido capaz de retenerlo. Una vez más había sufrido un espejismo. Álvaro la había engañado, la había atiborrado de mentiras, la había utilizado como una simple aventura. Y ahora ella volvía a ser lo que siempre había sido: una de esas mujeres desaboridas a las que nadie recuerda una vez que han desaparecido por la puerta. Las miradas masculinas rodaban por encima sin detenerse en ella, sin encenderse nunca con ese chisporroteo que tanto envidiaba cuando las descubría en los ojos de los hombres al observar a otras mujeres. De nada le valía ser amable en los grupos, dócil y nada belicosa, y compartir la opinión del último que hubiera hablado, porque nadie valoraba su conformidad ni aceptaba su alianza. Abatida, se veía como una de esas chicas invisibles que interpretan papeles de una sola frase hasta que un día dejan de hablar, cansadas de dar una noticia y comprobar que nadie las escucha, como si nada que viniera de su boca pudiera tener interés, y se retiran para convertirse en solteronas que viven en un piso con una mascota, con un valioso juego de café que nunca usan por miedo a romperlo y con los muebles protegidos con antimacasares y tapetes con flecos.

Picoteó un poco y ocultó el resto de la comida en la basura. Se preparó un café en la cocina y volvió al salón, donde su madre apenas parpadeaba observando el televisor.

—¡Fíjate! No dirías que es la misma persona.

En la pantalla dividida se veían dos imágenes del mismo hombre, antes y después de someterse a implantes de pelo, ortodoncias y varias operaciones de cirugía estética que le habían cambiado integralmente el aspecto. La crudeza de las imágenes que reflejaban todo el proceso no anulaba la brillantez del resultado: habían convertido en atractivo a un hombre feo. Sin embargo, en la entrevista que le estaban haciendo no se mostraba del todo satisfecho con el resultado.

—Bueno, parece que resulta más fácil cambiarle el aspecto que cambiarle el carácter.

—El carácter es lo único que no cambia nunca —dijo su madre sin dejar de mirar la pantalla.

Su madre se sentía fascinada por aquellos programas, tal vez porque tenía tan desgastadas sus articulaciones que a veces se oía el repiqueteo de sus vértebras y también soñaba con una operación que la renovara por dentro. Pero no solo le gustaban los dedicados al cambio de aspecto, también los que mostraban la transformación de las casas: al elegido le hacían salir un par de días de su hogar y a su regreso lo encontraba todo renovado, tanto que no parecía el mismo: la pintura, la fontanería, el alicatado, las cortinas, los muebles.

—¿Por qué no llamamos? A lo mejor nos eligen y nos cambian todo esto —

propuso un día su madre.

—¿Tú crees que vendrían hasta aquí?

—¿Por qué no?

—No nos elegirían. El mundo está lleno de gente que ni se gusta a sí misma ni les gusta la casa donde viven —concluyó.

Antes —pensó resignada, pero eso ya no lo dijo—, la gente quería cambiar el mundo; ahora era el mundo quien cambiaba a la gente para adaptarla al canon oficial de belleza. Una de sus manifestaciones más exitosas eran las chicas anoréxicas y huesudas que solo bebían agua de alta cocina y solo tomaban alimentos libres de grasa. Y en ese nuevo molde ella no tenía cabida.

«De nuevo un hombre duerme bajo el techo de mi casa. Hacía mucho tiempo que eso no ocurría», se dijo mirando en la penumbra la cabeza hundida en la almohada y la espalda desnuda del detective, que respiraba con una tenue aspereza que no llegaba a ser ronquido.

Pero no era ese ruido lo que impedía su sueño. El amor la había desvelado. Se habían acostado al volver de la comida y habían hablado mucho tiempo, sin salir de la cama, mientras afuera caía la noche y aumentaba el frío y unos sorprendentes copos de aguanieve besaban los cristales. Ella le había contado los primeros tiempos de su vida con Adrián y su estancia en Alemania, procurando no caer en la salmodia de autodefensa con que algunas amigas intentaban explicar sus fracasos sentimentales, titubeando a veces, porque había perdido la costumbre de las confidencias, pero abandonándose luego, al comprobar la solícita atención con que la escuchaba. Había detenido su relato en el regreso a España, como si en ese momento hubiera tocado una herida en carne viva, lacerante, que aún le causaba dolor y que se resistía a revelar. Luego se habían levantado y habían improvisado algo de cena en la cocina mientras iba y venía el gorgoteo del radiador y leían en el periódico la repetida crónica de la muerte de Esther, ilustrada con la fotografía del *aero 9*. Más tarde habían vuelto a la cama y al hacer de nuevo el amor se habían mirado a los ojos, no habían roto el contacto visual, y ella lo había llamado por primera vez por su nombre, porque para ese instante no le hubiera servido su apellido ni ninguna otra palabra, ningún sustituto, ningún diminutivo. Aunque le hubiera gustado que siguieran hablando, Cupido se había dormido de repente mientras ella se preguntaba: «Acabamos de amarnos y parecía feliz escuchándome. Entonces, ¿por qué se duerme tan pronto?». Pero también ella había cedido al sueño, aunque se había despertado cuando el reloj marcaba las tres y media.

A pesar de la oscuridad distinguió en la alfombra la forma oscura de sus zapatos y la mancha blanca de una ropa interior, su slip o sus propias bragas. Sonrió: por muy ordenados que fueran sus actores, en las habitaciones del amor siempre rodaba alguna prenda por el suelo. De su ropa o de su piel venía, además, aquel olor masculino que flotaba en la habitación, con pizcas de diferentes efluvios: a su loción para el afeitado, a las escamas de semen, a su propio olor, a su saliva, con la que la había impregnado desde el vientre a los labios.

Inspiró profundamente, procurando no despertarlo, mientras, inmóvil, con los ojos abiertos, envidiaba su respiración profunda y lenta, la calma poscoital de su sueño, tan masculina y despreocupada. Apenas pudo contener el deseo de acariciar su espalda, a medias cubierta con el edredón, la sólida espiga de sus vértebras, pero ya sin deseo, sustituido por una inesperada ternura, por un profundo anhelo de paz.

«Conque esto era el amor», se dijo, «acariciar en paz y en silencio la espalda del hombre con quien vas a desayunar por la mañana. Ya no lo recordaba. ¡Hacía tanto tiempo desde la última vez!». Maca le había hecho tanto daño que ya no tenía ningún miedo a vivir sola, se decía a menudo. Pero no era cierto, claro que temía la soledad, claro que la temía, aunque inventaba ese pretexto por temor a no saber moverse con soltura por el mundo. El mundo, como aquel apartamento al que aún no se había acostumbrado, se había vuelto oscuro tras su divorcio y ella, sola y sin guía, iba chocando con todas sus esquinas.

El paso sin transición y en pocos meses por tantos estados emocionales distintos —del pasmo inicial al dolor, del dolor a la incomprensión, de la incomprensión a la rabia y de la rabia otra vez al dolor— la había dejado exhausta y sin lucidez para atinar a comportarse. Al tratar con la gente notaba una gran dificultad para mirar a los ojos de sus interlocutores, sonreía cuando no tenía que sonreír, o se quedaba seria cuando alguien decía una gracia. No se veía capaz de convivir con nadie de manera intensa, confiada, divertida, sin caer ni en la monotonía plañidera ni en una vehemente búsqueda de distracciones con que aliviar su congoja interior, convencida de que cualquier relación que emprendiera era una batalla condenada al fracaso. Invertía lo mejor de sus fuerzas en controlar su desdicha y no siempre lograba concentrarse en su trabajo. Cualquier informe o estudio le costaba un mundo y tenía que revisar cuatro o cinco veces lo que antes le salía a la primera. Por fortuna, el proyecto de Sierra Ufana que le habían encargado la alejaba de Madrid y le resultaba muy beneficioso.

Volvió a mirar al detective: seguía en la misma postura, relajado, sin acurrucarse, los pies a punto de salirse del edredón. «Un hombre duerme en mi cama, con los ojos cerrados, satisfecho. Ahora alguien me desea otra vez y mañana por la mañana tal vez ocurra algo que me haga feliz de nuevo y nada será distinto a como ha sido la noche», se dijo.

Se levantó despacio, incapaz de permanecer más tiempo en la cama, se puso las gafas, que recuperaba al quitarse las lentillas, y fue a la cocina. Tenía la boca seca por el exceso de calefacción e iba a beber agua, pero vio la botella de *whisky* en la bandeja, entre los vasos usados unas horas antes y ahora llenos de silencio, y cedió al impulso de servirse un trago. Al abrir ligeramente la ventana para ventilar, la estremeció una barra de frío. Ya no caía agua ni nieve del cielo, pero todo había quedado mojado, la calzada, el parque infantil y la indisciplinada arquitectura de los edificios al otro lado de la plaza. Una brisa helada despellejaba las calles y mantenía cerradas y mudas las ventanas. Oyó sus pasos y lo vio aparecer en la puerta, vestido con el albornoz que antes le había dejado y que le quedaba corto.

—Me he despertado y no te he visto en la cama.

—Tenía sed —señaló el vaso de *whisky*—. ¿Te he dejado dormir o he hecho ruido?

—No, ningún ruido. Eres muy silenciosa durmiendo.

Se sentó frente a ella y también él se sirvió un chorro de *whisky*. Sobre la mesa había un ejemplar del periódico para el que trabajaba Maca abierto por la página con la fotografía del ahorcamiento, pero ya era el periódico del día anterior. Senda tamborileaba sobre él y Cupido le cogió la mano.

—¿Qué ocurre?

Senda lo miró dudando. Sentía una creciente necesidad de hablar.

—Me acuerdo de algunas cosas.

—Cuéntamelas.

—Te advierto que es una historia triste.

—¿Hay alguna que no lo sea?

Sin apenas ser consciente de estar hablando, vio cómo su lengua comenzaba a moverse, sin miedo a lo que el detective pudiera hacer con toda aquella información:

—Adrián y yo vivimos durante unos años en Berlín, porque lo habían enviado allí como corresponsal de su periódico. Pero regresamos a España cuando le propusieron hacerse cargo de la sección de Internacional. Era un ascenso, claro, y él jamás rechazaría un ascenso, esas palabras no figuraban en su vocabulario. Tampoco me preguntó qué opinaba yo, no se le pasaba por la cabeza que me opusiera, aunque ya estaba acostumbrándome a vivir en Alemania, me sentía cómoda allí. Así que volvimos a nuestra casa, a nuestras antiguas costumbres, a los amigos de siempre... Bueno —corrigió—, de siempre, no. El nuevo puesto obligaba a Adrián a mantener otras relaciones, a tratar con otra gente. Él se entusiasmó enseguida con el cargo, porque ya te dije que era muy profesional. La crisis de su periódico, de todos los periódicos, era brutal, y se veía capacitado para ayudar a solventarla aplicando estrategias que había aprendido en Alemania. Los jefes lo escuchaban y confiaban en él, con lo que crecía también su prestigio ante sus antiguos compañeros... Y eso fue el principio del fin para nosotros.

—¿Qué tiene que ver una cosa con otra?

Senda miró su vaso, donde languidecían los pedazos de hielo, y cogió la botella.

—¿Quieres?

—Todavía tengo —dijo Cupido.

Se sirvió un chorro y bebió un trago. Luego cogió un paquete nuevo de tabaco, quitó el cintillo de celofán, levantó la solapa y aparecieron los cigarrillos, levemente apretados con la forma hexagonal de las colmenas. Encendió uno con un solo golpe de mechero, aspiró el humo con un movimiento de tensión en los tendones del cuello y dejó transcurrir un segundo antes de espirarlo hacia un lado. Del cigarrillo ascendía una fina hebra gris que se disolvía en el aire espeso de la cocina. Con la cabeza inclinada hacia el vaso, que hacía girar con el índice y el pulgar, como si aspirara el fuerte olor del *whisky*, Senda tardó unos segundos en continuar. Al levantarla, bajo las gafas tenía los ojos entelados, apagada su suave policromía. El frunce de la boca endurecía las dos líneas que descendían desde su nariz hasta las comisuras de los labios.

—Cuando lo nombraron jefe, Maca descubrió de pronto...

—¿Maca? —la interrumpió, sorprendido.

—Maca. Adrián. Todo el mundo lo conoce por Maca. Yo también lo llamaba de las dos formas.

—¿Maca? —repitió Cupido—. ¿Quieres decir que Esther...?

—¿Acaso no lo sabías? Daba por hecho que era lo primero que te habrían contado.

—No lo sabía.

Senda miró el cigarrillo con gesto pensativo y luego miró alrededor buscando un cenicero. Con un toque del índice desprendió la ceniza antes de dar otra calada.

—¿Y saberlo cambia algo esta situación? —preguntó, y parecía que señalaba el albornoz de Cupido y el hecho de que ambos estuvieran medio desnudos.

—Creo que no. Sigue contándomelo.

—Cuando lo nombraron jefe —repitió—, Maca descubrió de pronto que le gustaba mandar. Le encantaba tener despacho propio, secretaria, subordinados, teléfono directo con las alturas.

Cupido lo recordó en su oficina, con la camisa remangada y, tras los cristales, a un grupo de periodistas enfrascados con gesto laborioso ante las pantallas de sus ordenadores.

—Antes decías que era un excelente profesional.

—Y doy por hecho que lo sigue siendo. Aunque en aquel cargo parecía que necesitara demostrarlo cada día.

—¿Por qué?

—Porque por primera vez no le iba bien en el trabajo. La crisis era tan profunda que no encontraba ningún medio para atajarla. No funcionaba ninguna de sus ideas, alemanas o no, todas quedaban gastadas al poco tiempo. El periódico no levantaba el vuelo, seguía en caída libre. Las pantallas derrotaban definitivamente al papel, pero nadie sabía cómo hacer rentables las pantallas. ¿Cuánto tiempo hace que no ves por la calle a alguien menor de treinta años con un periódico bajo el brazo?

—Bastante.

—Ese era su fracaso. Decía que un periódico es una obra de arte que, sin embargo, no convence a sus destinatarios.

—Todavía quedamos algunos fieles —dijo Cupido.

—Adrián se lo tomó como un asunto personal. —Por fin levantó el vaso, como si pesara mucho, bebió un trago y añadió, con la voz endurecida por el *whisky*—: Su carácter se fue agriando en privado. Se levantaba amargado y cada vez era más difícil verlo sonreír, como si el mundo le debiera algo y no se lo pagara. Llegó a temer que lo despidieran en uno de aquellos eres que aplicaron a la plantilla. Fuera no lo manifestaba, pero en casa se purgaba de lo que le iba mal en el periódico y daba rienda suelta a su acidez emocional. Conmigo no tenía necesidad de fingir. Empezaron las discusiones, los dos elevamos el tono de voz y la gravedad de los

reproches. Varias veces estuve a punto de dejarlo, pero nunca me atreví. Fui cobarde, siempre encontraba una excusa para no enfrentarme a la ruptura. Tenía que haber cortado entonces, en lugar de darle cuerda día a día, como a un reloj antiguo con un mecanismo defectuoso al que continuamente hay que corregirle el atraso. Pero aun así habríamos podido dejar atrás todo aquello si no fuera... —la voz se le ahogó, como si se le hubiera hundido en el estómago. Volvió a beber, se humedeció los labios reseco con el contacto del hielo casi derretido. El cigarrillo subió de nuevo a la boca, se avivó con una calada y el humo se mezcló con las palabras, que sonaron más ásperas—: En esa época apareció Esther.

—Sí —dijo Cupido.

—Es curioso, porque fui yo quien se la presentó, en una de esas reuniones de Mistralia a la que me acompañó casualmente Adrián, que nunca solía hacerlo... Con ella no puedo ser imparcial, ni siquiera ahora que está muerta, así que no te extrañe lo que te diga.

La interrumpió un súbito ruido en la ventana: el esquilón de la lluvia golpeaba con virulencia contra los cristales.

—Era una mujer muy lista, con muchos recursos, con mucho desparpajo. Cuando le interesaba podía ser muy simpática, sonreía con facilidad... Aunque no siempre era así, ya has visto lo que otros opinaban de ella... ¡Ya te he dicho que con ella no puedo ser imparcial! —esbozó una sonrisa amarga al ver el gesto de Cupido.

—Vamos a dejar la imparcialidad para los jueces.

—Además, tenía dinero, falta de escrúpulos y libertad para moverse, porque por entonces no salía con nadie ni mantenía demasiado contacto con su familia. Su padre había muerto y su madre vivía con su segundo marido, con el que Esther no se llevaba bien.

—Tuviste, entonces, un mal rival —dijo Cupido.

—Sí. Pudo conmigo, me ganó... No sé cómo no lo intuí —lamentó. Ahora hablaba con lentitud, la lengua parecía pesarle como plomo dentro de la boca, pero se mostraba más tranquila, como si los exabruptos anteriores la hubieran calmado. Solo en los labios le quedaba un pequeño temblor cuando continuó—: Sentimos remordimientos cuando no hemos confiado en la bondad ajena y atribuimos intenciones ocultas a un gesto bondadoso. ¡Pero qué ridículos nos sentimos cuando infravaloramos la maldad, cuando comprobamos qué ingenuos fuimos, qué idiotas, qué torpes! No voy a contarte detalles sórdidos, y supongo que a ti tampoco te gustaría oírlos.

Cupido asintió. Sabía de antemano que aquellos conflictos siempre eran iguales, siempre dolorosos y desesperantes, con la misma secuencia y los mismos pormenores: la mentira, el dolor al descubrirla, un poco de suciedad, un poco de odio.

—Mi historia no es diferente de otras mil similares ocurridas hace mil años, o ayer, o que están ocurriendo ahora mismo. La historia de una pobre chica tonta. ¡No, no voy a contarte detalles, por más que sean los detalles los que luego impiden

dormir, los pequeños gestos que me recuerdan que Maca era un desconocido para mí! ¡Qué paradoja!, ¿verdad?, que el hombre con quien más tiempo había convivido fuera el mayor enigma. Siempre había creído que lo sabíamos todo uno del otro, que si guardábamos algún secreto, se trataba de pequeños asuntos que no merecía la pena mencionar. Porque cuando ocultas algo el propio secreto te obliga a estar alerta, a mantener una distancia de seguridad que resulta letal para el amor, porque temes que una noche, en sueños, puedas revelarlo. ¡Y de repente descubrí que había vivido diez años con un hombre del que no sabía nada! Y además esa sensación de fraude, de inutilidad, de desperdicio, de decepción. Comprendí que el dolor de la traición no depende tanto de la gravedad de la ofensa cuanto de tu fe en quien te traiciona. El engaño más pequeño te atraviesa el corazón si lo comete la persona en quien más confiabas.

—¿Cómo lo supiste? —preguntó Cupido en voz baja.

Senda lo miró alzando mucho la cabeza, como si el detective fuera más alto de lo que era. Dio una última calada y apagó la colilla.

—Me lo contó él.

—¿Maca?

—Supongo que ya no le quedaban más mentiras que contar. Ya solo le quedaba por decir la verdad —sonrió con amargura y miró los cristales de la ventana, contra los que seguían batiendo los goterones de la lluvia—. Yo creo que, a su manera, me quería. Tal vez lo hizo al darse cuenta de que todo estaba a punto de irse a pique.

—¿Por qué?

—Porque incluso sin sospechar lo que estaba ocurriendo, una situación así genera tanta tensión que lo deteriora todo. Ya no soportábamos estar callados y en una pareja todo va bien cuando los silencios no se soportan, sino que se disfrutan.

—Y tú, ¿qué hiciste?

—Intenté arreglarlo, porque diez años de tu vida no desaparecen de golpe, quería engañarme diciéndome que todavía era posible salvarnos, que todos sufrimos crisis... En fin, esas excusas con las nos resistimos a enterrar un cadáver. Lo intenté de todas las maneras, lo intenté hasta la exasperación. Cuando estábamos juntos cerraba los ojos a las imágenes que hasta unos minutos antes me habían atormentado y me acercaba a él para abrazarlo... Pero no podía... Cuando me faltaba medio metro, unos centímetros, y ya extendía las manos, era como si me detuviera un puñetazo en el corazón... Antes de abrazar a Adrián tenía que apartar primero a Esther, que se había metido entre nosotros dos.

—Entiendo.

—Si durante un tiempo aquella historia había sido hermosa, ya era necesario liquidarla antes de que se volviera fétida. Hasta entonces yo había creído en la capacidad del amor para unir los contrarios, en su poder curativo para cicatrizar las heridas, pero me di cuenta de que el amor no es omnipotente, de que tiene enormes limitaciones frente a la irreparable estupidez de los humanos. Sí, había llegado el



momento de cortar definitivamente, aunque supusiera una renuncia dolorosa a todos los proyectos comunes, a todos los anhelos, incluso al más ilusionante, el de tener hijos. Muchas veces había soñado con ser madre, con inclinarme sobre la cuna donde dormirían mis hijos a oír cómo respiraban y a ver cómo sonreían en sueños, a verlos crecer. Muchas veces había soñado levantar para ellos una casa en las cercanías del paraíso y ordenarles un mundo honesto y pulcro, tranquilo y sencillo, rodeada de pequeños placeres que no le hicieran daño a nadie. Y todos aquellos sueños se vinieron abajo y me veía menstruando en vano luna a luna, año a año, hasta perder la fertilidad.

—¿Y Maca?

—Quería que siguiéramos juntos y lo intentó de todas las formas posibles. En aquellas semanas de dudas hizo por mí mucho más de lo que había hecho en diez años. Adrián había elegido otras fiestas y otras compañeras de baile y al fin se había dado cuenta de que, después de todo, no le gustaban ni la música que allí se oía ni la danza que allí se bailaba. Entonces quiso volver, pero ya era demasiado tarde. La vieja melodía había acabado y era imposible repetirla... Así que me quedé sola. ¡Y cómo me molestaba que el mundo siguiera funcionando mientras yo me deshacía en pedazos! Eso contribuyó a que me encerrara aún más. Te aíslas convencida de que todo lo nuevo, cualquier noticia te va a herir y de que tu única protección es la soledad. Apenas salía de casa. No sé si alguna vez has sentido lo mismo: un dolor insoportable y su inmediata consecuencia, un acobardamiento que te paraliza y te impide enfrentarte a nada. Te vistes con colores mezquinos, te camuflas, no quieres hablar con nadie, no quieres que nadie te vea, esquivas a tus amigos y a tu familia para no tener que mentir ni dar explicaciones.

—Nunca he pasado por una situación así —dijo Cupido.

—¡Ojalá nunca pases! Yo descubrí entonces lo difícil que es hablar, aunque parezca un acto tan sencillo... Algunos días bebía mucho y no comía, porque todas las comidas tenían el mismo sabor, todas se me convertían en cenizas en la boca. Otros días, en cambio, devoraba enormes cantidades sin apenas masticar, como si hubiera vuelto a ser un animal rudimentario y apático que solo come, bebe y respira.

Su vaso estaba vacío y Senda miró la botella de *whisky*, pero desistió de servirse otro trago, como si hubiera llegado a su límite. Aún quedaban muchas cosas que contar, pero ya no tenía fuerzas. Se sentía al mismo tiempo avergonzada por lo que le había revelado y aliviada por la confianza que Cupido le inspiraba, por la seguridad de que no traicionaría sus secretos.

—El otro día, cuando subimos a Sierra Ufana, te mentí al decirte que apenas la conocía. Pero al mismo tiempo te decía la verdad. No la conocía y ahora no quiero conocerla. Entiendo que tú estés obligado a saber quién la mató, pero a mí su muerte me ha liberado de seguir odiándola —concluyó con voz pastosa.

—¿Por qué no me lo habías contado hasta ahora?

—¿Para qué iba a contarlo? Todo el mundo pensaría que soy horrible por hablar

mal de una muerte. Tú también...

—No —la interrumpió.

—Tú también lo habrías pensado si no fuera porque...

—No.

—Por eso me callé. Y no por temor a que me incriminaran en su muerte, porque esa noche yo estaba a tres mil kilómetros de aquí. —Hizo una pausa, como si esperara una pregunta que el detective no hizo. Senda continuó con una gran fatiga en la voz—: Tú eres la única persona a quien se lo he contado.

El vaso de Cupido estaba como al principio y por primera vez bebió un buen trago.

—¿Hay algún modo de que pueda ayudarte?

—Respecto al pasado, no —suspiró. Con sus dos manos envolvió la mano de Cupido y, como si toda su conversación anterior solo hubiera tenido como fin aquel momento, la apretó antes de añadir—: Pero hay algo que quiero pedirte.

—Sí —dijo, aunque no se sentía capaz de prometer nada.

—Quiero pedirte que, si al cabo de un tiempo esto sale mal, no me digas dos cosas. La primera es que no me digas que los dos somos personas adultas y libres, porque lo primero que busco en una relación es no tener que usar esa libertad para marcharme o para huir —y ante el gesto de extrañeza de Cupido, añadió—: Sería tremendamente vulgar y cobarde de tu parte. Y hasta ahora no me has parecido ni una cosa ni otra —sonrió después de haber hablado con enorme seriedad.

—¿Y la segunda?

Senda lo miró mientras una mota de luz le cabrilleaba en los ojos humedecidos.

—Que nunca me mientas. Me mintieron durante tanto tiempo que no podría perdonarte. Me gustas mucho, pero si no estás seguro, es mejor que nos despedamos ahora, antes de que amanezca. Aún estamos a tiempo. Seguro que por ahí fuera hay alguna mujer deseando ocupar este sitio. Los hombres sois así —murmuró—, podéis estar con dos mujeres, pero creo que tampoco vosotros podéis mantener dos pasiones al mismo tiempo. La pasión o es exclusiva, o no es pasión, y yo no quiero compartirla con nadie.

Cupido pensó en todo lo demás que no le reclamaba y asintió lentamente. La había escuchado con cautela y desconcierto, conmovido por la terca, desesperada sinceridad de su pliego de condiciones. No era demasiado lo que pedía y no dudó en responder:

—Creo que los dos necesitamos olvidar algunas cosas. Pero podemos intentarlo.

Sin decir nada, Senda se levantó y salió de la cocina. Cupido oyó algunos ruidos en el dormitorio y cuando apareció, traía en las manos unos billetes de avión y los puso ante él en la mesa: dos billetes de Iberia a Berlín a su nombre, del 30 de octubre al domingo 3 de noviembre.

—Con esto, ¿ya no soy una sospechosa?

—No.

—Entonces, bésame, por favor.

Puso punto final a la necrológica que había redactado sobre un científico alemán que acababa de morir, la envió a maquetación y apagó el ordenador, que se cerró con un suspiro de cansancio. En la sala de redacción, concentrada ante la pantalla, solo quedaba Valentina, la guapa becaria a la que había encargado que le buscara documentación sobre el difunto para escribir al día siguiente una crónica más amplia. Desde que llegó, Valentina llamaba con frecuencia a la puerta de su despacho para preguntarle dudas y para pedirle el visto bueno a sus trabajos. El día anterior, mientras ella le mostraba algo en el ordenador, había puesto la mano en su hombro y ella sonrió.

Maca se puso el abrigo, salió del despacho y se acercó a su mesa.

—Venga, déjalo ya. Mañana continúas. Ahora te invito a tomar algo.

—Gracias.

Llovía suavemente cuando salieron del edificio.

—Vamos aquí al lado.

Valentina enlazó el brazo con el suyo que llevaba el paraguas y a través del abrigo él notó la vibrante, elástica resistencia de la carne juvenil. ¿Cuántos años tendría? Veintitrés, veinticuatro, en todo caso demasiado joven. Sabía bien que ya no iban con él por su físico, sino por su prestigio... o por la erótica del poder, por decirlo con aquella anticuada expresión que, sin embargo, seguía siendo tan expresiva. ¿Cuánto le durarían aquellas aventuras?, se preguntó. ¿Durante cuánto tiempo todavía una becaria se seguiría colgando de su brazo y se iría con él mientras se decía a sí misma que él le gustaba y que no lo hacía por el cargo que ocupaba, ni por su influencia laboral, ni por la esperanza de convertir la beca en un contrato fijo?

Pronto se acabaría todo aquello. La semana anterior había pasado por la humillación de que le rechazaran un artículo y esa misma mañana, unas horas antes, el propio director lo había llamado a su despacho en la última planta, había soltado sus habituales gimoteos sobre la crisis de la prensa escrita y había concluido: «Nos vemos obligados a hacer una nueva reestructuración de la plantilla. No seguirás en Internacional, Maca, pero no te preocupes, te buscaremos un hueco. La época del trabajo fijo ha quedado atrás... por desgracia», lamentó, pero daba la impresión de que se alegraba de que fuera así.

¡Un hueco! ¡Los huecos se buscaban cuando los espacios ya estaban ocupados! Y como primera tarea le habían asignado la página de... ¡necrológicas! Esperaba que no fuera un augurio de lo que se estaba preparando.

En la acera vieron un pequeño tumulto junto a dos coches de la policía y el instinto de periodista lo empujó a curiosear mientras Valentina, más prudente, se quedaba unos metros atrás. Pero no era nada: una herradura de policías mantenía

contra la pared, con las manos apoyadas en el muro y las piernas abiertas, a dos tipos a los que, al parecer, habían sorprendido vendiendo cocaína.

Llegaron a la tapería y ella insistió en que Maca eligiera. Luego, mientras picaban, la oyó hablar de cuánto le gustaba aquel trabajo y agradecerle todo lo que hacía por ella. Aunque durante un fugaz instante pensó que en realidad era ella quien estaba haciendo mucho por él, apartó enseguida aquel brote de sentimentalismo. Con la crisis, el periódico se había llenado de becarias y estudiantes en prácticas que traían un aire nuevo y refrescante, pero a quienes explotaban sin pagarles o solo una propina miserable. Y puesto que algunas de ellas se sentían atraídas por periodistas expertos e influyentes que las ayudaran a progresar en el gremio, podía afirmar que el intercambio de beneficios era equitativo.

—Cuelga ahí el abrigo —le dijo una hora después, cuando llegaron a su apartamento.

Con diez años menos le habría servido una última copa antes de abordar lo que ambos sabían, pero ahora no esperó para besarla y conducirla al dormitorio. Valentina no mostró mayor interés por la decoración ni por el aspecto del cuarto. Simplemente se despojó del jersey y se acercó a él.

La calefacción central mantenía alta la temperatura, pero cuando terminaron de desnudarse uno a otro, Valentina se metió enseguida bajo el edredón y lo atrajo junto a ella. Tenía los pequeños pies helados, húmedos por la lluvia, por aquella incomprensible moda de los jóvenes de calzar las más variopintas zapatillas de lona incluso en los días más crudos del invierno. Se los acarició para templarlos y el contraste entre el frío de los pies y el vigoroso calor del resto del cuerpo, aquel cruce de peces y de tigres bajo las sábanas, lo excitó de un modo inesperado. Del cajón de la mesilla sacó un preservativo, mordió la esquina de la funda y comenzó a colocárselo, pero ella se irguió para ayudarlo: expulsó la burbuja de aire retenida en la tetina y con una candorosa diligencia fue desenrollándose hasta el último anillo.

No había podido correrse, se había venido abajo de un modo inesperado. Nunca le había pasado y aunque Valentina le había quitado importancia —«No te preocupes, le ocurre al más pintado, a chicos que tienen la mitad de tu edad»— en su tono resonaba un chispazo burlón.

Hubiera preferido que se vistiera su jersey y sus vaqueros, que se calzara las empapadas zapatillas de lona y se marchara, pero se había dado la vuelta en la cama y se había dormido al instante, mientras él permanecía tumbado en la penumbra, con los ojos abiertos, preguntándose qué había ocurrido, porque se suponía que la rutina lo adormecía y que eran las novedades y los cambios de piel los que lo estimulaban. O tal vez era que Valentina se había mostrado sorprendentemente tierna, y hacía mucho tiempo que él había perdido la costumbre de la ternura y que ya no recordaba el funcionamiento del corazón. Pero con Senda nunca le había pasado aquello, ni

siquiera en los peores momentos en que el estrés lo agarrotaba o lo aflojaba el cansancio físico. ¡Cómo la echaba de menos ahora! Había sido la mujer más importante de su vida y, a su modo, la había amado, aunque nunca había admitido que la fidelidad fuera uno de los mejores modos de demostrarle su amor. Nunca había podido evitar las aventuras. Era guapo y simpático, era un buen mentiroso, listo y divertido, y en el mundo había miles de mujeres que sobre todo buscaban hombres que las hicieran reír. Además, tenía un trabajo relumbrón que a diario le ofrecía oportunidades que él no rechazaba, sobre todo en los momentos en que, como aquella noche, lo embargaban las preocupaciones. El sexo siempre le había servido de terapia y de consuelo contra los problemas. Cada vez que se sentía agobiado o bajo de moral, se ponía en disposición de conquista, se acercaba a una mujer y al recibir su primera sonrisa notaba cómo su autoestima subía instantáneamente. Lo arrastraba hacia ellas una fuerza interior, un tropismo indomable que le hacía buscar sexo como las plantas buscan el sol. Y siempre había sido muy hábil para encontrarlo.

Durante diez años se las había ocultado a Senda, precisamente para evitarle el sufrimiento. Con la práctica había refinado sus métodos de engaño, se había convertido en un experto para encontrar huecos en su horario. Imaginaba que, el día en que muriera, los forenses le harían la autopsia y encontrarían grabada en su cerebro la palabra «mentira». Pero no se arrepentía de sus patrañas. Al contrario, ¡cuánto se arrepentía ahora de su sinceridad! Para una vez que había sido sincero con Senda todo se había ido a la mierda.

¡Pobre Esther, qué manera tan horrible de morir! Estamos acostumbrados, se dijo, a oír gritar de miedo o de dolor a los niños, pero qué espantosos debían de ser los gritos de un adulto. Se le contraía el corazón cuando imaginaba sus alaridos pidiendo ayuda en la madrugada, en una sierra perdida de una comarca perdida, sin nada ni nadie cerca que la ayudara contra su asesino. Se estremecía cuando cerraba los ojos y la veía colgando allí arriba, ahogándose por falta de aire, si es que la caída al vacío no le había roto al instante la columna vertebral a la altura de las cervicales.

Unos días antes de su muerte lo había llamado por teléfono para pedirle que se vieran, porque tenía algo importante que contarle y quería hacerlo personalmente. ¿De qué se trataba?, ¿cuál era el secreto? Acostumbrado a sus exageraciones, él no la había escuchado, no había creído que fuera algo trascendente y le había dicho que estaba muy ocupado y que no sabía si podrían encontrarse el fin de semana.

Si no hubiera estado tan distante, si hubiera fijado una cita con ella, tal vez Esther habría venido a Madrid y no habría muerto y él tendría la información que buscaba aquel detective alto. ¿Cómo se llamaba? Ah, sí... Cupido. ¡Vaya un nombre más poco apropiado para un detective!

A pesar de lo intensa que había sido la noche, Cupido se despertó temprano, pero tardó un segundo en comprender dónde se hallaba. Senda dormía profundamente a su lado, por fin respirando con calma. De la boca algo abierta, donde brillaban dos gotas de luz, había caído un fino hilo de baba que humedecía la almohada. Tenía el brazo fuera del edredón, como si lo hubiera extendido hacia él y se hubiera quedado a medio camino. La persiana estaba levantada y la luz gris del día se apoyaba contra los cristales mojados, como si huyera del frío y pidiera entrar en la calidez del dormitorio.

Se levantó sin hacer ruido, cogió la ropa y los zapatos y se vistió en la cocina, entre el olor del *whisky* residual en los vasos y de las colillas en el cenicero. Luego, de puntillas, volvió al dormitorio, donde Senda seguía dormida en la misma posición y con el mismo sosiego. No quiso despertarla. Cerró la puerta con suavidad y caminó hacia su casa con el deseo, casi la necesidad, de ejercicio físico. Hacía frío, pero había dejado de llover y la calzada comenzaba a secarse. Durante la noche habían caído algunos chaparrones y habían espolvoreado aguanieve algunas nubes que una brisa alta ya arrastraba con rapidez hacia el sureste, dejando grandes claros en el cielo.

Desayunó con apetito, bajó al garaje y descolgó la bicicleta. Llevaba más de una semana sin montar y echaba de menos las pedaladas balsámicas. Un sobrante de energía física le hormigueaba en los talones y, antes de encajarlas, rozó las calas contra los pedales con el mismo placer con que un felino se afilaría las uñas contra un árbol.

En unos minutos dejó atrás el refugio de las calles de Breda. Con alta cadencia y desarrollo corto enfiló hacia Sierra Ufana, la montaña que no logró alzarse del suelo lo suficiente para no necesitar ser vanidosa. Al superar las primeras rampas divisó con sorpresa, con el sentimiento de euforia que siempre le despertaba la llegada de la nieve, el perfil nevado de las recias sierras del norte, donde el Yunque y el Volcán conservaban su orgullosa soberanía, hieráticos como si velaran el cadáver del otoño, los dos blancos capuchones encajados sobre ambos picos, que resplandecían en el aire helado, trémulo, transparente.

No tardó en llegar a la subestación y a los primeros aerogeneradores, que movían sus aspas con un ritmo alegre que llenaría de satisfacción a Quintana. El viento lateral no era demasiado molesto para la marcha y no necesitaba pedalear como si ejecutara trabajos forzados. El esfuerzo no requería toda su atención y se sorprendió evocando, con una inesperada ternura, la imagen de Senda dormida, el bastidor de sus caderas bajo el edredón, la pequeña mancha de baba en la almohada. ¡Qué extraño era el amor y qué extraño que el paso del tiempo no lograra explicarlo! ¿Dónde residía su

misterio? Según las estadísticas de longevidad, había alcanzado la mitad de su vida, estaba igual de lejos de su nacimiento que de su muerte, pero en cuanto a su corazón seguía siendo un completo ignorante. ¿Por qué no se había enamorado de Carol, que lo tenía todo —libertad, inteligencia, atractivo y hasta un toque de *glamour* y un país que conocer juntos— y sin exigirle nada se ofrecía a compartirlo, y en cambio ahora una mujer herida por el pasado le estaba perforando el corazón? Hacía mucho tiempo que no se abandonaba por completo, protegido tras una frialdad que embridaba sus sentimientos, como un quemado que a nadie permite tocar sus cicatrices. Nunca hablaba de sí mismo, eran los demás quienes lo buscaban para contarle sus problemas y sus tribulaciones o para pedirle ayuda. A nadie confesaba qué le hacía feliz o qué le hacía sufrir, encerrado en un mutismo que no aliviaba sus tensiones, como si no creyera en la posibilidad de la felicidad y, por tanto, no mereciera la pena emplear demasiados recursos en su búsqueda, como si ocultase una sabiduría de la que a nadie hacía partícipe y que a nadie beneficiaba. Hacía, sí, demasiado tiempo que no se juramentaba en ese compromiso que exigía el amor y que tan imprescindible resultaba para los amantes al sentirse miembros de una sociedad secreta que no admitía más que a dos conjurados.

Confuso entre aquellas emociones, que agotaban su cerebro sin alcanzar ninguna claridad, se forzó a pensar en la investigación, a la que Álvaro García-Lage le había urgido el día anterior. Tenía que buscar al dueño de una moto que aquella noche subió hasta allí, por el mismo camino que él llevaba. ¡Claro que había muchas motos en Breda! Como en todo el país, en los últimos años había aumentado su número, tanto de los escúteres de jóvenes que las utilizaban para moverse desde las urbanizaciones de la periferia como de potentes máquinas de la gente madura. Pero de los relacionados con Mistralia, solo Mauri tenía moto.

Regresó a Breda sin haber recorrido los kilómetros previstos, se duchó y caminó hasta el Ukelele. Estaba cerrado y llamó al timbre de la puerta de la vivienda. Reconoció en el telefonillo la voz de Mauri y le dijo que quería hablar con él.

Un minuto después se abrió la puerta basculante del garaje y Mauri apareció tras ella.

—Pasa. Me pillas de milagro. Estaba a punto de salir hacia Jerez.

Al fondo del garaje había un coche blanco y, sobre el capó, una pequeña mochila, dos cascos y una cazadora de cuero. Delante, brillaba una Harley Davidson de color negro, con una bella estampa que sugería velocidad y potencia y el 883 en su chasis. Mauri introdujo la mochila en la maleta bajo el asiento.

—¿Hay carreras entre semana?

—No. He pedido dos días de vacaciones que me deben. Los perderé si no los cojo antes de fin de año.

Cupido abrió los brazos en un gesto de incompreensión que Mauri pareció satisfecho de haber provocado, según la sonrisa y el tono con que explicó:

—Me gusta bajar hasta allí de vez en cuando, a ser posible en días laborables,



cuando hay menos gente. Allí no hay límite de velocidad y no ponen multas. Tengo contratadas dos horas de pista para esta tarde.

Elevó la pierna con agilidad y se sentó en la moto. Introdujo la llave en el contacto y se inclinó a observar los niveles. Satisfecho, arrancó el motor, que sonó dentro del garaje con un rumor sorprendentemente suave y sedoso. Con una sonrisa, acarició el tórax metálico, como si la Harley pudiera sentir su mano.

—¿Y vas con frecuencia?

—¡Ya me gustaría! Es un capricho muy caro —comprobó que los intermitentes funcionaban y le pidió a Cupido—: ¿Puedes mirar si se enciende la luz de freno?

—Se enciende —respondió observando desde atrás las ruedas, el chasis—. ¿Vas en moto al trabajo?

—Nunca. Usamos un coche de la empresa. El asfalto hasta allí arriba es muy áspero y devora los neumáticos. ¿Para eso querías verme?

—La noche de la muerte alguien subió en moto a Sierra Ufana.

Mauri apagó el motor, se bajó y lo miró con fijeza, los ojos azules separados por un mechón rebelde de su espeso pelo negro.

—No era yo. Hay mucha gente que tiene moto. Muchos chicos que van por allí a sus cosas —dijo, pero una punta de miedo había asomado a sus ojos, como una espada que saliera unos centímetros de la vaina antes de volver a su sitio—. Espero que no haya por ahí alguien intentando complicarme la vida.

—¿Como quién?

—Alguien que quiera mi puesto. O esa secretaria, Miriam.

—¿Qué ocurre con ella?

—¿Ocurrir? Nada, y tal vez ese es el problema.

Bajo la seca y temblorosa luz de los fluorescentes brillaba el cuero negro de los pantalones y de las rígidas botas de montar, que le daban una imagen de aventurero duro y misterioso. Pocas mujeres rechazarían una invitación suya para subir con él en la Harley, enlazarse a su cintura y salir de viaje con los ojos cerrados, sin preguntar adónde. Pero la secretaria no parecía el tipo de chica a quien él se lo propondría.

—¿Tampoco tiene buenas relaciones contigo?

—¿Tampoco? —receló.

—No se llevaba muy bien con Esther Duarte. Se sentía acosada por ella.

Mauri sonrió y dijo:

—Hay personas que no saben perder.

Algo extraño en su tono de voz empujó a Cupido a preguntar:

—¿Miriam?

—Esther.

—¿Esther perdió ante Miriam?

—Sí, al menos en una ocasión. Nunca habían simpatizado, pero desde entonces Esther no dejó de hostigarla.

—¿Qué ocurrió?

—Hace poco tiempo se produjo en los aeros una incidencia que nunca llegué a conocer bien, porque ese fin de semana yo había bajado a Jerez. No fue una avería mecánica, sino algo del sistema informático que la propia Esther se encargó de arreglar. Hacía mucho viento, y no sé si sabes que cuando se supera el límite de veinticinco kilómetros hora en velocidad sostenida, los aerogeneradores se detienen automáticamente, porque el funcionamiento resulta muy peligroso. Pero algo falló en el control y no se pararon. Pudo ocurrir un accidente grave. Esther rellenó un parte, pero me contó que la obligaron a retirarlo desde Madrid, para evitar no sé qué posibles inspecciones o sanciones del ministerio. Esther guardaba siempre una copia de seguridad de todos los trámites, pero en aquella ocasión no quedó constancia, se borró el incidente con el *clearing* diario.

—¿Quieres decir que alguien lo borró?

—No quiero decir nada, pero Esther sospechaba que de alguna forma Miriam había participado en el borrado. Se enfadó mucho, porque se consideró desautorizada ante una administrativa, y desde entonces la relación entre ellas se agrió aún más. Quiso despedirla, pero en Madrid no lo permitieron.

Mauri cogió del capó del coche la cazadora y se la puso ajustándose las hombreras, las coderas con protección. Era una sugerencia para dar por terminada la entrevista, pero Cupido aún preguntó:

—¿No te da miedo la velocidad?

—¿Miedo? No. Nunca he sufrido un accidente... Y si algún día me ocurre algo grave, confío en que el primero también sea el último. Solo me da miedo quedarme tonto o inválido.

Cupido señaló el segundo casco que quedaba sobre el capó del coche.

—¿A Esther le gustaba montar?

—Sí, mucho. Le apasionaba que nos fuéramos lejos los dos solos, en escapadas de fines de semana. La Harley —golpeó el pecho de la máquina— es una moto potente e incluso desde aquí, desde Breda, en poco tiempo pone el mar al alcance de la mano.

—¿A ella tampoco le daba miedo correr?

—Tampoco. Le gustaba todo lo intenso. Decía que lo peligroso no es la velocidad, que lo peligroso es la parada brusca, el choque. Decía que una bicicleta —sonrió recordando su monólogo y la afición de Cupido— puede ser más peligrosa que una moto, bromeando sobre unos muchachos que habían atropellado a un viandante.

Cupido sintió el pellizco que le producía oír de nuevo aquella información, el desajuste entre la banalidad de la anécdota y su repetición.

—¿Tanto interés tenía ese atropello?

—No lo sé. Por lo visto, los chicos grababan las imágenes para colgarlas en facebook.

Se caló el casco y, bajo el cristal tintado y las alas que le comprimían las mejillas, tenía un aspecto levemente amenazador. Había declarado que no había subido a

Sierra Ufana aquella noche, pero Cupido no podía saber si estaba mintiendo. Si algún día alguien descubría en qué partes del cerebro se activaban la verdad y la mentira, habría arrebatado un privilegio a los dioses, pero hasta ese momento solo quedaban las preguntas, la búsqueda de pruebas, las dudas sobre las coartadas en apariencia irrefutables.

—¿Estaba enamorada de ti? —le preguntó cuando ya se había subido sobre la moto. Incluso a través de la coraza del casco notó de nuevo cómo se alertaba.

—Eso me dijo aquella noche, unas horas antes de morir. —Agachó la cabeza y pulsó el botón de arranque. Otra vez el sedoso murmullo del motor invitaba al viaje—. Pero bueno, no hay que creer todo lo que las mujeres te dicen, ¿no?

—Yo sí las creo —dijo Cupido—. ¿Estaba enamorada de ti?

Mauri tardó unos segundos antes de responder:

—Quería que nos fuéramos a vivir juntos. Me dijo que estaba embarazada.

—¿Y tú no querías?

—No. Esther no era mi tipo de mujer.

El detective le había hecho retrasarse, pero aun así salió de Breda por la carretera del sur, buscando la autovía. Le gustaba mucho aquel primer tramo de la carretera comarcal para calentar los neumáticos antes de lanzarse sin pausa hasta Jerez. Dejó que el motor se revolucionara suavemente en los kilómetros de curvas que bajaban desde Breda hacia las vegas del Lebrón y, luego, en las rectas hasta el Puente del Jinete, cuyos cinco ojos enhebraban la corriente, rápida y turbulenta. Hacía mucho frío y del río brotaban hilachas de vaho, como si el agua hirviera. En pocas horas las nubes habían desaparecido definitivamente y había quedado uno de esos días en que noviembre le roba a enero la cartera y adelanta su seca helada. En el cielo azul polar brillaba un sol lacio que no calentaba, que solo embadurnaba la tierra de un color asustado y amarillo. Pero la ropa lo protegía bien, la Garibaldi que Esther le había regalado era estupenda y muy elegante. Aunque de cuero, se sentía vestido de etiqueta.

Sin haberse dado cuenta ya estaba entrando en la autovía, donde el escaso tráfico facilitaba la velocidad. En el GPS no había aviso de radares y abrió gas. El cerdo saltó enseguida a ciento cuarenta, ciento cincuenta, y Mauri se inclinó más hacia delante para suavizar la patada del viento en el esternón. Con la velocidad notaba la adrenalina en la base de la lengua, sus músculos se tensaban y le subía la frecuencia cardiaca, con la sangre circulando por sus venas tan rápido como él circulaba por la carretera. Aceleró aún más y con una seca embestida adelantó a dos camiones y a varios turismos en un suspiro, aunque cualquiera de ellos podía ser un coche camuflado de la guardia civil. No sentía miedo, como le había dicho al detective. Las motos, a pesar de sus riesgos, eran mucho más fáciles de comprender y manejar que las mujeres. Y, por supuesto, menos peligrosas.

Una hora después redujo un poco, al imaginar al capitán Gallardo entregándole el aviso de la multa. Había visto que un día el detective y él entraban en el edificio donde había vivido Esther y temía que aprovecharan cualquier debilidad suya para presionarlo. Aún era joven, pero había vivido con la suficiente intensidad para aprender que no hay ningún hombre a salvo de otro firmemente decidido a hacerle daño.

Bajó a ciento cuarenta, lo que le permitiría frenar enseguida ante cualquier indicio de radar, mientras recordaba aquel fin de semana en que Esther lo acompañó a Jerez, abrazada a su espalda, confiada en su conducción, sin ningún miedo. Esa entrega no siempre era fácil: muchas chicas enseguida le pedían que las bajara, porque no podían soportarlo. El pánico las agarrotaba y allí atrás se volvían paquetes peligrosos que no se tumbaban con él en las curvas y comprometían su estabilidad. Sin embargo, Esther se acoplaba a él con toda confianza, se entregaba a sus giros, participaba de su vértigo cuando saltaban los límites de la prudencia. El hombre era un animal lento y, aunque había inventado máquinas prodigiosas para paliar esa carencia, la mayoría de la gente no tenía valor para soportar la velocidad sin la protección de una carcasa. Esther, sí. Y aquel fin de semana de septiembre que pasaron en Jerez y en una solitaria playa de Cádiz, de la que no recordaba el nombre, había representado un antes y un después en su relación. Hasta entonces no había sido más que una aventura agradable, pero desde aquel viaje ella se había vuelto exigente. Celosa y exigente. Cualquier chica que se le acercara a felicitarlo en el Ukelele era una aspirante a seducirlo, cualquier conocida que lo saludara por la calle era una antigua novia que despertaba en ella una inmediata hostilidad hacia sus amigas del pasado, a quienes nunca veía con méritos suficientes para haber sido su pareja. Sus celos no se reducían a las mujeres: también desconfiaba de todos sus amigos, ¡como si él necesitara alguna ayuda o estímulo para salir a divertirse! Había comenzado a comportarse como una novia y temía que lo llevaran de fiesta, que le presentaran a chicas más jóvenes que ella, que lo incitaran a beber en aquellas francachelas en las que reían a carcajadas por chistes absurdos cuya gracia ella no llegaba a compartir... Sin embargo, él no había querido comprometerse. A ninguno de los dos les convenía una relación entre compañeros de trabajo. Además, ya estaba claro que ella no podía conseguir que lo ascendieran desde mantenimiento, porque esos cambios se decidían en Madrid.

Pero Esther se había negado a dar por terminada su historia. Como le había dicho al detective, no sabía perder, no estaba acostumbrada a que le dijeran que no. ¿Por qué le había contado aquella noche que estaba embarazada? Todo aquel asunto lo superaba, le daba escalofríos. Para su sorpresa, en el momento de la ruptura había descubierto en ella, más allá del rechazo o del orgullo herido, un poso de verdadero sufrimiento y había visto cómo se desmoronaba su aparente fortaleza. El tono en que le habló, la ausencia de lágrimas, lo empujaban a creer todo lo que decía. Y al verla sufrir, al comprobar la intensidad de su dolor, Esther había ganado ante él un respeto que hasta entonces no había sentido por ella...

¡Qué rápido se le había pasado el viaje! Abstraído, apenas era consciente de haber atravesado el caos de Sevilla y en poco más de tres horas ya estaba ante las puertas del circuito. Había contratado con antelación el permiso y enseguida pasó a las pistas. Allí dentro, con la velocidad, con el casco bien ceñido a sus sienes y el motor rugiendo entre sus piernas, olvidaría todos los conflictos que Esther le había generado, incluso el remordimiento por la liberación que sentía con su muerte. En cuanto se tumbara en las curvas quemando caucho y gasolina, como los corredores que admiraba por televisión, en cuanto sobrepasara los doscientos kilómetros por hora sin miedo a las multas ni a los accidentes, el vértigo diluiría todos los problemas y Esther Duarte quedaría atrás, aunque se viera obligado durante toda su vida a seguir corriendo.

Cupido avanzó con su coche por dentro de la finca hasta llegar a una pequeña casa con un establo anexo, donde los dos hermanos observaban las vacas que se agachaban a comer el heno que aquí y allá les habían repartido. Algunos terneros daban topetazos al mamar, mientras las madres, entre profundos resoplidos, engullían los manojos de hierba seca y olorosa con movimientos laterales de sus mandíbulas. Un Kia Sorento de color ebonita estaba aparcado junto a la casa.

Al ver a Cupido, ambos interrumpieron su conversación y Aurora le hizo un gesto con la mano para que se acercara, con esa actitud amable de la gente de campo para recibir en sus terrenos como si recibieran en el salón de su casa. Pero a Cupido no le pasó desapercibida la ironía con que ella lo observaba esquivar las pesadas heces de las vacas y el temeroso rodeo que daba para no acercarse demasiado a los animales. Un paso tras ella, envuelto en un grueso chaquetón y calzado con botas de goma, con alguna brizna de pasto en el pelo duro, que más parecía podado que cortado, de un color oscuro que no era ni negro, ni castaño, ni gris, con aquel bulto en mitad de la frente, entre las cejas, que le hacía parecerse a un cocodrilo, Bruno esperaba con su habitual gesto defensivo, apoyándose en un palo ganadero, terminado en una bola, que en sus manos parecía un arma.

—Me alegro de verte por aquí —dijo Aurora señalando alrededor, como si el escenario pudiera favorecer la conversación—. ¿Conocías esto?

—No. Alguna vez había llegado hasta la finca de los Peregrino, pero no hasta aquí.

—Pues ya lo ves, hay alguna diferencia. Nadie viene tan arriba. En algún reparto de los abuelos nos castigaron al rincón.

En efecto, allí estaban en una cota más alta y escondida, donde la tierra era más áspera y pobre, más pedregosa, con unas pocas encinas y arbustos creciendo entre pizarras oxidadas y verticales que brotaban como cuchillas geológicas del suelo. En contraste, la finca de Vidal y Sonia, que se veía en la vaguada entre los dos lomos de la sierra, destacaba por un verde más denso, por el huerto cultivado y por una mayor limpieza y cuidado, como si hubiera una relación directa entre la estética y la producción, a pesar de los almendros talados cuyos troncos aún no habían sido retirados.

—¿Te interesa el campo? —le preguntó Aurora al ver la atención con que observaba.

¿Le interesaba?, se preguntó en silencio el detective. ¡Qué cerca vivía del campo y sin embargo qué poco sabía de él! Salvo breves ausencias, una de ellas en la cárcel, toda su vida había transcurrido en Breda, pero su abuelo y su padre siempre habían trabajado como transportistas con el viejo y fiel DAF. No poseían tierras y él carecía

de cualquier experiencia como pastor, niño yuntero o vaquerillo que suda tras una reja de arado en un campo ajeno y duerme tiritando bajo las estrellas, junto al ganado, en las heladas noches de enero. Y ahora no tenía ni campo ni camión, pero ni deseaba lo primero ni añoraba el segundo. En el aspecto material, se sentía satisfecho con su piso, con algunos ahorros —las cosas que le faltaban no podía comprarlas con dinero— y, sobre todo, con su trabajo, que le había permitido conocer lo mejor y lo peor de los hombres. Nunca había cortejado el éxito, porque no tenía ambiciones profesionales. Para ser un detective estrella era necesario vivir en una gran urbe, no en una villa de provincias donde escaseaban los misterios, pero él estaba bien en Breda y no aspiraba a ser un sabueso de fama y de caché. Aunque no fue la vocación lo que le empujó a aquel oficio, sino el azar, y en los primeros tiempos la profesión de detective le había causado una vaga sensación de vergüenza, ahora ya ni se avergonzaba ni se arrepentía de ella. Todos somos detectives, se decía, y lo somos tanto más cuanto más cercana a nuestra vida es la persona investigada, de quien queremos saberlo todo, su pasado y sus sueños para el futuro, sus alegrías y sus miedos, sus virtudes y sus pequeñas miserias, sus deseos ocultos, los laberintos de su corazón. Así que respondió:

—No. No sé manejar una azada, ni un podón, ni una hoz.

—No creas que sabe mucha gente. Todas esas labores están ya mecanizadas.

—A la gente le gusta el campo para pasear o para ir de caza, no para trabajar —añadió Bruno, que siempre delegaba en su hermana el peso de la conversación.

—En cualquier caso —matizó Aurora—, nadie quiere explotar fincas como esta. Mírala: más arbustos que pasto, más piedras que tierra. Más apta para las liebres que para el ganado.

—Pero Mistralia está dispuesta a pagar mucho por ella —repuso Cupido.

—Sí, y nosotros no podemos perder esta oportunidad. Para nadie es un secreto que con el dinero que nos ofrecen queremos comprar otras tierras más fértiles.

—¡Aurora! —protestó Bruno.

—Ya no importa decirlo —lo calmó poniéndole la mano en el antebrazo—. ¿Crees que no lo sabe todo el mundo? Esto que heredamos —señaló alrededor— tal vez en el pasado generara beneficios, pero ahora ya no. Aquí arriba no es posible mecanizar el trabajo. Nosotros somos conscientes de sus carencias, no somos de esos campesinos que identifican su terruño con la tierra prometida. ¿Sabes una cosa?

—Qué.

—La gente cree que somos ricos —sonrió con un doloroso sarcasmo—. Pero la pobreza de los ricos es la peor pobreza. Tenemos fincas que no producen y tenemos casonas grandes, viejas y laberínticas, enfermas de humedad, que ni habitamos ni podemos mantener. —Esperó a que Cupido dijera algo, pero ante su silencio, continuó—: ¿Por qué Sonia y Vidal tienen esa obsesión por no vender? Dicen por ahí que Mistralia les ha ofrecido un cincuenta por ciento más que a nosotros. ¡Pues enhorabuena para ellos, con su pan se lo coman!

—Vidal —masculló Bruno.

—Bruno no aguanta a esos listillos de la metrópoli que vienen a redimir la ignorancia y el atraso del campo. Yo entiendo el afán de poseer tierras, incluso en alguien recién llegado de la ciudad. La tierra despierta una codicia mayor que la del oro, tanta que algunos solo se contentarían cuando poseyeran todo el planeta. A quien lo atrapa, se vuelve loco por una parcela y puede llegar a matar a su vecino porque ha desplazado una linde unos centímetros. Lo que no entiendo es su afán por conservar precisamente Sierra Ufana. Con el dinero de la venta podrían comprar más y mejor en otro sitio. La crisis también afecta al campo y por todos lados hay fincas en venta.

—Ellos también piensan en los pájaros.

—¡Claro que piensan en los pájaros! ¡Y en toda clase de animales! Seguro que hay por ahí un montón de personas que envidian la vida de los perros de Sonia —dijo Bruno.

Cupido recordó el episodio del veneno.

—Ellos creen que Sierra Ufana no es el mejor lugar para los aerogeneradores. Está declarada zona de paso para las aves y parece que muchas mueren entre las aspas. Para ellos, vender sería como permitir esas muertes a cambio de dinero.

—¡Tonterías! Nadie duda de que se preocupan por sus pájaros. Vidal dejaría morir a una cuadrilla de mineros antes de que muriera el canario. Pero otra cosa es que sepan lo que los pájaros necesitan —dijo Aurora.

—Parece evidente que no necesitan molinos eólicos —replicó Cupido, sorprendido de verse defendiendo sus tesis, cuando siempre procuraba huir de cualquier militancia.

—¡Vaya! A ti también te han alistado en las filas del ecologismo —bromeó Aurora—. Espero que no te conviertas en uno de esos radicales que consideran que el ser humano no merece más protección que las focas o los cernícalos y que curarían el ala de una cigüeña africana hasta ponerla de nuevo en condiciones de volar, pero que al mismo tiempo negarían la asistencia médica a un inmigrante ilegal.

—No.

—Por aquí hay tantos pájaros volando —Aurora señaló el cielo, donde planeaba una pareja de milanos— que no creo que les afecte demasiado. Hay sitio suficiente para todos.

Los tres miraron hacia el otro lomo de la sierra, donde el viento y los molinos se observaban frente a frente antes de batirse: los húmedos escuadrones del mistral avanzando contra los aerogeneradores, que jugaban con su empuje y los burlaban con los giros de sus aspas.

—Créeme, no es una cuestión personal contra Sonia y su novio —continuó Aurora—. De hecho..., ¿sabes una cosa?

—¿Qué?

—Yo estuve saliendo un tiempo con su padre. De eso hace ya mucho —aclaró al ver el gesto de sorpresa de Cupido—. Yo era joven y había estudiado unos cursos de



Veterinaria. Él me llevaba quince años. Acababa de quedarse viudo y el interés común por los animales nos fue acercando.

—¿Y qué ocurrió?

—¡Quería a sus animales más que a mí! Como muchos otros hombres, también él consideraba que su pareja era menos importante que su oficio. En eso no era muy original.

—¿Y tú exigías protagonismo?

—No, no aspiraba a tanto. Pero en una ocasión me puse enferma, bastante enferma. Por circunstancias que no vienen al caso, necesité su ayuda y él no me ayudó. Me dijo que no podía desatender a sus criaturas. Como comprenderá, allí acabó todo. Me gustan los animales, pero me cuesta asumir que un hámster tenga más privilegios que yo.

—Lo entiendo.

—Luego, sin embargo, se arrepintió y quiso cambiar de actitud. Se dio cuenta de lo que había perdido —sonrió— y quiso que volviéramos, pero ya era demasiado tarde. Poco después enfermó. Con la llegada de los hipermercados la tienda le empezó a ir mal. Sonia era muy pequeña y no se le podían contar determinadas cosas, de modo que terminó creyendo que yo había abandonado a su padre y me consideró la culpable de todas sus desgracias.

—¿Y él? —Cupido señaló hacia Bruno, que se había alejado hacia las vacas—, ¿qué opinaba?

—A Bruno no le gustaba ningún candidato a salir conmigo.

Todavía sigue convencido de que fue el padre de Sonia quien me dejó después de haberme hecho una promesa... Y Bruno no entiende que no se cumpla lo prometido.

—¿Qué edad tenía Sonia?

—Nueve, diez años. Era una niña, pero nunca nos entendimos. En realidad, nunca he creído que sea fácil entenderse con los niños. Ellos también tienen sus manías, sus preferencias, sus odios..., como nosotros, los adultos. Pero con ellos no puedes razonar de igual a igual.

—¿Y crees que el pasado influye en que no vendan?

—No lo sé. Para ser justos con ellos, también hay que valorar el esfuerzo que han hecho para mejorar su tierra, su defensa de las aves, su antipatía por las grandes empresas... Y por nosotros, claro. Si eres tan buen detective como dicen —sonrió de nuevo—, te parecerán motivos suficientes, ¿no?

—Lo son.

—Pero supongo que no has subido hasta aquí para hablar de los Peregrino.

—Aquella noche una vaca tuvo dificultades.

—Sí.

—Tuvisteis que atender un parto.

—Aquella —señaló una vaca que rumiaba moviendo los grandes dientes planos y los labios con algo parecido a una sonrisa, con un ternero junto a sus ubres—. ¿Te

gustan los animales? —preguntó con ironía.

—Solo los que no tienen veneno —dijo, y añadió—: Supongo que estabais tan ocupados con ese parto que no os fijasteis si andaba por aquí cerca alguien con una moto.

—No. No vimos ninguna moto. Y, ya que lo mencionas, seguro que te interesará saber que ni Bruno ni yo tenemos moto ni sabríamos conducirla.

Los perros ya parecían conocerlo, porque sus ladridos, volviendo la cabeza hacia la casa, pretendían antes avisar a los dueños que asustarlo a él. No esperaba mucho de la visita, pero necesitaba comprobarlo. A Sonia la había visto unos años atrás deslizándose sobre patines por los largos pasillos de un centro comercial, y a Vidal, conduciendo un coche que ahora no veía aparcado en el patio. Pero ninguno parecía tener una moto ni en la casa se veían trazas de que la hubiera.

Sonia se asomó a la puerta con gesto de frío y al instante los perros callaron y movieron la cola. Se había puesto un grueso suéter de lana que le venía grande. Le llegaba hasta los muslos y las mangas le ocultaban las manos hasta la punta de los dedos.

—Pasa.

Cupido abrió la cancela y avanzó hasta la casa entre las miradas leales de los perros. Desde allí señaló hacia el corro de los desgredados pinos.

—La última vez ahí había una cigüeña enferma.

—Eché a volar.

—¿Se recuperó?

—Vidal consiguió que se recuperara.

—¿Él no está aquí?

—Ha ido a Breda a recoger a Helena y a comprar una sierra mecánica. Al menos, que los almendros nos sirvan de leña —explicó. Bajo el flequillo negro brillaban los ojos grasientos de la marihuana.

En el interior de la casa unos troncos ardían en la chimenea expandiendo la sólida fragancia de la encina quemada. En una silla cercana al fuego dormitaba la pequeña gata gris. Sobre la mesa, un cenicero con colillas y, vacío, un vaso con una marca de mayonesa tallada en el cristal.

—No vendrás tú también con una oferta, ¿no? —le preguntó con sorna.

—No. ¿Por qué lo dices?

—Porque se oye por ahí que eres muy amigo de la nueva ingeniera de Mistralia. Cupido sonrió.

—¿Crees que eso influye en algo?

Sonia hizo un gesto con la mano como si apartara un insecto.

—No tenía que haberlo mencionado. Ya sé que tú separas tu trabajo de tu vida privada —dijo—. Hay una cosa que siempre he querido preguntarte.

—¿Qué cosa?

—¿Te pagaron?

Cupido supo a qué se refería, pero aun así preguntó:

—¿Quiénes?

—Los del híper. Aparicio. ¿Te pagaron?

—No.

—Pero hiciste bien tu trabajo. Nunca más volvieron a aparecer animales espantando a los clientes.

—Pero no les señalé a ningún culpable. Así que no pude demostrar que se arregló por mi intervención.

—Nunca te he dado las gracias —dijo con aquella voz ronca, granulosa, que parecía a punto de quebrarse.

—Me las has dado ahora.

—En aquel momento me sorprendió que callaras.

—¿Por qué?

—Tú eres detective. Y los detectives, si tenéis que elegir entre el cliente y... y la justicia, siempre elegís al cliente.

—Bueno, supongo que ser detective privado no te obliga a ser sumiso —dijo, y enseguida, incómodo por aquella conversación, cambió de tema—: ¿Quién de por aquí tiene una moto?

—¿De por aquí?

—Alguien relacionado con Mistralia.

—Mauri.

—¿Alguien más? Supongo que pasa mucha gente por delante de la casa.

Sonia negó con la cabeza.

—Pero no tienen relación con Mistralia. Algún campesino que va a cultivar su huerto, algunos chicos jóvenes con sus escúteres.

—¿Vidal sabe montar?

—Sí —respondió—. Él y yo. Pero solo tenemos coche. Un coche. ¿Por qué te interesa tanto?

—La noche de la muerte alguien subió en moto a Sierra Ufana.

—Nosotros no —replicó con firmeza.

Arrancó el coche y se alejó de la casa con la sensación de que con aquella pregunta no iba a ninguna parte y de que no encontraría nada nuevo por más veces que la repitiera. Pero el Chispas había sido categórico al afirmar que una moto había subido a Sierra Ufana mientras ellos estaban escondidos allí arriba y Cupido no encontraba un motivo inocente, sin relación con la muerte, para que en medio de la noche alguien se hubiera detenido en la subestación, donde ya estaban Esther y el dueño del coche oculto en la parte posterior. Debía agotar aquella vía antes de darla por cerrada.

En la oficina de Mistralia, Miriam colocaba cartas en un archivador. El traje, de un color verde oliva descolorido a juego con el mobiliario, una talla más pequeña de la adecuada, le daba un aspecto de apretura y ahogo, de dificultad para moverse entre los muebles y objetos brillantes de decoración y de escritorio.

—No está Senda —le dijo al verlo.

—No venía a hablar con ella.

—¿Vienes a hablar conmigo? —su voz se tiñó de inquietud.

—Sí.

—Un momento, por favor.

Cerró el archivador y apiló las cartas abiertas y solicitudes que había sobre la mesa.

—¿Recibís mucho correo?

—¡Muchísimo! Desde que se anunció la ampliación del parque nos llegan cada día decenas de peticiones de trabajo. Se ofrecen para cualquier cosa y aceptan cualquier sueldo.

Nerviosa, se ajustó la falda sobre las caderas. Daba la impresión de estar en todo momento vigilándose para no llevar ninguna mancha y para que no se descompusiera su atuendo, pero también parecía observarse por dentro, como si controlara el funcionamiento de sus vísceras o de su cerebro, temiendo cometer algún error o decir algo equivocado. Esther Duarte la había menospreciado hasta el acoso, pero, paradójicamente, ahora que la ingeniera ya no estaba, en Miriam se había acentuado su expresión de inseguridad y desprendía un halo de temor casi palpable. La calefacción no estaba alta y hacía frío en la oficina, pero aun así la frente le brillaba con un velo de sudor, como si le supurara alguna secreción interna.

—Supongo que aquí disponéis de información sobre los propietarios de los terrenos afectados por la instalación del parque.

—¿Qué quieres saber?

—¿Alguno de ellos se desplaza habitualmente en moto..., además de Mauri?

—Ahora mismo no recuerdo a nadie más —dudó—. Las motos, no sé, me da la impresión de que no le gustan mucho a la gente de campo. En ellas no pueden cargar nada.

—¿A ti te gustan?

—Ya no. Me gustaban cuando tenía dieciocho años y mis padres me compraron una. Pero un día me atropello un coche que se había saltado un *stop*. Destrozó la moto y a mí me rompió una pierna —contó muy deprisa, como si temiera que Cupido no le permitiera terminar sus frases—. Desde entonces me dan miedo. ¡Son tan inestables!

Su relato le trajo el recuerdo de otro atropello.

—¿Has oído hablar de unos chicos que atropellaron a un viandante en un paso de peatones?

—¿Dónde?

—En Breda. En una calle aquí cerca.

—No.

—¿Esther no te preguntó nada sobre eso? —insistió, alertado por el extraño orden de sus respuestas.

—¿Por qué iba a hacerlo? —preguntó en voz tan baja que Cupido tuvo que esforzarse para oírla.

—Porque le interesaba mucho y lo iba preguntando por ahí. Y tú eras su secretaria.

—Pero solo hablábamos de asuntos de trabajo. Ya te dije que no teníamos mucha confianza.

«Está asustada y no sé por qué», se dijo Cupido, que en el sudor creciente de la secretaria, en la masa de calor que expandía, detectaba un olor húmedo y amargo que identificó con el miedo. «Está asustada y seguramente está sola, sin nadie cerca a quien pedir ayuda».

Salió de la oficina y se dirigió hacia su casa, pero antes de llegar cambió de opinión y condujo hasta la pista de *skate* de El Milenio. Aunque era la una de la tarde y debían estar en el instituto, encontró a algunos de los chicos que unas noches antes habían ido a avisar al Chispas. Si lo reconocieron, no lo demostraron cuando se dirigió a dos de ellos que estaban apoyados en sus bicicletas:

—Hace unas semanas alguno de vosotros atropello a un peatón en una calle del centro.

Ninguno respondió y Cupido, frustrado por todas las preguntas que había lanzado esa mañana sin encontrar respuesta, se dio cuenta de que había usado con ellos un tono irritado que ellos interpretarían más como amenaza que como una solicitud de información.

—Me gustaría hablar con quien lo hizo —suavizó la voz.

—Nosotros no sabemos nada de eso —dijo uno de ellos.

—A ti te gusta mucho hablar con gente de este barrio —dijo desde la grada el chico que en la visita anterior había ejercido de jefe. Sin duda ya sabían que no era policía, que había hablado con el Chispas y que el Chispas lo había respetado, de modo que no se trataba de un enemigo ante el que había que callar o mentir.

—Me pregunto si tendría que mudarme a vivir aquí —bromeó.

—Aquí no encontrarás a los que estás buscando.

—¿Los conocéis?

—Son unos niñatos que van por el centro comercial.

—¿Sabéis cómo se llaman?

—Se llaman pijos.

—¿Tú montas en bici? —le preguntó el de la bicicleta.

—Sí —dijo Cupido—. ¿Por qué?

—Te he visto por ahí alguna vez.

—¿Sabes quiénes son los del atropello?

—No sé cómo se llaman. —Miró hacia el jefe y luego añadió—: Pero los conoce mucha gente.

—¿Por qué?

—Lo grabaron y lo colgaron en facebook.

Mauri había hecho aquel mismo comentario.

Les dio las gracias y volvió a su casa. Impaciente, esperó a que arrancara el ordenador y abrió facebook. Todavía lo sorprendía que una palabra nacida pocos años antes fuera ya una de las más universales. Libro de los rostros. Ciertamente, se trataba de algo democrático: cada cual tenía a su disposición una página y allí un rey no disponía de más privilegios, de más espacio ni de mayor credibilidad que su porquero. Nada más estimulante para millones de personas que meter la nariz a husmear en el álbum de las vidas ajenas.

Tecléo «chico bicicleta atropella peatón» y saltaron cientos de entradas, pero al acotar la búsqueda añadiendo «Breda» se redujeron a unas noticias breves que repetían el mismo contenido: en Breda, unos chicos habían atropellado a una anciana, Mariluz Sánchez Ayala, que había interpuesto una denuncia contra ellos. Los ciclistas eran menores de edad y solo se publicaban sus iniciales. Sin embargo, no se hablaba de ningún hombre atropellado.

Siguió buscando mientras devoraba un sándwich sin apenas masticar y saltó en el asiento cuando descubrió que en YouTube se ofrecía un vídeo del atropello. Sin embargo, al intentar abrirlo comprobó que había sido retirado. Volvió atrás y, con la compulsión creciente que le provocaba el silencio de internet, abrió enlaces y páginas de memoria caché, pero siempre aparecía la misma respuesta: *Notfound*.

Descolgó el teléfono y llamó a Gallardo, que escuchó con atención los motivos y los pasos de su búsqueda.

—¿Podrías hacer algo para recuperar ese vídeo?

—Me temo que no. ¿Con qué argumentos? ¿Solo porque alguien haya mencionado de paso un atropello?

—Es una razón suficiente.

—¡Olvídalo! En internet no mandamos nosotros. Y además tenemos una juez obsesionada con proteger la privacidad, sobre todo si hay menores implicados. Aunque la convenciéramos para que nos lo permitiera, tendríamos que litigar luego contra los recursos de los abogados de facebook. Y no lo veo factible.

Antes de colgar ya había decidido sus siguientes pasos y en la guía buscó el teléfono y la dirección de la anciana atropellada, Mariluz Sánchez Ayala. Fue fácil y, para su sorpresa, aceptó hablar con él en cuanto le dijo el motivo de su llamada.

—¿A usted también lo atropellaron? —le preguntó desde la puerta antes de dejarle entrar, observándolo desde la penumbra como si le buscara las heridas. Entre sus piernas, un pequeño perro pelirrojo intentaba ocultar su pánico con ladridos estridentes—. ¡Calla, León!

—No. Pero sé que hubo más víctimas y quiero identificarlas.

—Pase, no se quede ahí en el pasillo —le dijo, inusualmente confiada para su edad—. Hace demasiado frío para tener la puerta abierta.

Cupido avanzó tras ella atravesando el olor a vejez que impregnaba la casa y se sentó obedientemente en la silla que le indicó la anciana: una mujer de unos setenta y cinco años, con el rostro sorprendentemente lleno de arrugas, como si hubiera estado expuesta durante mucho tiempo a algún clima extremo, encogida más que abrigada bajo un vestido opaco, sin color, y una toquilla verdosa sobre los hombros. Si una bicicleta la había atropellado, parecía imposible que no le hubiera roto una docena de huesos y que pudiera moverse y caminar sin apenas cojear.

—¡Mire! ¡Mire! Aún tengo las señales de aquellos salvajes.

Con una falta de pudor que había visto en más personas ancianas, se levantó la falda y, como el soldado herido en el combate que muestra sus muñones al general esperando una medalla, le enseñó un muslo arrugado y blanquecino en el que aún perduraban las huellas marrones y rosáceas de los hematomas.

—¿Quiere tomar algo? —le ofreció—. Yo no puedo acompañarlo. Con mis años, ya nada me sienta bien entre horas. Se me revuelve el estómago.

—No, gracias.

El perro pelirrojo ladraba cada vez que Cupido lo miraba y la anciana, satisfecha de sus ladridos, le reñía con dulzura:

—¡Calla, León!

—¿Fue al médico?

—¡Ya lo creo que fui! Pero los médicos no hacen caso si en las radiografías no ven huesos rotos. Yo tengo los huesos duros, siempre los he tenido, pero los huesos no son lo único que duele. Me mandaron de vuelta a casa con una pomada y unas pastillas —rezongó. Si el tiempo se había ensañado con sus arrugas, había perdonado a su lengua, que elegía sin titubeos las palabras adecuadas en cada momento.

—¿Cómo ocurrió?

—¡Esos diablos! Yo venía de comprar el pan. Iba caminando por la acera y de pronto noté el golpe atrás y caí al suelo. Uno de ellos me había atropellado con su bicicleta.

—¿Uno? ¿Había más?

—Sí. Detrás venían otros tres. ¿Y cree que se detuvieron para ayudarme?

—¿No?

—¡No! Se rieron y se fueron pedaleando sin importarles lo más mínimo dejar a una anciana tirada en el suelo. Me ayudaron otros peatones. Alguien paró un coche y me llevaron al hospital.

—¿Podría reconocerlos?

—¡Claro que sí, no los olvidaré nunca! Y eso que todo fue muy rápido y todos llevaban casco... ¡como si fueran ellos quienes lo necesitaban!

—Y usted puso una denuncia.

—¡Por supuesto! Alguien tenía que pagar los gastos médicos y la indemnización.

Desde el atropello no deja de dolerme la pierna.

—Entonces, sabrá sus nombres. Me gustaría hablar con ellos.

—¿Para qué? —preguntó con un inesperado recelo, más interesada en relatar el atropello y sus dolores que en señalar a los culpables.

—Para que no vuelvan a ocurrir cosas así.

—Seguirán ocurriendo mientras les permitan a los ciclistas circular por las aceras. Usted los habrá visto como yo. Invaden las calles peatonales como si fueran suyas y los peatones tenemos que apartarnos. ¿Y cree que respetan las señales de tráfico? ¡No! Se saltan los semáforos en rojo y circulan en grupo por la carretera. ¡Y luego mucho pedir respeto, cuando son ellos los primeros que no respetan! Le he escrito una carta al alcalde: la policía tiene que empezar a multarlos en firme, como a cualquier otro conductor.

—Me gustaría hablar de todo eso con ellos —insistió Cupido cuando logró hacerse un resquicio entre sus protestas.

La anciana, recelosa, bufó como un gato y se le ahondaron las arrugas.

—No merece la pena. No creo que esos chicos vuelvan a repetirlo. Han aprendido la lección.

—¿Ya se ha resuelto la denuncia? —se extrañó.

—¿La denuncia? ¡Bah, no! La retiré.

—¿Cómo?

—Un abogado suyo vino a hablar conmigo.

—¿Suyo? ¿De quién?

—De los padres de los cuatro chicos. No crea que eran de esos con los pelos largos y retorcidos que van vestidos con andrajos. ¡No! Los cuatro son de buena familia y los padres contrataron al abogado. Vino a hablar conmigo y me explicó la tragedia que supondría para ellos una denuncia a esa edad. Me dijo que quedarían marcados y que, aunque se habían portado mal, no eran tan malos. Querían disculparse conmigo. Incluso me enseñó sus boletines de notas.

—Y el abogado la convenció para que retirara la denuncia.

—Sí. A cambio, los padres se harían cargo de todos los gastos y de la indemnización por daños. Uno de ellos es médico en el hospital —dijo con admiración.

—Entiendo. Es un buen trato.

—Lo es.

—Parece que también atropellaron a un hombre.

—Sí. Cinco o diez minutos antes que a mí. A él también lo grabaron.

—Eso he oído —Cupido ocultó su sorpresa—. ¿Cómo lo hicieron?

—Uno de los que iban detrás lo grababa todo con el móvil.

—¿Para qué querían esas imágenes?

—¡Para divertirse! —respondió escandalizada, beligerante, con una repentina vehemencia—. ¡Solo para eso, para divertirse en el momento de hacerlo y más tarde,



mostrando a todo el mundo las imágenes en esos ordenadores y teléfonos de los jóvenes! Si por mí fuera, los prohibiría. Hasta los niños pueden ver pornografía. Así ocurre luego lo que ocurre. A los catorce años han visto más barbaridades que nosotros en toda nuestra vida y cada vez necesitan estímulos más fuertes.

Se preguntó hasta qué punto la anciana había conocido estímulos intensos. Las fotos del mueble la mostraban sola o con amigas ante algún monumento —la torre Eiffel, el Coliseo o el Gran Bazar—, pero también sabía que aquella apariencia de vida austera y solitaria podía ser muy engañosa.

—En mis tiempos no ocurrían estos excesos. Y no crea que todo era inocente. Durante cuarenta años trabajé de telefonista ¡y si yo le contara solo una parte de todo lo que oí! No piense que es fácil asustarme. Pero entonces las cosas se mantenían en la sombra, no había este afán por enseñarlo todo en las pantallas. Nosotros tal vez teníamos el vicio de hablar y pronunciábamos demasiadas palabras. Parecía que vivíamos en un planeta de loros —dijo, como si recordara sus cuarenta años de profesión—. Pero ahora se emiten demasiadas imágenes.

—¿Vio las del atropello?

—Por supuesto que las vi.

—¡Pero si las retiraron enseguida!

—El abogado se encargó de eso. ¿No llegó a verlas?

—No —lamentó Cupido.

—Lástima que ya no pueda enseñárselas.

—¿Tiene ordenador?

—¡Claro! Y las grabé cuando aparecieron, porque eran la mejor prueba si íbamos a juicio.

—¿Entonces?

—Las eliminé. El abogado me dijo que debía hacerlo, que la juez había ordenado retirarlas y que me podía meter en problemas por guardar imágenes de menores de edad... ¡Aunque aquellos chicos eran cualquier cosa excepto menores de edad!

—¿Y hay alguna forma de recuperarlas?

—No en mi ordenador, desde luego. Aunque tal vez tenga una copia la mujer que vino a preguntar eso mismo antes que usted.

—¿Cuándo?

—Días después de que ocurriera. Me contó que a ella también la habían atropellado y que estaba reuniendo pruebas para echar a los ciclistas de las aceras. Se las enseñé y las grabó en un..., en una pinza de esas que se llevan en el bolsillo.

—¿Recuerda cómo se llamaba la mujer?

La anciana se concentró mirando al perro, como si esperara que *León* le diera la respuesta.

—No. Pero recuerdo su voz. No era de por aquí, hablaba mejor que nosotros.

Cupido le mostró la fotografía de Esther que le había dado García-Lage.

—¿Era ella?

—Sí. ¿La conoce?

—Creo que empiezo a conocerla.

Había buscado en vano al pasajero de una moto que aquella noche había subido a Sierra Ufana y se había detenido en la subestación donde ya estaba Esther Duarte. Era, pues, más que probable que supiera algo sobre su muerte. Si el desconocido motorista la golpeó antes de ahorcarla en el aerogenerador, se preguntó Cupido, ¿quién era que eligió esa forma de matar y qué pretendía demostrar con su elección? ¿Por qué arriesgarse a subir hasta allí, abrir la trampilla y balancearla en el vacío, cuando cualquier otro modo le habría resultado más fácil y rápido? ¿Quería que antes de morir ella sintiera terror, o implicaba algún otro mensaje que Cupido no captaba? ¿Qué se escondía detrás: el odio, la venganza, las ambiciones profesionales?

Como le había dicho al Alkalino, citando a Heisenberg, no lograba ordenar una secuencia, ni elegir a su protagonista, ni ponerse en su lugar y sentir su mismo odio hasta convertirse él mismo en asesino, ni relacionar con la muerte de Esther Duarte el pequeño enigma del atropello que tanto la había inquietado. Su incapacidad para avanzar en la investigación, casi dos semanas después, lo irritaba y lo empujaba a la reflexión en soledad y le impedía el descanso. En todo asesinato había algo impúdico y crudo que sublevaba su sentido de la justicia y le despertaba una compasión estéril que en nada ayudaba a la víctima. Aunque en alguna ocasión hubiera llegado a comprenderla, Cupido sentía una repugnancia genética por la pornografía de la violencia.

Llevaba dos horas esbozando y tachando hipótesis en el cuaderno cuando el móvil vibró en su bolsillo.

—¿Puedes venir a buscarme? —era su madre.

—¿Ocurre algo?

—No, todo está bien. Necesito que me lleves a un recado.

Lo esperaba sentada en el banco de la puerta de La Misericordia, junto al macetón lleno de colillas, vestida para salir y con una actitud optimista muy diferente de la que mostraba en la última visita. Sufría cambios sorprendentes de salud y, del mismo modo en que de un día para otro se venía abajo, también mejoraba y dejaba atrás achaques y dolores y olvidos. Se levantó al verlo y se colgó de su brazo.

—¿Adónde vamos?

—Al estudio del tatuador —respondió con el tono que usaba cuando nada ni nadie podía disuadirla de una decisión.

Le entregó una tarjeta de visita con la dirección y un número de teléfono, TATOO PARAÍSO; leyó Cupido con sorpresa: algún miembro de la familia que durante generaciones había regentado la imprenta de Breda ahora se había reconvertido a imprimir sobre la piel. El signo de los tiempos.

—¿Y qué vamos a hacer allí? —le preguntó, intrigado, cuando ya habían montado

en el coche.

—He quedado con él a las once.

—¿Para qué?

—Voy a tatuarme.

—¿Tú? ¿Vas a tatuarte?

—Las cejas —respondió su madre con calma.

—¿Para qué?

—Para sentirme mejor. Con todas esas medicinas que tomo se me está cayendo el pelo y no me quedan cejas. ¡Mírame! Parezco una tortuga.

—No es verdad —negó, aunque era cierto que había perdido una buena parte del cabello y en los arcos ciliares apenas quedaba un hilo—. ¿Y cómo has contactado con él? Yo ni siquiera sabía que en Breda hubiera un tatuador.

—Lo traje Fuentes a la residencia.

—¿Fuentes? ¿Que lo traje Fuentes?

—Sí. Lo invitó a que viniera a contarnos cómo trabajaba. Se trajo sus herramientas y llegó con un cliente, un chico joven que toca el piano. Vimos cómo le tatuó en el brazo un teclado precioso.

Cupido la escuchó con asombro, pero después de todo, pensó, quizá fuera una buena idea incluir la del tatuador entre las profesiones respetables y llevar a uno de ellos a La Misericordia, del mismo modo que llevaban a grupos de bailes regionales, o a un médico para recomendar dietas saludables o a un conferenciante para disertar sobre las pinturas rupestres de El Paternóster. Una piel poblada de arrugas podía sentir las mismas necesidades que una piel tersa.

—¿Y ahora tú quieres tatuarte unas cejas?

—Sí. Una compañera de la residencia se lo ha hecho y ha quedado muy bien. Y no te preocupes, que no hay ningún problema. Ya verás, pareceré un poco más joven.

El tatuador comenzó a trabajar con delicadeza sobre la fina piel y dos horas después ya se veían dos líneas oscuras sobre los arcos ciliares que, cuando desapareciera la irritación, darían la impresión de ser naturales. Mientras terminaba con los últimos retoques, Cupido hojeaba un catálogo de dibujos para tatuajes y en una de las páginas vio de pronto lo que en los últimos días había tenido delante y no había sabido ver.

Entre las figuras de dragones y animales, de flores, armas, astros y filigranas, en las páginas dedicadas a vehículos vio el frontal de un coche de época. Un pliegue de la piel impedía ver uno de sus faros. El otro, de color amarillo, estaba encendido. Y entonces el recuerdo regresó a su cabeza de un modo rápido y silencioso, deslizándose como quien vuelve a casa de madrugada y no quiere hacer ruido. Evocó las palabras de Aurora Méndez que seguían revoloteando por su cabeza: «El ternero venía mal, se había atravesado. Tuvimos problemas para sacarlo y tardamos mucho. No había luna, se nos había fundido un faro del coche y no veíamos bien». Si aquella noche, más tarde, el Kia Sorento de color negro había vuelto a subir a Sierra Ufana

con un faro fundido, desde lo alto de la sierra el Chispas podría haber deducido que se trataba de una moto. También Cupido, conduciendo de noche, había caído en esa confusión alguna vez.

Media hora después dejó a su madre en La Misericordia y llamó a Gallardo para contarle sus sospechas y pedirle su colaboración. El capitán lo escuchó en silencio y repitió:

—No sé cómo te las apañas para saber siempre dos o tres cosas que nosotros no sabemos. Te llamaré.

Era viernes y Senda se marchó a Madrid a pasar el fin de semana. Cupido no sintió impaciencia hasta la noche del domingo. Durmió mal y se levantó tarde el lunes. A media mañana el móvil vibró en su bolsillo como un ratón hambriento.

—Lo tenemos. ¿Puedes venir a verme? —Gallardo habló muy deprisa, como si solo dispusiera de unos segundos antes de colgar. No quería darle ningún dato por teléfono.

—Voy.

Lo esperaba en el despacho, leyendo atentamente un informe que tenía entre las manos. Sobre la mesa, el pisapapeles con la espada y el fascio y la foto con Andrea y su hija.

—Siéntate. Lo tenemos ahí dentro —dijo suavizando el entusiasmo que había mostrado por teléfono—. ¿Cómo supiste lo del coche?

—Me habían pasado información confidencial de una moto. Y antes había hablado con los Méndez.

—Y supongo que no puedes decirme quién te la pasó.

—Lo he olvidado.

—Lo suponía —torció una sonrisa—. A Bruno Méndez lo paramos el sábado por la mañana, cuando salía de casa con su coche. Nos olvidamos de la escopeta de caza, porque tiene permiso, pero llevaba un faro fundido, no disponía de repuesto y no había pasado la ITV. Suficiente para inmovilizar el vehículo y para que los lupas de la científica le pasaran la aspiradora por vía urgente. Encontramos dos cabellos largos y un pequeño rastro de sangre en el asiento del conductor. La sangre es de vaca, pero el ADN de los dos cabellos coincide con el de Esther Duarte y ayer tarde, en cuanto nos avisaron del laboratorio, fuimos a buscarlo. Por supuesto, lo negó todo. Y cuando le dijimos que se iba a quedar unos días con nosotros y que podía llamar a un abogado, ¿sabes a quién acudió en primer lugar?

—A su hermana.

—Sí. Pero no era necesario, porque ella ya llevaba varias horas esperando ahí fuera, aunque no les permitimos que se vieran. Tal vez con ella habría resistido... Bruno se derrumbó esta mañana. Esta gente de campo no soporta estar demasiado tiempo encerrada en una habitación ciega.

—¿Confesó?

—Reconoce que subió a Sierra Ufana y paró en la subestación, que vio a la

ingeniera y habló con ella, pero dice que no la mató. Le preguntamos de qué hablaron y no responde. ¿De qué podrían hablar a las dos de la noche una ingeniera y un tipo así? ¿De vender sus tierras? Los Méndez ya habían llegado a un acuerdo con Mistralia —suspiró pensativo—. ¿Sabes una cosa?

—¿Qué?

—Hablaban como si estuviera convencido de que no íbamos a creerlo.

—¿Y tú lo crees?

—No, no lo creo. Creo que la mató y que ahora tiene miedo a las consecuencias. Siempre es igual. El culpable enseguida se perdona a sí mismo, borra de un plumazo cualquier remordimiento y justifica sus actos por muy injustificables que sean. Tal vez no quisiera matarla, pero parece lógico que si la agredió, si la violencia se le fue de las manos, no quisiera dejarla con vida. Es un tipo muy primitivo. ¿Sabes que lo llaman...?

—*Bruto* Méndez —lo cortó Cupido—. ¿Cómo ocurrió?

—Aquella noche los dos hermanos estuvieron en la finca, porque una de sus vacas tenía complicaciones con el parto. Lo resolvieron, pero el parto ocurrió una hora antes de lo que contaron. Cuando volvían se cruzaron con el coche de Mistralia, en el comienzo del camino hacia el parque, y Bruno vio que Esther iba sola. Llegaron a casa, Bruno se lavó y salió enseguida. Le dijo a su hermana que iba a tomar algo por ahí, pero regresó hacia Sierra Ufana. No necesitó buscarla mucho: su coche estaba en la subestación. Dice que al apagar el motor ella se asomó a la puerta al oír que alguien llegaba. Hasta ahí todo encaja.

—¿Bruno subió a buscarla?

—Sí. Dice que para cobrarse una deuda.

—¿En pago de qué?

—Esther le había prometido que si vendía sus tierras a Mistralia y colaboraba en la instalación de la nueva fase del parque, ella luego sería generosa y sabría agradecerse.

—Y Bruno creyó que en esa promesa estaba incluida la de acostarse con él.

—Bueno, parece que es lo primero en lo que pensamos los hombres cuando una mujer nos promete que hará cualquier cosa por nosotros.

—Pero ella interpretaba el ofrecimiento de otra forma, ¿no?

—Desde luego, no incluía irse a la cama con él. Bruno Méndez no era su tipo: un animal, un hombre de campo sin demasiadas luces, callado, taciturno, bruto, sin nada en común con ella. Además, Esther salía con Mauri, y aunque esa misma noche habían discutido, el despecho no la llevaría a los brazos de alguien así.

—Y, sobre todo, estaba embarazada —murmuró Cupido.

—Cierto —asintió Gallardo—. Bruno dice que fue a exigirle que pagara su deuda y que ella no solo no lo aceptó, sino que lo humilló. Le dijo... ¡a un tipo excitado, sola en el campo y en mitad de la noche!..., le dijo que no tenía tiempo que perder con tonterías. Imagínate lo que vino a continuación. La golpeó y esos golpes

coinciden con los que confirmó la autopsia. La ingeniera cayó al suelo inconsciente... y lo que Bruno cuenta a partir de ahí no lo creemos. Que entonces se asustó. Que subió al coche y regresó a casa dejándola allí tumbada.

—Y tú piensas que miente.

—Sí. Creemos que la subió en el coche de Mistralia para no dejar huellas en el suyo, que cogió de su bolso las llaves donde estaba la del aero nueve y que la ahorcó con la intención de que pareciera un suicidio o de desviar las sospechas... Desde el aero nueve a la subestación hay poco más de un kilómetro de distancia y se puede recorrer a pie en ocho o diez minutos. El conoce perfectamente el terreno, pasa a diario por allí cerca para ir a su finca. Creemos que luego bajó caminando hasta la subestación y regresó a casa.

—¿Su hermana lo sabía?

Gallardo abrió las manos en un gesto de duda.

—Ya sabes lo que se dice de los mellizos: que cada uno lo sabe todo del otro, que hasta padecen las mismas enfermedades aunque estén separados a miles de kilómetros y que incluso terminan por sufrir las mismas heridas y luciendo las mismas cicatrices. Pero no podemos demostrarlo. La hermana dice que cambiaron la hora del parto de la vaca para evitarse complicaciones.

Cupido pensó durante unos segundos.

—Tal como lo cuentas, todo encaja. No podía dejarla allí después de haberla golpeado, porque al día siguiente, si se recuperaba, ella lo denunciaría. Y para esta gente, no resulta fácil soportar una denuncia de esa clase.

—Sí, ya los conozco. Después de tantos años viviendo aquí, Breda y yo hemos terminado por entendernos. Esta gente necesita estar orgullosa de su nombre —dijo con voz grave—. No podrían vivir de otra manera.

—No va a tenerlo fácil. Un hombre como él no despierta simpatías ni a los jueces ni a los miembros de un jurado —resumió Cupido.

—Lo destrozará cualquier fiscal. Todos nosotros tendríamos dificultades para defendernos ante unas evidencias así, ¡pero alguien tan poco dotado para expresarse!

Cupido sintió que se renovaba su simpatía por Gallardo, quien todavía no hablaba de sospechosos y de víctimas con la fría objetividad del forense que comenta sin pudor su análisis ante el cuerpo que está descuartizando.

Salió del cuartel y se dejó llevar por el impulso de ver a Senda y contarle lo sucedido, de paliar junto a ella el residuo de tristeza que siempre le quedaba al final de sus investigaciones, cuando se confirmaba la maldad o la desdicha y él ya no tenía nada que hacer, nada que decir. Caminó bajo la lluvia hacia la oficina de Mistralia, donde Miriam, enfundada en el traje color verde perico, detuvo su escritura en el ordenador y le indicó que Senda estaba en el despacho.

—¿Te has enterado?

—No se habla de otra cosa —Senda señaló el teléfono.

—¿Ya lo saben en Madrid?

—Sí. El capitán Gallardo informó pronto a los abogados de Mistralia. Pero la primera pregunta que me han hecho desde allí es si los Méndez ya habían firmado la escritura de venta de sus tierras. Entonces, ¿todo ha terminado?

—Sí —respondió Cupido sin demasiada convicción, levantando los ojos hacia ella sin mover la cabeza, que mantenía agachada, pensativa.

—¿Es que tienes dudas?

—No quiero tenerlas, todo encaja. Han encontrado algún cabello de Esther Duarte en su coche —dijo, pero, fiel a la promesa de discreción al Chispas, no comentó nada del faro fundido del coche, que le había inducido a pensar en una moto.

—Entonces, ¿por qué ese tono?

—Por nada, está bien así —renunció a hablarle del coche oculto tras la subestación y del interés de Esther por las imágenes del atropello de los chicos ciclistas a un peatón—. Acabas de llegar de Madrid y seguro que no tienes nada preparado. Te invito a comer.

En el restaurante, al levantar por primera vez las copas, ambos detuvieron en el aire un instintivo gesto de brindis, como si en aquel momento resultara impúdico. Sobre el mantel blanco y los platos vacíos, con la botella de vino entre ambos, aún flotaba el recuerdo de la muerte de Esther Duarte, el cuerpo colgando en la trampa del aero 9. Y aunque durante la comida intentaban hablar de otros temas, enseguida volvían a lo mismo. El camarero les había ido sirviendo y había rellenado sus copas sin que apenas lo advirtieran y cuando por fin les trajo el postre, la botella estaba vacía.

—Creo que pronto dejaré de pensar en ella —dijo Senda, como si sus reflexiones hubieran avanzado en paralelo.

—Y eso será bueno para ti.

—Sí, porque solo me hacía daño a mí misma —dijo. Bebió un trago, como si lo necesitara para hablar—. Ahora que ya ha terminado todo, quiero hacerte una pregunta.

—Sí.

—¿En algún momento pensaste que yo podía estar relacionada con su muerte?

—Lo pensé cuando me contaste todo lo que había ocurrido entre vosotras. Pero lo deseché enseguida.

—Pero nunca lo dijiste. Nunca me preguntaste dónde estuve la noche en que murió.

—Esperé que tú me lo dijeras sin preguntártelo. Aquellos billetes de avión a Berlín.

—Ese fin de semana me fui con unos amigos alemanes que llevaban algún tiempo invitándome. Era el primer viaje que hacía sola a la ciudad donde vivimos mucho tiempo. Al regreso a Madrid me llamaron para que viniera a ocuparme de Sierra Ufana. Ahora me parece simbólico: el final de mi duelo y el final definitivo de Esther... Por primera vez en mucho tiempo, durante ese fin de semana me sentí bien.



Y a partir de su muerte, todo ha empezado a cambiar... Antes desconfiaba de todo lo nuevo que me llegaba a las manos, y apenas sentía alegría por las buenas noticias, y no creía en ninguna promesa... hasta ahora, cuando te he conocido, aunque apenas hayan transcurrido dos semanas... Ahora empiezo a estar bien. Cuando cierro los ojos, todavía se me aparece en muchas ocasiones aquel tiempo. Pero cuando los abro te veo a ti y aunque me digo que todo esto va demasiado rápido, me parece que no estoy cometiendo un nuevo error.

—Pero aún no me conoces —susurró Cupido.

—Con lo que veo en ti ya tengo suficiente para... —dijo. Luego añadió—: No necesito que me ofrezcas mucho más.

Acunó la copa durante unos segundos, volvió a beber y se humedeció los labios secos y ardientes antes de volver a la pregunta inicial del detective:

—En aquellos meses odiaba a Esther, la consideraba la culpable de todo lo ocurrido. ¿Te extraña, entonces, que pensara en la venganza?

—¿Quieres decir que te alegraste de su muerte?

—Quiero decir que deseaba que sufriera todo lo que ella había hecho sufrir —murmuró—. Quiero decir que algunas madrugadas, desvelada por el dolor y el insomnio, lamentaba no vivir en uno de esos países donde aún es fácil contratar asesinos. Quiero decir que no es conveniente permitir que la gente sin escrúpulos, los maliciosos, los chulos, los matones se vayan de rositas después de ir por ahí destrozando la vida de los otros. Luego me quedaba temblando, asustada de mí misma por haber tenido esos pensamientos.

Con un gesto rápido sacó un cigarrillo del paquete y se levantó.

—¿Me esperas un minuto?

Caminó hacia la puerta, donde encendió el cigarrillo y aspiró dos caladas seguidas. A través de los cristales Cupido la vio elevar los ojos hacia el cielo admirando la pureza, el frío de la lluvia que había vuelto del mar. Sus recuerdos eran todavía robustos y lacerantes, pero el paso del tiempo iría amortiguándolos y el dolor abandonaría su puesto de vigía en la punta de su lengua. Más pronto que tarde, Senda adiestraría a su memoria en el olvido, la obligaría a reprimir con firmeza aquellos repuntes dolorosos. Cupido sintió que, mientras tanto, le gustaría mucho estar cerca de ella.

De Senda fue la primera llamada que recibió al día siguiente, al mediodía, cuando redactaba el informe de la investigación para enviárselo a García-Lage.

—¿Es cierto lo que acaban de decirme?

—¿Qué dicen?

—Que Bruno Méndez ha muerto. Que se ha suicidado.

—¿Cómo?

—Te llamaba para confirmarlo.

—¡No sé nada!

—Dicen que lo llevaron esta mañana al aero nueve para reconstruir lo sucedido y que se tiró al vacío desde arriba.

—¡Espera! ¡Espera! ¿Quién lo dice?

—Uno de nuestros obreros que trabajaba allí cerca. Ya sabes que estas noticias vuelan.

—Voy a intentar hablar con Gallardo. Te llamo después.

El capitán contestó al segundo tono.

—Si me estás llamando es porque ya te has enterado, ¿no?

—¿Qué ha ocurrido?

Gallardo suspiró ruidosamente.

—Al fin se derrumbó y confesó. Había cogido las llaves de los aerogeneradores y el móvil del bolso de la ingeniera. Por indicación de la juez lo llevamos al aero nueve para que nos mostrara cómo lo había hecho exactamente, porque había detalles que no encajaban con su relato, preguntas a las que no respondía con claridad. Allí arriba miraba alrededor con desconcierto, con miedo y vértigo al notar que no tenía los pies en tierra firme. Lo llevábamos esposado, con las manos atrás. La juez se encontró mal con el balanceo y nos distrajimos al tener que atenderla. Habíamos abierto apenas un resquicio en la trampilla y antes de que nos diéramos cuenta Bruno se nos escapó un segundo y se arrojó de cabeza. Murió en el acto.

Cupido escuchó en silencio. Aunque él no había estado allí en aquel momento, se sentía incómodo: había contribuido a entregarlo a la ley y la ley no había sabido protegerlo. El suicidio de Bruno Méndez entraba dentro de la lógica, pero lo cierto es que tampoco él lo había previsto. Con su muerte se había llevado todos sus secretos.

El desenlace de sus investigaciones era siempre el peor momento y también en esta ocasión quedaba algo que no podía expresarse, un oscuro reducto de razones y sentimientos que se resistía a ser descrito con palabras y que no podía ser explicado con coartadas. En cuanto tocaba el núcleo, el corazón de los motivos personales, todo se volvía oscuro. Pero ahora a aquel desasosiego se añadían las dudas que habían quedado sin respuesta. Imaginaba lo sucedido en la góndola del aero dos semanas antes y la puesta en escena de la muerte le parecía demasiado sofisticada para un hombre tan tosco, que no parecía guardar capas de ocultación, que tal vez incluso ignorara que allí arriba había una trampilla.

—Bruno no podía soportar la angustia y la vergüenza de pasar por todo esto — insistió Gallardo—. Tú lo dijiste: esta gente necesita estar orgullosa de su apellido. ¡Y haber agredido a una mujer...!

Se había empleado a fondo en la bicicleta, con pedaladas profundas y sedantes, alejándose de Sierra Ufana, y, sin advertir la brevedad creciente de los días, se le había echado encima uno de esos espectaculares atardeceres de otoño que despliegan por el oeste sus manojos de cobres. Las sombras del crepúsculo se iban derrumbando por el cielo, que se arqueaba encogido, dolorido por el frío. La estrella polar, prematura y tierna, pinchada ya en lo alto del palo mayor del firmamento, señalaba el norte como si allí se ocultara una amenaza. Y una luna en cuclillas se asomaba temerosa del viento racheado que hinchaba sus pulmones y galopaba entre los árboles y les arrancaba sus últimos jirones verdes. El otoño entraba en su último mes, pero, a pesar de las hojas marchitas, a pesar del frío y de la luz decreciente, aquella estación era el anticipo de la renovación. Los propios árboles, liberados de ansiedad y hojarasca, llevaban en la misma desnudez de sus ramas la promesa de una futura repoblación.

Cuando entró en las calles de Breda ya se habían encendido las farolas y al llegar a la puerta del garaje vio que lo esperaba Aurora Méndez y que tardaba un segundo en reconocerlo bajo el casco y el atuendo deportivo.

—Llamé a tu piso, pero nadie contestaba. Quiero hablar contigo.

—Pasa.

Subieron a la casa y no hablaron hasta que Cupido se hubo duchado y se sentó frente a ella en el pequeño despacho.

—Quiero que oigas esto —dijo Aurora—. Es el teléfono de la ingeniera.

Manipuló el móvil que tenía entre las manos y, al comenzar a reproducir la grabación, lo dejó encima de la mesa, entre ambos, con gesto de cansancio, como si el simple esfuerzo de apretar aquellas teclas le provocara una inmensa fatiga.

Cupido escuchó en silencio, sin mirarla, concentrado en el teléfono plano y brillante, y solo levantó los ojos cuando se oyeron los gritos y el repetido insulto, aquella palabra que siempre le resultaba sucia en la boca de un hombre, el primer golpe sordo, tal vez en el estómago, y un sonido de ahogo, las llamadas pidiendo ayuda y de nuevo otros golpes antes del silencio. Luego, los susurros de roces y de pasos y del motor de un coche que se ponía en marcha.

Cupido miró a Aurora, que mantenía erguida la cabeza, con los ojos fijos en el móvil, sin agacharla a pesar de los terribles sonidos de la agresión. Eran un hombre y una mujer vivos escuchando las voces de un hombre y una mujer muertos.

Parecía que todo había terminado, porque durante unos minutos solo se oía el motor del coche, y Cupido fue a hablar cuando Aurora lo detuvo:

—Espera.

Sobre el monótono murmullo del motor, sobre las variaciones de los cambios de

marcha y aceleración, en algunos momentos se distinguía el asomo de un gemido o un llanto, de una maldición o un carraspeo y la voz de Bruno repitiendo *No, no, no, no, no*. Luego, el susurro del pequeño motor que abría la ventanilla para que entrara el aire que debía de faltarle y de pronto, tras reducir, las campanadas cercanas, vibrantes y anacrónicas del bronce en la era de los sonidos digitales, los catorce tañidos del viejo reloj de la iglesia, quemado y enloquecido en el 31, que daba a las horas exactas un número caprichoso de campanadas. Si se oían con aquella nitidez era porque el coche estaba muy cerca de la iglesia, posiblemente en la céntrica calle donde vivían los Méndez. El resto de la grabación incluía un minuto más de trayecto, el apagado del motor, unos pasos, una puerta al cerrarse y el silencio definitivo. No era necesario escucharla de nuevo.

—Bruno no la mató —dijo Aurora—. La atacó y la golpeó con fuerza, porque a veces era muy bruto y no se controlaba. Sé cómo era mi hermano cuando lo poseía ese fuego... Se volvía loco. Yo misma, algunas veces, había tenido que... —dudó.

—No tienes por qué contármelo —dijo Cupido, porque había cosas que prefería ignorar.

—Yo misma, algunas veces... —repitió—. Pero ¿qué importaba eso? Ya habíamos estado nueve meses juntos y desnudos... ¿Sabes lo que nos contaba nuestra madre?

—Qué.

—Que no nacimos con una diferencia de minutos, como sucede en los partos dobles. Nacimos casi juntos, uno cogido de la mano del otro. Yo salí la primera y fue algo complicado, porque venía de espaldas, mirando hacia atrás: me había dado la vuelta para no dejar solo a mi hermano y cada uno tenía una mano aferrada a la mano del otro... Como si ya entonces Bruno tuviera miedo de quedarse solo en la oscuridad... Bruno no la mató. Se asustó y huyó dejándola allí tumbada.

Cupido se quedó en silencio, mirando el teléfono de la ingeniera que guardaba las voces de unos fantasmas que volvían del pasado para recriminarle su error, que desvelaban una verdad dolorosa y esquiva, escondida bajo la superficie plana de las apariencias. Sus ojos rezumaban vergüenza y culpa cuando los levantó para mirarla.

—De modo que volvió a Breda —murmuró—. Y aunque más tarde hubiera reflexionado y lo hubiera pensado, ya no podría arriesgarse a regresar allí, cogerla en el caso de que siguiera inconsciente, y subir con ella a colgarla en el aero nueve. Alguien aprovechó la oportunidad —añadió recordando el coche oculto en la parte posterior de la subestación—. ¿Cómo encontraste el teléfono?

—Ni siquiera se deshizo de él, porque Bruno no tenía móvil e ignoraba que se pudiera utilizar como grabadora. Debió de verla manipulándolo y se lo llevaría por miedo a que cuando se recuperara pudiera llamar a alguien... No lo sé, pero era mi hermano gemelo y sé que se aturdía y que se quedaba bloqueado en momentos de tensión y de miedo. A la mañana siguiente debió de esconderlo entre el pasto seco de nuestra casa del campo, donde nadie lo encontraría fácilmente. Ayer las vacas estaban

muy nerviosas, mugían y se corneaban como si también ellas lo echaran de menos... Al ir a darles la comida, el teléfono cayó de entre el pasto. Enseguida supuse de quién era, solo Bruno podía haberlo escondido allí. Estaba sin batería, lo cargué y temí que, al encenderlo, no pudiera desbloquearlo, pero no tenía clave, ella debía de sentirse muy segura.

—¿Por qué lo guardaría Bruno?

—Por miedo. Él ni siquiera... —se le quebró la voz—, ni siquiera sabría cómo mirar sus fotos.

—¿Por qué me lo enseñas a mí?

—Tú también te equivocaste con él, tú también lo condenaste sin haberlo escuchado. Descubriste que había subido allí aquella noche y solo por eso lo señalaste con el dedo.

Su acusación no era del todo cierta: él se había limitado a revelar que Bruno había ido en coche a la subestación, pero luego se había apartado, se había mantenido al margen de todo lo demás. Sin embargo, eso no impedía que se sintiera culpable por omisión, de modo que dijo:

—Me equivoqué. Si puedo de algún modo...

—Ya no hay ninguna forma de arreglarlo —lo interrumpió Aurora.

—Hay que llevarle la grabación a Gallardo —propuso.

—No.

—¿Por qué?

—Entre todos provocasteis su muerte —dijo—. No lo creísteis y ahora ya está muerto. Hablé con un abogado y me dijo que ningún juez admitiría como prueba una grabación robada a otra persona, sin testigos que confirmen que se hizo en la subestación aquella noche.

—Pero en el móvil está grabada la fecha.

—El abogado dice que incluso eso puede manipularse. No, el capitán Gallardo no lo creyó entonces y no voy a continuar con esto. Quiero que mi hermano descanse de una vez por todas, noto que me lo pide desde dondequiera que esté. Tú y yo sabemos que él no la mató. Y haré que lo sepa toda la gente a quien él le importaba, dejaré que lo oigan quienes sí lo creyeron antes de oír la grabación... Los demás..., bueno, no merecen la pena. Ya nadie hará un nuevo espectáculo a nuestra costa. No quiero más fotos tuyas en la prensa, ni más comentarios anónimos, ni más juicios paralelos. No quiero que ensucien más su nombre. Nuestro nombre.

Cupido comprendió que no iba a convencerla, así que le pidió:

—Al menos, déjame que yo intente repararlo. Déjame que haga una copia.

—¿Para qué?

—Hay una persona que debe escucharlo.

—No —dijo acortando la única sílaba—. No quiero saber nada más de todo esto.

—No puedes permitir que se salga con la suya y viva tranquilo después de haberlo hecho. Estaba allí escondido y pudo evitarlo solo con aparecer por la puerta,

pero se ocultó. Se lo debes a Bruno.

Aurora sacó un pañuelo del bolsillo y se limpió dos lágrimas que ya no ocultaba. Pensó un tiempo y luego aceptó:

—Está bien. Puedes sacar una copia.

Faltaba otra pregunta y Cupido no podía dejar de hacerla:

—Fue Bruno quien taló los almendros de Vidal, ¿verdad?

—Sí. Creyó que con una amenaza así los empujaría a vender. Pero yo conozco a Sonia, es igual de testaruda que su padre, y esos métodos provocan el efecto contrario. Cuando me dijo lo que pretendía hacer, traté de disuadirlo, pero salió una noche y... Sin embargo, que talara los almendros no implica que le hiciera daño a la ingeniera.

Quedaba un detalle importante que aclarar, pero la grabación había arrojado un chorro de luz sobre lo ocurrido y ya sabía quién había dispuesto del momento, de la posición y de la energía adecuadas para matar a Esther Duarte. La verdad se le había aparecido al fin sin que interviniera la intuición, con la misma calma y claridad con que el sol amanece, pero también de la misma forma inexorable. Variaba la anécdota, pero se repetía la historia de siempre: alguien hacía daño y, para escapar impune, montaba una coartada que creía irrefutable. Sin embargo, había quedado un hilo suelto, una estela de residuos que a la postre desbarataba su montaje. Cupido, insomne y atormentado por la culpa, se levantó dos veces esa noche a beber agua, a contemplar por la ventana la luna aterida que escapaba del norte deslizándose bajo los acueductos que levantaban las estrellas, impaciente por que llegara el día y pudiera retirarse a descansar. Antes del amanecer montó en el coche y salió hacia Madrid, viendo cómo poco a poco se elevaba ante él, en el horizonte, un sol arenoso, frío, carente de alegría.

A medio camino paró a desayunar. Quizá todavía era temprano para llamar a alguien ocioso, pero aun así marcó el número con el móvil.

—No sé si me recuerda —dijo su nombre y su profesión—. Hablé con usted sobre la muerte de la hija de su esposa.

—¡Claro que lo recuerdo! El detective. Me dio dos entradas para el partido de fútbol. Pero creo que ya está todo resuelto, ¿no? Me llamaron de Mistralia para decirme que atraparon al culpable. Ahora solo espero que pague por lo que hizo —dijo con la misma voz seca, como si surgiera de un trozo de madera.

Le contó que Bruno Méndez se había suicidado arrojándose al vacío desde el mismo aerogenerador donde murió Esther.

—Entonces, todo ha terminado.

—Queda un pequeño detalle que debo confirmar en el informe para Mistralia.

—¿Sobre qué?

—Usted me dijo que Esther guardaba ahí, en su piso, la documentación sobre su

trabajo.

—Sí, pero ya pasó por aquí ese compañero suyo de la empresa, Álvaro no sé que..., y se lo llevó todo. ¿Para qué necesita revisarlo de nuevo?

—En Mistralia quieren cerrarlo definitivamente antes de ajustar las liquidaciones que correspondan —dijo. Aquellas frases ambiguas eran tierra de nadie en las que arraigaban con facilidad los deseos de quien las oía—. Debo confirmar que no queda nada antes de cerrar el informe.

—De acuerdo. ¿Cuándo?

—Lo antes posible. Esta mañana.

—Venga dentro de un par de horas.

No había transcurrido el plazo cuando Cupido llamó a la puerta.

—Adelante, ya conoce la casa. —El hombre señaló hacia el interior con una mano en la que humeaba un cigarrillo y lo siguió hasta el salón, donde el olor a tabaco se hacía más intenso y, con las ventanas cerradas, el humo parecía adensarse en torno a las lámparas encendidas. Aparentemente, nada había cambiado desde tres semanas antes: los muebles caros, el cenicero lleno con una camada de colillas y gordos gusanos de ceniza, la cajita de taracea donde había visto la coca y la creciente sensación de suciedad y abandono. Sin embargo, ya no vio ninguna fotografía de Esther.

—Supongo que quiere buscar en su estudio —le propuso.

—Sí.

—Venga. Ahí están todas sus cosas —dijo tras abrirle la puerta y encender las luces—. Si me necesita, llámeme.

Se le pasó el tiempo sin darse cuenta, absorto en la búsqueda metódica de los archivos del ordenador y de los cedés bien colocados, porque seguía sin poder acceder al correo privado y a la cuenta de facebook. Esther también tenía un disco duro externo, pero en él solo guardaba películas y fotografías, ninguna referencia a imágenes de unos chicos en bicicleta atropellando a un peatón. Desde el salón le llegaban en oleadas el olor a tabaco, los ruidos del televisor y, un par de veces, el rumor de la conversación tras sonar el timbre de un teléfono.

Decepcionado y harto de buscar en vano, con picor en los ojos y molestias en las cervicales, lo apagó todo y volvió al salón, pero el hombre no estaba. Oyó el ruido de la ducha y esperó a que volviera, observando alrededor sin interés.

En una bandeja del mueble del televisor, encendido, descubrió varias cartas y se acercó a ojearlas. Iban dirigidas a Esther: consumos, publicidad, una revista de informática. Nada que lo ayudara. Al devolverlas a su sitio vio el *pendrive* con el logo de Mistralia, inserto semioculto en el lateral de la pantalla. Debía de hacer muchos días que nadie lo tocaba, porque apreció en el borde una ligera capa de polvo acumulado. Cogió el mando y desplegó su contenido: solo había un archivo de vídeo y no tenía título, pero desde el primer segundo supo que no era necesario: la cámara demasiado movida de un móvil seguía a un chico en bicicleta que atropellaba

intencionadamente a un peatón, que caía al suelo y se hacía daño en el rostro. Todo era bastante rápido y el último plano, fugaz, mostraba la sangre en la nariz, lo que no impedía identificar a García-Lage. Cupido congeló la imagen en la pantalla: su expresión no tanto de sorpresa y dolor como de ira. En el rincón inferior derecho se veía la hora y la fecha: 18-10-2014, 15:47:03. Al reanudar la grabación, la secuencia se cortaba bruscamente para dar paso a otra similar en la que la víctima era la anciana del perro pelirrojo, Mariluz Sánchez Ayala. Pero a Cupido eso ya no le interesaba.

El archivo confirmaba lo que ya sabía. Esther lo había traído a su casa de Madrid, donde seguía guardando copia de todo lo importante, y lo había visto en la gran pantalla del televisor para apreciar los detalles mientras debía de preguntarse a qué había ido Álvaro a Breda aquel fin de semana en que se había producido una grave avería del sistema que estuvo a punto de hacer saltar literalmente por los aires los aerogeneradores de Sierra Ufana, si no se detenían automáticamente al aumentar la velocidad del viento más allá de lo que podían soportar.

Oyó una puerta que se abría y pasos y, sin pensarlo, sin advertir el error que cometía, se guardó precipitadamente el *pendrive* en el bolsillo. El hombre apareció en la puerta, vestido para salir y con un abrigo doblado en el antebrazo.

—¿Ya ha terminado? —le preguntó.

—Sí.

—Pues justo a tiempo, porque en cinco minutos tengo que salir si no quiero llegar tarde a una cita.

—Terminé —repitió Cupido.

—¿Ha encontrado algo que le interesara? Si queda algo, me gustaría que se lo llevaran de una vez —dijo mirando sus manos vacías. Parecía decepcionado, como si hubiera esperado que vaciara la habitación de Esther y se lo llevara todo, y no quedara nada. Al fin era suyo el piso del que su hijastra había querido echarlo.

—No queda nada —dijo Cupido.

Eran las cuatro cuando pasó bajo el molinete de la fachada de la sede de Mistralia. Las puertas automáticas se cerraron a su espalda con un guillotino y Cupido se dirigió hacia el mostrador, donde las azafatas vestidas con los impecables uniformes verde menta, con más pestañas de lo normal y dos capas de *gloss* sobre los labios, exhibían sus anchas sonrisas publicitarias. Preguntó por Álvaro García-Lage.

—¿Tiene cita con él?

—No. No me espera, pero sabe que iba a venir.

El guardia de seguridad comenzó a parpadear entre gestos de incompreensión. Una de las azafatas levantó el teléfono.

—Dígale mi nombre. Ricardo Cupido.

—¿Es de alguna empresa? —le preguntó mientras tecleaba unos números.

—Yo soy mi propia empresa.



Un minuto después el arco de seguridad detectó el *pendrive* y la grabadora y tuvo que mostrarlos. La azafata le indicó el ascensor con un gesto que expandió una oleada de perfume. Arriba lo esperaba otra secretaria, que le abrió la puerta del despacho con la brillante mesa con las sillas de cuchara que ya conocía.

—Enseguida vendrá el señor García-Lage.

Lo vio avanzar hacia él con el brazo extendido como en un tic, pero ahora, por debajo de la sonrisa, no lograba ocultar un tenso recelo.

—He leído tu informe y está todo correcto. ¡Enhorabuena! Has hecho un buen trabajo, tal como esperábamos.

—No —negó Cupido—. No es un buen trabajo.

—¿No? —En su acento, una gota de algo corrosivo envenenaba su felicitación.

—No está completo. Falta el último capítulo.

—¿No has recibido el dinero? —le preguntó, con aquella obsesión empresarial de relacionarlo todo con la economía.

—Sí, me pagaron lo acordado. Por eso debo terminarlo.

—¿Terminar? —Álvaro abrió los brazos en un gesto de incompreensión—. Ya terminó todo con el suicidio de ese *Bruto...* o Bruno. El King lo ha dicho: que no se hable más de Sierra Ufana. Cualquier noticia sobre ese tema supone mala publicidad para Mistralia.

—Bruno Méndez no mató a la ingeniera —dijo Cupido con cansancio. Tampoco él tenía ganas de seguir hablando ni de permanecer allí más tiempo, contemplando el rostro atildado y sonriente de Álvaro, pero tenía que acabar de una vez.

—No te entiendo.

Cupido sacó del bolsillo la pequeña grabadora, la puso en el centro de la mesa y pulsó un botón. Álvaro la miró con recelo, como si fuera un animal peligroso que podría saltar sobre él si se movía. Posiblemente habría llamado a los guardias de seguridad para que lo echaran de la sede si no necesitara saber lo que Cupido sabía. En el silencio del brillante despacho que se abría sobre La Castellana, las palabras de acoso y violencia, el forcejeo, los gritos de ayuda, los golpes y, por fin, el silencio ponían una nota brutal y discordante.

—¿Qué demuestra eso?

—Espera.

Todavía medio minuto más para oír el arranque del coche, antes de imponerse el ruido de fondo del motor sobre los gemidos de Bruno: *No, no, no, no, no*. Solo entonces dijo Cupido:

—Lo recuerdas, ¿verdad?

—No sé de qué me hablas.

—¡Claro que lo sabes! Tú estabas allí, dentro de la subestación, escuchando, sin mover ni un dedo mientras Esther te pedía ayuda a gritos, viendo lo que ocurría y pensando frenéticamente cómo aprovecharlo.

—Ja. ¿Y por qué iba a estar allí?

—Eso es lo que me he preguntado durante muchos días. Sabía que aquella noche había alguien en la subestación hablando con Esther. Alguien que había ocultado su coche en la parte posterior. Me preguntaba quién podía ser, de entre los relacionados con Mistralia, para conocer aquel rincón, para tener acceso a la subestación y motivos para esconderse. La respuesta no era difícil, pero me faltaba una prueba hasta que hace unas horas vi unas imágenes aquí mismo, en Madrid, en las que se ve cómo unos chicos atropellan a un peatón con una bicicleta. ¿Te hicieron mucho daño?

—Sigue —dijo con voz cruda.

—Cuando nos reuniste en Breda comentaste que no habías ido por allí en mucho tiempo, pero no era cierto. Estuviste allí el sábado 18 de octubre, cuando un fallo en el sistema informático estuvo a punto de destrozar todo el parque. Estaba previsto que aquel día soplaran vientos muy fuertes y en esas condiciones, con una velocidad superior a veinticinco kilómetros por hora, los aerogeneradores deben detenerse para no correr el riesgo de arrancar los cimientos y salir volando.

—Veo que Senda te ha enseñado bien la lección —dijo con sarcasmo.

—Aquella noche la velocidad media subió a treinta y seis kilómetros por hora y se alcanzaron rachas de ochenta. Un fallo electrónico en la subestación impidió que saltara la alerta que detiene los aeros, pero Esther y Mauri lo advirtieron a tiempo y lograron controlarlo. Ella debió de notar algo extraño e intuyó que alguien había manipulado el sistema. Solo podía haberlo hecho un técnico con conocimientos del programa, alguien que hubiera participado en su instalación. No supo quién era hasta que se enteró casualmente de que tú habías estado allí, de incógnito, aquella mañana.

—Si fuera así, tendrías que demostrarlo.

Cupido sacó del bolsillo el *pendrive* con el logo de Mistralia.

—¿Tienes un monitor para ver las imágenes?

—Ha sido el padraastro, ¿no?

—Él ni siquiera conocía su existencia. Pero volvamos a Esther, ¿te amenazó con contarle o te pidió algo a cambio?

—Sigue —repitió.

—Sería más rápido que tú contaras los detalles, pero continuaré. Las horas previas a su muerte, Esther estaba especialmente nerviosa. No dejaba de mirar su teléfono, tal vez porque había quedado contigo, hasta que recibió tu llamada desde una cabina junto al centro comercial, en Breda. La citaste en la subestación. Era un buen lugar, discreto y apartado, sin testigos, y allí podrías mostrarle cómo manipulaste el sistema. Pero no hubo mucho tiempo, porque pocos minutos después de llegar ella oísteis el motor de un coche que se acercaba. Era Bruno Méndez. Ya lo conocías: un lugareño sin demasiadas luces que no sabe de matices y que interpreta mal las palabras femeninas. Había visto que Esther subía a Sierra Ufana y fue allí para cobrarse lo que él consideraba una deuda por haber aceptado vender a Mistralia sus terrenos... Y ya has oído en la grabación lo que ocurrió. Sin embargo, lo más grave sucedió luego.

—Estás alucinando.

—Pensaste con mucha rapidez, tengo que reconocerlo —continuó Cupido con calma—. Enseguida te diste cuenta de la oportunidad. Bruno te había hecho el trabajo sucio, habría dejado sus huellas y todos lo culparían. Esther había quedado inconsciente tras los golpes. Solo tuviste que llevarla en su coche un kilómetro más allá, al aero nueve, un poco apartado, para que nadie te molestara, aunque era improbable que alguien rondara por allí a aquellas horas de la noche. Claro que lo más fácil hubiera sido terminar con todo en la propia subestación, pero no pudiste resistirlo. La tentación de la imagen de un cuerpo colgando en la trampilla de un aerogenerador era demasiado espectacular, y tú sabes que hoy todo es imagen, que las pantallas han triunfado sobre la letra. ¡Esa estampa sí que sería publicidad negativa! Porque tú trabajas en Mistralia, pero contra Mistralia. Puedo imaginar media docena de motivos... Aunque eso forma parte de otra historia.

—Si hubiera ocurrido así, podría haberlo hecho cualquiera que tuviera algo contra Esther.

—¡Aquella noche no! Aquella noche solo tú tenías la ocasión, el tiempo y la energía. ¡Ah, y las llaves para entrar en el aero nueve! Cogiste el juego que Esther guardaba en su bolso, pero no advertiste que Bruno Méndez se había llevado su teléfono. Todo eso eliminaba a Vidal, que no tenía llaves de la subestación, ni la clave para que no saltara la alarma y haber esperado dentro.

—Pero no a Mauri. Y creo que había conflictos entre ellos dos.

—¡No! A aquella hora no subió nadie más a Sierra Ufana, solo pudo hacerlo alguien que estaba escondido en la subestación desde dos horas antes. Y en ese tiempo Mauri actuaba ante docenas de testigos, entre ellos Miriam —concluyó, para añadir enseguida con voz sorda, furiosa—: Mataste a una mujer que ya había sido herida.

—No podrás demostrarlo. Como mucho, con toda esa fábula podrías demostrar quién no pudo hacerlo, pero no quién lo hizo.

—Tienes razón. Si pudiera demostrarlo no estaría aquí ahora, hablando contigo. Si tuviera pruebas, habría venido a buscarte alguien con una orden judicial y unas esposas.

En la brillante oficina todo se había quedado en silencio, como si el edificio entero y el tráfico de La Castellana se hubieran inmovilizado.

—Solo manejas opiniones, detective —recuperó la sonrisa. Se sentía seguro, además, de que Cupido no habría podido pasar ningún otro aparato electrónico oculto por el arco de seguridad—. Y los jueces no quieren opiniones, quieren hechos. Cualquier abogado de oficio anularía como prueba una grabación si su autor no puede demostrar que se hizo aquella noche. Y mucho más unas imágenes que supongo que has robado de la casa de Esther —dijo revelando que también había pensado en esa posibilidad, después de haberlas buscado sin éxito—. Le habíamos dicho a su padrastro que nadie podía coger nada. Ahora es el único heredero de ese piso tan

estupendo y está satisfecho de cómo han resultado las cosas. No aceptaría molestarse por una hijastra que quería echarlo a la calle... ¿Y dónde sería el juicio? ¿En Breda? Incluso si ganarais en provincias ya nos encargaríamos nosotros de que perdierais en Madrid. ¡Qué ingenuo eres! La vara de la justicia no es un metro de sastre que mide siempre la misma cantidad de tela. Es un metro elástico que mide de distinta forma la pana que la seda... No, no podrás demostrar nada. ¿Sabes lo que parecerías?

—Dímelo tú.

—Un patético detective de provincias deseoso de escándalo y de publicidad gratuita a costa de una multinacional como Mistralia. ¿Cuánto tiempo atraerías la atención, si es que lo logras? Es duro encontrarse solo en un banquillo cuando el de tu adversario está lleno de abogados famosos. ¡No puedes ni imaginar lo fácil que es acabar con una buena reputación cuando se tienen los medios adecuados! No podrías defenderte, por eso fuimos a buscarte: alguien con ambiciones pequeñas, en una ciudad pequeña, un sueldo pequeño, una pequeña cuenta en un banco. Sin duda, pequeños menús en restaurantes pequeños y, en vacaciones, una habitación pequeña en un pequeño hotel.

—¿Sabes qué es lo que más me molesta?

—¿Qué? —García-Lage lo miró con un gesto burlón, como quien desde un castillo contempla la escasez y fragilidad de las armas del enemigo.

—Que estabas allí y no solo no moviste un dedo para ayudarla... Bruno la habría dejado en paz si...

—¿Para qué iba a hacerlo? —lo interrumpió—. Tú lo has dicho: me la estaba entregando en bandeja, lo comprendí enseguida. Aquel palurdo la había dejado aturdida. Esa gente de campo no es consciente de la fuerza que tiene, cree que el cuerpo de una mujer resiste lo mismo que el cuerpo de una vaca.

—Una última pregunta.

—Sí.

—¿Ella supo lo que iba a ocurrir?

—Cuando la levanté del suelo estaba inconsciente, pero se recuperó al llegar arriba y... sí, supo lo que iba a ocurrir.

Cupido se levantó de la silla y, desbordado por el asco, contuvo el deseo de golpearlo. En algunas de sus investigaciones había encontrado sentimientos nobles que explicaban acciones viles y había llegado a comprender los motivos para matar de quien mataba, cuando el hombre era menos malo que desdichado, pero con García-Lage todo resultaba mezquino, cruel, lleno de maldad. Tampoco se permitió un insulto, un reproche. Solo le preguntó:

—¿Por qué?

—Me había amenazado con venir a Madrid a contárselo al King y a Maca, el exmarido de Senda, para que lo aireara en la prensa. Y no podía permitirlo... todavía.

—¿Crees que yo no se lo contaré?

—Ahora ya no importa, en estas tres semanas he terminado mi trabajo. La

ampliación de Sierra Ufana con los nuevos prototipos no seguirá adelante.

Álvaro había avisado a un guardia de seguridad, que condujo a Cupido hasta la puerta. Hacía mucho frío en el exterior, donde no se sabía si un chispeo diminuto caía del cielo o si formaba parte de la bruma que temblaba sobre las calles. Caminó Castellana abajo. Cuando llegó al hotel, empapado, ya sabía lo que haría al día siguiente.

La invitación personal que el King le había dado en Mistralia veinte días antes le abrió las puertas del campo de golf. El cielo se había despejado de la niebla de la víspera y algunos jugadores calzados con zapatos de clavos y vestidos con prendas con cuello ya atacaban con ímpetu los hoyos. Los vio a lo lejos golpear las bolas y un segundo, dos segundos más tarde se escuchaba el chasquido del golpe.

El King no llegó en toda la mañana, como suponía, y Cupido comió en el restaurante del club. Cuando, más tarde, un empleado se acercó a preguntarle si necesitaba algo, la simple visión de la tarjeta personal del King bastó para que no volvieran a curiosear.

Eran las tres y media cuando apareció Quintana, seguido por un *caddie*, caminando deprisa, con ese aire amenazador de los jugadores de golf, siempre inclinados hacia delante, como si se dirigieran a sostener una pelea.

Ya había abierto las piernas frente a la pelota y empuñaba el *driver* cuando Cupido se le acercó por el lateral de la calle. El King lo miró sin saludarlo, volvió a mirar el lejano *green* y con un *swing* magnífico golpeó la bola y observó dónde caía. Le entregó el hierro al *caddie* y, sin dejar de caminar, saludó al detective.

—Ya veo que has aceptado la invitación —dijo, salivando demasiado, con un siseo pastoso, como si los implantes no terminaran de encajarle.

—En la sede no me dejaron subir al último piso.

—Este es un buen lugar para hablar —señaló alrededor la amplitud verde de los hoyos, la delicada manicura de los parterres y, al otro lado de la valla, las lujosas viviendas unifamiliares—. Y para hacer Negocios —pronunció la palabra como si llevara una mayúscula—. Te parecerá mentira, pero cuando la gente gana en un deporte se muestra proclive a negociar.

—¿Deja ganar a muchos?

—Solo en el golf —sonrió—. Hace más de una década, cuando en España no había nada parecido, construí varias urbanizaciones como esta, de viviendas junto a campos de golf. Era lo que la gente pedía y yo se lo di. Vendimos mucho, el negocio iba bien, tanto que enseguida comencé a tener demasiados imitadores... y no había compradores para tanto ladrillo. Así que, antes de que la burbuja reventara, di un salto e invertí en energías renovables, lo que contribuye a que durante al menos veinte años siga adelante todo esto de lo que tanta gente disfruta —con la mano enguantada señaló los tejados de la urbanización.

—¿Y mañana?

Quintana levantó los hombros en un gesto de duda.

—No lo sé: tal vez el agua, o el genoma, o la carrera espacial... Pero tú no has venido hasta aquí para jugar unos hoyos —dijo al llegar junto a la pelota.

—No.

El *caddie* se acercó a entregarle un palo y Cupido esperó a que golpeará. Cuando reanudaron la marcha comenzó a relatarle con detalle todo lo sucedido en Sierra Ufana. El King lo miraba de vez en cuando, como si no le sorprendiera lo que oía, en apariencia más interesado en el juego que en su relato. Quince minutos después había terminado de embocar en el segundo hoyo, fastidiado por un doble *boggie*, se agachó a sacar la bola y dijo:

—Cuando comencé el proyecto de Sierra Ufana no podía imaginar que me acarrearía tantos inconvenientes: las dificultades técnicas, la resistencia de esos campesinos a cedernos sus tierras... y, para colmo, la muerte de Esther. En principio era un simple asunto de provincias, en un escenario de provincias...

—Y con un detective de provincias —lo interrumpió Cupido.

El King lo miró evaluando cuánto había en él de detective y cuánto de provinciano.

—No. Tengo que reconocer que tú no eres un detective de pueblo con manchas en la ropa, mal afeitado y con olor a pies. También reconozco que has hecho un buen trabajo..., aunque no haya servido para nada.

—¿Para nada? Ahora la decisión está en sus manos. Usted es...

—Sí, el Rey —dijo el King—. Y mando en mis dominios. Mistralia es una empresa limpia y los trapos sucios los lavamos en casa. ¿Para qué vamos a airearlos?

—Para que... —Cupido no encontró ninguna palabra que pudiera servirle: «justicia» era demasiado trascendente, «castigo» no era exacta. Así que dijo—: Para separar él bien del mal.

—¿El bien y el mal? —Una sonrisa invernal torció su boca—. Esas palabras están vacías. Querrás decir el éxito o el fracaso.

—Quiero decir desenmascarar a quien ha hecho daño y reparar la falsa acusación a un inocente.

—Tengo entendido que ya está muerto, ¿no? ¿Qué le importa ya, si no puede saberlo?

—Me importa a mí —dijo Cupido—. Yo lo sé.

El King levantó la vista del *tee* desde donde atacaba un difícil tercer hoyo. Con gesto concentrado, como si estuviera jugando al ajedrez, miró el *green* al fondo, la calle ondulada, los obstáculos laterales, el bunker blanquecino y el lago con patos, como si en el juego de golpear repetidamente una pequeña bola blanca con un palo de hierro hasta enterrarla en un hoyo pudiera ver el significado de algo trascendente que Cupido no captaba.

—Lo importante no es lo que tú y yo creamos. Lo importante es lo que crea la

opinión pública. Este asunto ya ha aparecido demasiado en la prensa, ya nos ha perjudicado demasiado. Hay que olvidarlo de una puñetera vez. Y tú también lo olvidarás, porque no eres de esos que incumplen sus contratos. ¿Recuerdas aquella cláusula?

—¿Cuál?

—La de confidencialidad.

Antes de que Cupido respondiera golpeó con fuerza la pelota y ambos se quedaron mirando cómo se desviaba de la trayectoria prevista y se hundía en el lago, a punto de golpear a los patos. El King maldijo en voz alta.

—Entonces, García-Lage...

—Álvaro se te ha anticipado. Ya no trabaja con nosotros, esta mañana ha presentado su cese en Mistralia. Y dos horas después había firmado por una importante empresa de gas.

—¿Quiere decir que no hará nada contra él?

—No haré nada contra él. Una ley no escrita dice que en este negocio todos terminamos por vernos las caras al menos una vez cada tres años. Ya te he dicho que a ninguno nos interesa que continúe esta publicidad tan negativa. Nada perjudica más a una empresa que el escándalo. Álvaro ha sido muy hábil... y ha tenido mucha suerte. Sospechábamos que teníamos dentro a un topo que nos saboteaba, por usar esa palabra tan antigua. Pero no esperábamos que fuera él. Nos engañó, pero nos hemos librado de él gracias a tu trabajo. Ahí acaba todo. Álvaro tiene datos que no nos interesa que se aireen.

Cupido se detuvo y vio cómo el King se alejaba, seguido por el *caddie*.

—Déjame que te diga una cosa —al sonreír, al Alkalino le brotaron un par de arrugas más en el rostro de madera tostada, bajo el espeso pelo negro que se apiñaba sobre su frente. En el ojo izquierdo le quedaban señales del hematoma provocado por los golpes. Estaba sentado ante una de aquellas infusiones con las que limpiaba su organismo, decía, de todo lo nocivo que antes había ingerido—. Yo, que hablo tanto, debería ser el detective y tú el tipo tranquilo, retirado por las secuelas del trabajo en la mina y dedicado al ocio: a leer, a montar en bicicleta, a salir con alguna de esas mujeres que nunca te faltan y que siempre se quejan de que les dedicas poco tiempo. ¿Sabes que en una ocasión alguien pensó, al vernos, que yo era el detective y tú eras..., no sé, ese amigo médico o periodista que les ayuda en sus investigaciones?

—¡No me digas! Siempre creí que los detectives eran más altos que sus ayudantes —bromeó Cupido.

—Me refería a mi aspecto de hurón. —El Alkalino volvió a reír.

—¿Quieres decir que a ti no te habría engañado?

—¡Por supuesto que me habría engañado! Tipos como ese García-Lage engañan a cualquiera... Sospecho que en el rostro hay músculos que solo desarrolla la gente que ríe... ¡y con esa musculatura en su expresión! Les entregas tu confianza hasta que un día los pillas desprevenidos y les miras el fondo de los ojos y comprendes que van sobrados de astucia, aunque no tanto de inteligencia.

—Nunca te fíes de quienes sonríen demasiado.

—¿Por qué lo hizo?

Cupido hizo un gesto de duda.

—Por el poder, que segrega un veneno contra el que tú y yo estamos inmunizados. Por el poder, que permite mandar sobre más subalternos, satisfacer la vanidad, ganar más dinero. Él aspiraba a que lo nombraran responsable de Sierra Ufana, como un paso más en su carrera, pero se lo encargaron a Esther. Ya sabes cómo funcionan estas empresas.

—No, no lo sé —dijo el Alkalino—. Pero imagino que en ellas vales tanto como haya producido tu último trabajo.

—Algo así. Y García-Lage se quedó en Madrid, aparentemente ocupando un buen puesto en la sede de Mistralia, pero en realidad sin ninguna capacidad de decisión. Era un simple recadero, un transmisor de las órdenes del King, que era muy consciente de sus limitaciones. García-Lage se daría cuenta de que nunca llegaría a dirigir un proyecto ni a ser miembro del consejo de administración de Mistralia. Aspiraba a más y no se resignó cuando alguien de la competencia le habló de devolverle al King uno de sus golpes como empresario.

—Y decidió sabotear la ampliación de Sierra Ufana.



—Era una buena forma de hacer méritos ante la competencia.

—Pero... ¿y la lealtad a la empresa?

—¿Tú has visto que en estos tiempos se guarde lealtad al patrón cuando el patrón no guarda lealtad a sus empleados? —preguntó Cupido.

—La ingeniera lo descubrió y se cruzó en su camino... Y él la eliminó.

—Exacto. Era muy ambicioso, aunque no lo suficiente para matar..., hasta que Esther lo amenazó con denunciarlo.

—Pero tú tardaste en verlo.

—Sí, y sin embargo lo había tenido todo el tiempo delante de los ojos. La propia Aurora Méndez lo había dicho, y yo no supe escuchar, cuando declaró que la noche de la muerte estuvieron atendiendo el parto de una vaca a la luz de un faro del coche, porque el otro se les había fundido. ¿Te das cuenta? Y todo el tiempo después, desde que el Chispas habló del faro de una moto, seguía teniéndolo delante y no supe verlo. En esta investigación he estado muy obtuso. Porque hubo otro momento en que seguí ciego.

—¿Cuándo?

—Cuando García-Lage vino a Breda y lo acompañé a hablar con Vidal y Sonia Peregrino —recordó—. Pensé que se estaba equivocando al aumentar la oferta por sus tierras en Sierra Ufana. Pero no se equivocaba, sabía muy bien lo que hacía. Ya te he dicho que estos tipos van sobrados de astucia. Con su oferta, en realidad les estaba exigiendo que renunciaran a sus convicciones por dinero, ¡precisamente la única razón por la que Vidal y Sonia no venderían! Lo menosprecié y me equivoqué.

—Bueno, míralo por el lado positivo.

—¿Hay alguno?

—Un fracaso siempre viene bien para no creerse el más listo de la clase —dijo con seriedad el Alkalino.

—Avísame si un día me ves subido a un pedestal.

—Te avisaré, no lo dudes. Cogeré un palo y te daré en la cabeza para obligarte a bajar. Pero ahora estábamos hablando de ese García-Lage.

—También fue él quien, a través de Miriam, localizó a los chicos que descubrieron el cadáver colgado en el aerogenerador, les ofreció dinero por la foto, sin identificarse, y la envió a la prensa.

—¿Implicó a la secretaria? ¿Ella sabía algo? —preguntó con incredulidad.

—No de la muerte de Esther.

—Entonces, también a ella la engañó —dedujo—. La conozco desde que era niña y es una ingenua.

—Bueno, a veces parece inevitable que toda persona ingenua encuentre a un bribón que la utiliza. Sabía que con la publicación de la foto daba un golpe de muerte a la ampliación de Sierra Ufana.

—La prensa dice hoy que ya no se hará.

—No. Y en su lugar tendrán que quemar un poco más de petróleo, o gas, o

carbón.

—Decepcionarán a mucha gente —suspiró el Alkalino.

—¡Ya ves! Al final, también en eso García-Lage se ha salido con la suya.

—Él sí tuvo el momento, la energía y la ocasión para matarla —recordó a Heisenberg.

—Pero olvidó su principal lección: que nunca podemos estar del todo seguros de lo que vemos, que siempre habrá que contar con la incertidumbre. García-Lage no pudo controlar a un grupo de adolescentes en bicicleta que atropellaban a los peatones y lo grababan con un móvil por simple diversión. Ni tampoco que Bruno Méndez se guardara el móvil de Esther donde estaba grabada su inocencia... ¡sin que él lo supiera! Ni siquiera Álvaro, que estaba convencido de que con la tecnología el hombre había subido un nuevo peldaño en la escalera de la evolución, pudo controlarla.

—¡De acuerdo, de acuerdo! Pero ahora háblame de lo que importa. Háblame de ella.

—¿Ella? —Cupido suspiró como si estuviera agotado—. Era una de esas mujeres sobre las que la gente enseguida empieza a hacerse preguntas, tal vez porque vivía sola y nunca hablaba de que tuviera una familia con padres y hermanos o esos lazos de parentesco que tanto tranquilizan a la opinión pública. Cuando quería, podía ser simpática y agradable en el trato, pero en el trabajo no resultaba fácil convivir con ella... Aunque no hay duda de que en su profesión era muy eficiente. Desde que llegó aquí, aumentó la producción energética del parque.

—Cierto. Por ahí se decía que hasta el viento soplaba para favorecer su proyecto. También decían que era una chica dura.

Cupido pensó unos instantes. Resuelta la investigación, había terminado por apreciarla. Imaginaba su vida, tal vez algo caótica, buscando remedio contra la soledad, como todos, aunque tal vez ello lo hizo por un camino equivocado..., aunque, ¿quién era él para juzgarla?

—¡Tal vez solo fuera una pobre chica dura que se obligaba a sí misma a ocultar su fragilidad! Quizá no encontró a nadie con quien no necesitara disimularlo.

—¿Ni Mauri?

—Mauri no tiene suficiente aplomo ni lucidez para ella.

—Quieres decir que estaba sola —murmuró.

—Sí, en el fondo estaba sola.

—Según eso, ¿crees que nadie habrá llorado por ella?

Cupido volvió a quedarse en silencio. Desde la ventana del casino se veía la calle mojada. Había vuelto a nevar la noche anterior y aunque la calzada estaba despejada, en los rincones de las aceras se veían caballones de nieve endurecida y sucia que, más que agua, parecían una aleación de plomo y de mercurio.

—No lo sé —dijo al fin, e insistió—: Yo diría que nunca encontró a la persona que la hiciera...

—¿Feliz? —apuntó el Alkalino.

—No sé si para cada uno de nosotros hay una persona capaz de hacerte feliz. Lo que sí creo es que siempre habrá una persona capaz de hacerte desdichado.

—Entonces..., esa sería la causa de que todas estas negras historias se repitan —dijo, y, fiel a su incapacidad para estar callado, el Alkalino añadió con voz seria, como si desvelara un secreto—: Quizá porque, a pesar de todo, he tenido una vida más o menos feliz, recuerdo a menudo la frase con que el ruso comenzó aquella novela.

—Todas las familias dichosas se parecen, y las desgraciadas lo son cada una a su manera —recordó Cupido—. Pero yo estaba convencido de que solo leías a Schopenhauer.

—El ruso se equivocó en algo —dijo sin hacer caso de su comentario—. Su afirmación vale para las familias, pero no se cumple con los canallas.

—¿Qué quieres decir?

—Que todos los canallas se parecen. Que sea hombre o mujer, joven o viejo, blanco o negro, de aquí o de allá, siempre se trata de lo mismo: de alguien que solo atiende a su interés, o ambición, o codicia, o afán de poder, y a quien le resulta indiferente el dolor que provoca.

—Sí —reconoció Cupido, sin nada que añadir—. Todos los canallas se parecen.

Y eso parecía el final. Cupido había fracasado en aquella investigación donde García-Lage había salido impune, pero el Alkalino esperaba que el detective encajara su fracaso con la misma serenidad con que había acogido sus éxitos. Sabía algo de la derrota y sabía que no es irremediable siempre que se mantenga la cabeza alta. Pero aquello no era necesario decirlo. Se conformó con sonreír y, con una ironía que borraba toda solemnidad, dijo:

—Los que seguimos tus andanzas estábamos acostumbrados a verte ganar. Con mayor o menor dificultad, siempre terminabas resolviendo estos enigmas y restaurando cierto orden..., cierta justicia. ¡Pero esta vez...!

—Sí. Esta vez me ganaron.

# AGRADECIMIENTOS

A Alfonso Rodríguez Grajera, a Julio Gómez Santa Cruz, a Paqui López Calvache, a Carlos Fuentes, a Victoria Pelayo Rapado, a Carlos Neila, que leyeron el manuscrito y lo fortalecieron al señalar sus errores y debilidades. A Roberto Fuentes y a Rubén Fernández Fernández, que me ilustraron sobre los aerogeneradores y la energía eólica. A Luis Clemente y a Jesús Mari, con quienes recorrí en bicicleta algunos de los trayectos aquí descritos. Todo lo que aquí se cuenta es ficción, pero todos ellos me ayudaron a que intente reflejar la realidad. Aunque solo menciono sus nombres, cada uno sabe cuánto agradezco su colaboración.

\* \* \*

20-04-2015